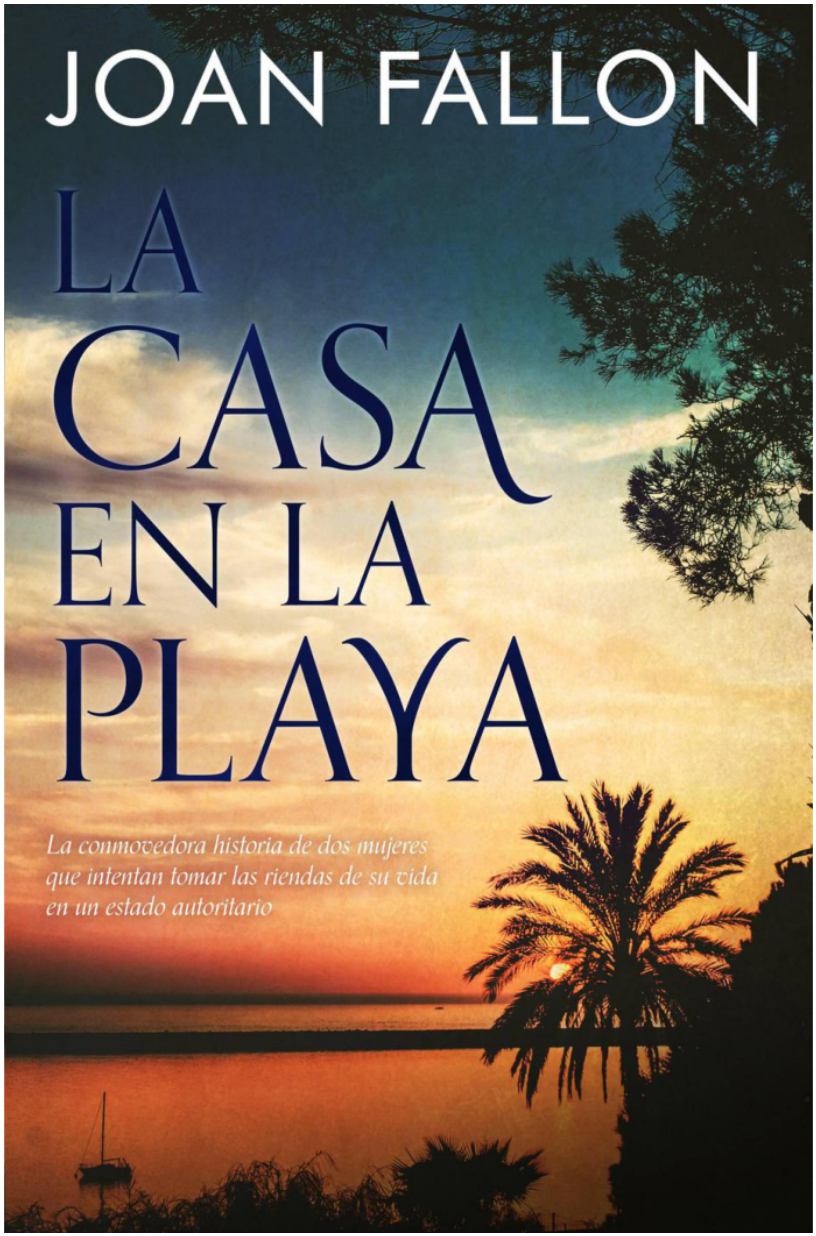
JOAN FALLON
LA CASA EN LA PLAYA
La conmovedora historia de dos mujeres que intentan tomar las riendas de su vida en un estado autoritario

La casa en la playa
Joan Fallon

Traducido por Eva Romero Lozano

“La casa en la playa”
Escrito por Joan Fallon
Copyright © 2019 Joan Fallon
Todos los derechos reservados
Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por Eva Romero Lozano
Diseño de portada © 2019 Lawston Designs
“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

LA CASA | EN LA PLAYA | ESPAÑA | 1996

PARTE 1 | PREVIAMENTE | 1954 | CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

PARTE 2 | 1958 | CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

PARTE 3 | 1962 | CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

PARTE 4 | 1965 | CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

PARTE 5 | 1967 | CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

PARTE 6 | 1970 | CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

PARTE 7 | 1975-1976 | CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

PARTE 8 | VEINTE AÑOS DESPUÉS | 1996 | CAPÍTULO 32

el suyo. Tenía un peso en su pecho que parecía oprimir su corazón. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Olivia estaba estrechando la mano del decano; de espaldas a la audiencia, pero Rocío sabía que estaba sonriendo. Olivia sonreía a menudo y con facilidad. Luego se giró y pareció como si la estuviera mirando directamente a ella y la sonrisa en sus labios lo dijo todo.

—Me alegra que se haya puesto el azul; le sienta mejor que el rosa, ¿no crees?

La mujer de su derecha se inclinó hacia ella y le cogió la mano afectuosamente. Rocío asintió con la cabeza. No podía hablar; su corazón estaba henchido de emoción, pero apretó la mano de su amiga a modo de respuesta.

Olivia se había apartado de la fila y volvía a su asiento con sus compañeras. Después hablarían con ella y conocerían a sus amigas; les enseñaría el diploma y hablarían sobre sus planes para el futuro. Comerían un poco y beberían algo, luego Rocío se dirigiría a Atocha para coger su tren rumbo a casa. Inma había sugerido que pasara la noche en su casa, pero Rocío quería irse a la suya con su marido. Era una excusa en realidad; Ernesto le había dicho que debía quedarse. Le había sugerido que se tomara unas pequeñas vacaciones, que se quedara un par de noches con Inma; visitara las atracciones turísticas, fuera de compras y regresara el sábado. Pero ella había dicho que no, no quería quedarse en casa de Inma; no se sentiría cómoda allí de huésped. Le dijo que prefería ir a casa y estar con él. El no se lo discutió. No podía discutírselo. Era él el que había rechazado acudir a la graduación. Era él el que no visitaría la casa de Inma. Era él el que no podía soportar ver a Olivia recibir su diploma. Así que no podía discutir con ella cuando le dijo que quería volver directamente a casa.

—Desearía que te quedaras, aunque fuera solo una noche. Es el cumpleaños de Olivia mañana; cumplirá veintiséis —le susurró su amiga.

—Lo siento, no puedo. Pero tengo un regalo para ella. Pensé que podría dárselo hoy en la comida.

—Qué amable de tu parte; le encantará.

Sí, pensó Rocío, le encantará; a Olivia le encantaban los regalos. Incluso cuando era muy pequeña nunca rompía el papel para ver lo que contenía; no, primero palpaba el paquete, luego lo sacudía suavemente, todo el tiempo mirándote en busca de una pista que le indicara lo que había dentro antes de separar cuidadosamente el

papel, sin romperlo ni una vez. Fuera lo que fuera lo que estuviera dentro, un juguete, algo de vestir, dulces o juegos, le gustaba; ponía el regalo a un lado y se te echaba en brazos, dándote un gran abrazo y un beso, y jurándote que era justo lo que quería. Rocío sonrió al recordarlo. Una cosa era segura, siempre guardaría aquellos recuerdos.

—José le ha comprado un coche, un Renault Clio. No se lo digas; es una sorpresa —continuó Inma—. Es el coche europeo del año; eso es lo que atrajo a José. Eso y el precio, por supuesto.

La mujer miró a su marido afectuosamente; le estaba susurrando algo a uno de sus hijos adolescentes. Rocío pensó en qué similares eran los chicos, no idénticos, pero muy parecidos. Sin embargo, ninguno de ellos se parecía a Olivia.

—Es muy generoso de su parte —respondió.

—Bueno, Olivia tiene que desplazarse, y José no quiere que siempre tenga que depender de ese chico con el que se está viendo. Es mucho mejor si es independiente. Podrá ir a la casa de la playa una vez pase el examen. Ya sabes que a José no le atrae mucho la playa hoy en día; prefiere viajar al extranjero en verano, a algún lugar fresco como el norte de Francia. A mí no me importa siempre que salgamos de Madrid; no lo puedo soportar en agosto. Podría freírse un huevo en el asfalto algunos días.

Rocío inspiró con fuerza. Si Olivia venía sola, podían pasar tiempo juntas; pero cómo se sentiría Ernesto al respecto. Sacudió la cabeza para desechar la idea; mejor preocuparse cuando sucediera. Si sucedía.

—¿Qué ha sido eso, querida?

—Nada. Solo estaba pensando en algo.

Su amiga le apretó otra vez la mano y se giró para hablar con su marido por un instante. Rocío miró a su amiga; disfrutaba de la ocasión enormemente. Quizás se sentía reivindicada por el éxito de Olivia o quizás simplemente estaba feliz por la joven. ¿Quién podía decirlo? Rocío le tenía un gran cariño a Inma; habían sido amigas desde muy jóvenes, pero ni siquiera se podía imaginar lo que pasaba por su mente. Fue en la casa de la playa donde se conocieron. Hacía muchos años. Un débil suspiro se escapó de sus labios.

—¿Estás bien Rocío? —le preguntó Inma.

—Sí, muy bien. Solo un poco emocionada.

—Claro, claro.

Le apretó la mano de nuevo.

Rocío sonrió. Inma no había sido siempre una amiga tan solícita. Pensó en cuando se conocieron.

La niña sostenía el burro por las riendas y caminaba a su lado susurrándole en la oreja. No era necesario guiarlo. Era ya su segunda naturaleza, pero le gustaba estar cerca del animal de cuando en cuando y acariciar el grueso pelo de su mejilla. Las pezuñas del burro habían labrado un surco en la tierra asoleada mientras describía sin fin una misma trayectoria, circunscribiendo un gran círculo alrededor del molino de agua. Algunas veces, a Rocío le gustaba caminar delante de él, colocando sus pequeños pies en los trillados surcos. La primera cosa que su padre siempre hacía cada mañana era atar el burro a la barra que movía el molino de agua y llamar a Rocío para que viniera a vigilarlo. El animal había estado caminando en círculo desde el amanecer, recogiendo la fría y clara agua, y depositándola en las acequias que nutrían la huerta. Su trabajo consistía en vigilarlo y detenerlo cuando el trabajo estuviera hecho. Sabía que, si no le prestaba atención, continuaría caminando hasta caer exhausto o el agua rebosaría de las acequias y anegaría las plantas. Si eso sucedía, su padre se enfadaría.

—Rocío, ya es suficiente. Desátalo y tráelo aquí. Pepe tiene que ir a Benare a comprar harina —le gritó su abuela.

Los pequeños dedos de Rocío forcejearon con los nudos que su padre había hecho en la gruesa cuerda, pero finalmente consiguió desatarlos. Apoyó su rostro contra la cabeza del animal y le acarició las orejas. Era un burro pequeño y marrón con grandes ojos tristes y pestañas muy largas. Cuando nació, el padre de Rocío dijo que no sería bueno para nada, demasiado pequeño y débil, pero el burro demostró que su padre estaba equivocado. Era pequeño, pero era muy fuerte y, a diferencia del burro que tenía el amigo de su padre, que te mordía el brazo apenas tenía oportunidad, este era dócil. Algunas veces le gustaba acariciarla con su hocico húmedo y frío, pero nunca le mordía. Lo llamaba Bueno porque era bueno, pero ella era la única que le llamaba así, para el resto de la familia era burro.

—Date prisa, Rocío. Pepe no tiene todo el día.

Rocío podía ver a su abuela en el quicio de la puerta, las manos en las caderas y una gran mancha de harina en el rostro. El gran delantal que cubría su vestido negro estaba marcado con las manchas propias de las labores de cocina.

—Voy, abuela.

Agarró las riendas del burro y lo condujo a la parte trasera de la

casa donde su tío estaba esperando.

—Ya era hora. Si no llegó allí antes de las siete, habrán vendido todo y tu abuela me matará.

Pepe le puso una manta encima al animal y levantó dos alforjas que cayeron a ambos lados del burro, luego aseguró la cincha bajo el vientre del burro. Rocío lo observó conducir al burro hacia el pueblo bajando la colina en dirección a Benare, las alforjas se balanceaban suavemente de lado a lado y las borlas multicolores de la manta se agitaban al compás del paso del burro. Podía oír a su tío cantar para sí. Caminaba decidido, pero sin prisa, y Rocío sabía que tenía dos o tres horas al menos de camino. Le gustaba su tío; era el más joven de los hijos de su abuela, solo diez años mayor que ella, pero ya un hombre. Era el único que vivía con su abuela ahora y, desde que su abuelo murió, era su trabajo ir a Benare a comprar harina para la panadería.

—Rocío. Rocío.

Esta vez era su madre.

—¿Mamá?

—¿Dónde está el agua, niña? No hay agua en los cubos. Date prisa.

—Sí, mamá.

Siguió a su madre hasta su casa y se apresuró a entrar en la cocina; su madre había colocado los dos baldes vacíos al lado de la puerta. Rocío cogió uno y caminó lentamente hasta el pozo con él. Compartían el pozo con su abuela y otras cuatro familias que vivían en la aldea, las casas estaban todas amontonadas alrededor de un patio polvoriento. Era agradable vivir al lado de la panadería de su abuela, porque siempre olía a pan recién hecho y, en invierno, Rocío podía apoyarse sobre la pared del horno y calentarse las manos. El pozo no era muy profundo y no costaba mucho subir el balde de agua y llenar el cubo. Ella era demasiado pequeña para llevarlo cuando estaba lleno, así que normalmente solo lo llenaba hasta la mitad y lo vaciaba en la tina metálica de la cocina antes de volver a repetir el ejercicio.

—No te olvides del cubo de la puerta delantera —le gritó su madre.

—De acuerdo, mamá.

—Luego ven y desayuna antes de irnos.

—Sí, mama.

No había colegio aquel día. Nadie iba al colegio en verano;

había demasiado trabajo que hacer con la cosecha. Su hermana y sus hermanos trabajarían desde el alba hasta que oscureciera tanto que no se pudiera ver, pero Rocío no tenía que ayudar con la cosecha; todavía era demasiado joven. Su trabajo normalmente era cuidar de Bebé, pero hoy tenía que ir con su madre a casa de la Señora y ayudar a limpiarla.

Le dolían los brazos de llevar los cubos, pero no se quejó. Aquel solía ser el trabajo de Mari, pero ahora Mari tenía que estar en los campos a las seis y Rocío tenía que hacerlo. El pesado cubo golpeó su pierna, derramando agua en el suelo. De vez en cuando se paraba y lo dejaba en el suelo durante unos minutos para darle un descanso a sus brazos. Al final, alcanzó la casa, colocó el cubo al lado de la puerta delantera, y entró.

—¿Has terminado?

—Sí, mamá.

—Bueno, ven y come algo de pan. Tu abuela lo acaba de sacar del horno; todavía está caliente.

La habitación era pequeña y oscura; sus gruesas paredes impedían que el calor del verano penetrara dentro y en invierno mantenía el frío viento a raya. Su madre estaba de pie al lado de la mesa, sirviendo un poco de leche de cabra en una taza para ella; sostenía un bebé dormido en uno de sus brazos.

—Toma, bebe esto —le dijo, entonces, después de limpiar el polvo de la mesa, cortó una rebanada del nuevo pan, puso aceite de oliva encima y se lo dio a la niña.

—Ahora, en cuanto te hayas comido esto, lávate la cara y nos iremos.

Rocío se sentó a la mesa y empezó a beberse la leche. Todavía estaba caliente, recién extraída de las cabras. Algunas veces su madre le dejaba ayudarla a ordeñarlas. Su padre tenía muchas cabras, más de sesenta decía su tío, pero solo se les permitía ordeñar una para ellos. Un camión venía de la ciudad a recoger el resto de la leche y se la llevaba para hacer queso. Algunas veces, cuando su abuela no estaba demasiado ocupada en la panadería, hacía queso para la familia y se lo comían el domingo después de misa.

—Eres una buena chica Rocío. Toma, sostén a Bebé mientras te tomas el desayuno y yo me preparo. No podemos perder el autobús —añadió.

El bebé pesaba, pero lo sostuvo en su regazo mientras se bebía la

leche. Era muy dulce; se reía y gorjeaba, levantando su regordeta y rechoncha mano para intentar cogerle la leche.

—No, no, Bebé. Esta es mi leche —dijo.

Pero no estaba enfadada con él; resultaba tan bonito, cálido y suave al tacto, y olía a jabón y a la miel que su madre siempre ponía en su chupete.

—Bien, estoy lista —dijo su madre—. Vámonos.

Le cogió el bebé a Rocío y lo puso en su capazo. Luego, ella y Rocío emprendieron el camino por la polvorienta carretera hasta el cruce para esperar al autobús que venía silbando y traqueteando por la colina que llevaba a su pueblo dos veces al día. Su madre había dicho que era un largo camino hasta la casa de la Señora, demasiado para ir andando, así que por eso era por lo que iban en autobús. Rocío nunca había estado antes en la casa de la Señora y nunca había ido en autobús, aunque lo había visto subir a duras penas la colina muchas veces.

Transcurrido un tiempo, Rocío podía ver en la distancia una raya amarilla dirigirse lentamente hacia ellas. Veinte minutos más tarde, cuando se detuvo estrepitosamente delante de ellas, echando vapor de su motor, el conductor se apeó de su cabina para ayudar a su madre a subir dentro al bebé y su capazo. Le sonrió a Roció y se ofreció a ayudarla también, pero ella sacudió la cabeza y subió las escaleras detrás de su madre. Su madre se sentó en un duro asiento de madera detrás del conductor; colocó al bebé y su capazo a su lado.

—Vamos, Rocío, sube aquí al lado de Bebé.

Su estómago hervía de excitación mientras observaba a los otros pasajeros subir al autobús. Estaba la anciana que tenía cerditos; Roció los había visto un día cuando fue con su abuela a visitarla y la anciana le había dejado echarles pan duro. Una chica estaba de pie detrás de ella. Rocía dejó escapar un grito de placer.

—Mamá, es mi amiga de la escuela —susurró.

Su madre miró en su dirección y le sonrió a la mujer y a su nieta.

—Hola, Marta. ¿Vas al mercado? —preguntó.

—Hola, Ana. Sí —dijo ella levantando una gran cesta llena de cebollas y tomates para mostrarle lo que pretendía vender.

—¿Este es tu pequeño? —le preguntó señalando con la cabeza al bebé.

—Eso es.

—¿Chico?

—Sí. Se llama Antonio, como su abuelo.

Rocío miró a su madre sorprendida; pensaba que su nombre era Bebé. Así es como todos le llamaban en casa.

—Tienes suerte. Son cuatro chicos los que tienes ya, ¿no es así?

Su madre sonrió y asintió con la cabeza. Rocío podía ver que estaba muy orgullosa de su familia.

La anciana continuó:

—En nuestra familia no hay más que chicas. Tengo seis chicas y ninguna ha tenido un chico. No parece posible, ¿verdad?

Puso su cesta en el asiento opuesto al de Ana y se sentó al lado, estirando las rodillas de cansancio.

—Esta es la mayor de Ana Mari —dijo señalando a la chica—. Loli.

La chica miró hacia abajo tímidamente.

—Mama, ¿puedo sentarme con Loli? —preguntó Rocío.

—De acuerdo, cariño.

Las dos chicas se fueron a la parte trasera del autobús donde podían sentarse juntas y dejaron a las dos mujeres charlando. El autobús se movía más rápidamente bajando la colina y pronto traqueteaban por la carretera principal que corría paralela al mar. Rocío miró asombrada las olas rompiendo suavemente en la arena y las barcas pesqueras pasar zumbando. Solo había visto el mar en la distancia.

—Mamá —gritó—, mira esos pájaros.

—Están esperando los peces —le explicó Loli—. A las gaviotas les encanta el pescado y siguen a los barcos pesqueros para robar lo que pueden.

Rocío miró a su amiga con admiración.

—¿Ya hemos llegado, mamá? —preguntó.

—Pronto.

Su madre estaba muy seria; siempre parecía seria cuando iba a trabajar para Doña Carmen. Se ponía su mejor vestido, el de lunares azules y blancos. Su madre solo tenía dos vestidos, pero ese era su favorito y le gustaba guardarlo para los domingos. Hoy no era domingo, pero su madre lo llevaba puesto de todas formas. Eso le decía a Rocío, que aquel era un día importante.

—¿Por qué vamos a casa de Doña Carmen hoy, mamá?

—Porque es verano, cariño y en verano Doña Carmen viene a vivir a la casa con sus hijos y su marido. Debemos tener la casa lista

para ellos.

—Pero ¿dónde vive el resto del año?

—Viven en Madrid, en una casa grande. Su marido, Don Adolfo, es un hombre muy importante.

—Y entonces, ¿por qué viene aquí en verano?

—Bueno, hace mucho calor en Madrid en verano y les gusta pasar las vacaciones en su casa de la playa, donde se está fresco. Llevan viniendo aquí cada verano desde hace años.

—Y, tú trabajas para ellos desde hace mucho, mucho tiempo, ¿verdad, Mamá?

—Sí, cariño. Llevo trabajando para Doña Carmen desde que tenía dieciséis años.

Rocío miró a su madre; eso debía de haber sido hacía mucho tiempo.

El autobús se paró y una vez más el motor suspiró y jadeó como un anciano con bronquitis que hubiera subido una colina demasiadas veces.

—¿Esta es su parada, señora? —preguntó el conductor.

—Sí, por favor —respondió su madre cogiendo el capazo con el bebé y apeándose—. Vamos, Rocío, no holgazanees.

*

La casa de Doña Carmen estaba situada entre la carretera principal y el mar. Era una casa grande blanca e irregular que descansaba confortablemente bajo la sombra de tres grandes palmeras y un enorme árbol de goma indio. Rocío la miró admirada; nunca había visto una casa tan bonita. Incluso el tejado tenía tejas, como la iglesia de su pueblo, en lugar de las cañas que culminaban su casa. Su madre puso el capazo en el suelo mientras sacaba una llave de su bolsillo para abrir la puerta.

—¿Eres tú, Anita? —gritó una áspera voz masculina.

Rocío se giró para ver quién era, pero su madre parecía saberlo sin mirar.

—Hola, Paco. Ya estás aquí.

—Oh, he estado viniendo desde hace unas cuantas semanas; hay mucho que hacer en el jardín. ¿Quién es esta?

—Es Rocío, mi hija pequeña. Me va a echar una mano.

—¿Ese es el bebé?

—Sí.

Su madre echó hacia atrás la sábana para que el jardinero pudiera ver al niño que dormía.

—Chico, ¿no es así? —gruñó Paco y se giró—. ¿Cuándo llegan?

—La semana que viene, el domingo creo.

—Hmm.

—Bueno, será mejor que empecemos. Vamos, Rocío.

Abrió la puerta y la empujó para abrirla. Un olor acre y rancio corrió a saludarlas.

—Oh, ¿qué es ese olor? —preguntó Rocío llevándose las manos a la cara.

—Nada, solo aire estancado; el lugar ha estado cerrado desde el año pasado. Lo primero que vamos a hacer es abrir todas las ventanas y barreremos el suelo.

Mientras hablaba, empezó a recorrer la habitación tirando de las pesadas contraventanas de madera y abriendo las ventanas. Una fresca brisa que venía directa del mar pronto llenó la casa desterrando a las polvorientas telarañas y purificando el aire. Rocío siguió a su madre de habitación en habitación; nunca había estado en una casa más grande que la de la maestra, más grande incluso que la iglesia.

—¿Quieres que te traiga un cubo de agua, mamá?

Su madre empezó a reír.

—No, niña, no se necesita eso en esta casa. Mira.

Cogió a Rocío de la mano y la condujo a la cocina.

—El agua sale de un grifo, de aquí —le explicó abriendo un grifo plateado y observando la corriente de agua caer suavemente en el fregadero—. ¿No es bonito? Y mira esto.

Abrió la puerta de un gran armario blanco.

—Pon tu mano aquí y siéntelo.

—Está frío.

—Es un frigorífico. Puedes poner toda la carne y el pescado aquí y se mantiene fresco.

—¿Igual que hacemos con el hielo cuando el vendedor de hielo lo trae?

—Así es.

Rocío le sonrió a su madre y asintió con la cabeza; había mucho que aprender en aquella casa.

—Solo la gente muy importante tiene frigoríficos —dijo su madre—. No quiero que lo toques ahora. ¿De acuerdo?

—No, Mamá.

Su madre se sentó y estiró las piernas delante de ella.

—Bueno, tenemos una semana para tener lista la casa. Creo que

empezaré barriéndola toda, de arriba abajo. Esa arena se mete en todas partes. Luego quitaré todas las cortinas y las lavaré.

—¿Vamos a venir aquí todos los días entonces?

—Sí, todos los días.

—¿Incluso cuando la Señora esté aquí?

—Por supuesto, entonces tendré que hacerles la comida además de limpiar la casa. Me gustaría que me ayudaras, Rocío, porque siempre hay mucho trabajo que hacer.

—¿Por qué la Señora no limpia su propia casa, mamá? ¿No tiene hijos que le ayuden?

Su madre sonrió.

—Sí tiene hijos, pero los hijos no ayudan en la casa; por eso me contrata a mí para ayudarla.

—¿Podré ver a los niños, mamá?

—Supongo que sí, pero casi todos son mayores ahora. Hay una niña que tiene la misma edad que tú; su nombre es Inma.

—¿Crees que será mi amiga?

—No lo sé, quizás.

—¿Podré jugar con ella?

—Recuerda Rocío que estarás aquí para ayudarme a cuidar de Bebé.

—Sí, Mamá.

—Ahora, vamos. Te juro que hablas hasta por los codos, niña.

—Está bien, Mamá, ¿qué hago?

—Bien, mientras Bebé está dormido, puedes ayudarme a barrer el suelo. Ven, te enseñaré donde se guarda la escoba.

Llevó a la desafortunada muñeca a la habitación y la colocó en su maleta.

—Bueno, ahora está solucionado —dijo Mari Jesu, la niñera de la niña.

—Se portó mal y por eso la puse en el armario del cuarto de baño para castigarla —explicó Inma.

—Y luego te olvidaste de ella —añadió su madre entrando en la habitación—. Ahora lávate la cara y recoge tus cosas. El taxi estará aquí en cualquier momento.

Era como si el sol hubiera salido de detrás de una nube y bañara la habitación con sus rayos; la sonrisa de la niña lo cambiaba todo. Ahora estaba animada y dispuesta a irse de vacaciones, olvidada su rabieta. Su madre y la niñera la miraron afectuosamente mientras saltaba por la habitación cantando para sus adentros.

—Señora, el taxi está aquí —gritó una voz por las escaleras.

—Gracias, Dolores. Por favor, dile que espere; solo tardaremos un rato. Mari Jesu, ¿Inmaculada tiene todo lo que necesita?

—Sí, Señora. He hecho la maleta yo misma.

—Bien, porque estaremos fuera todo el verano. No quiero llegar a la casa de la playa y descubrir que no tiene suficiente ropa.

—Está esta maleta y la del recibidor.

—Bien, si necesitamos algo más tendrás que venir a buscarlo. —Se volvió a su hija pequeña— Vamos, niña, tenemos que irnos ya.

—Sí, mamá. ¿Papi viene con nosotras?

—No hoy, tu padre vendrá el fin de semana. Tiene que quedarse a trabajar.

*

A Inma le gustaba ir a la casa de la playa y le gustaba mucho más cuando iban en tren. Su madre le había dado un nuevo cuaderno para colorear durante el viaje, y este estaba en la mesa entre ellas, pero Inma estaba demasiado excitada para dibujar. Estaba sentada al lado de la ventana mirando la ciudad que se quedaba atrás mientras el tren se dirigía al sur; pasaron por calles abarrotadas donde la casas estaban devastadas y ennegrecidas por el humo, donde los niños jugaban y los viejos se sentaban a la puerta de la entrada soñando con tiempos pasados, cruzaron estaciones en las que vagones vacíos se erguían sin usarse en los apartaderos, campamentos gitanos en las afueras de la ciudad en los que niños sucios aparecían montados en sus mal alimentados ponys, hasta que, al fin, estuvieron en campo abierto. Mientras observaba

los campos tostados pasar como en un flas, sentía que daba comienzo una aventura. Todo era tan diferente a las calles grises y los edificios altos que conocía como su hogar. Allí el cielo era un azul infinito sin una sola nube y la tierra se extendía por kilómetros y kilómetros, una vasta llanura dorada dividida en dos por las vías del ferrocarril, el único relieve eran las pequeñas estaciones por las que de vez en cuando pasaban. Allí, la gente trabajaba en los campos y llevaba grandes sombreros para resguardarse del implacable sol. Vio un par de bueyes tirando de un arado por un campo, una bandada de pájaros blancos siguiendo los recién formados surcos desde el aire; vio burros, cargados con alforjas de trigo; vio hileras de gente con la espalda doblada en los campos, recogiendo y amontonado, mientras se movían como si fueran uno; vio molinos de viento cual centinelas en las laderas de las colinas y rebaños de cabras, una sombra marrón en la tierra que engullía todo a su paso.

—Creo que quiero agua. Mari Jesu, te importaría ver si puedes conseguirnos algo de agua y quizás un zumo de naranja para Inmaculada —dijo su madre.

—Si, por supuesto, Señora.

Mari Jesu dejó el compartimento y Doña Carmen volvió a leer su revista. Inma podía ver una foto de una señora con unas flores en la cubierta; su madre siempre estaba leyendo. Cada tarde, cuando Inma regresaba del colegio, su madre estaba tumbada en el salón leyendo sus revistas. Le decía que necesitaba descansar por las tardes porque tenían una casa grande y había mucho de lo que hacerse cargo. Algunas veces, Inma se sentía sola en aquella casa. Todos sus hermanos y hermanas eran mayores que ella; sus dos hermanas estaban casadas y vivían con sus maridos, y sus hermanos estaban todos fuera.

—Mamá, ¿Luisa y Fabi vendrán a la casa de verano este año?

—No, no lo creo, cariño. Luisa está pasando el verano en Asturias con la familia de su marido y Fabiola se queda en Madrid.

—Pero ¿por qué no pueden venir con nosotros?

—Bueno, querida, tienen que ir con sus maridos. Eso sucede cuando te casas. Ya lo verás tú misma un día.

—No me voy a casar nunca. Creo que es tonto. Voy a quedarme contigo, mamá, para siempre.

—Eso es maravilloso, cariño, ahora, ¿por qué no coloreas algo y dejas que mamá lea su revista?

Su hermana, Fabiola, de toda su familia, era su favorita. A pesar del hecho de que acababa de cumplir veintiún años, era la más cercana en edad a Inma y antes de que se fuera de casa para casarse con Eduardo, había pasado mucho tiempo con su hermana menor. Ahora, aunque todavía vivía en Madrid, no venía a verlos ya demasiado a menudo. Este sería el primer año que Fabi no iba a ir a la casa de la playa con ellos. Inma pensaba que era una vergüenza que su marido la mantuviera en Madrid cuando hacía tanto calor. Inma había visitado a Fabi en su nueva casa; era un apartamento grande cerca del Parque del Retiro. Su madre decía que era una buena zona para vivir e Inma estaba de acuerdo con ella. Fabi podía ir al parque en cualquier momento que quisiera y darle de comer a los patos. El marido de Fabi era médico. A Inma no le gustaba mucho; era mucho mayor que Fabi y tenía un bigote gris que picaba cuando te besaba. Olía a puros y a desinfectante y, cuando Inma intentaba jugar con Fabi, el apretaba los labios y emitía un sonido de desaprobación.

—Mari Jesu no está casada, ¿verdad, mamá?

—No, cariño.

—¿Es por eso por lo que puede venir con nosotros a la casa de la playa?

—El trabajo de Mari Jesu es el de cuidar de ti; por eso viene con nosotros.

Inma se volvió hacia la ventana; el tren había aminorado su marcha al pasar por una pequeña estación. Podía ver a la gente esperando en el andén con sus maletas en el suelo, a su lado.

—Aquí tiene.

Era la niñera. Inma cogió el zumo de naranja y bebió de él lentamente.

—¿Aún no estamos, mamá?

—No, niña, apenas hemos comenzado. Ahora bébete tu zumo y calla. Me estás cansando con tanta charla.

Inma abrió el libro de colorear y comenzó a pintar la cabeza de una vaca. Sabía que colores usar porque había visto algunas vacas desde la ventanilla del vagón; estaban a la sombra de un granero y sus grandes ojos la miraban fijamente mientras el tren pasaba a toda velocidad. Su madre bebió algo de agua y dejó su revista, se recostó y cerró los ojos. Inma se concentró en la tarea de colorear; sabía que no debía molestar a su madre cuando dormía.

*

Doña Carmen se sentía igual de decepcionada que su hija por que Fabi no viniera con ellos. Había empezado a confiar cada vez más en ella desde que Inma había nacido. El doctor le había prevenido: era demasiado mayor para tener más hijos, pero ¿qué podía hacer? Adolfo siempre había tenido un apetito voraz para el sexo y, no, no era una respuesta que pudiera dársele; de todas formas, sabía que era su deber. Pero, algunas veces, cuando estaba sentada sola, escuchando música en la radio o intentando dormir por las tardes, pensaba que había hecho más de lo que le correspondía por la patria. Seguramente, nueve niños habían sido suficiente, pero no, entonces, de repente, en la época en que su cuerpo debía estar ingresando suave pero inexorablemente en la mediana edad, dio a luz a Inmaculada. El doctor había sido muy amable cuando le dijo que estaba embarazada de nuevo. Sabía que había enterrado a tres bebés, el último había nacido muerto y le daba mucho miedo tener otro. Le había dicho, tan discretamente como pudo, que pensaba que podía justificar su caso como apto para el aborto, pero Adolfo no quería oír hablar de ello. Dijo que un hombre de su posición no podía ser visto condonando un pecado mortal, aunque la vida de su esposa estuviera en peligro; ambos serían excomulgados. Estaba furioso con el doctor e incluso amenazó con dar parte a las autoridades eclesiásticas, pero ella consiguió persuadirlo de no hacerlo.

—Pondremos nuestra fe en Dios —dijo—. Dios nos ha dado seis maravillosos niños. Si vamos a tener otro, que así sea.

Tenía razón; Inmaculada fue un bebé hermoso y sano. Pagó una misa especial dando gracias a Señor, que se celebró en la catedral y no escatimó nada en el bautizo del bebé.

Ahora cuando pensaba en ello, se daba cuenta de que probablemente las acciones del doctor habían salvado su vida tanto como la intervención divina. El doctor había insistido en que fuera al hospital la semana antes de la que se esperaba al bebé; ella no había querido dejar su casa sin supervisión, pero al final había accedido. Fabiola todavía vivía en casa entonces y entre los dos, ella y el doctor, persuadieron a Carmen de que era perfectamente capaz de supervisar el funcionamiento de la casa en ausencia de su madre; al final, incluso Adolfo vio que el plan bien valía la pena. Adolfo la condujo él mismo en coche al Hospital de las Hermanas de la Caridad y, una vez que estuvo al cuidado de las monjas de hábitos grises, su madre dejó de preocuparse. Llegado un punto, cuando el

dolor estaba en su apogeo, se preguntó si su último hijo en realidad quería nacer; se aferraba a su útero con tal tenacidad. Después, a las cuatro y media de la mañana, el bebé llegó. Incluso cubierta con sangre y mocos, y berreando con toda su alma, era obvio que era una niña preciosa.

—Una pequeña niña muy sana —dijo la monja envolviéndola en una mantilla y colocándola en los brazos de Carmen un momento antes de llevársela para lavarla.

Fue tras el parto cuando las cosas se tornaron peligrosas; Carmen empezó a sangrar y tuvieron problemas para contener la hemorragia. Sangraba y sangraba. Volvieron a llamar al doctor que cauterizó la lesión y le inyectó una transfusión de sangre. Luego, todo lo que podían hacer era esperar y rezar por que sobreviviera. Sabía que, si hubiera estado en casa, sin nadie más que la matrona para ayudarle, seguramente se hubiera desangrado hasta morir. Estuvo enferma muchos meses después y permaneció en cama, mirando al techo, con la niña en una cuna a su lado. Fue entonces cuando Adolfo decidió contratar una niñera para el bebé.

Carmen amaba a Inmaculada. Amaba a todos sus hijos, pero ahora se sentía demasiado cansada para ocuparse. Le gustaba pensar que Adolfo sentía que hubiera sufrido tanto y que aceptaba parte de la culpa por su prolongada mala salud, pero él nunca dijo algo así. Sin embargo, se sentía aliviada por que no fuera más a su cama buscando consuelo, y sus necesidades sexuales o estaban insatisfechas o había encontrado a otra para satisfacerlas. Ni lo sabía ni le importaba. Le había dado cuatro hijos sanos y tres hijas, más que su cuñada al hermano de su marido. Había cumplido su parte; ahora podía descansar y disfrutar de sus nietos.

El bebé de Luisa se esperaba para Navidad; deseaba que viniera. Le diría a Adolfo que tenía que ir a Asturias para estar con su hija. Seguramente, no pondría objeción alguna. Quizás incluso iría con ella. El movimiento del tren era soporífero y su cabeza comenzó a caer gradualmente y se sumió en un profundo sueño.

*

Rocío frotó cuidadosamente la radio con un trapo; le había sacado brillo ya aquella mañana, pero cada vez que lo miraba podía ver motas de polvo.

—¿Cuándo llegarán, mamá?

—Rocío, para de hacerme la misma pregunta. La respuesta no ha cambiado.

—Pero ¿cuándo?

—Doña Carmen dijo que entre las cuatro y las cinco.

—¿Qué hora es ahora?

Su madre miró el reloj del salón.

—Las cuatro y media. Para de frotar esa radio. Te dije que no la tocaras. Ve a la cocina y mira a ver si Bebé está despierto.

—¿Quiere eso decir que estarán aquí pronto? —preguntó.

—Sí, pronto. Ahora, date prisa.

Rocío fue a la cocina; el bebé estaba dormido en su capazo, así que salió al jardín. Había una puerta al final del jardín que llevaba a la playa; algunas veces, cuando no estaba ocupada ayudando a su madre, se colaba por la puerta y bajaba andando a la playa. Siempre se quitaba los zapatos primero para sentir la arena entre los dedos de los pies y cuando alcanzaba el borde del agua caminaba por la orilla, chapoteando con sus pies en el agua fría. No había tiempo para hacer aquello ahora; llegarían en cualquier minuto, había dicho su madre. Se preguntaba cómo serían.

—Rocío, Rocío, están aquí —la llamó su madre desde la casa.

Se fue corriendo, cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí y se plantó en la cocina. Su madre le había dicho que esperara hasta que la llamaran. Oyó la puerta delantera abrirse y luego gente hablando; reconoció la voz de su madre y una mujer respondiéndole.

—¿Tuvo un buen viaje, Doña Carmen? —preguntó su madre.

—Lento y cansado, pero sí, gracias, Ana. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí, gracias, Señora.

—¿Y tu familia?

—Están bien, gracias. Tenemos otro hijo —añadió.

—¿Un nuevo bebé? Oh, querida, ¿cuántos tienes ahora?

—Seis, cuatro chicos y dos chicas.

—Dios mío, Dios te ha bendecido de verdad. Tu marido debe estar feliz con otro hijo.

—Lo está.

—Y, ¿dónde está el bebé hoy, con tu madre?

—No, Señora, es demasiado vieja y está demasiado ocupada con la panadería. Lo he traído conmigo.

Doña Carmen tuvo que parecer sorprendida porque escuchó a su madre explicarle a toda prisa:

—No es problema, Doña Carmen. Mi hija pequeña, Rocío, ha

venido conmigo para cuidarlo. No interferirá en mi trabajo. Solo tengo que alimentarlo cuando tiene hambre; todavía es muy pequeño, ¿sabe? —añadió.

—Bueno, si estás segura de que no interferirá con tus obligaciones, entonces está bien. ¿Dónde está tu hija?

—Está en la cocina, Señora.

—Tráemela cuando comamos. ¿Has hecho comida para nosotras?

—Sí, claro: gazpacho, tortilla de patata y pescado frito.

—Estupendo. Mari Jesu, lleva a Inmaculada a su habitación y haz que se asee. Comeremos en media hora y luego te pones a deshacer las maletas.

Caminó hasta la ventana y la abrió.

—¡Qué bien estar de vuelta! —dijo respirando el aire salado—. Me gusta tanto esto.

Se volvió a su hija.

—Dile hola a Ana, niña, luego ve con Mari Jesu y cámbiate ese vestido. No podrás ir a la playa así.

—De acuerdo, mamá —dijo la niña.

Esa tenía que ser Inma, pensó Rocío. Su curiosidad era intensa, pero sabía que no debía desobedecer a su madre y abrir la puerta. La señora había dicho que se encontraría con ellas después de comer. Ahora era mejor que cuidara de Bebé. Mamá le había dicho a la señora que era trabajo de Rocío cuidar del bebé. Se podía decir por lo que la Señora había dicho que era importante que Bebé no impidiera trabajar a su madre. Bueno, eso estaba bien. Ella podía cuidar de él.

*

Ana se metió en la cama al lado de su marido; podía asegurar por su respiración que todavía estaba despierto.

—Y, ¿cómo fue? —preguntó volviéndose hacía ella.

—Lo mismo de siempre.

—¿Te las arreglaste bien con el bebé?

—Sí, Rocío estuvo muy bien con él.

Se estiró en el incómodo colchón y, no por primera vez, se preguntó cuándo lo podría reemplazar. Había sido un día agotador. Ana estaba acostumbrada al trabajo duro, pero aquella noche se sentía más cansada de lo usual; sus piernas le dolían y tenía rozaduras en uno de los talones de sus pies. Quizás era a causa del bebé; dar el pecho la agotaba. O quizás era solo el estrés de tener

lista la casa de la playa. Ella, Paco y la pequeña Rocío habían trabajado duro toda la semana, barriendo, lavando, abrillantando, haciendo las camas, limpiando los patios, recogiendo las hojas; nada había quedado por hacer. Doña Carmen nunca sabía cuánto habían trabajado antes de que ella llegara, por supuesto, nunca veía el estado de la casa después de haber estado desatendida durante diez meses. Quizás le haría bien verlo antes de que se empezara a trabajar en ello, así apreciaría más sus esfuerzos. Pero aquello era un pensamiento fútil; Doña Carmen no querría ser molestada con tales trivialidades. Quería que la casa estuviera siempre como estaba y la comida en la mesa a la hora habitual. No permitía pechos y piernas doloridos. Por un momento, Ana sintió lástima de sí misma, pero luego recordó que le gustaba trabajar para Doña Carmen. Era mucho mejor que pasar los meses de verano cosechando bajo el calor del sol, y siempre le pagaban a tiempo, el último día del mes.

—Ni siquiera quiso mirar al bebé —se quejó a su marido.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, no es normal; a todas las mujeres les gustan los bebés.

—Quizás a ella no.

—Creo que no le gustan nada los niños. Nunca pasa tiempo con la pequeña Inma. Recuerdo cuando era bebé, la dejaba con la niñera todo el tiempo.

—Eso es lo que hace la gente rica; por eso tienen niñeras y cocineras y limpiadoras. No quieren hacer el trabajo duro.

—Pero los bebés no son trabajo duro.

Pensó en su pequeño Antonio, con su suave piel y en que le gustaba sostenerlo muy cerca, tanto que podía escuchar latir su pequeño corazón contra el suyo.

—Duérmete, Ana. Tenemos que levantarnos pronto otra vez.

Se giró de su lado y pronto lo pudo oír roncar. Tenía razón; tenía que intentar dormir o estaría mucho más cansada al día siguiente. Fuera podía oír un perro vecino aullando y el ligero ulular de una lechuza. No se escuchaba sonido alguno en la otra habitación; todos sus hijos dormían apaciblemente.

*

Pero Rocío no estaba dormida. Estaba contrariada. No había conocido a la niña Inma y no había sido presentada a Doña Carmen. Después que Doña Carmen hubo comido, dijo que iba a recostarse y no quería ser molestada. Rocío se quedó en la cocina y ayudó a su

madre a fregar los platos, luego su madre preparó queso y una ensalada para la cena, lo cubrió con un trapo limpio y fue a decirle a la niñera que se iba a casa. El autobús estaba esperándolas cuando llegaron a la parada y, tan pronto como subieron, partió colina arriba rumbo a su pueblo.

—No te preocupes, Rocío. La verás mañana, estoy segura. Pero no te hagas muchas ilusiones; recuerda que estás allí para trabajar y ella está de vacaciones. Aunque la conozcas, no tenéis mucho en común —dijo su madre.

Eso solo había hecho que Rocío se sintiera aún más contrariada. ¿Por qué era esa niña tan diferente a ella?

—Estate quieta, Rocío. No te muevas tanto. No puedo dormir —se quejó su hermana.

Roció se apartó tanto como pudo sin caerse de la cama. Dormir cerca de Mari daba mucho calor, pero sabía que no tenía que molestarla. Si Mari todavía fuera a la escuela. Rocío sabía que ella quería; la había oído llorar cuando su padre le había dicho que era demasiado mayor para ir a la escuela ya, que tenía que trabajar. Mari tenía once años. Pronto se casaría, decía su padre.

Rocío se giró tan cuidadosamente como pudo. Pensó en la cama de Inma con sus sábanas rosas y sus blandas almohadas; era una cama grande para una sola persona. Se preguntaba si estaba durmiendo.

como su abuela; quizás era la abuela de la niña, no su madre. Quizás la otra señora era la madre de la niña. Cuando la mujer sonrió, sus mejillas se convirtieron en grandes hoyuelos y sus ojos brillaron; tenía un rostro amable.

—Sí, Señora —respondió Rocío.

—Bien, Rocío, esta es mi hija Inmaculada.

Señaló a Inma con una mano llena de anillos de oro. Su hija estaba sentada a la mesa comiendo pan y mermelada de fresa. Levantó la vista para mirar a Rocío y sonrió. Rocío podía ver que le faltaba un diente de delante, justo como a ella. Tenía pendientes de perlas en sus orejas y un lazo amarillo en el pelo. Era muy bonita. Rocío intentó devolverle la sonrisa, pero se sentía extraña.

—Le gustaría que fueras a la playa con ella esta mañana. ¿Qué dices? —continuó Doña Carmen.

Rocío vaciló; no sabía qué decir.

—Me gustaría ir a la playa, Señora, pero mamá dice que tengo que cuidar de Bebé.

—Sí, me hago cargo, pero no será por mucho tiempo. Estoy segura de que mamá puede arreglárselas por un momento sin ti.

Miró a Ana y sonrió, luego se volvió a la niñera.

—Llévatelas una hora, Mari Jesu, luego regresa aquí para que Rocío vuelva a sus quehaceres.

—Muy bien, Doña Carmen.

Rocío miró a su madre; no sabía si alegrarse o preocuparse por aquel nuevo plan. ¿Cómo se las arreglaría su madre sola con Bebé mientras estaba en la playa?

—Está bien, Rocío —dijo su madre—. Ve y diviértete. Bebé acaba de comer, así que estoy segura de que dormirá un rato. No te preocupes. Vete.

*

Las dos niñas dejaron a la niñera sentada en la arena mientras ellas iban al mar para chapotear. Era todavía bastante temprano y no había nadie más en la playa.

—Mira, somos las únicas que estamos aquí hoy —dijo Inma señalando el rastro de pisadas que sus pies habían dejado en la arena virgen.

El mar estaba en calma y las olas no hacían otra cosa que lamer la playa, dejando que su blanca espuma se filtrara en la arena. Rocío sumergió los dedos de sus pies en el agua; estaba fría. Se recogió el vestido y lo metió en sus bragas.

—¿No tienes un traje de baño? —le preguntó Inma.

Rocío sacudió la cabeza.

—¿Y qué haces entonces cuando vas a nadar?

—Nunca he ido a nadar.

Inma se puso las manos en las caderas y adoptó una mirada de asombro.

—Nunca has ido a nadar —repitió—. Yo puedo nadar desde hace siglos. Mi hermano me enseñó a nadar en Madrid.

—¿Entonces hay playa en Madrid?

—No, Dios mío. ¿Es que no sabes nada? Madrid es la capital de España; está en el centro del país, justo en medio. No hay mar allí, tonta. Está a kilómetros y kilómetros de distancia del mar. Mi hermano me llevó a una piscina para enseñarme a nadar.

—Oh, qué bien —dijo intentando imaginar cómo sería una piscina. Debía de ser como un gran estanque.

—Mi hermano es muy importante; está en el Gobierno.

Rocío no tenía ni idea de lo que era el Gobierno, pero no iba a hacérselo saber a Inma.

—Tengo un hermano que trabaja en Inglaterra —dijo en lugar de eso—. Trabaja en un gran hotel. Le envía dinero a mi madre cada mes.

—Bueno, yo tengo cuatro hermanos.

—Yo también.

—Y dos hermanas —continuó Inma—. Una de mis hermanas va a tener un bebé pronto y entonces seré tía.

Rocío no podía superar eso, así que en lugar de eso dijo:

—Mi mamá dice que si miramos en las rocas podemos encontrar cangrejos. Pero tenemos que encontrar un palo primero.

—¿Para qué?

—Para introducirlo en las rocas.

—Aquí hay uno. ¿Servirá?

Inma cogió un trozo de caña de azúcar y empezó a quitarle las hojas.

—Es un poco largo, pero servirá.

Caminaron por las rocas metiendo el palo en los agujeros en donde parecía probable que hubiera cangrejos, pero nada emergió.

—Esto es estúpido. No hay nada ahí.

—Quizás es demasiado tarde. Paco dice que el mejor tiempo para coger cangrejos es temprano por la mañana.

—Estoy aburrida. Vayamos a la casa y te enseñaré mis muñecas.

—No, espera, mira esto.

Roció se agachó y cogió una estrella de mar muerta.

—Es igual que una estrella —dijo.

La levantó con uno de sus pies y le dio la vuelta. Luego le limpió la arena y se la tendió a Inma.

—Toma, quédatela.

—Guau. Es preciosa. ¿No la quieres?

Rocío sacudió su cabeza.

—Te la puedes quedar. Ten cuidado. Es frágil.

—Gracias.

Le sonrió y Rocío pensó que parecía muy agradable cuando sonreía; tenía grandes hoyuelos en ambas mejillas, igual que su madre.

—Niñas, es hora de irnos.

Era la niñera que había terminado de leer su libro y ahora estaba de pie quitándose la arena de la falda.

—Ya vamos —gritó Inma—. Mari Jesu, mira lo que tengo.

—Será mejor que vaya a ver al bebé —añadió Rocío.

—Hasta mañana —gritó Inma mientras corría hacia la casa.

*

Rocío no vio a Inma de nuevo aquel día; su madre le explicó que Inma tenía clases con su niñera el resto de la mañana y después de comer siempre se echaba la siesta. Le dijo que, si Bebé se quedaba dormido, Rocío también podía echarse la siesta mientras ella recogía y preparaba la cena.

Rocío se echó en la hamaca que colgaba entre dos palmeras en la puerta trasera. Era una tarde calurosa y pegajosa; la brisa del mar hacía poco para aliviar el calor que la acuciaba haciéndole sentir muy somnolienta. Una mosca se posó en su nariz y ella se la quitó con la mano. El bebé ya estaba dormido en su capazo. No se escuchaban ruidos en la casa, excepto el de las bandejas y los platos en la cocina mientras su madre recogía. Pensó en Inma; estaría tumbada en su gran cama rosa intentando dormir y el ventilador del techo estaría funcionando a toda velocidad. Sintió un estremecimiento de excitación al pensar en su nueva amiga. Su madre tenía razón; era diferente a las otras amigas de Rocío, pero a pesar de eso le gustaba mucho. Al principio pensó que era un poco mandona, pero eso no importaba; le había gustado la estrella de mar que Rocío le había dado y había dicho que se verían mañana. Empujó su pie contra la palmera para que la hamaca se meciera

suavemente. Mañana le contaría todo sobre su escuela.

*

A la mañana siguiente cuando Ana estaba poniendo leche fresca en la mesa del desayuno, Doña Carmen levantó la vista de su taza de café y dijo:

—Ana, tu hija es una niña muy agradable. Es muy educada y bienhablada.

Ana sonrió con placer; era verdad que era muy estricta acerca del comportamiento de su hija.

—Gracias, Doña Carmen.

—A mi hija le gusta y creo que puede ser bueno para ella tener a alguien de su edad para jugar cada día. Así que me gustaría que Rocío fuera a la playa o al parque con Inma y su niñera cada mañana. Normalmente van después de desayunar por una hora o así.

—Muy bien, Doña Carmen, pero si no le importa que se lo diga, eso sería cuando más necesitara a Rocío para ayudarme con el bebé, porque tengo que hacer camas y preparar la comida.

Su señora frunció el ceño.

—Oh, cielos.

Se volvió hacia Mari Jesu.

—¿Todavía tenemos ese viejo cochecito de bebé en el garaje, el que era de Inma?

—No lo sé; supongo que sí. No recuerdo que nadie se haya deshecho de él.

—¿Le digo a Paco que eche un vistazo? —preguntó Ana.

—Sí, hazlo. Luego puedes poner a tu bebé en él y Rocío puede llevarlo con ella.

Sonrío ante su ingenio.

—Oh, y tráeme tostadas, por favor, Ana.

—Sí, Señora.

Ana volvió a la cocina donde Rocío estaba lavando la lechuga para la comida.

—A la Señora le gustas —dijo.

Roció dejó lo que estaba haciendo y miró a su madre.

—Quiere que vayas con su hija después de desayunar y te lleves a Bebé contigo. Deja eso ahora y ve a ver si Paco está en el jardín. Dile que Doña Carmen quiere que saque el viejo carrito del garaje y que lo lave, luego vuelve aquí y lávate la cara y las manos.

—Sí, mamá.

Puso la lechuga en un cuenco y corrió al jardín. Sabía donde estaba Paco; estaba podando las palmeras cerca de la carretera. La hierba estaba húmeda bajo sus pies allí donde Paco había regado antes.

—Paco —gritó—, Paco, Doña Carmen quiere el viejo carrito.

—¿Qué es eso, niña?

—Doña Carmen quiere que saques el viejo carrito del garaje.

Estaba suspendido a mitad de la palmera con una gran hoz en su mano.

—¿Qué? ¿Ahora?

Le escuchó murmurar algo en voz baja mientras bajaba cuidadosamente.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con ese carrito después de que lo encuentre? —preguntó.

—Tráelo a la casa, por favor. Vamos a llevar a Bebé en él.

—Grrrr.

Rocío le sonrió y regresó saltando a la casa. Era una idea inteligente por parte de Doña Carmen; ahora Rocío podía seguir ayudando a su madre a cuidar de Bebé y también podía jugar con Inma.

Podía ver a su madre en la puerta de la cocina.

—Y, ¿bien?

—Dice que lo traerá.

—Bien. Ahora recuerda que quiero que seas una buena chica; debes hacer lo que Mari Jesu te diga. ¿De acuerdo?

—Sí, mamá.

*

Rocío se sentía muy importante empujando el carrito del bebé, pero era demasiado difícil hacerlo por la arena, porque las ruedas se hundían y se quedaba atascado. Ni Inma podía ayudarle a liberarlo. Retrocedieron y le pidieron a Mari Jesu que les ayudara. Después de aquello se quedaron en la sucia senda que bordeaba la playa. Inma insistió en que se turnaran para empujar al bebé. A Rocío le pareció que Inma tenía un poco de cara, porque era su hermano y no el de Inma.

—Sí, pero es mi carrito —insistió Inma.

Caminaron hasta el final de la senda que desaparecía en el lecho seco de un río y se pararon. El bebé estaba casi dormido.

—Juguemos a un juego —dijo Inma.

—De acuerdo. Podemos jugar a la escuela —sugirió Rocío.

—No, a mamás y a papás —dijo Inma—. Yo seré el papi y tú la mamá, y este es nuestro bebé.

Señaló al bebé. Rocío esperaba que no lo fuera a despertar. Su madre se enfadaría si despertaban a Bebé. Se sentaron y delimitaron su zona de juego, colocando tazas y bandejas imaginarios en la arena.

Jugaron así durante un rato y luego Inma dijo:

—Tengo calor. Preguntémosle a Mari Jesu si podemos ir a nadar.

Así que empujaron al bebé de vuelta a la casa donde podían ver a Mari Jesu sentada en una tumbona.

—Quiero ir a nadar, Mari Jesu. ¿Tienes mi traje de baño?

—Mira cómo llevas la ropa, niña. ¿Qué habéis estado haciendo? Y tú también, Rocío. Vuestras madres no van a estar contentas, eso puedo decirlo.

Las chicas se miraron la una a la otra. Ambas tenían una gran mancha marrón en la parte trasera de sus faldas por haber estado sentadas en la arena. Empezaron a reírse.

—No es cosa de risa. Vamos, será mejor que te quites ese vestido y te pongas el traje de baño. Quizás Ana pueda quitar la mancha antes de que tu madre la vea.

Miró a su alrededor; la playa estaba desierta.

—Brazos arriba.

Le sacó a Inma el vestido por la cabeza y le ayudó a ponerse el traje de baño.

—Bien, ahora, iros.

—¿Y Rocío? Su vestido también está sucio.

—No tiene su traje de baño aquí. Tendréis que ir solas de momento.

Se volvió a Rocío.

—Dile a tu madre que lo traiga mañana —dijo.

Rocío no respondió.

Las chicas caminaron hasta el borde de la playa. La arena estaba bastante caliente ya y quemaba los pies de Rocío; se puso contenta cuando pudo meterlos y chapotear con ellos en el mar. Inma se introdujo saltando en el mar y empezó a nadar.

—¿Es fácil hacer eso? —preguntó Rocío cuando su amiga pasó nadando a su lado salpicándola.

—Sí, te enseñaré un día.

*

—Tomás, ¿es fácil nadar? —preguntó Rocío a su hermano

aquella noche cuando llegó a casa.

—Bueno, los peces lo hacen muy bien, así que supongo que debe de serlo.

—¿Sabes nadar?

—No, ¿para qué lo necesitaría?

— ¿Y, tú, mamá?

Ana sacudió la cabeza. Esa Inma ya le estaba metiendo ideas a Rocío en la cabeza.

—¿Y papi?

—Lo dudo. Tendrás que preguntarle a él; creo que ese es él.

Escuchó a su marido entrar en el patio e inmediatamente le sacó una jarra de agua del cubo.

—Dios, cómo lo necesitaba. Ha sido un día caluroso hoy —dijo acabándose el agua de una tirada—. ¿Cómo ha ido en la casa de la playa?

—Bien. Parece que le han tomado cariño a nuestra Rocío.

—Papi.

—Espera un minuto Rocío, déjame entrar. Ve y tráeme más agua.

Su marido se sentó y se quitó los zapatos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó—. ¿Tomado cariño?

Mientras le contaba lo que Doña Carmen le había propuesto, se percató de que no estaba contento.

—No es una buena idea, Ana. Está allí para trabajar. Si pasa tiempo con esa niña, se hará ilusiones.

—Son solo niñas, Rafa.

—Quizás, pero tiene que darse cuenta de que los de su clase son muy diferentes a nosotros. ¿Qué saben del trabajo duro? Pueden tener todo lo que quieran solo con chasquear los dedos. Malditos nacionales; ¿en qué se preocupan de nosotros los trabajadores?

—Bueno, a la Señora parece gustarle Rocío; dice que sería una buena compañía para su hija.

—¿Qué es, una mascota o algo así? Rocío terminará herida cuando esa hija suya se harte de ella.

—Creo que la niña está sola; no tiene a nadie con quien jugar. Solo están ella y su niñera y, además, Rocío se aburre allí sin amigas.

—¿Se aburre? ¿Piensas que yo no me aburro trabajando todas esas horas y trayendo a casa una miseria? ¿Piensas que me no aburro teniendo que darte todo mi dinero para comprar comida?

¿Piensas que yo no me aburro viniendo a casa tan cansado que todo lo que quiero hacer es dormir? No me hables de aburrirse.

Ana no dijo nada; era mejor no discutir con su marido cuando estaba enfadado. Cortó unas patatas y las puso en la sartén con aceite y ajo. Sabía que se calmaba cuando comía.

—Papi, papi —dijo Rocío entrando en la habitación con el agua—. Tengo una nueva amiga; es muy lista y su nombre es Inma. Habla un poco raro, pero sabe de todo y sabes qué, sabe nadar.

Pronunció su última información con tal firmeza que su padre se vio forzado a sonreír. Le cogió el agua.

—Grrr —gruñó—. Ten cuidado, hija. La gente rica no es como nosotros, sabes.

—¿Es por eso por lo que habla raro, mamá, porque es rica?

Su madre sonrió.

—Bueno, supongo que sí, pero también porque viene de Madrid y así es como hablan en Madrid.

—Mi maestra también habla raro.

—Sí, es otra engreída —gruñó su padre.

Miró a su hijo.

—¿Has sacado todas las patatas, chico? —le preguntó.

—Sí, todo está hecho.

—Bien. Después de que hayas comido, lleva las cabras a las Altas Lomas; hay buen pasto allí arriba ahora.

El chico gruñó en señal de asentimiento y empezó a comer el estofado que Ana le había puesto delante. Fuera, los perros ladraban excitados.

—Apuesto a que ese es Juan. Puedes confiar en que aparecerá cuando hay comida en la mesa —dijo.

Ana puso su comida en la mesa delante de él.

—¿Y? —preguntó.

—Échales un ojo, eso es todo. Y no vengas corriendo a mí cuando todo salga mal.

Todavía parecía molesto, pero Ana sabía que no diría nada más. Ambos sabían que Rocío era una niña lista; había aprendido a leer mucho más rápido que cualquiera de sus otros hijos y asimilaba todo lo que se le decía. Solo podía ser bueno para ella jugar con la hija de la Señora. Quizás la niña se cansaría de ella con el tiempo, pero para entonces el verano habría pasado y Rocío volvería a la escuela. Rafa tenía razón. La gente rica no se preocupaba por ellos, y Doña Carmen no era diferente. Sin embargo, la forma clara de

hablar de su marido le preocupaba; hablaría con él más tarde acerca de decir cosas así delante de Rocío. Y si la niña repetía algo así delante de Doña Carmen; podían mandar a la Guardia Civil al pueblo para ver si eran comunistas. Eso fue lo que sucedió con el padre de Lucía. Había estado hablando una noche en el bar, después de haber tomado demasiadas copas, quejándose a todo el mundo que quisiera escucharlo de todo el dinero que se gastaba en procesiones y homenajes a Franco, mientras que él, y otros como él, se esforzaban para ganar suficiente dinero para comer. Al día siguiente la Guardia Civil llamaba a su puerta. Se lo llevaron y nadie había tenido noticias suyas desde entonces; eso había sido seis meses atrás.

*

Una mañana Inma entró en la cocina antes del desayuno.

—Buenos días, Ana —dijo—. ¿Está Rocío?

—Está barriendo el patio. Terminará en un minuto.

La niña salió saltando.

—Rocío, mira lo que tengo para ti.

Sostenía en alto un traje de baño a topos rojos y blancos.

—¿Para mí?

—Sí, ahora podemos nadar juntas y te puedo enseñar cómo hacerlo.

Rocío dejó caer la escoba y le cogió el traje de baño.

—Es precioso.

—Es uno viejo. Mamá iba a tirarlo porque es demasiado pequeño para mí ya, pero pensé que te gustaría.

Miró a su amiga inquisitivamente, como si estuviera sopesando la calidad de un caballo. Aunque tenían exactamente la misma edad, Rocío era casi una cabeza más baja que Inma y tenía una constitución más delgada.

—Oh, es precioso —repitió Rocío.

Lo sostuvo contra su cuerpo.

—Sí, te quedará perfecto —dijo Inma con una sonrisa de satisfacción—. Bueno, voy a desayunar ahora. Hasta luego.

—De acuerdo.

Rocío puso el traje de baño cuidadosamente en la tumbona y continuó barriendo. No sabía qué más decir. Era un regalo maravilloso. Ahora podría meterse en el mar y mamá no se enfadaría con ella por ensuciar sus ropas. Barrió las hojas amontonándolas y luego las metió con una pala en una cesta.

Volvió a poner la escoba en el retrete de fuera de la casa y, cogiendo el traje de baño, entró en la cocina para contarle a su madre las buenas nuevas.

*

Ana no debía habérselo contado, pero ella y Rafa nunca habían tenido secretos, y no quería empezar a esconderle las cosas ahora, especialmente algo tan trivial. No había respondido, solo se la había quedado mirando. A Rafa no le gustaba discutir las cosas delante de los niños. No es que aquello supusiera una diferencia en su abarrotada casa, todo lo que se decía podía ser oído por alguien. Algunas veces cuando tenían algo que discutir, se sentaban afuera en el escalón o, si era algo privado, caminaban hasta las Altas Lomas y miraban el paisaje y Rafa se fumaba un cigarrillo. Esa noche no le dijo nada hasta que estuvieron en la cama y los niños dormidos.

—No te entiendo. ¿Cómo has podido aceptar la caridad de esa mujer?

—No es caridad —susurró furiosa con él por el ataque—. Solo cogió prestado el traje de baño, eso es todo. ¿Qué otra cosa podía hacer? No tiene uno propio.

—No necesita un traje de baño. Te dije que pasaría esto. Ahora piensa que es algo que no es. Te lo dije, mujer.

—Rafa, por favor, es solo un traje de baño.

—Exhibiéndose en la playa delante de extraños.

—Solo tiene seis años, por el amor de Dios.

—Me pregunto qué será lo próximo.

—Estás sacando las cosas de quicio, cariño. Son solo niñas.

Su marido no replicó. Pensó que se había dormido, pero, entonces, justo cuando empezaba a quedarse dormida, dijo:

—Y, otra cosa, quiero que le compres un traje de baño. Si necesita uno, tendrá uno, pero pagaremos por él. Y que no deje ver demasiado, ¿estás a lo que te digo?

—De acuerdo, cariño.

*

El verano concluyó demasiado pronto. Una noche el viento cambió de dirección y a la mañana la terraza estaba cubierta de hojas y la temperatura había bajado. El mar no era ya la calmada balsa de aceite que había sido, por el contrario, el viento del oeste lo coronaba con caballos blancos y conducía las olas a la playa. Fustigaba la arena convirtiéndola en ráfagas doradas que se metían

en los ojos y su sabor en los labios contenía la promesa de lluvia. Hacía que las palmeras golpearan los paños de las ventanas y amenazaba con rasgar los batientes toldos y las sombrillas. Inma se despertó un día en el que las nubes grises se deslizaban por el cielo azul.

Mientras se vestía, sabía que pronto se marcharían y se sintió triste. Echaría de menos a Rocío. Se había acostumbrado a verla todas las mañanas. Y a Bebé también lo echaría de menos; había crecido mucho desde el comienzo del verano y ahora las reconocía a ambas, y les sonreía y gorjeaba cuando lo sacaban. Rocío le dejaba cogerlo en brazos ahora cuando jugaban a papás y a mamás.

—Ah, aquí estás, cariño, date prisa, tu desayuno está listo —dijo su madre entrando en su habitación.

Llevaba puesto su bata de seda azul.

—Mamá, ¿por qué no podemos vivir aquí todo el tiempo? —preguntó.

—No seas tonta, Inmaculada; ¿cómo podríamos vivir aquí todo el tiempo? Tu padre tiene que trabajar.

—Pero podría coger el tren, como hacemos nosotras.

Su madre abrió el armario y empezó a sacar la ropa de Inma. Sostuvo en alto uno de sus vestidos.

—No creo que necesitemos llevarnos este con nosotras —dijo—. O este. Los dejaremos aquí para el próximo verano.

Los volvió a meter en el armario y añadió:

—Mari Jesu va a hacer tu maleta después de desayunar. Nos vamos a casa hoy.

—Pero no quiero irme a casa.

—No esperaba que quisieras, pero hay colegio la semana que viene.

—¿Puede venir Rocío con nosotros?

—Por supuesto que no, Rocío tiene que quedarse aquí y ayudar a su madre.

—¿Puedo jugar con ella esta mañana, antes de irnos?

—Inmaculada, tenemos mucho que hacer hoy. El tren parte a las tres.

—Por favor, mamá, no la veré por mucho tiempo.

—Bueno, está bien, supongo que te sales con la tuya, como siempre. Ponte algo viejo y le diré a Mari Jesu que te deje ropa limpia en la cama para el viaje. Ahora, espabila.

*

Justo después de desayunar las niñas se dirigieron a la playa. La madre de Rocío dijo que no tenían que llevar a Bebé con ellas aquel día, ya que era el último día de Inma. Corrieron por la arena hasta que alcanzaron el lecho del río; allí, en el cañaveral, habían hecho una casa de juegos. Se habían abierto paso entre las cañas y habían puesto una vieja sábana para protegerse del sol.

—Oh, mira, el viento la ha roto —dijo Rocío metiendo su dedo a través de una gran hendidura.

—No importa; haremos otra el año que viene.

Se metieron a rastras dentro y se sentaron.

—Nos vamos hoy.

—Lo sé, mi madre me lo dijo.

—No quiero irme. Quiero quedarme aquí para siempre.

—Quizás podrías venir a vivir con nosotros —sugirió Rocío.

—No, mi padre no me lo permitiría.

—¿Volverás el próximo verano?

—Supongo que sí. Siempre vamos a la playa en verano. ¿Estarás aquí?

—No lo sé. Me gustaría.

—Te he traído un regalo —dijo Inma.

Le tendió a Rocío una muñeca de trapo. Tenía el pelo rubio y un pichi rojo.

—Es mi segunda muñeca favorita —dijo—. Se llama Susi.

—Es preciosa —dijo Rocío sentando a la muñeca en su regazo.

—Mi hermano va a recogernos en la estación. Es soldado —informó Inma a su amiga.

Rocío pensó en sus hermanos; Juan y Tomás habían pasado todo el verano trabajando en la cosecha. Casi no los había visto a ellos o a sus hermanas en dos meses.

—Tienes cuatro hermanos —dijo—. Como yo.

—Sí, uno es piloto, otro soldado, otro es algo muy importante, y otro vive en Sudamérica.

—¿Dónde está eso?

—Muy lejos; nunca lo vemos.

—Mi hermano mayor vive en Inglaterra. Algunas veces viene a casa a vernos. Estuvo aquí las pasadas Navidades y me trajo una cuerda de saltar.

—Juguemos a algo. Tú eliges —dijo Inma.

—Juguemos a la escuela. —Todo el verano había querido jugar a la escuela con Inma, pero cada vez, aunque se mostraba de acuerdo,

terminaban jugando a otra cosa.

—De acuerdo, pero yo quiero ser la maestra.

—Está bien.

escuela de Benare. Un autobús escolar os llevará allí cada día y os traerá de nuevo a casa.

Rocío miró a Doña María. Estaba mirando hacia delante y Rocío pensó que parecía triste. El hombre se volvió hacia ella entonces.

—Así que, Doña María, solo nos queda desearle un feliz retiro y ofrecerle esta pequeña muestra de nuestro afecto.

Le tendió a la maestra una pequeña caja azul.

—Muchas gracias, Don Francisco.

Sonrió a los niños y cuidadosamente abrió la caja; dentro había un crucifijo de oro.

—Oh, es precioso. Muchas gracias. —Se abrochó la cadena alrededor del cuello y luego se llevó la cruz a los labios y la besó. Después, se volvió hacia ellos y sonrió con su preciosa y amable sonrisa.

—Bueno, niños, mostrémosle nuestro agradecimiento a Don Francisco por haber venido a darnos la noticia en persona.

Los niños se levantaron al unísono y solemnemente aplaudieron al hombre que acababa de poner su mundo patas arriba. El hizo una cortés reverencia y se fue.

—Está bien, niños, ahora, por favor, sentaos de nuevo —les indicó Doña María—. ¿Alguna pregunta?

Una de las niñas mayores levantó la mano.

—¿Marcia?

—Doña María, ¿vivirá aún en la casa de la escuela cuando se retire?

—No, Marcia. Me voy a Mallorca a vivir con mi hermano y su familia. —Cuando dijo esto sonrió de nuevo y Rocío podía jurar que se sentía verdaderamente feliz de marcharse.

—Por favor, Doña María, ¿tendremos que pagar para ir a la escuela de Benare?

—No exactamente, Adela, pero tendréis que pagar por el autobús escolar.

—Doña María, hasta Benare hay muchos kilómetros. ¿Qué haremos a la hora de comer? Está muy lejos para venir a casa.

—Buena pregunta, Álvaro. Hay un comedor en la escuela y aquellos que quieran pagar por comer pueden hacerlo allí.

Mientras miraba alrededor de la habitación a los niños sentados, toqueteaba su crucifijo.

—Espero que algunos de vosotros escojáis ir a la escuela en Benare y continuéis con vuestros estudios. El mundo está

cambiando, niños, y es importante que aprendamos a cambiar con él. No olvidéis nunca que vuestra educación es lo más importante que tenéis. Es importante para vosotros y es importante para vuestro país. Buena suerte a todos. Os echaré de menos, niños.

Rocío pensó que Doña María estaba a punto de llorar, pero en lugar de eso se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, estoy segura de que todos estáis hambrientos, así que iros a casa. Que tengáis un buen verano.

Los niños no necesitaron que se lo dijera dos veces; estaban en pie y salían por la puerta tan rápido como podían. Rocío cogió sus libros y salió caminando lentamente; su hermano y sus amigos corrían en el patio alegres y lanzando sus libros al aire, gritando «no más escuela». Sería muy extraño ya no tener que ir a escuela. Juan empezaría a trabajar con su padre, lo sabía; apenas iba a escuela esos días, de todas formas. Pero ¿qué haría ella? Probablemente tendría que ir con Mari y trabajar en el campo. Sentía ganas de llorar. Parecía que apenas había pasado el tiempo desde que empezó la escuela menos de cuatro años atrás.

Recordaba lo nerviosa que había estado el primer día. Se suponía que Juan la cuidaba; llevaba yendo a la escuela dos años ya. Había esperado con ansia aquel día, pero cuando llegó se sintió asustada. ¿Y si cometía algún error? ¿Y si no le gustaba a su profesora? ¿Y si los otros niños se reían de ella? Intentó agarrarse a la mano de su hermano, pero él se la soltó.

Cuando llegaron a la casa de la escuela, un edificio bajo encalado donde la maestra del pueblo vivía, Rocío recordó como había sentido encogerse su estómago y como había deseado estar de vuelta en casa.

—Ve allí —le dijo su hermano señalando la puerta en la que un grupo de niñas pequeñas estaban de pie.

—Vienes conmigo —susurró—, por favor.

—No seas cría.

—Por favor.

Al final, él accedió. La agarró de la mano y la llevó tras de sí hacia la puerta. Una mujer con rostro agradable con un pichi gris salió de la casa para saludarles.

—Buenos días, Doña María. Esta es mi hermana pequeña Rocío —dijo.

Rocío nunca había escuchado a su hermano ser tan educado antes.

—Buenos días, Juan. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien, gracias, Doña María —musitó mirando a sus pies.

—Así que esta es Rocío —dijo la maestra sonriéndole. Doña María era algo mayor, al menos tan mayor como su abuela y llevaba gafas.

—Buenos días, Rocío. Y, ¿cuántos años tienes? —le preguntó.

—Tengo seis —respondió Rocío orgullosa. Fue entonces cuando dejó de sentirse nerviosa; los ojos de la maestra brillaron tras sus gafas y, cuando le sonrió, la piel de sus mejillas se convirtió en cientos de diminutas arrugas.

—Gracias por traer a tu hermana a la escuela, Juan; yo la cuidaré. Rocío, espera aquí un momento y luego te mostraré dónde te sentarás.

Y, ahora, Doña María se iba. No era justo; ¿por qué quería irse a Mallorca? Ahora Rocío tendría que trabajar en el campo con los demás. Lo odiaba. El sol quemaba tanto que siempre se sentía cansada y su espalda le dolía por estar agachada todo el día. Cuando se quejaba de que tenía heridas en las manos, Mari se reía y decía que se acostumbraría, pero Rocío no quería acostumbrarse. Mari decía que no era tan malo; decía que se lo pasaba bien con sus amigas. Pero a Rocío no le gustaban las amigas de Mari; no eran de su pueblo, y se reían y hacían chistes que Rocío no podía entender.

—Rocío, un momento —la llamó Doña María.

Rocío se detuvo y esperó a que la maestra la alcanzara.

—Les he escrito una nota a tus padres, por favor llévatela.

Sacó un sobre con el nombre de su padre en él. Rocío lo cogió y miró a su maestra.

—Quería decirles que sería una buena idea que fueras a la escuela de la ciudad. No les costará más que el precio de los libros y tu comida, oh, y por supuesto, el billete de autobús de cada día. Eres una chica muy inteligente, Rocío; sería una pena si dejaras de ir a la escuela ahora.

Rocío se puso roja por el cumplido, pero no sabía qué decir. Estaba segura de que sus padres no podrían permitirse pagarle el autobús a Benare todos los días.

—Gracias, Doña María. Se lo diré.

—Por favor, hazlo, Rocío. Has progresado mucho en los cuatro años que has estado aquí, sería una pena dejarlo ahora.

Rocío dobló el sobre y lo colocó cuidadosamente en su mochila.

—Espero que lo pase bien en Mallorca, Doña María.

La maestra le sonrió.

—Gracias, Rocío. Ahora, no olvides lo que te he dicho.

—Rocío, vamos. Te estamos esperando todas —la llamó Loli.

—Adiós, Doña María.

—Adiós, Rocío. Que Dios sea contigo.

Roció se colocó la mochila sobre el hombro y corrió a unirse con sus amigas.

*

Se olvidó del sobre hasta que estaba a punto de irse a la cama. Su madre estaba en la cocina hablando con su padre.

—Cierran la escuela, sabéis —dijo.

—Oh.

—Han calculado que no hay suficientes niños en el pueblo para que tengamos nuestra propia escuela.

—Mmm.

—Juan me lo dijo cuando llegó a casa hoy. La maestra se marcha.

—Bien, puede venir conmigo mañana. Ya es hora de que trabaje de todas formas. ¿Cuántos años tiene ya, doce? Dios mío, yo ya llevaba trabajando cuatro años para cuando tenía su edad.

—Bueno, los tiempos están cambiando, Rafa. No querrás que tus hijos sean como nosotros, incapaces de leer y escribir, ¿no?

—Eso no me ha hecho ningún daño.

—No, pero tampoco te ha hecho ningún bien.

—Bueno, el chico puede leer, ¿no?, y escribir su nombre.

—Sí, claro que puede.

—Bien, entonces, que empiece a ganarse el sustento, eso es lo que digo. Desde que Rafa se fue a Inglaterra, Tomás y yo nos hemos esforzado para mantenerlo todo bajo control. Será bueno tener un par extra de manos de nuevo.

Su mujer continuó batiendo los huevos para la tortilla que estaba haciendo para la cena.

—Está decidido entonces —prosiguió su marido—. Dile que viene conmigo por la mañana. A las seis en punto. ¿Dónde está el pequeño?

—Creo que está buscando huevos.

Su marido salió afuera para buscar a su hijo menor.

—Mamá, olvidé daros esta nota de la maestra.

—¿Una nota? ¿Para mí?

—Bueno, está dirigida a papi.

Su madre se secó las manos en el delantal y le cogió el sobre a su hija. Lo sostuvo frente a su rostro y miró la escritura.

—¿Qué dice?

—No lo sé, mamá. La maestra dice que es sobre la nueva escuela en Benare. Dice que debo ir allí para finalizar mis estudios.

—Rafa. Rafa.

—¿Qué pasa ahora?

Su marido volvió a la cocina seguido de un niño pequeño descalzo. El niño sostenía tres huevos de gallina contra su pecho.

—Mamá, estos son para ti. Los he encontrado en la parte trasera del corral.

—Gracias, corazón. Los pondremos en la tortilla con el resto, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza complacido por su contribución.

—¿A qué vienen esos gritos? —preguntó su padre.

—Rocío nos ha traído una carta de la maestra; está dirigida a ti.

—Bueno, dámela entonces.

Ana le pasó la carta a su marido. Él la cogió, le dedicó una somera mirada y luego se la metió en su bolsillo trasero.

—¿No las vas a leer, papi?

—Ahora no, niña, estoy demasiado ocupado. No te preocupes, la leeré más tarde.

—Puedo ir y preguntarle a Juan Manuel si puede dejarte las gafas.

—No hace falta, niña, se lo preguntaré yo mismo más tarde.

Rocío apenas podía contener su desilusión, pero sabía que no valía de nada discutir con su padre.

—Tráeme más agua, ¿quieres?, Rocío —dijo su madre.

—De acuerdo, mamá.

Rocío cogió el cubo y fue al pozo.

*

Aquella noche, después de cenar, Rafa le dijo a su mujer que iba a casa de Juan Manuel a pedirle las gafas.

—Más vale que averigüe qué tiene que decirnos esa maestra —dijo empujando la silla y levantándose.

—Rocío dijo que es sobre la escuela en Benare —le explicó su mujer.

—Oh, ¿sí?

Cogió su gorra y salió dejando la puerta abierta tras él. Su amigo vivía en la colina en la siguiente aldea, pero Rafa no se dirigió a su

casa, en su lugar fue al bar en Los Olivos; ese era el lugar más probable en el que encontrarlo, porque, a aquellas horas de la noche, Juan Manuel estaba normalmente en el bar, hablando con sus amigos y bebiendo el moscatel de la zona. A Rafa no le costó mucho llegar al pueblo. Podía oír el sonido de las voces de los hombres saliendo del bar y atravesó la cortina de cuentas que colgaba en la puerta, agachando la cabeza mientras entraba.

El propietario, su esposa y tres de sus hijos vivían en las dos habitaciones traseras. Algunas veces, la mujer del propietario se sentaba fuera al lado de la entrada y saludaba a los hombres que entraban, pero nunca se aventuraba dentro mientras estaban allí. Aquella noche su silla coja de madera estaba vacía. Olía a pescado frito y cebollas en la estancia y algo más, más agrio; el pastor de cabras del otro lado del valle estaba sentado en el bar comiendo una tapa de boquerones. Rafa lo miró con asco. Estaba seguro de que el hombre dormía con sus cabras y parecía como si no se hubiera lavado en semanas. Bueno quizás eso era lo que no tener una mujer hacía de ti.

—Hola, Rafa. ¿Qué te trae por aquí?

—La mujer te ha dejado, ¿o qué? —gritó otra voz.

Rafa miró alrededor de la atestada habitación. Conocía a todo el mundo: Kiko con su perro de caza a los pies y un montón de conejos muertos en la mesa a su lado, su cuñado Jorge, Jerónimo el albañil, Miguel el herrero, su amigo Juan Manuel, sus primos Álvaro y Félix. Todos estaban allí.

—¿Qué es esto, una reunión secreta?

Al oír esto, la compañía se quedó en silencio.

—Solo estamos bebiendo tranquilamente, hermano —dijo su cuñado.

Juan Manuel fue hasta él y le puso la mano en el hombro.

—Acabamos de tener noticias de Luis Herrero. Su mujer ha recibido carta suya hoy.

—Entonces está vivo. Gracias a Dios.

—Sí, está vivo, pero está en la cárcel de Guadalajara esperando el juicio por subversión.

—¿Subversión? ¿Qué significa eso?

—Intentar incitar a la gente a rebelarse contra el Gobierno.

—Bueno, eso es lo que dice —les interrumpió Álvaro.

—Es una sarta de tonterías; Luis no haría nada así —añadió su hermano.

—Dice que es comunista.

—¿Lo es? —preguntó Rafa.

—Claro que no lo es. Es solo un tipo trabajador, como el resto de nosotros, que había bebido demasiado una noche y se le soltó la lengua.

—Me gustaría saber quién lo delató —dijo el herrero.

—Probablemente ese jodido cura de Los Olivos —dijo Rafa—. Siempre está husmeado, fingiendo estar interesado en lo que hacemos.

—Hace cuatro años que se lo llevaron. Se pensaba que lo habrían juzgado ya.

—Eso solo demuestra que no hay nada por lo que juzgarlo —replicó el propietario del bar rellenando el vaso de Juan Manuel de uno de los barriles de detrás del mostrador.

Cogió la tiza y añadió otra marca en la ya abultada cuenta de la superficie del mostrador antes de pasarle el vino.

Rafa se sentía preocupado. Era muy probable que la Guardia Civil regresara al pueblo para buscar más comunistas; cualquiera que hubiera sido amigo o vecino suyo sería sospechoso.

Como si leyera sus pensamientos, Juan Manuel dijo:

—Estábamos diciendo que es importante mantener un perfil bajo ahora, en caso de que los grises vuelvan a buscar a otros agitadores de izquierdas.

—Dios mío, pensé que había terminado —dijo Rafa sentándose cerca de su amigo—. Eh, José, tráeme una cerveza.

El propietario del bar, un hombre alto y moreno, que era carpintero por el día, le sirvió una cerveza y se la llevó a su mesa.

—No te vemos a menudo por aquí, Rafa.

—No tengo tiempo.

—¿Y si jugamos al dominó, Rafa? —preguntó su cuñado.

—No, solo he venido a hablar con Juan Manuel.

Se volvió hacia su amigo.

—Tengo esta carta de la maestra de Rocío.

No tuvo que explicárselo; Juan Manuel extendió la mano y Rafa le tendió la carta. El hombre sacó un par de maltrechas gafas y se las colocó en la punta de la nariz. Rafa permaneció en silencio mientras su amigo leía la carta.

—Bueno, parece que tu Rocío es una pequeña muy inteligente. Nunca lo habría pensado, con un padre como tú.

Miró por encima de sus gafas y se rio ante la indignada mirada

que apareció en el rostro de Rafa.

—Ahórrate los chistes, ¿qué dice?

Empezó a leer la carta en alto. Las charlas cesaron, ya que todo el mundo en el bar centró su atención el contenido de aquella nueva misiva.

—¿Así que quiere que vaya a la escuela en Benare?

—Parece que le va tan bien que la maestra cree que debe continuar. Dice que la escuela es gratis, pero que tendrás que pagar los libros y el uniforme.

—Un desperdicio de dinero, opino —dijo una voz.

—Nadie te está pidiendo tu opinión, Miguel —respondió Juan Manuel—. Es Rafa quien tiene que decidir si puede permitirse dejarla ir a la escuela.

—Puedo permitírmelo; claro que puedo. Con las cabras y la huerta, nos va bien —insistió Rafa—. Es solo que no sé si merece la pena.

—Exactamente. Si fuera uno de tus chicos, la merecería, pero una chica. Te gastarás todo el dinero y se irá y se casará.

—Pero aún tiene que trabajar —añadió Álvaro cuya mujer trabajaba en una pequeña casa de huéspedes en la costa.

Rafa miró a Juan Manuel.

—¿Qué piensas tú?

—Dice aquí que es una chica realmente inteligente, parece una pena no darle la oportunidad. ¿Por qué no la dejas ir un trimestre o así, y luego decides? Solo tiene diez años después de todo.

—Tengo que pensarlo. Hablaré con su madre; si la necesita en casa, no hay más que hablar.

Se terminó su cerveza y se levantó.

—¿Te vas? —preguntó su cuñado.

Rafa asintió con la cabeza y se puso la gorra.

—Tómate otra cerveza —le sugirió Juan Manuel.

—No, gracias, tengo que irme.

Dejó caer una moneda en el mostrador para pagar su cerveza y salió al aire frío de la noche. Era tarde cuando se alejaba del pueblo y los únicos sonidos que podía escuchar eran los cantos de las cigarras y el grave croar de una rana solitaria. La noche estaba despejada y, a pesar de la tenue luz de la luna, veía lo suficiente para seguir el camino sin dificultad.

Había sido una noche como aquella, más fría, pero con el cielo estrellado, cuando él y su hermano se habían escapado para

alistarse. Solo tenía diecisiete años cuando la guerra estalló y recordaba como su padre les había prohibido irse.

—No os involucréis —dijo—. Todos son igual de malos. Los nacionales, los republicanos, los comunistas, los anarquistas; todos están en ello para ver lo que pueden sacar. Manteneos al margen, chicos; no os involucréis con esta guerra de «chicos de ciudad». ¡No es para gente como nosotros!

Su padre nunca había entendido que luchaban por todos, especialmente por «gente como ellos». Arturo, su hermano, se lo había explicado todo. Arturo leía los periódicos; sabía lo que estaba pasando. Sabía que los fascistas estaban intentando contener a la gente trabajadora. Cuando escucharon que el ejército de Franco venía del sur, trayendo a los Fusileros Africanos con ellos, Arturo dijo que tenían que alistarse. A Rafa le había dolido engañar a su padre, pero Arturo dijo que no había otra forma. Recorrieron la carretera principal y un camión de recogida de leche los recogió. Cuando llegaron a Málaga fueron directos al cuartel general de la milicia. Resopló al recordar la patética y pequeña habitación en la que el oficial al mando había apuntado sus nombres y les había prometido armas si volvían al día siguiente. Nunca recibieron ningún arma ni munición; nunca recibieron ninguna orden. Al día siguiente la ciudad estaba en pánico. Se habían visto tropas italianas en la carretera de Antequera; se decía que los moros los seguían de cerca y los cañoneros habían empezado ya a bombardear el puerto. Los residentes de Málaga empezaron a marcharse a cientos, cogiendo las escasas posesiones que podían cargar y dirigiéndose a Almería, a la seguridad. Cuando él y su hermano se presentaron en la oficina de las milicias, les dijeron que se armaran ellos mismos como mejor pudieran y se quedaran a defender la ciudad. Rafa recordaba como vagaron por las calles bombardeadas, abriéndose paso sobre los escombros de casas devastadas y los cadáveres. Nunca había visto nada así en su vida. Arturo se enfadaba cada vez más por momentos mientras avanzaban atravesando la devastación. Estaba desesperado por encontrar algún rifle, pero ya habían cogido todos y, de todas formas, no había munición.

—Seguro que hay alguien que pueda decirnos qué hacer —repetía una y otra vez, mientras su frustración iba en aumento. Encontraron a un joven miliciano, que, como ellos, no tenía tampoco armas. Les dijo que los moros venían por la Calle Victoria

y estarían en el centro de la ciudad en cualquier momento; dijo que todo lo que podían hacer era retirarse, intentar llegar a Almería y alistarse allí. Al principio, Arturo no le escuchó. Rafa recordaba lo excitado que se puso, como brillaban sus ojos de odio; quería quedarse y luchar, justo allí, en aquel instante. Pero Rafa veía que era inútil y finalmente él y el miliciano convencieron a Arturo para irse con ellos y unirse a la procesión de aterrorizados refugiados que transitaba la carretera que discurría paralela al mar, preparados para caminar cientos de kilómetros hasta territorio republicano.

Rafa había visto el destello momentos antes. Luego escuchó el rugido al explotar la carretera delante de ellos, y fueron propulsados hacia atrás en una avalancha de arena y rocas. Permaneció allí tumbado por lo que le pareció una eternidad con un zumbido en sus oídos que enmudecía todo lo demás. Al fin, cuando pudo ponerse de pie y mirar a su alrededor, todo lo que pudo ver en la oscuridad fueron cuerpos retorcidos. Un enorme cráter se extendía delante de él en donde momentos antes había habido una carretera. Gritó el nombre de Arturo una y otra vez, pero no hubo respuesta. El miliciano también había desaparecido. Se arrastró hasta dentro del cráter examinando los cuerpos mutilados lo mejor que pudo en la oscuridad hasta que, al fin, cuando la luna salió de detrás de una nube, vio el rostro ensangrentado de Arturo y su mirada ausente. Aún no podía recordar con claridad qué sucedió después; más tarde se encontró vagando detrás de un grupo de refugiados. Algunos niños lloraban aferrados a su madre, que gemía de dolor mientras avanzaba a trompicones, con la sangre cayendo de su brazo herido. El zumbido en su cabeza empeoraba y todo lo que quería hacer era irse a casa. Reconoció el lecho del río que llevaba a su pueblo y se separó de la columna de maltrechos viajeros y enfiló colina arriba. Recuerda la vergüenza que sintió cuando le dijo a su padre lo que había pasado, pero su padre no lo castigó; en su lugar lo mantuvo dentro de casa hasta que sus heridas sanaron y le dijo que no hablara con nadie de lo que había sucedido. Y nunca lo hizo; nunca le había hablado a su esposa de aquella noche. Todo el pueblo creía que Arturo se había ido a luchar y que había muerto en combate, pero nadie sabía que él también se había ido.

La forma oscura de un animal cruzó el sendero delante de él, una zorra. Casi estaba en casa ya. ¿Qué le diría a Ana? Si le contaba lo de Luis, se apenaría; pero si no se lo contaba se lo oiría a otra

persona. La furia lo embargó mientras pensaba en que había vivido toda su vida con miedo. Primero su padre, asustado por la seguridad de sus hijos, diciéndoles que mantuvieran un perfil bajo, que no hablaran con sus vecinos de nada que tuviera que ver con la guerra por si eran nacionales, ahora su esposa asustada porque la bocaza de su marido le deparara el mismo destino que a su vecino Luis. Qué desperdicio de vida vivir en constante desconfianza, pero sabía que su padre había tenido razón; no podías saber quién te traicionaría. Ni siquiera podías confiar en los curas. La gente era muy reservada con el pasado; había todavía algunos republicanos en el pueblo, pero una vez perdida la guerra, dejaron de hablar del tema. Incluso ahora, casi veinte años después, la gente tenía mucho cuidado con lo que decía y a quién se lo decía. Él era socialista, como su amigo Juan Manuel, pero nunca hablaba del socialismo, ni siquiera con sus propios hijos; no quería que se posicionaran y se metieran en problemas. No, no había nada que hacer respecto al Gobierno. Habían vivido con él veinte años y tendrían que continuar viviendo con él. Mira lo que había pasado con Luis, cuatro años en una cárcel fascista por decir lo que opinaba. ¿Y si le sucedía a él? ¿Quién cuidaría de su familia? No, no podía soportar pensar en ello.

Podía ver su aldea delante de él. Ana lo estaría esperando, preguntándose qué había decidido. Quizás debía dejar a Rocío ir a la escuela. Significaría tener que ahorrar para pagar el billete de autobús, pero estaba seguro de que podían afrontarlo. Recordaba que Juan Manuel había dicho una vez que solo se escaparían de la opresión cuando la gente trabajadora pudiera leer y escribir; había dicho que la educación era su salvación; había dicho que la educación derribaría las barreras entre los trabajadores y las clases altas. Quizás tenía razón.

—¿Rafa, eres tú?

Ana estaba de pie en la puerta, la luz de la lámpara de parafina brillaba en su largo pelo negro como un halo.

—Sí, soy yo.

—¿Qué dice la carta?

—Lo que tú decías. Quiere que Rocío vaya a la escuela de Benare.

—¿Y puede ir?

—Por supuesto que puede ir, mujer. Ahora vamos, es hora de que estuviéramos en la cama.

Él entró en la casa tras ella y cerró la puerta tras de sí.

uniforme.

Su padre le había dado la cruz hacía unos cuantos meses cuando fue confirmada. Se había ido a casa para la confirmación. Papi había venido a recogerla en coche porque mamá quería que se confirmara en la misma iglesia que el resto de la familia, la iglesia de San Andrés. Había sido el mejor día de su vida. Mamá le había comprado un precioso vestido de muselina blanca, con una gran y voluminosa falda que se balanceaba cuando andaba y zapatos de satén blanco. Después habían ido a un restaurante a comer y todos sus hermanos y hermanas estaban allí, pero no Adolfo, y todos sus primos y tías y tíos.

Solo cinco días más, esta vez la próxima semana estaría en su casa de nuevo; una ola de anhelo se escapó de su pecho en forma de silencioso suspiro. Echaba de menos su casa, su gato, su hilera de ahora desatendidas muñecas, su espejo con su adorno de madera dorada y rosa, la casa de muñecas que su hermano mayor le había mandado desde Argentina y, sobre todo, su habitación con sus abultadas cortinas rosas y una colcha a juego, con sus armarios de color blanco en los que colgaban sus bonitos vestidos. No había estado en casa desde principios de mayo.

La madre superiora golpeó su pupitre con una regla.

—Bien, niñas, tenéis cuarenta minutos para terminar el examen de aritmética. Recordad que no se puede hablar ni mirar a la vecina. Buena suerte. Ahora, dadles la vuelta a vuestros exámenes y empezad.

Inma cogió la hoja de preguntas y empezó a leerla justo como la hermana Purificación les había dicho, luego cogió su boli y empezó.

*

Doña Carmen estaba agitada. Entró en la habitación y miró las ropas que yacían sobre la cama y luego retrocedió otra vez. Cada año era lo mismo, qué llevarse y qué dejar, y Adolfo no era de ayuda, en absoluto.

—Llévate lo de siempre —siempre le decía.

No parecía darse cuenta de que no podía ir a la corrida llevando el mismo traje cada año. ¿Qué pensaría la gente? No, necesitaba llevarse al menos dos vestidos nuevos. No valía la pena esperar a llegar a Málaga; no habría nada moderno en las tiendas allí. No había otra solución, tendría que ir a la Calle Hortaleza mañana o quizás a El Corte Inglés. Escuchó a su marido entrar y fue a saludarlo.

—Querido, tengo que hablar contigo.

—Sí, Carmen, ¿de qué se trata? He estado muy ocupado esta mañana. Espero que no vayamos a comer tarde.

Se sirvió una copa de jerez de la licorera que estaba en el aparador y miró a su mujer inquisitivamente.

—No, para mí no, gracias —dijo ella.

—Y, ¿de qué se trata?

—Es sobre las vacaciones.

—Oh, eso de nuevo no.

—Por favor, Adolfo, escúchame. ¿Qué voy a hacer todo el día con Inmaculada ahora que Mari Jesu ya no está con nosotros? Ya sabes que no hay niños cerca; los hijos de los Canete son todos mayores ya y, aunque vayan a la playa, no tienen tiempo para una niña de diez años. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué hay de Fabiola? —le preguntó sentándose en el amplio sillón de cuero, solo destinado a él, y que había adquirido la impronta de su pesado cuerpo después de tantos años de uso continuado.

—Dijo que vendría un par de semanas en agosto, pero Eduardo quiere ir al Norte, así que no es seguro.

Frunció el ceño a la espalda de su marido.

—Ni preguntes por Luisa. Se van a Asturias cada verano.

Ahuecó los cojines del sofá y se sentó.

—Estoy segura de que por eso Fabiola habla de ir al Norte; probablemente van a ir a ver a Luisa —continuó mostrando su desagrado con una mueca en sus labios.

—Bueno, siempre estuvieron muy unidas de niñas —replicó él cogiendo el periódico y yendo directo a la sección de negocios.

—Pero ¿qué pasa con nosotros e Inmaculada?

Su marido bebió de su jerez.

—¿Has hablado con ellas?

—¿Quién?

—Las niñas. ¿Les has preguntado si quieren ir a la playa contigo?

—¿Para qué? Saben que vamos cada año. Si quisieran venir con nosotros, lo dirían.

—Bueno, ¿y esa chica que siempre rondaba por la casa, la hija de Ana? Parece una chica bastante agradable. ¿No puede jugar ella con Inmaculada?

Doña Carmen se levantó y cruzó la habitación; miró su reflejo en

el espejo. Realmente estaba adquiriendo un aspecto corpulento, casi obeso. Eso es lo que sucedía cuando se tenían tantos hijos, pensó. Sí, alguno de sus nuevos vestidos eran indispensables; la harían parecer más elegante. Frunció el ceño. Aquel nuevo estilo línea A no le favorecía; sus caderas eran demasiado anchas para eso. Quizás algo de Ungaro sería mejor o algo entallado con falda ancha. Se puso las manos en las caderas y se examinó cuidadosamente.

—Carmen.

Miró a su marido.

—¿Cuándo vuelve a casa Inmaculada de vacaciones?

—El viernes. Claudio la recogerá a las cuatro en punto. Le dije que podía coger el coche.

Su marido volvió a leer su periódico.

—Puede que tengas razón, cariño. Tan pronto como lleguemos allí, hablaré con Ana. Necesitamos a alguien que nos ayude de todas formas. Ana no lo puede hacer todo sola. Oh, desearía que no nos hubiéramos deshecho de Mari Jesu.

—No hay motivo para emplear a una niñera ahora que Inmaculada está en un internado, ¿o no? —replicó sin retirar los ojos del periódico.

—Supongo que no. Solo que me era de gran ayuda. Cuando estamos en Madrid no hay problema, porque tengo a Dolores, pero allí abajo solo está Ana. Quizás debería llevarme a Dolores.

Al sugerir esto, su marido bajó el periódico y la miró.

—Por supuesto que no. ¿Quién cuidaría de la casa? ¿Y mis comidas? No pretendo comer fuera todo el tiempo que estés lejos. No, está fuera de discusión.

Carmen volvió a hacer una mueca con sus labios. Solo tenía dieciocho años cuando Adolfo se casó con ella, diez años menos que él. Su piel ligeramente olivácea y su pelo rubio lo habían embrujado. Sabía que era bonita y pronto se dio cuenta del efecto que tenía sobre su marido; durante los primeros años al menos estuvo hechizado por su belleza. Solo tenía que dejar que una pizca de tristeza se atisbara en sus ojos o que sus gruesos labios rojos se torcieran ligeramente o exhalar un ligero suspiro para que él le preguntara que le pasaba. Ahora, cuando le respondía, apenas se molestaba en levantar la vista del periódico. Se alisó el pelo, recolocándoselo.

—Pero, vienes a la casa de la playa este verano, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, pero no enseguida. Estoy muy ocupado ahora

mismo, sabes. Quizás en agosto tenga más tiempo.

—Pero ¿cómo me las arreglaré? —insistió ella.

—Bueno, ahora también tienes a la niña. Estoy seguro de que te las arreglarás muy bien, querida; siempre lo haces.

Plegó el periódico y lo volvió a colocar en la mesa, luego echó hacia atrás el puño de su camisa para mirar su reloj de pulsera.

—¿Qué pasa con la comida hoy?

Carmen hizo como si fuera a ir hacia la puerta, pero su marido levantó la mano para detenerla.

—Dolores —gritó—. Dolores.

Se oyó el sonido de platos al moverlos y el tintineo de los vasos. Luego, la criada abrió la puerta.

—La comida está lista, Señor —anunció—. Solo estaba esperando a que llegara el Señor Claudio.

—Bien, ¿está aquí?

—Sí, Señor, está en el comedor.

Carmen se alejó del espejo, captada ahora toda su atención por la llegada de su hijo. Era maravilloso tenerlo de nuevo en casa, aunque solo fuera por unos cuantos días. Se apresuró a entrar en el comedor para encontrarse con él.

—Claudio, corazón. No te hemos oído entrar.

—Hola, madre —respondió agachándose para besarle la mejilla—. Padre.

Ocupó su asiento en la mesa al lado de su padre. Dolores reapareció portando una jarra de gazpacho y una bandeja de verduras crudas cortadas en cubos. Esperaron hasta que se marchó y luego el pequeño grupo agachó las cabezas mientras Adolfo daba las gracias por la comida. Carmen sirvió la sopa fría, pasando un cuenco primero a su marido y luego a su hijo. Qué guapo estaba Claudio con su uniforme, pensó. Se había quitado la chaqueta y desabrochado el cuello, pero aún lucía elegante y varonil.

—¿Ya sabes tu próximo destino? —preguntó su padre.

—Sí, me llamaron hoy; vamos a Zaragoza.

—¿No es ahí donde están los americanos?

—Mando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos —respondió ofreciendo una mala imitación del acento americano—. Sí. Se trasladaron allí el año pasado. A nuestra unidad se le ha dicho que nos unamos a ellos realizando funciones de carácter consultivo. No sé cuánto estaremos allí.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Carmen siempre ansiosa por

planear las idas y venidas de su familia.

—Tan pronto como termine mi permiso, al final de la semana próxima.

Dejó caer unas cuantas verduras troceadas en su sopa y empezó a comer.

—En realidad, estoy ansioso por ir; aparentemente, acaban de trasladar aquí algunos cazas desde Libia.

—Querido, no hables con la boca llena.

—Y, ¿vas a pilotar alguno de ellos? —preguntó Adolfo.

—Eso espero, pero en realidad no nos han dicho cuáles serán nuestras obligaciones aún.

—Me alegra que vayas a recoger a Inmaculada; estará tan encantada de verte. Lleva tu uniforme, ¿de acuerdo?

—Si usted quiere, madre, por supuesto.

Dolores entró y se llevó los cuencos vacios y la jarra a medio terminar. Nadie habló hasta después de que hubo traído el cordero asado con patatas y volvió a la cocina.

—Esto tiene buena pinta —dijo Claudio aceptándole a su madre un plato lleno—. No he comido nada parecido desde no sé cuándo.

—El carnicero es primo de uno de los clientes de tu padre —dijo Carmen bajando la voz como si alguien estuviera escuchando—. Le dije que eras piloto y que venías de permiso y dijo que me había encontrado algo especial.

—Bien, lo hiciste fenomenal, madre.

Cortó un trozo de cordero y lo colocó en su boca.

—Delicioso.

—Estaba pensando en comprar una televisión —dijo Adolfo de repente.

Carmen dejó su tenedor en la mesa y lo miró.

—¿Una televisión?

—Sí, Mariano acaba de comprar una para su familia. Dice que es un entretenimiento excelente. Creo que tenemos que conseguir una. No hasta después del verano, por supuesto, cuando regreséis de la playa.

—Es una magnífica idea, padre. Podrá ver los partidos de fútbol. Es una pena que no la tuviera a tiempo para ver al Real Madrid ganar la Copa de Europa. Eso habría sido maravilloso.

Su padre sonrió.

—Espero que podamos ver más cosas que solo fútbol —dijo—. De todas formas, tú, ¿qué piensas, querida?

—Oh, creo que sería maravilloso.

Ya podía verse invitando a sus amigas a mirar programas de moda y quizás películas; les serviría refrescos y pasteles, quizás helado en verano. Sí, sería estupendo. Qué considerado por parte de Adolfo.

—Oh, por cierto, madre, no estaré para cenar; me pasaré por casa de Fabi. No me espere —dijo Claudio.

—De acuerdo, cariño. Transmítele a Fabiola nuestro amor y a Eduardo, por supuesto.

*

Inma y Susana estaban de pie, envueltas en los brazos de la otra, sollozando sonoramente.

—Me escribirás, ¿verdad? —sollozó Susana.

—Por supuesto que lo haré. Y, tú, ¿me escribirás?

—Claro.

—¿Me apuntaste la dirección de vuestra casa en la playa?

—Sí, la tengo aquí.

—Por el amor de Dios, chicas, parad de lloriquear. Os veréis de nuevo en unas cuantas semanas. Ahora parad de hacer ese ruido o me enfadaré mucho con vosotras —dijo la hermana Teresa cuando las vio—. Vamos, ahora id a lavaos las caras antes de que lleguen vuestros padres. ¿Qué van a pensar?

Chasqueó la lengua en señal de desaprobación y las dos chicas se miraron la una a la otra y se rieron.

—Vamos, ahora mismo, daos prisa.

Salieron disparadas en dirección al baño riendo, olvidado ya su pesar al ver a la vieja monja amenazarlas con el bastón en un intento por parecer más estricta de lo que sabían que era.

A Inma le pesaba dejar a su amiga, pero no le pesaba irse a casa. Odiaba aquel lugar. Cuando su padre había decidió que debía ir a un internado, ella y su madre habían intentado persuadirlo de lo contrario.

—Es demasiado joven —había dicho su madre.

Pero todos sus hermanos y hermanas habían ido a un internado y su padre había dicho que no haría excepciones con Inma. Así que cuando cumplió nueve años, hicieron su maleta y la llevaron a Nuestra Señora de los Ángeles, en las estribaciones de la Sierra de Guadalajara, donde fue dejada al cuidado de las Hermanas Maristas. Lloró durante días; rondó por el colegio buscando un teléfono para llamar a su madre y rogarle que la llevara a casa; le escribió a su

hermana pidiéndole que interviniera; se negó a comer y pensó que, si se ponía enferma, su padre tendría que ceder, pero al final empezó a darse cuenta de que nada iba a cambiar. Esa fue una de las veces en las que no pudo salirse con la suya. Allí estaba y allí se quedaría hasta que tuviera dieciocho años y hubiera aprobado el bachillerato. Compartía un dormitorio con otras doce chicas de la misma edad y la cama que estaba al lado de la suya estaba ocupada por Susana. Susana también añoraba su casa y como las dos chicas se consolaron la una a la otra, se trabó una amistad entre ellas que sus jóvenes corazones creyeron que nunca se rompería.

—Date prisa, Susana.

—Mira ahí fuera. ¿Es ese tu hermano?, el del uniforme azul.

Inma se asomó por la ventana tanto como se atrevió, esforzándose por ver quién había llegado al camino de entrada.

—Déjame ver. Sí, es él.

Dejó escapar un grito de júbilo y empezó a agitar la mano excitada.

—Claudio, Claudio, espera. Ya voy —cogió su bolsa y corrió al vestíbulo principal. Su hermano estaba de pie hablando con la hermana Teresa, con la gorra en la mano.

—Ah, Inmaculada, aquí estás. Acababa de mandar a buscarte. Tu hermano me ha estado diciendo que está de permiso en estos momentos. Será agradable para tu familia tenerlo en casa durante las vacaciones.

Le sonrió a la niña, levantando el labio superior para revelar una hilera de dientes mellados. Inma vaciló.

—Ven, querida. Tu hermano está esperando.

—¿Mamá no está aquí contigo?

—No, me mandó a recogerte. Ha ido a la peluquería o algo así.

Inma sonrió y le cogió la mano.

—Esto es mejor —dijo—. ¿Puedo sentarme delante?

—Por supuesto que puedes.

—¿Estará Fabi cuando lleguemos a casa?

—No lo creo, pero todos vienen a comer mañana, Fabi, Eduardo, el bebé, Luisa, Paco y sus gemelos, Armando y nosotros.

La chica aplaudió con alegría.

—Casi todos nosotros —gritó—. Manuel, ¿no?

—No, no tiene permiso por el momento. Está en Marruecos.

—Y Adolfo no.

—No, Adolfo no.

Pensó en la fotografía que su madre tenía en el salón; mostraba a toda la familia junta. Ella solo era un bebé, sentado en las rodillas de su madre, con su padre de pie detrás, con la mano en el hombro de su madre y, colocados alrededor de ellos, sus hermanos y hermanas, algunos de pie, otros sentados. Era la última fotografía que se había tomado de toda la familia junta, menos de un año antes de que Adolfo se fuera a Argentina, y no lo habían visto desde entonces. Ella entonces era demasiado joven para recordarlo. Algunas veces era como si no existiera. Algunas veces llegaba una carta con sellos de una apariencia extraña y su madre se sentaba y la leía en alto, las lágrimas caían por sus mejillas. A Adolfo le iba muy bien, según su madre, tenía un rancho con mucho ganado y caballos. Una vez Inma le había preguntado a su padre si podían ir y visitar el rancho, pero él se había enfadado mucho y había dicho que no quería hablar de Adolfo y su rancho.

—¿Vienes a Torremolinos con nosotros, Claudio?

—Solo un par de días, luego tengo que regresar a mi unidad.

—Fabi no viene esta vez.

—Lo sé.

—¿Vamos otra vez en tren?

—No. Os llevo en coche a ti y a mamá, y luego le traigo el coche a papá.

Inma se asomó por la ventana.

—Supongo que tendré que sentarme atrás.

—Supongo que sí. No hagas eso, te harás daño.

—No. No me lo haré. — Pero metió la cabeza y se echó hacia atrás en su asiento.

Claudio aparcó el coche en la calle, delante de su casa, y, para cuando había apagado el motor, ella ya había abierto la puerta del coche y corría por el camino de entrada. Era tan bueno estar de vuelta. Tocó el timbre y esperó impacientemente a que la criada la dejara entrar, con la nariz apretada contra el cristal esmerilado.

—Hola, Dolores, estoy en casa —gritó antes que la mujer pudiera abrir la puerta.

Rodeó a la vieja mujer con los brazos y la abrazó.

—Bueno, hola niña, así que ya está aquí de vacaciones, ¿verdad?

Su regordeta cara esbozó una sonrisa.

—¿Dónde está mamá? ¿Y papi?

—Su madre llegará a casa en cualquier momento; se está haciendo el pelo.

—¿Y papi?

—Verá a su padre a la hora de la comida, supongo. Ahora, vamos, a dentro con usted. Gracias, Claudio, te cogeré eso.

Cogió la maleta de Inma y siguió a la niña escaleras arriba a su habitación. Inma ya las estaba subiendo de dos en dos. Se lanzó a su cama y saltó sobre ella durante unos instantes, luego se tumbó exhausta.

—Dolores —llamó—. Dolores, ¿está Mari Jesu aquí?

—Sabe que no trabaja aquí más, Señorita.

—Pero ¿no vendrá a Torremolinos con nosotros este año?

—No; tiene otro trabajo ahora. Cuida de una familia en el Paseo de la Castellana, tres niños y un bebé.

Inma apretó los ojos para evitar llorar. No era justo; era su niñera. ¿Cómo podía irse a trabajar a otro sitio? Se sentía enfadada con su padre por decirle a Mari Jesu que se marchara, y se puso bocabajo y empezó a golpear con los pies en la cama.

—Ahora, ¿qué le pasa, Señorita? No se lo debe tomar así; es una niña mayor ya. ¿Para qué demonios quiere una niña mayor como usted una niñera? De todas formas, tendrá a esa simpática niña para hacerle compañía, esa de la que tanto me hablaba.

Dolores se sentó al borde de la cama y le dio unas palmaditas a Inma en el hombro.

—¿Rocío?

—Sí, esa.

Inma se dio la vuelta y miró a Dolores. Se secó las manchas de lágrimas del rostro con las mangas y se sentó. ¿Cómo podía haber olvidado que Rocío estaría allí? Eso lo mejoraba todo.

—¿Me ayudarás a hacer la maleta, Dolores?

—Por supuesto que lo haré, tan pronto como terminen de comer y haya recogido.

*

Fabiola entró en la cocina para ver cómo iban los preparativos de la cena. El bebé había sido bañado y alimentado y, ahora, esperaba que estuviera dormido. Tendría algo de paz por al menos seis horas, si tenía suerte. No habían tenido una noche entera de descanso desde que había nacido, pero Eduardo lo llevaba muy bien; siempre y cuando ella se levantara silenciosamente de la cama y no lo despertara, no se quejaba. No como el marido de Margo, que insistió en dormir en habitaciones separadas durante el primer año de vida de su bebé.

Esa noche tenían estofado; había encontrado una carne de ternera muy buena en la carnicería cerca de la casa de su madre y Ana mari, su cocinera, había hecho un delicioso guiso. Es verdad que había tenido que añadir muchas cebollas y pimientos para hacer que cundiera para alimentarlos a los tres, pero tenía un aspecto muy apetitoso. Ana mari había hecho también mucho arroz con leche. Esperaba que fuera suficiente para saciarlos; recordaba que Claudio tenía un gran apetito.

—Tome, pruebe —dijo Ana mari sosteniendo en alto un cucharón con estofado.

—No, gracias. Estoy segura de que está bien. Parece delicioso —añadió.

—¿Es ese el timbre de la puerta?

—Sí, probablemente es mi hermano. Yo iré.

Su apartamento no era grande, pero estaba en una de las mejores zonas de Madrid, con vistas al Parque del Retiro. El edificio había sido construido en el siglo anterior y las habitaciones estaban dotadas de generosas proporciones, altos techos y grandes ventanas. Su marido ya estaba viviendo allí cuando se casaron; poseía aquel apartamento y el que estaba debajo, que usaba de consulta. Algunos años antes, los inquilinos habían accedido a compartir el coste de instalar un ascensor y era ese ascensor el que podía oír ahora, chirriando y rechinando al aproximarse a su piso. Estaba esperándolo en el recibidor cuando emergió de la jaula de metal, todavía con su uniforme y su rostro deshecho en sonrisas.

—Hola, hermanita. Tienes buen aspecto.

La rodeó con los brazos y la estrechó, luego, todavía sosteniéndoles los brazos suavemente la apartó de su lado mientras le estudiaba la cara.

—Sí, estás fabulosa. Ser madre te sienta bien. No te has puesto más gorda, veo.

Ella se rio.

—¿Y tú? Estás elegante con tu uniforme. Si te hubiera visto en la calle no te hubiera reconocido.

—¿Y dónde está mi sobrino?

—Calla —dijo llevándose un dedo a los labios—. Acaba de dormirse. Tendrás que esperar hasta más tarde para que te lo presente.

Él entró en el apartamento mirando alrededor en busca de algún lugar en el que dejar su gorra.

—Trae, dame eso.

—¿Eduardo?

—Está terminando su consulta; estará aquí en media hora.

Colocó su gorra en la silla y se sentó a su lado. Era tan bueno verlo de nuevo. Hasta que se casó, había estado acostumbrada a tener a muchos familiares alrededor todo el tiempo. Ahora, cuando iba a visitar a sus padres, normalmente solo estaba su madre allí, y la casa parecía triste y vacía. Sentía pena por su madre, casi todos sus hijos habían dejado el nido, incluso Inma estaba lejos ahora, en la escuela. Lo cogió del brazo.

—Cuéntame, qué has estado haciendo. ¿Alguna novia?

Él se rio.

—No, no tengo tiempo para eso —dijo y empezó a relatar sus proezas desde la última vez que la había visto.

—¿Has sabido algo de Mani?

—Todavía está en Sidi Ifni por lo que sé.

—Hemos estado escuchándolo en la radio durante siglos. Hace un poco, cuando Eduardo y yo fuimos al cine, vimos un metraje de la Legión Extranjera Española. Esperaba ver a Mani, pero todos se parecían; era imposible distinguir sus caras. Ni siquiera estoy segura ahora de si era el VI Batallón.

—¿Mostraron al VI rompiendo el asedio a Sidi Ifni?

—Solo unas cuantas tomas de la ciudad, nada más. Pero sé que estaba allí porque mamá tenía una carta de él. Era horrible pensar que estaba allí en medio de aquella batalla. Todos hemos estado tan preocupados por él.

—Bueno, no hay nada por lo que preocuparse ahora. Los rebeldes han sido aplastados y el Ejército de Liberación Marroquí desmantelado. Todo ha finalizado.

—Pero hemos perdido.

—No del todo. Mira, tenía que suceder. Una vez que Francia les dio la independencia, era inevitable que quisieran a España fuera también.

—Pero hemos perdido grandes extensiones de terreno.

—¿Quieres decir con el Tratado de Angra de Cintra? Fue tan solo Tarfaya; al fin y al cabo, no valía la pena aferrarse a ella. Hemos estado combatiendo a los insurgentes marroquís durante años. ¿Para qué? ¿Unos cuantos quilómetros cuadrados de desierto sahariano? Apenas vale la pena. De todas formas, todavía tenemos Ifni.

—¿Crees que se quedará en Marruecos?

—Quién sabe. En realidad, no te dicen mucho cuando te destinan allí, sabes. De todas formas, cuéntame los últimos cotilleos. Sabes que mamá nunca me cuenta nada.

—Bueno, ¿recuerdas a la prima Sofía?

Su hermano asintió con la cabeza.

—Su hija está prometida con un príncipe italiano, el príncipe Emanuelle Luigi de Capua. Es tan excitante.

—¿Qué, la pequeña Josefina?

—Sí, eso es. Es la más pequeña. Creo que tiene unos dieciocho años.

—Y, ¿mamá va a ir a la boda?

—Supongo que sí; si tiene algo que ver con ella, irá. Le gustan las cosas así, mucha pompa y solemnidad, mucha gente glamurosa, la realeza. Es su estilo.

Se rieron al pensar en su madre y los preparativos que haría para asistir a tan prestigiosa boda. Ambos recordaban el alboroto que había armado por la de Fabiola y como se había horrorizado su madre cuando pensó, erróneamente, que su prima se había comprado el mismo traje que ella.

—Mamá no mencionó la boda en la comida.

—No, bueno, por el momento lo mantiene en secreto, solo en caso de que no la inviten.

—¿Has sabido algo de Adolfo?

—Todavía le escribe a mamá.

—¿Es feliz?

—Sí, eso creo. Le escribe sobre su esposa y su familia, y sobre el rancho, pero creo que tiene nostalgia de España. No es por lo que dice; es más por lo que no dice.

—¿Crees que volverá algún día?

—¿Quién puede decirlo? Si Franco muere, quizás; si hay una amnistía; si hay un cambio de gobierno. Quizás un día.

—No sé por qué fue tan estúpido.

—Estabas fuera todo el tiempo, entrenándote para ser piloto, no lo viste. No sabes por lo que pasamos. Mamá nos hizo venir a Luisa y a mí del internado; nos quería donde pudiera vernos, dijo. Insistió en mantener bajadas las cortinas todo el día como si hubiera habido una muerte en la familia y siempre que alguien acudía a la puerta estábamos asustados de abrirla. Al final, hizo que uno de sus primos, Joaquín no sé qué, el que es marqués y tiene una enorme

hacienda en Sevilla, le ayudara. Así es como los pusieron a él y a Leticia en un barco rumbo a Panamá y dese allí a Argentina.

—Y no los hemos visto desde entonces —dijo Claudio con un suspiro—. Todo eso por una chica, y no solo una chica, la hija de Jorge Mata, comunista, asesino, traidor. Tuvo que haber estado loco.

—Estaba enamorado —dijo Fabiola simplemente.

Para ella era la explicación perfecta. Aunque nunca lo admitiría abiertamente, admiraba el sacrificio que su hermano mayor había hecho por la mujer que amaba.

—Lo habría superado. Podía haber tenido a cualquier mujer que quisiera. ¿Por qué tenía que ser ella?

Claudio sonaba resentido. Ella podía entenderlo; había estado muy unido a su hermano. Supo por primera vez del exilio forzado de su hermano cuando regresó a casa, directo de su curso de entrenamiento. En lugar de recibirlo con celebraciones, se encontró una casa envuelta en penumbras y miedo. Cada día esperaban que tocaran a la puerta requiriendo que uno u otro se personara en la sede de la policía, pero ese día nunca llegó y, al final, todo volvió a la normalidad, pero sin Adolfo.

—Podía estar muerto también. No vamos a verlo de nuevo. No podemos siquiera visitarlo; nunca le darán a nuestra familia pasaportes para ir a Sudamérica ahora.

—¿Crees que aún se acuerdan?

—Claro que lo hacen. Está todo escrito en alguna parte, esperando a que alguien de la familia cometa un error para tocar a la puerta.

Fabi se estremeció.

—Nunca pensé en ello así. Por favor, no hablemos más de ello. Eduardo no sabe por qué Adolfo se fue a Argentina. Cree que quería viajar.

—¿No se lo contaste?

—No, no vi motivo para ello.

—Pero ¿no lo habría sabido por otra persona?

—No, no lo creo. Eduardo es de Valencia; vino a Madrid solo unos meses antes de conocerlo. No conoce a mucha gente aquí.

—¿Ni siquiera sabe que Adolfo era doctor, como él?

Ella sacudió la cabeza.

—Y me gustaría que siguiera siendo así, por favor, Claudio.

—No diré nada, hermanita.

Se escuchó el sonido de una llave girando en la cerradura.

—Creo que ese es él. Vamos al comedor.

Fabiola escuchó cerrarse la puerta con un portazo, un sonido que normalmente significaba que su marido había tenido una consulta difícil.

—Ven aquí, querido; estamos en el comedor. Claudio está aquí.

Su marido frunció el ceño ligeramente cuando vio a su cuñado; todavía llevaba su bata blanca y su estetoscopio colgado del cuello.

—Buenas tardes, Claudio. Tendrás que perdonarme, he tenido una tarde infernal. Volveré en unos minutos, Fabiola. Tengo que cambiarme —añadió mirando a su mujer.

Ella fue hasta él y lo besó en la mejilla.

—Está bien, le diré a Ana mari que espere un poco para traer la ensalada.

—¿Trabaja todas las tardes? —le preguntó Claudio después de que su cuñado hubiera abandonado la habitación.

—La mayoría. Es una consulta muy concurrida. Luego, por las mañanas hace su ronda en la sala de pediatría del hospital. No te preocupes si no habla mucho esta noche, se pone así cuando está cansado. Probablemente venga y cene, y luego se retire a su habitación. No es por ti, en realidad. A menudo lo hace.

Encendió la radio, girando el dial hasta que encontró música de baile.

—¿Qué es eso que he oído de que se va a construir una nueva piscina?

—Oh, sí. Es maravilloso. Está en el Parque Sindical y Franco va a inaugurarla un día de la semana que viene. Será la piscina más grande de España.

—Yo ya me habré ido para entonces.

—Qué pena. Planeaba llevar al pequeño Eduardo a la inauguración.

—¿El Eduardo grande irá también?

Fabiola se rio.

—No lo creo, no es lo suyo. No, iré con Margo. ¿La recuerdas?

—Por supuesto, la pelirroja que habla todo el tiempo.

—Si tú lo dices. Tiene dos pequeños ahora, así que iremos todos juntos. A los niños les encantará.

—¿No es Edu un poco pequeño?

—No, en absoluto. De todas formas —se rio—, es mi excusa para ir.

Miró de soslayo a su hermano. ¿No se daba cuenta de lo sola que estaba encerrada con el bebé por única compañía todo el día? Probablemente no, lo veía perfectamente normal. Nunca se le habría ocurrido que ansiara ver a sus amigas y mantener una conversación adulta.

—Sí, pero tiene que volver a su unidad en unos cuantos días, así que volveremos a quedarnos solas.

Siguió a Ana dentro de la casa. Las cortinas estaban parcialmente corridas, cubriendo la habitación con una fría media luz, y la brisa del mar soplaba a través de las ventanas abiertas, haciéndolas ondear como velas de barco. Doña Carmen se sentó y se quitó los zapatos.

—¿Dónde pongo esto, mamá? —preguntó Claudio colocando la maleta de su madre en el suelo.

—Ana te lo mostrará. Por allí.

Recostó la cabeza en el cojín y cerró los ojos.

—Mamá, voy a la playa. ¿Puede venir Rocío conmigo?

Doña Carmen se incorporó en su asiento. Su hija ya se había puesto su traje de baño y estaba de pie delante de ella, cogiéndole la mano a Rocío.

—Bueno, cariño, Rocío no está vestida para ir a la playa. Quizás deberíamos preguntarle a su madre.

—Tengo mi traje de baño en la bolsa —dijo Rocío tímidamente.

—Bien, bueno, ve a preguntarle a tu madre primero. Ah, aquí está. Ana, a Inma le gustaría que Rocío fuera a la playa con ella.

—Está bien, Señora; solo está aquí por hoy. Vino a decirle hola a su hija, así que será bueno para ella jugar en la playa. Mañana va a coger fruta con su hermana.

—Oh, no, eso no.

—¿Señora?

—La necesito aquí.

—¿A Rocío?

—Sí, la necesito aquí para que me ayude y pase tiempo con Inmaculada. ¿Qué haría mi hija todo el verano? No, Rocío tiene que quedarse aquí con nosotras.

—Bueno, Señora, lo siento, pero eso es muy difícil. Mi marido dice que tiene que trabajar este verano. Va a la escuela de Benare en septiembre y necesitamos dinero extra para pagar los libros y otras cosas.

—Oh, eso no es problema. Don Adolfo ya ha accedido que le pagaremos a la niña por trabajar para nosotros. Lo discutimos antes de venir. No es posible que te las arregles con todo el trabajo aquí ahora que Mari Jesu ya no está. ¿Supongo que sabe limpiar y preparar la comida?

—Sí, Señora. Es una pequeña buena cocinera.

—Bueno, entonces, está decidido. Pasará las mañanas con Inmaculada y las tardes ayudándote. Eso funcionará muy bien; Inmaculada normalmente descansa por las tardes, de todas formas.

—Muy bien, Señora.

—Puede venir a por mi hija después del desayuno.

—¿Le traigo agua, Señor? ¿O café?

—Café, por favor, Ana. Oh, por cierto, ¿cómo está tu familia?

—Están todos muy bien, gracias.

—¿Y el pequeño?

—Crece muy rápido.

—Pronto ayudará a su padre, supongo.

Sonrió.

—Sí, ya les echa de comer a los pollos cada mañana.

*

No sabía cómo decírselo a Rafa; había sido tan bueno al dejar que Rocío fuera a la escuela de Benare, pero había estipulado que no habría dinero para el billete de autobús si Rocío no trabajaba en vacaciones. Ahora, tenía que decirle que Rocío no iba a recoger fruta después de todo. Sabía que se enfadaría, pero ¿qué podía hacer? No había forma de contradecir a Doña Carmen una vez había decidido algo. Colocó una gran fuente de patatas pobres en la mesa y empezó a cortar pan en pedazos.

Normalmente había siempre mucho ruido en la casa, todo el mundo hablando a la vez, los niños jugando, bebés llorando, los vecinos gritándose en el patio, los constantes bandazos y repiqueteos de la vida cotidiana; nunca había un rincón tranquilo. Pero hoy no, su padre estaba enfadado, nadie hablaba. Apartó el cuenco alejándolo de él y se sirvió patatas.

—Papi, no te enfades. Si quieres que vaya a coger fruta, no me importa —dijo Rocío al fin.

—Eso espero. Si quiero que hagas algo, lo haces. No hay discusión en eso, niña.

—Rafa.

—Ahora no, mujer. Hablaremos de esto más tarde. Niños, comed e id a la cama. Hay trabajo que hacer mañana.

Esperó hasta que se hubo lavado e ido a la cama antes de hablar.

—¿Y ahora va a ser dama de compañía? ¿Qué será lo siguiente?

—No va a ser dama de compañía, va a ayudarme. Tiene sentido, sabes; me sería de ayuda y están dispuestos a pagarle. Ganaría casi tanto como cogiendo fruta, quizás más. Y, después de todo, Rocío

no está hecha para el trabajo duro, no como Mari. Le irá mucho mejor trabajando en el servicio doméstico.

Su marido no replicó. Ella estaba tumbada de cara a su espalda y le acarició suavemente los hombros.

—Mira, Rafa, si realmente no quieres que trabaje allí, entonces se lo diré a Doña Carmen mañana y no hablaremos más del tema. ¿De acuerdo?

Al principio, no respondió, pero podía suponer por la forma en que se relajaban sus músculos bajo sus caricias que su cuerpo se relajaba y que se esfumaba la tensión que sentía y, luego, supo que probablemente había cedido.

—De acuerdo, pero siempre y cuando paguen por el trabajo que haga. No necesitamos su maldita caridad.

—Lo harán; te lo prometo.

—Y el dinero se guarda para los libros de escuela.

—Claro.

*

Así que aquel verano Rocío repartió su tiempo entre jugar en la playa con Inma y ayudar a su madre. Cada mañana salían por la puerta a la playa; jugaban a tenis; construían castillos de arena y se turnaban para enterrarse en la arena de manera que solo asomaran sus cabezas; se tumbaban donde cubría poco dejando que el agua corriera sobre sus cuerpos y chapoteaban con sus piernas; se escondían en la hierba del final del jardín y observaban a la gente en la playa; recorrían en bici la sucia carretera que había sido una vez línea de ferrocarril para observar los botes pesqueros llegar; caminaban por la esplanada para comprar helados en el quiosco con el dinero que la madre de Inma les daba; se disfrazaban y se convertían en reinas y princesas, y todo el tiempo cotorreaban como loros y solo paraban cuando era hora de comer. Después, cuando el sol estaba en lo más alto en aquel cielo azul sin nubes, Rocío se ponía su vestido azul y su delantal blanco e iba a ayudarle a su madre en la cocina mientras Inma se unía a su madre en el comedor.

—Nunca había visto a Inmaculada tan feliz —le dijo un día Doña Carmen a Ana—. Ella y tu hija se llevan tan bien.

—De verdad que hablan. Nunca he conocido a dos niñas que hablen tanto. No sé cómo encuentran tanto que decirse todo el rato —Asintió Ana con una sonrisa y continuó quitando el polvo de una fila de figuras que había encima del aparador.

—Me pregunta si es realmente necesario que Rocío vaya a casa contigo cada noche. Podía quedarse en el dormitorio pequeño y estaría aquí por la noche después de que te marcharas. Puede recoger las cosas de la cena y abrir las camas. ¿Qué piensas?

Ana levantó la vista de su trabajo, vacilando muy ligeramente antes de responder.

—Es posible. Tengo que preguntarle a su padre.

—Estará muy bien aquí y me vendría tan bien.

—Le preguntaré.

Sabía que era inútil; nunca accedería a que Rocío se quedará fuera de casa todas las noches, ni siquiera en casa de Doña Carmen. Recogió sus plumeros y se dirigió a la cocina.

—Dile a Inmaculada que es hora de que entre, por favor.

—Sí, Doña Carmen.

*

Rocío e Inma estaban tumbadas en su lugar favorito, al final del jardín con vistas a la playa. Desde allí podían ver a todo el mundo, pero nadie las podía ver a ellas.

—Mira ese hombre; es tan gordo —dijo Inma.

—Zanco Panco —se rio Rocío.

—¿Crees que sabe nadar?

—Apuesto a que se hunde tan pronto entre en el agua.

—No, apuesto a que flota como un gran balón.

Más risas.

—Mamá quiere que te quedes a dormir. Puedes quedarte en la habitación de al lado de la mía.

—Mi padre no me dejará.

—¿Por qué? ¿Es muy estricto?

—Sí, mucho. Se quitó el cinturón con mi hermano Juan ayer.

—¿Qué hizo?

—Olvidó cerrar la puerta del corral de las cabras, y se salieron y se comieron los geranios de nuestros vecinos.

Las niñas se rieron de nuevo.

—¿Lloró tu hermano?

—Solo un poco, pero cuando vio que lo estaba mirando paró.

—Mi padre también es estricto, pero no creo que me pegara con un cinturón.

—Lo haría si hicieras algo realmente malo.

—¿Cómo qué?

—Como escupir la sopa sobre tu vestido nuevo —dijo Rocío.

—Como cortarme todo el pelo —se rio Inma.

—Como poner sal en el postre.

—Como no bañarte en diez semanas —gritó Inma.

Las niñas se partían de risa para entonces.

—Como negarse a ir a misa —dijo Rocío con un sonoro hipido.

—Misa. Oh, no. Ahora me lo has recordado; tengo que ir a misa esta tarde con mamá —dijo Inma.

*

Esa era la parte del día de la que Carmen disfrutaba más. Era una mujer muy religiosa y apenas pasaba un día sin ir a misa. En Madrid era algunas veces más difícil porque debía tener en cuenta a Adolfo, pero allí, en la casa de la playa, ella y su hija eran libres de ir al servicio nocturno cuando quisieran. El cura era un hombre joven, apenas tenía más de treinta años, pero tenía una fuerte vocación, podía verlo. Se arrodilló en el reclinatorio de crin y escuchó las subidas y bajadas de su voz mientras entonaba las familiares palabras de la liturgia.

—Inmaculada, para de moverte —le siseó a su hija.

¿Qué le pasaba a la niña? No podía quedarse quieta ni cinco minutos.

—Amén —respondió la congregación al finalizar el cura la oración.

Se sentó en el banco y se frotó sus doloridas rodillas. El cura había tomado su homilía de la Primera Carta de San Pablo a los Corintios. Mientras lo escuchaba hablar del amor, su corazón se enterneció.

—«...En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor».

Cerró la Biblia y miró a los congregados.

—Pablo habla mucho del amor —dijo—. Pero cuando pensamos en el amor tenemos también que pensar en la caridad. Cuando Pablo escribió estas palabras utilizó el término griego «ágape» que significa tanto amor como caridad. Cuando penséis en la caridad, quiero que no penséis en ella solo como en dar dinero como una buena obra o en servir sopa en el orfanato. Quiero que penséis en el significado real de la palabra, como Pablo lo describió: amor. Muchos de los que estáis aquí esta tarde hacéis obras de caridad, buenas obras, lo sé, pero quiero que consideréis por qué lo hacéis. ¿Es para sentiros mejor con vosotros mismos? ¿Es para que la gente piense que sois buenas personas? ¿Es para garantizaros un lugar en

el cielo? ¿O es por amor a Dios?

Antes de que Inmaculada naciera, Carmen solía trabajar para las Hermanas de la Cruz. Cada lunes y cada jueves sin falta iba al orfanato a ayudarlas a dar de comer a los niños, pero desde que había tenido a su hija menor, no había tenido fuerzas para hacer nada semejante. Sentía que el cura sabía que había abandonado sus deberes y le estaba hablando directamente a ella; sus ojos parecían rasgar su alma. Miró a su alrededor; la congregación estaba compuesta por mujeres como ella, con unos cuantos hombres en la parte de atrás. El cura continuó cuestionando sus motivos para actuar con caridad, exhortándoles a amar a sus prójimos como a ellos mismos y a ofrecer libre y gratamente su tiempo a otros menos afortunados. Tenía razón; se había estado distanciando de la gente y, al hacerlo, se alejaba de Dios. Iría y hablaría con las hermanas tan pronto como volviera a casa en septiembre para ver si podía ayudar de nuevo en el orfanato. Ahora que Inmaculada estaba fuera en la escuela, tenía mucho tiempo libre. Sería bueno hacer algo para mantenerse ocupada de nuevo. Se arrodilló una vez más mientras el cura guiaba a la congregación pronunciando la oración final de la tarde.

Su madre había sido una mujer muy religiosa y Carmen siempre había intentado emularla. La familia de Carmen era de noble cuna; su abuelo había sido marqués y hubo un tiempo en el que fue propietario de varias hectáreas de dehesa en Extremadura, bosques de alcornoques y encinas en los que criaba cerdos y toros de lidia. El cortijo de la familia, un laberíntico complejo de edificios con docenas de habitaciones, estaba amueblado con fornidos muebles oscuros comprados en Paris. De las paredes colgaban grandes y sombríos retratos de ancestros muertos, y espejos de marcos dorados que reflejaban las imágenes de los hombres y mujeres elegantes que visitaban regularmente la casa; los suelos estaban pavimentados con mármol de la zona y cubiertos con alfombras persas, los altos y frescos techos cubiertos de paneles de intricados dibujos. Fuera, canales de piedra llevaban riachuelos de brillante agua por los patios para llenar estanques ornamentales, en los que nadaban perezosamente las carpas entre los juncos, o borbotear surgiendo de las numerosas fuentes. Su madre, para la cual la etiqueta y el protocolo venían solo detrás de lo divino, había considerado que Adolfo no era lo suficientemente bueno para su hija y hubiera preferido que esperara a otro pretendiente, pero su

padre, que era un exitoso hombre de negocios, vio en Adolfo un hombre con conexiones políticas y la promesa de una carrera excelente. Como le había explicado muy firmemente a su madre, los títulos estaban todos muy bien, pero no pagaban las facturas. Sin embargo, todos habían vivido bien. Su padre, especialmente, gustaba de la buena vida. Se había comprado uno de los primeros coches de motor fabricados en España, un «Elizalde». Recordaba la excitación cuando lo trajo a casa y llevó a su madre en él por primera vez. Sí, la familia había vivido bien hasta que llegó la Guerra Civil. Luego todo cambió. Las tierras de la familia fueron confiscadas por los republicanos; su abuelo, por entonces en los ochenta años, y dos de sus hijos, fueron fusilados por un par de soldados anarquistas. A pesar del hecho de que los republicanos fueron finalmente derrocados, la tierra nunca fue devuelta a la familia Álvarez. La familia de Carmen tenía un apellido noble, pero poco más y su madre se sentía feliz de que su hija, al menos, tuviera un marido capaz de sustentarla.

—Vamos, niña, vámonos —dijo Carmen cogiendo a Inma de la mano.

El sabor de la hostia en su boca era seco, como el cartón, pero la saboreó feliz; solo sirvió para reforzar su determinación.

*

Ana esperó hasta que hubo recogido las cosas del desayuno para acercarse a Doña Carmen. Su jefa estaba recostada en una mecedora en el porche, leyendo el periódico, con un mantón de seda sobre los hombros; levantó la cabeza y se quitó las gafas de lectura cuando oyó a Ana aproximarse.

—¿Sí, Ana?

—Señora, es sobre Rocío.

—¿Sí?

—Le pregunté a mi marido si podía quedarse aquí, en la habitación pequeña.

—¿Y?

—Lo siento, Doña Carmen, no quiere oír hablar de eso. Dice que es demasiado pequeña. Le preocupa lo que la gente dirá si saben que su hija duerme en la casa de otro.

—Pero, estará perfectamente bien aquí con nosotros.

—Lo sé, pero él no lo permite.

Doña Carmen parecía contrariada y la sombra de un mohín se dibujó en sus labios, luego sonrió y dijo:

—Bueno, no importa, Ana. Al menos está aquí durante el día. Nos las arreglaremos. Sobre la comida, me gustaría algo de pescado para hoy. ¿Es demasiado tarde para encontrar a alguno de los pescadores?

—No lo creo, bajaré al puerto ahora y echaré un vistazo.

*

Cuando Ana regresó a la casa, todavía no había rastro de las dos niñas, así que colocó el pescado en el frigorífico y subió a hacer las camas. Se dio cuenta de que Doña Carmen estaba en el salón cuando pasó; estaba sentada a la mesa y su Biblia estaba abierta delante de ella. Algún tiempo después, cuando bajó, Doña Carmen todavía estaba allí.

—Ana, ven un momento, por favor.

—¿Sí, Señora?

—Ana, ¿eres una mujer temerosa de Dios?

Ana la miró sorprendida. ¿Quién era ella para preguntarle eso? ¿Era una trampa?

—Voy a misa, Señora, cada domingo.

—¿Y tu familia? ¿Todos van a misa?

—La mayoría, Señora.

—¿La mayoría? ¿Qué significa eso?

—Bueno, Tomás siempre está fuera con las cabras, no tiene tiempo. Pero es un buen chico y siempre reza sus oraciones todas las noches, como Juan. Normalmente voy con mis hijas Rocío y Mari, y el pequeño.

—¿Y tu marido?

¿Qué debía decir? ¿La verdad? Que nunca iba. La verdad es que Rafa odiaba la Iglesia Católica y todo lo que representaba. Para él, la Iglesia era el opresor y sus curas, hombres en los que no se podía confiar. No hacía distinciones entre los nacionales y la Iglesia; para él eran tan malos los unos como la otra. Pero no podía decirle a Doña Carmen eso.

—Mi marido es un hombre ocupado; va cuando puede.

Doña Carmen cerró su biblia y miró a Ana suspirando.

—Igual que mi marido. Siempre está demasiado ocupado para ir a la iglesia, pero también es un buen hombre.

—¿Empiezo con la comida ahora, Señora?

—Mmm, sí, de acuerdo, Ana.

Su jefa parecía distraída, perdida en sus pensamientos.

de menos a su hermana. Cada noche tumbadas en la cama se susurraban secretos la una a la otra. Ahora no tenía a nadie a quien hacerle confidencias.

Recordaba como una noche Mari se había tumbado de espaldas a ella sin hablar. Rocío podía sentir su cuerpo temblar y supo que estaba llorando. Estiró su mano y sintió las lágrimas en las mejillas de su hermana.

—¿Qué te pasa, Mari? —susurró—. ¿Qué sucede?

Su hermana no respondió, así que Rocío le acarició el pelo y esperó hasta que se calmó. Al fin, Mari se giró y le susurró:

—Rocío, estoy perdida. No sé qué hacer. Papi me matará, lo sé.

Empezó a llorar de nuevo.

—¿Qué te pasa?

—Oh, Rocío, creo que voy a tener un bebé.

Un bebé. Rocío estaba atónita. Mari no estaba casada; ¿cómo podía ir a tener un bebé? Era imposible. Mamá le había dicho que solo las mujeres casadas podían tener hijos.

—Pero no puedes —protestó.

—¿Y si lo estoy? ¿Qué haré? Papá me echará a la calle. Oh, ¿qué debo hacer?

—No llores, Mari. Mamá te ayudará. Mamá sabe qué hacer.

—Oh, no se lo puedo decir a mamá. No se lo puedo decir a nadie —sollozó.

Rocío miró con inquietud a su pequeño hermano, que yacía en una cuna al pie de su cama, pero continuaba durmiendo plácidamente, ajeno al drama que se desarrollaba a su lado.

—¿Cómo sucedió?

—No lo sé. Él me prometió que estaría todo bien; dijo que íbamos a casarnos un día, así que estaba bien hacerlo.

—¿Hacer qué? —Rocío no estaba segura de qué se hacía para tener un bebé. Cuando era más pequeña pensaba que la cigüeña traía los bebés de Paris, pero Inma se había reído de ella cuando lo dijo y la llamó bebé. Pero podía ver que aquel no era el momento de pedirle a Mari que le dijera la verdad; estaba demasiado disgustada para explicar el misterio de la procreación a su hermana pequeña.

—Dijo que los hombres eran diferentes a las mujeres; que tenían sus necesidades.

Se sentó y empezó a llorar con más intensidad.

—Yo solo quería hacerlo feliz. Ahora, mírame. Oh, ¿qué voy a

hacer?

Rocío la rodeó con sus brazos y la abrazó.

—No te preocupes, Mari.

—No puedes decírselo a nadie, Rocío. Prométemelo.

—No lo haré.

—Prométemelo —insistió su hermana.

—¿Ni siquiera a mamá?

—A nadie. Ahora, prométemelo.

—Lo prometo. Pero ¿qué harás? ¿Se lo dirás a mamá?

—No lo sé —sollozó una vez más—. Supongo que tendré que hacerlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No te preocupes, Mari. Mamá te ayudará.

Y tenía razón, cuando Mari le contó a su madre el apuro en que se hallaba, todo pareció suceder de repente. Antes de darse cuenta, la fecha de la boda había sido fijada y Mari estaba metiendo su ajuar en cajas, lista para trasladarse. Todo sucedió tan rápido. Mari le había explicado que nadie debía saber lo del bebé, no hasta después de que estuviera casa. Luego, no importaría lo que la gente pensase; no había nada que pudiera hacerse al respecto.

Se casó en la iglesia del pueblo con un sencillo traje blanco y su ramo estaba compuesto con flores recogidas en el jardín de su madre: jazmín e hibisco. Llevó una mantilla de encaje que su abuela le dejó y una flor de hibisco escarlata prendida del pelo. Rocío pensó que lucía hermosa. El novio era un chico del pueblo vecino de Los Olivos llamado Fernando. Era alto, recto de espaldas, con el pelo negro y largo peinado con brillantina de manera que quedara liso y brillante sobre su cabeza. Su padre era el jefe de la cuadrilla de recolectores de fruta, el que les encontraba trabajo y transporte para llegar a él. Cuando Mari empezó a trabajar como recolectora, conoció a Fernando y a sus amigos, pero, aparte de saludarse por las mañanas cuando subían al viejo camión destartalado que los llevaba al trabajo, tenían muy poco que ver el uno con el otro. Luego, una noche, él llegó a su casa y le preguntó a su padre si podían ser novios. Ella tenía dieciséis años y él tenía veintiuno. Ahora era su marido.

Se habían quedado en silencio. Sus padres habían dejado de discutir. Rocío podía oír a su padre preparándose para acostarse, echando agua en la palangana y tirando sus botas al suelo. Pronto oiría el sonido de sus ronquidos.

*

Ana esperó hasta que Rafa se hubo ido a la cama y salió y se sentó en el porche. Podía escuchar a sus vecinos hablar y reír, pero no podía distinguir de qué. Le gustaba sentarse allí hasta tarde por la noche, cuando los niños estaban dormidos y podía tener tiempo para sí misma. Era una noche cálida, sin el más ligero soplo de viento en el aire cargado del aroma de los jazmines, que caía suave y lánguida sobre su piel. Poco a poco, el pueblo se quedaba en silencio y las charlas cesaban y la gente se recogía dentro de sus casas. Vio las luces de las casas extinguirse una a una mientras la gente cerraba las puertas y apagaba sus lámparas. Un perro olisqueaba por los alrededores buscando sobras antes de tumbarse sobre la fresca tierra a sus pies. En algún lugar, alguien estaba tocando una guitarra. Cerró los ojos. Cuando era pequeña a menudo dormía fuera de casa bajo las estrellas del verano. Se escabullía sin que su madre lo supiera y se estiraba sobre un viejo colchón en el porche. Pero ahora era demasiado vieja para eso. Qué diría Rafa si la pillaba durmiendo bajo las estrellas. Sonrió para sus adentros al pensar en ello.

Qué rápido habían pasado los años. Parecía ayer cuando Mari había nacido y allí estaba ahora, a punto de dar a luz a su propio bebé. Era imposible que fuera a ser abuela tan pronto. Suspiró. ¿Era feliz Mari? Nunca decía nada, pero Ana sentía que no estaba preparada para el matrimonio. Pero ¿qué otra cosa podían hacer? Qué niña tan tonta por haberse quedado embarazada así. Había sido una suerte que confiara en Ana antes de que nadie más notara el bulto de su barriga y la opulencia de sus senos. Rafa se había enfadado mucho; podía ver su cara lívida y sus labios apretados ahora. Había hablado de inmediato con el chico y había dejado muy claro lo que tenía que hacer. No había habido discusión. Era un chico honesto; sabía que, si no se casaba con Mari, sería repudiada por su familia. Le había pasado a su prima; ella y el bebé habían dejado el pueblo y nadie había sabido más de ellos desde entonces. Sí, Mari podía haber hecho algo peor que casarse con Fernando. Quizás una vez el bebé llegara, Rafa la perdonaría.

—Mamá, ¿por qué estás sentada aquí fuera?

—Y, tú, ¿por qué no estás en la cama, niña?

—No puedo dormir.

—Ven aquí entonces.

Rocío se subió al asiento al lado de su madre y puso la cabeza en su regazo.

—Ya no eres un bebé, Rocío; pronto serás una mujercita.

—Mamá, no quiero trabajar en el hotel. Quiero quedarme en la escuela.

—Lo sé, pero hay veces que tenemos que hacer cosas que no queremos hacer. Así es la vida.

Acarició el largo pelo de su hija, retirándoselo de la cara con los dedos. Sabía que Rafa no cambiaría de opinión, esta vez no. El asunto de Mari era lo que había llevado a esto. Podía leer la mente de su marido tan fácilmente como si fuera un libro. A sus hijos los podía entender, pero sus hijas lo asustaban: no sabía cómo tratarlas. Siempre le había dejado eso a ella y ahora sentía que ella le había fallado. No iba a correr el riesgo de que otra hija se quedara embarazada. Quería que Rocío trabajara y se casara tan pronto como fuera posible, así no habría posibilidad de que la familia cayera en desgracia. Ella le podría haber dicho que era innecesario. Rocío era muy diferente a Mari. No era solo que Rocío fuera más lista que el resto de sus hijos también era más sensata. Nunca hacía o decía nada sin pensarlo cuidadosamente primero. Había trabajado tan duro en sus estudios, nunca había faltado un día a clase, siempre terminaba sus deberes. Pasaba el tiempo libre, que no era mucho, leyendo, y nunca había mostrado el menor interés en los chicos del pueblo. Pero sabía que no la escucharía. Lo mejor que había podido hacer por Rocío era conseguirle un trabajo en un hotel. No era mucho, pero al menos era un trabajo limpio y se pasaba menos calor que trabajando en los campos. Se estremeció al pensar en su Rocío recogiendo judías o cavando patatas con sus delicados brazos y sus suaves manos. Rafa había querido que ocupara el trabajo de Mari, pero Ana se había mantenido en sus trece.

—No hemos pagado para que fuera a escuela solo para que pueda sacar patatas todo el día —le había dicho—. Le encontraré un trabajo.

Y lo había hecho. Rocío tenía que empezar a trabajar como camarera de pisos el lunes.

*

Rocío siempre había sabido que al final tendría que dejar la escuela y empezar a trabajar, pero había esperado que ese momento no llegara tan pronto. Su madre la había llevado a visitar a la mujer que poseía el hotel, una francesa, su madre había dicho, que se había casado con un español y vino a vivir a Torremolinos en los

años treinta. La pareja había abierto un pequeño hotel a la orilla de la playa y, hasta la muerte de él, dos años atrás, lo habían regentado juntos. Ahora era viuda, una anciana en un país extranjero, y necesitaba ayuda de confianza, decía, para mantener el hotel abierto.

—Estoy segura de que cuando se dé cuenta de que has estudiado, te dará otro trabajo mejor que hacer camas y barrer —le dijo su madre—. Puede que te haga ayudarle en la oficina un día.

Rocío no dijo nada. No podía deshacerse se la sensación de que su mundo se había venido abajo. En la escuela había aprendido muchas cosas, países extraños donde los nativos nunca habían oído hablar de Dios, anchos mares y continentes lejanos, tierras cubiertas por hielo y nieve, desiertos y bosques tropicales habitados por criaturas que solo podía imaginar, y todo esto había despertado su sed de aventuras. Ahora, su mundo se reducía una vez más al tamaño de su pueblo. Ese iba a ser su futuro. Trabajaría en el hotel hasta que se casara con un hombre al que aprobaran sus padres; tendría montones de hijos y envejecería y moriría. Pensar en ello era como tener una piedra dentro de su pecho. Ansiaba ver más mundo, hacer algo diferente. Pensó en Inma y se preguntó si estaría en la casa de la playa ese verano.

Le costó unos cuarenta minutos bajar la colina hasta el hotel, y para cuando llegó, el sudor corría por su cuello y espalda haciendo que se le pegara a la piel el vestido. Madame Amelia estaba en el mostrador de recepción. Era una mujer alta y bien formada con una mata de espeso pelo blanco que había moldeado en ondas y peinado a un lado.

—Bonjour, Rocío.

Miró su reloj.

—Llegas justo a tiempo. Bon. Ven conmigo.

Hablaba un español perfecto, pero con un inusual acento y sus frases estaban salpicadas de palabras francesas. Rocío había aprendió un poco de francés en la escuela de Benare, así que le complació darse cuenta de que entendía exactamente lo que la mujer estaba diciendo. La siguió hasta la parte trasera del hotel, donde estaba situada la lavandería.

Madame Amelia abrió un armario y sacó un uniforme rosa y blanco; lo sostuvo contra Rocío.

—Mais oui, esto te sentargá pergfectamente. Bon. Ve y ponte esto y vuelve a rgecepción. Luego te mostrgargé cuáles son tus

targeas.

Rocío se quitó su pegajoso vestido y se puso el uniforme, estaba frío contra su piel desnuda. Plegó su ropa y la puso en la taquilla que Madame Amelia le había asignado cuando volvió a la zona de recepción.

—Voilá, ahorga puedes empezarg a trgabajarg.

Le entregó un juego de llaves.

—Estas son las llaves de las habitaciones. Tienes que cuidarglas bien; nunca, nunca las dejes porg ahí donde cualquierga pueda cogerglas. Ahorga, ven conmigo.

El hotel tenía dieciséis habitaciones, seis baños, tres en cada piso, un salón y un comedor. Además, había dos aseos en la planta baja, la zona de recepción, donde ya había estado, y la cocina. Era su trabajo limpiar todas las habitaciones y los seis baños. Madame Amelia le enseñó el armario de la ropa de cama y el carrito con sus botellas de líquidos de limpieza.

—No hay muchos huéspedes porg el momento, así que solo tendrgás que limpiarg las habitaciones de la prgimera planta hoy. Cada día, cuando llegues, te dargé una lista como esta, —Le entregó una lista de números— con los númergos de las habitaciones que están ocupadas. Tienes que tocarg a la puergta y espergarg una rgespuesta antes de entrgarg. Si no hay rgespuesta, utiliza la llave y entrga.

Tocó a una puerta y después de un intervalo razonable de tiempo la abrió.

—Crgeo que es mejorg que vayas con Marggargita esta semana, hasta que te acostumbrges a la rgutina —añadió.

Recorrió el pasillo hasta una puerta abierta y entró en la habitación.

—Marggargita, puedes dejarg eso un momento.

Una joven, con un uniforme rosa y blanco idéntico al suyo, dejó caer el manojo de toallas sucias en el suelo y salió para ver que quería. Miró a Rocío, pero no sonrió.

—Esta es Rgocío. Hargá tu trgabajo aquí en las habitaciones; me gustargía que le enseñargás qué hacerg.

Se volvió hacia Rocío.

—Marggargita va a trgabajarg en la lavandergía desde ahorga.

—Hola, Margarita —dijo Rocío encantada de ver que habría alguien de su misma edad trabajando allí.

Margarita le hizo un gesto con la cabeza a Rocío sonriendo

tímidamente, pero no respondió.

—Bien entonces, chicas, continuad con ello.

La mujer dio una palmada y Margarita volvió a entrar en la habitación con Rocío siguiéndola detrás.

*

Para cuando Rocío hubo subido la colina aquella noche y caminaba por el sendero a su casa, se sentía muy cansada. Nunca había trabajado tan duro o durante tanto tiempo antes, y le dolía la espalda. Le picaban las manos a causa del líquido de limpieza que usaba para limpiar los baños y tenía un persistente dolor encima de sus ojos. ¿Cómo se las arreglaría la semana siguiente cuando Margarita comenzara con sus obligaciones en la lavandería? ¿O cuando todas las habitaciones estuvieran ocupadas? Una lágrima cayó por su mejilla. Se preguntaba si su madre estaría ya en casa. Era principios de verano y estaba trabajando una vez más para Doña Carmen. Pensó en Inma y se preguntó si la echaba de menos.

La puerta de su casa estaba abierta y podía ver a su abuela de pie al lado de la cocina.

—Hola abuela. ¿Ha vuelto ya mamá?

—No, aún no. Entra, niña; pareces cansada. Toma, ten agua fresca.

Le tendió a Rocío un vaso de agua y la miró bebérselo de un trago.

—¿Tienes hambre?

—No, de verdad que no. He comido en el hotel.

—Entonces ya has comido.

—Sí, Margarita dice que toda la plantilla puede comer en el hotel. A Madame Amelia no le importa. Comí espaguetis.

—¿Espaguetis? ¿Qué clase de comida es esa?

—Es italiana. Una especie de gusanos largos con tomate encima, pero sabe mejor. —¡Tonterías, niña! Toma, come un poco de potaje de garbanzos; eso llena más que cualquier espagueti.

Colocó un cuenco de comida delante de Rocío.

—Cómete eso.

—Abuela, no puedo.

Apartó el plato y corrió fuera. No quería que su abuela la viera llorar. En lugar de eso, fue a su cuarto, sacó el papel de escribir de donde lo había escondido, debajo de su cama y empezó a escribirle a Inma. Tenía que decirle cómo se sentía. Su madre no lo entendería. Solo tenía a Inma.

de planes. Su ambición había sido convertirse en profesora, pero incluso antes de graduarse había conocido a Eduardo y entonces todo había cambiado. Se prometieron y él pronto dejó bien claro que no quería que su esposa trabajara, y no se dijo nada más del tema. No había parecido una petición particularmente inusual, después de todo era normal entre su círculo de amigos que el marido trabajara y la mujer se quedara en casa para cuidar de la familia. La había contrariado, pero estaba preparada para renunciar a sus ambiciones por un marido afectuoso. Para lo que no estaba preparada era para los constantes celos de Eduardo. Pronto se dio cuenta de que habría sido imposible ser profesora y continuar siendo la esposa de Eduardo; nunca hubiera tolerado su independencia. Necesitaba saber dónde estaba a todas horas del día y de la noche. Necesitaba un completo control sobre ella. No era una coincidencia que su consulta estuviera debajo de su piso. Nunca sabía cuándo decidiría subir para ver qué hacía. Si no podía dejar a sus pacientes, la telefoneaba para asegurarse de que estuviera allí. Le concedía cierto tiempo para salir a hacer la compra y exigía saber la razón de cualquier retraso si llegaba tarde. Se ponía tan huraño y desagradable cuando le decía que iba a visitar a su madre que comenzó a pedirle a su madre que los visitara, inventando excusas sobre las dificultades de atravesar Madrid con niños pequeños. Recordaba cuando se dio cuenta por primera vez de que su comportamiento superaba los límites de la normal preocupación conyugal. Ella y Edu habían ido con su amiga Margo y sus hijos a la inauguración de la nueva piscina. A Edu le había encantado y no se había mostrado en absoluto asustado del agua. Llegó a casa, llena de excitación por las gracias del bebé en la piscina, para encontrarse con su silencio sepulcral. Mientras preparaba la comida del bebé, continuó hablando sobre el día e incluso le sugirió que viniera con ellos la próxima vez. A esto, su marido explotó de rabia, cogió el cuenco de comida del bebé y lo lanzó a al otro lado de la cocina. Ella se quedó allí de pie, temblando, incapaz de hablar y miró la cremosa papilla resbalar por la pared. Luego, antes de que él pudiera hacer algo más, ella cogió al bebé y corrió al piso de arriba. Él no habló del incidente de nuevo, pero ella nunca más volvió a la piscina.

Al principio se rebeló contra su dominación. Había pensado en confiar en Claudio, pero cuando intentó sacar el tema, pronto se dio cuenta por sus comentarios que era más probable que se pusiera del

lado de su cuñado que del de su hermana. Eduardo era un encanto con el resto de la familia y todo el mundo lo quería, especialmente su madre. No tenía sentido hablarle de sus celos; solo lo vería como una prueba del amor por su hija. De todas formas, en lo que concernía a su madre, el lugar de una mujer era al lado de su marido. Nunca podría entender el problema de Fabiola porque su propio marido no intentaba controlar todos sus movimientos. Su madre tenía libertad ilimitada. Visitaba las casas de sus amigas para jugar al bridge; quedaba para encontrase con sus amigas en la ciudad cuando iba de compras; trabajaba muchas horas para las Hermanas de la Cruz y dejaba a su marido la administración de su casa mientras pasaba el verano en la costa. No, su madre nunca la entendería. Fabiola tampoco podía soportar admitirle a su hermana Luisa lo infeliz que era con Eduardo; mezclado con la vergüenza, había un miedo solapado de que de alguna manera fuera su culpa que Eduardo sintiera tan de una manera tan apasionada por ella. Así que aprendió a adaptarse a la vida que le imponía, sabiendo que la resistencia no la llevaría a ningún lado. Por eso era por lo que estaba allí sentada fumando y mirando el mar romper en la playa, sintiendo un extraño escalofrío de excitación. Aquel verano, por el bien de los niños, insistió en irse con su madre e Inma a la playa. Eduardo estaba furioso. Nunca lo había visto tan enfadado. Se tocó la mejilla ligeramente al recordarlo; todavía estaba muy reciente. Pero ella lo había planeado bien. Empezó su campaña hablando con su madre sobre lo horrible que había sido el año anterior, atrapada en el centro de Madrid con las temperaturas alcanzando los cincuenta grados. Luego presentó el hecho de que Inma estaría muy aburrida en la playa sola y lo agradable que sería para ella pasar algún tiempo con sus sobrinas y sobrino. Gradualmente había convencido a su madre de que todos se beneficiarían si ella y los niños se unían a ellos para pasar el verano. Así que, al final, fue su madre quien le planteó la cuestión a Eduardo. Fabiola vio como se tensaba su cara mientras escuchaba a su suegra exponerle la proposición. Intentó encontrar excusas para zafarse, pero aparte de rechazarlo directamente, no había nada que pudiera disuadir a Carmen de que aquel verano necesitaba a Fabiola a su lado. Finalmente, claudicó, pero más tarde, cuando estuvieron solos, insistió en que Fabiola le telefoneara cada día que estuviera fuera, una tarea que significaba caminar quinientos metros hasta la cabina de teléfono más cercana. Cuando llamaba, siempre estaba allí,

esperando su llamada. Ayer, anunció que cerraba la consulta durante el mes de agosto y hasta entonces se reuniría con ellos los fines de semana. Saboreó el cigarrillo, dejando escapar el humo en un gesto silencioso de desafío. Dos días más de libertad, pero ya podía sentir sus ojos sobre ella.

*

Rocío e Inma yacían de espaldas en las dunas detrás de la casa; las altas cañas de azúcar que crecían salvajes en aquella extensión de terreno las protegían del calor del sol de la tarde y las escondían de miradas indiscretas. Inma tiró del sombrero para cubrirse más la cara y proteger su delicada piel del sol.

—Estoy tan contenta de que pudieras venir. No es lo mismo sin ti —dijo Inma pelando cuidadosamente un trozo de caña de azúcar.

—Vendría todos los días si pudiera. Lo sabes. Pero solo tengo dos medios días, hoy y el domingo.

—El domingo no es buen día. Mamá siempre reza los domingos y me hace ir a misa con ella.

—Bueno, al menos tienes a tu hermana aquí durante el verano.

La casa estaba llena aquel verano. La hermana de Inma, Fabiola y sus tres hijos habían venido con ellos y traído a la niñera de los niños también. La niñera estaba encargada no solo de cuidar de los tres niños, sino también de sus comidas, un hecho que complacía mucho a la madre de Rocío.

—No es lo mismo. Son solo bebés y Fabiola está demasiado cansada para jugar conmigo —se quejó Inma.

—Es tan injusto —dijo Rocío—. No quería dejar la escuela. Juan no podía esperar para irse, para él estuvo bien, pero a mí me gusta la escuela. No es justo.

—Bueno, creo que tienes mucha suerte. Yo dejaría el colegio mañana si pudiera, pero papi dice que tengo que estar allí hasta que tenga dieciocho años. Dieciocho. Eso está muy lejos. Me moriré si tengo que permanecer allí hasta entonces.

—Pero tú tienes tus amigas allí.

—Sí, pero Josefina se va el próximo semestre. Su madre la lleva a Barcelona a vivir. Así que solo estamos Susana y yo. Me gustaría escaparme —añadió.

—¿A dónde te escaparías?

—No lo sé, a algún lugar donde no haya monjas y no tengas que rezar tres veces al día.

—Desearía estar en escuela todavía —dijo Rocío con

añoranza—. Aunque no echo de menos la horrible comida.

—Apuesto a que las comidas de nuestra escuela son peores.

Rocío se rio.

—¿Sabes qué solíamos hacer? Si no nos gustaba algo lo poníamos en el plato vacío de alguien. Ya sabes lo distribuíamos un poco, como si todas se hubieran dejado un poco —dijo.

—Bueno, nosotras escondíamos una bolsa de papel en los bolsillos de nuestros pichis y luego si había algo que no nos gustaba, lo poníamos en la bolsa hasta que nos dejaban irnos y luego lo tirábamos al wáter —respondió Inma.

—Debíamos tener mucho cuidado de que las monjas no nos vieran.

—Sí, son muy estrictas. Ni siquiera nos dejan hablar mientras comemos.

—Ni a nosotras. Sin hablar todo el día hasta que nos vamos al patio.

—Yo solía escribirle notas a mi amiga Susana, pero un día nos pillaron.

—¿Qué sucedió?

—Ambas tuvimos que escribir: «no debemos escribir notas en clase» cien veces y luego decir diez Aves Marías más.

—¿Te pegaron las monjas?

—Nunca me pegan, pero a una niña le pegaron seis veces en la mano por ser maleducada con la Madre Superiora.

—Aun así preferiría estar en escuela que trabajando en el hotel.

—¿Cómo es?

—Supongo que está bien. Tengo que limpiar todas las habitaciones. Es un trabajo duro en el verano cuando el hotel está completo. La dueña es una mujer francesa.

—¿De Francia?

—Bueno, ha vivido aquí mucho tiempo, pero habla realmente raro. No puede decir bien la “r”; dice “rg” todo el tiempo. Quiero reírme, pero no me atrevo.

—¿Qué dice? Di algo.

—Esa habitación está horggible. Crgeo que tendrgé que despedirgte.

Las niñas se rieron.

—Non, non, Madame, no me despida —gritó Inma.

Rocío levantó la cabeza; podía oír a su madre llamándola.

—Es mejor que me vaya. Es tarde.

—¿Vendrás la semana que viene?

—Sí, si puedo.

—Bien, cogeremos el autobús para ir a la ciudad.

Las niñas se levantaron y se sacudieron la tierra de la ropa.

—Rocío.

La voz de Ana llegó flotando hasta ellas.

—Tengo que irme o perderemos el autobús.

Las niñas se abrazaron y luego Rocío empezó a correr hacia la casa. Su madre ya estaba caminando por el sendero, con la bolsa de la compra en el brazo. Inma miró a su amiga por un instante, luego se volvió hacia la playa.

—¿Les gustaría algo de beber? ¿Agua? ¿Un poco de zumo, quizás?

La hermana Angélica, la mayor de las dos, sacudió la cabeza, pero su acompañante respondió un tanto tímidamente.

—Un poco de zumo, quizás, estaría bien.

Se ajustó su velo negro con nerviosismo.

—Dolores, trae la jarra de zumo de melocotón, por favor, y tres vasos —ordenó Carmen. Miró a la hermana Angélica y añadió—. En caso de que cambie de opinión.

Luego se recostó en el sillón y sonrió a sus visitantes.

—¿Ha tenido un verano agradable, Doña Carmen? —preguntó la hermana Remedios mientras bebía su zumo.

—Muy agradable, gracias. Me sentó tan bien alejarme del calor.

—He oído que el cura de Torremolinos es un buen orador —dijo la hermana Angélica.

—Sí, lo es. Y, ¿qué puedo hacer por usted, hermana Angélica?

—Tenemos un problema, Doña Carmen. La Madre Superiora dijo que debíamos hablar con usted sobre ello. Estaba segura de que usted nos ayudaría.

Vaciló y luego continuó.

—Hay un chico.

—Es solo un niño, no más de cinco años de edad —intervino la hermana Remedios.

La mujer más mayor la miró con el ceño fruncido.

—Su madre está en el hospital...

—Una mujer perdida, una borracha.

—Hermana Remedios, le agradecería si me dejara explicarlo a mi manera, sin interrupciones.

—Lo siento, hermana Angélica.

Enrojeció. Carmen pensó que parecía más bonita con algo de color en sus mejillas; el hábito negro le quitaba vitalidad a su rostro.

—Bien, como decía, su madre está en el hospital y los doctores no tienen idea de cuánto estará allí.

—¿No tiene padre? —preguntó Carmen.

—No.

La hermana Remedios parecía a punto de explicar este hecho, pero una mirada severa de su compañera hizo que cambiara de opinión.

—¿Cualquier otro familiar?

—Solo su abuela; el chico está con ella ahora.

—Y, ¿qué quieren que haga yo?

—La Madre Superiora se preguntaba si iría a visitarlo.

—Por supuesto, pero ¿eso es todo? ¿Qué quieren que haga cuando llegue allí?

—Nada, solo visitarlo y ver si está bien. Su madre está preocupada por él.

—Por supuesto que lo haré.

—Aquí está la dirección —la monja le tendió a Carmen un trozo de papel—. Es una zona muy pobre. Sería mejor que llevara a alguien con usted, para que la acompañe —añadió.

Carmen miró la dirección: Lavapiés. Había oído hablar del barrio. Era una zona de mala reputación, poblada de inmigrantes, gitanos y desafortunados, como le gustaba llamar a todo el mundo menos afortunado que su familia. Adolfo no querría que fuera allí y, por supuesto, sola no.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

Las monjas, completada su labor, se levantaron a la par.

—Que Dios la bendiga, Doña Carmen. Es una verdadera cristiana —dijo una.

—Que Dios la bendiga —repitió la otra.

—Me pondré en contacto con la Madre Superiora cuando vea cómo están las cosas —les aseguró—. No se preocupen.

Siguió a sus visitantes hasta la puerta y luego regresó al salón y se sentó. Se sirvió un vaso de zumo y cogió el papel con la dirección del chico. No era un barrio que conociera personalmente, pero a menudo se hablaba de él en los periódicos como escena de algún violento crimen. Si iba a visitar a aquel desafortunado niño, probablemente fuera mejor no mencionárselo a su marido. Cuanto más pensaba en ello más convencida estaba de que sería prudente no hablarle de la visita de las monjas. Cogió la campana de plata de la mesa y la tocó suavemente.

—¿Señora? —preguntó Dolores respondiendo a la llamada de su señora con su habitual forma lenta y lacónica.

—Dolores, tú y yo tenemos una misión que cumplir.

—¿Sí, Señora?

—Sí, coge tu abrigo. Esta mañana vamos a hacer la obra de Dios.

—Sí, Señora.

*

No podían coger el coche sin poner sobre aviso a Adolfo de su

misión, así que en su lugar fueron en autobús. Dolores le dedicó a su señora una extraña mirada cuando Carmen anunció su intención de viajar por medio Madrid en transporte público para buscar un niño desconocido, pero no dijo nada.

—Ese niño podría estar en peligro —explicó—. Por qué si no las monjas esperan que vaya a ver si está bien.

—Está con su abuela, dijo usted —respondió Dolores—. Seguro que puede cuidar de él. No veo por qué esperan que vaya allí a verlo.

—No armes tanto alboroto. Es lo menos que podemos hacer para ayudarlas.

Dolores torció la nariz.

—Bueno, solo espero que estemos de vuelta a tiempo para hacerle la comida a Don Adolfo.

—Por supuesto que estaremos de vuelta a tiempo. No te preocupes. Ahora ve a comprobar el número del autobús que necesitamos coger para ir a Lavapiés.

Esperó fuera de un pequeño café mientras Dolores iba a buscar el horario del autobús. Era toda una aventura. No podía recordar la última vez que había viajado en autobús; debía haber sido al menos veinte años atrás, antes de que Adolfo hubiera comprado el Seat.

—Hay un autobús en diez minutos —anunció Dolores—. Tenemos que apearnos justo antes de llegar a la plaza.

—¿Está lejos de la Calle de la Fe?

—No, el conductor dice que está solo a dos minutos andando, no más.

—Bien.

Ya se sentía nerviosa por la visita; quería llegar a la casa y hacer lo que tenía que hacer tan pronto como fuera posible. Incluso llevando a Dolores de compañía no quería pasar mucho tiempo andando por aquel particular barrio. Siguió a Dolores hasta la parada de bus y esperaron en silencio.

—Este es.

—Toma, ten esto para comprar los billetes —dijo entregándole a Dolores unas pesetas.

Una vez instalada en el asiento de detrás del conductor, Carmen empezó a relajarse y miró a su alrededor, a sus compañeros de viaje. El autobús no estaba lleno ni a la mitad; había un par de comerciantes sentados en la parte trasera, fumando unos cigarrillos de olor apestoso y un grupo de mujeres marroquís sentadas detrás

de ella, envueltas en largas túnicas marrones. Las mujeres llevaban bolsas llenas de fruta y verduras, y reían y bromeaban entre ellas en su extraña lengua. Al otro lado del pasillo se sentaba una gitana grande, con sus amplias formas expandidas en los dos asientos. Llevaba una cesta de ramas de romero cuidadosamente atadas en ramilletes individuales. Cuando vio a Carmen mirarla, sonrió revelando sus dientes desiguales y amarillos.

—¿Un bonito ramo de romero, señora? —le preguntó con una voz quejumbrosa—. Trae buena suerte.

Carmen apartó la mirada. En el reflejo de la ventana vio a la gitana reírse, y el destello de sus pendientes de oro cuando echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y usted, querida? —le preguntó la gitana a Dolores—. Parece que le sentaría bien un poco de suerte gitana.

—No, gracias —respondió Dolores con su más gélida voz.

Carmen podía vez que a su ama de llaves no le divertía aquel viaje. Miraba hacia delante y no hablaba. Carmen continuó mirando por la ventanilla y disimuladamente toqueteó la cruz de oro que colgaba alrededor de su cuello. Dios la protegería; después de todo lo estaba haciendo por Él.

—Esta es su parada, señoras —les gritó el conductor—. Ahora, vayan con cuidado.

Se apearon en una calle estrecha y adoquinada flanqueada por pequeñas y humildes casas; algunas tenían las ventanas tapiadas y otras tenían los paños de cristal rotos. Aquel era el viejo barrio judío. Las dos mujeres caminaron por la empinada carretera hasta la plaza. Había un fuerte olor a orín de gato en el aire y desde dentro de una de las casas salían sonidos de flamenco.

—El conductor dijo que la Calle de la Fe está yendo por aquí, a la izquierda, antes de llegar a la plaza —explicó Dolores—. ¿Conocerá la casa cuando la vea?

—Creo que sí; está en una esquina.

Miró a su alrededor con nerviosismo; aunque ya era media mañana, el sol apenas penetraba aquel laberinto de calles estrechas y le parecía que la mayoría del tiempo caminaban sumidas en las sombras.

—Esta es.

—Qué pronto.

Sintió una sensación de gran inquietud. ¿Qué iba a decir? Quizás la abuela se ofendiera por que las monjas la hubieran mandado a

ver cómo estaba su nieto. Bueno, era demasiado tarde para echarse atrás. Miró el trozo de papel de nuevo.

—Sí, creo que esta es la casa —dijo deteniéndose delante de una puerta entreabierta.

Se aproximó y tocó en la puerta. Un hedor de cuerpos carentes de aseo salió a recibirla. Involuntariamente se llevó la mano a la nariz.

—¿Qué?

—¿Señora Flores?

—¿Quién es?

—¿Puedo entrar? He venido a ver a su nieto.

La puerta se abrió más y Carmen entró en la habitación más sucia que había visto nunca; las paredes, que una vez habían estado encaladas, estaban cubiertas de grandes manchas verdes de humedad, y las ventanas estaban tan sucias que la poca luz que había no penetraba en la diminuta habitación. Justo dentro de la habitación estaba sentado un anciano. Le sonreía, revelando una hilera de encías desdentadas y se balanceaba de un lado a otro aparentemente hipnotizado por sus propios movimientos.

—Pase. No le haga caso; es inofensivo —dijo la mujer bruscamente.

Carmen se giró en dirección a la voz. Le hubiera gustado haber cogido la mano de Dolores, pero la criada estaba esperando fuera en la calle. Una anciana avanzó arrastrando los pies hasta ella, emergiendo gradualmente a la luz. Su cuerpo estaba encogido y se apoyaba en un bastón grueso y nudoso. Vestía completamente de negro, con un mantón negro y mugriento atado alrededor de su cabeza y anudado en su espalda; su rostro era el de una vieja arpía, arrugado y flácido y, además, le quedaban pocos dientes. Carmen se estremeció. Así que allí era donde vivía el chico.

—Siéntese, por favor —dijo la anciana—. ¿Así que las monjas la mandan? Ya era hora. No puedo cuidar del chico más. Puede ver que tengo suficiente cuidándolo a él.

Apuntó con un dedo largo y huesudo al anciano.

—Ocupa todo mi tiempo. Y ya no me vuelvo más joven; es difícil para mí desplazarme ahora —continuó y su voz adquirió un tono lastimero.

—¿Dónde está el chico? Quisiera verle —dijo Carmen.

—Pablo, ven aquí. Ven a conocer a esta amable señora.

Una diminuta figura salió de las sombras y vino hasta donde

estaba Carmen. Le habían dicho que tenía cinco años, pero aquel niño no parecía tener más de tres. Era dolorosamente delgado, estaba mal aseado e iba mal vestido con lo que podía más bien ser descrito como harapos.

—Ven aquí, niño. No te haré daño —le dijo lo más amablemente que pudo.

El chico levantó la vista para mirarla. Sus ojos estaban infectados y rezumaban un líquido amarillento.

—Y, ¿cuál es tu nombre?

Abrió su boca para responder, pero todo lo que pudo hacer fue toser. Su pequeño cuerpo se estremecía con cada paroxismo. Había dos manchas de color rojo brillante en sus mejillas.

—Pablo, su nombre es Pablo.

—Este chico está mal —dijo volviéndose a su abuela—. ¿Ha visto un médico?

—¿Médico?

La anciana se rio a carcajadas.

—¿Cómo podría permitirme pagar un médico? Esperaremos hasta que esté tan mal que tengamos que llevarlo al hospital, como a su madre. Luego las monjas pueden cuidarlo.

—¿Qué le pasa a su madre?

—Cómo podría saberlo; tenía tos también y un día se derrumbó. Me dejó con su mocoso para que lo cuidara, yo, una anciana, sin dinero y sin comida en la casa.

El tono lastimero volvió a su voz.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí así —dijo Doña Carmen—. Está enfermo.

—Las monjas dijeron que mandarían a alguien para ayudar; me prometieron que encontrarían a alguien que cuidara de él hasta que su madre mejorase. Saben que yo no me puedo ocupar.

—¿Lo hicieron?

Así que por eso estaban tan nerviosas cuando le pidieron que lo visitara; sabían que no podía darle la espalda a un inocente niño. Salió a la calle sintiendo que había sido manipulada.

—Dolores, ven aquí. Vamos a tener que llevarnos a este niño con nosotras. No puede quedarse aquí. Está demasiado enfermo. Si lo dejamos aquí, seguramente morirá.

La criada siguió a su ama hasta dentro de la casa.

—Dios mío, mira al pobrecillo. No ha tenido una comida decente en meses por como luce —gritó cuando vio al niño.

—Vamos a llevarnos al niño con nosotras por ahora, hasta que su madre salga del hospital —le explicó Carmen a la anciana.

—¿Traigo sus cosas?

Carmen miró al niño.

—No, creo que no. Puede venir con nosotras como está.

—¿Y nosotros? —preguntó la mujer—. ¿No nos puede dar un poco de dinero? No tengo comida en la casa y tengo que alimentar al viejo.

Carmen la miró fijamente. Se sentía furiosa. Era todo lo que podía hacer para recordar que estaba allí para hacer la obra de Dios. ¿Cómo podía alguien tratar a un niño tan mal, especialmente su propia abuela? Abrió su monedero.

—Tenga, es todo lo que tengo.

—Dios la bendiga, Señora —dijo la mujer poniendo el dinero en un bolsillo de su falda—. Es una santa, de verdad.

Carmen se agachó hacia el chico.

—Ven Pablo, vienes con nosotros ahora. Esta señora es Dolores. Te cuidará.

Dolores cogió la mano del niño y lo llevó a la calle.

—Por favor, dígale a su madre que tengo el niño y que se ponga en contacto conmigo cuando salga del hospital. Esta es mi dirección.

—Sí, Señora. Se lo diré.

Carmen siguió a Dolores y al chico hasta la parada del autobús. Tenía el estómago revuelto. ¿Qué diría Adolfo? Bueno, había tiempo suficiente para preocuparse por eso; mientras tanto, tenía que hacer que lo viera el médico.

*

El médico le echó un vistazo al niño y dijo:

—Bueno, Doña Carmen, espero que sepa lo que está haciendo. ¿De dónde demonios sacó a este pobre desgraciado?

—¿Se pondrá bien, Doctor?

—Oh, sí, con un poco de comida en su interior y un buen lavado estará bien. Le daré un poco de pomada para sus ojos.

—¿Y su tos? ¿Es mala?

—De eso no estoy tan seguro. ¿Su madre está en el hospital, dice? Bueno, ayudaría saber de qué padece.

—Les preguntaré a las monjas si lo saben.

—Puede ser que esta tos no sea más que el resultado de una mala nutrición. Imagino que tiene pocas defensas contra catarros y

resfriados. ¿Cuántos años dice que tiene?

—Cinco o seis.

—Sí, bueno, está muy desnutrido. Eso ha afectado a su crecimiento. Lo mejor es que lo mantenga caliente y le dé muchas bebidas calientes, limón y miel. Ya sabe, esa clase de cosas.

—Muy bien, Doctor.

—¿Y qué dice Adolfo de esto?

Carmen enrojeció.

—Don Adolfo es un hombre muy compasivo —respondió incapaz de admitirle al doctor, que era también un amigo íntimo de su marido, que aún no le había hablado de Pablo.

—Es verdad que lo es. Bueno, la mejor de las suertes con este pequeño. Venga a verme de nuevo en un par de semanas y veremos cómo progresa.

—Gracias, Doctor.

—Oh, y, por cierto, consiga algo para quitarle las liendres del pelo.

Le tendió una botella de un líquido oscuro

—Sí, Doctor, gracias.

*

Para cuando llegaron a casa era casi hora de comer y Dolores estaba empezando a inquietarse.

—Ya sabe que a Don Adolfo no le gusta tener que esperar la comida —se quejó—. Y será a mí a quien echará la culpa.

—No te preocupes Dolores. Se lo explicaré. Mira, por qué no haces un gazpacho y ensalada, y podemos comernos el cerdo frío de la noche pasada. ¿O quizás queso y jamón?

La criada la fulminó con la mirada.

—Puedo hacer algo mejor que eso; afortunadamente preparé un puchero la noche pasada. No me costará mucho cocinarlo.

—Ves, ya te decía yo que no había nada de lo que preocuparse. Es la comida favorita de mi marido.

—¿Qué hago con el chico, Señora?

—Llévalo a la cocina contigo y dale leche caliente y pan. Cuando tengas la comida lista, puedes bañarlo y deshacerte de esas liendres.

Le tendió la botella que el doctor le había dado.

—Y sea lo que sea lo que hagas, no dejes que Adolfo lo vea hasta que esté limpio.

—¿Y su ropa?

—Estoy segura de que hay ropa vieja de Claudio. Eso

solucionará el problema en parte. Cualquier cosa servirá por ahora mientras esté limpio. Oh, y quema esos harapos que lleva.

Todo aquel tiempo el chico no dijo una palabra; había seguido sus instrucciones dócilmente y lo observaba todo a su alrededor con un asombro que iba en aumento. Era mudo, se preguntaba, o solo le asustaba abrir la boca.

Encontró unos viejos pantalones y una camisa en la parte de atrás del armario de Claudio; eso, con un par de viejos zapatos de Inmaculada bastaría por ahora. Sostuvo la camisa en alto; probablemente ahogaría al pobre chico, pero al menos estaba limpia.

—¿Carmen, estás en casa?

Era su marido.

—Sí, enseguida bajo.

Esperaría hasta que hubieran comido antes de decirle nada; Adolfo siempre estaba de mejor humor cuando tenía el estómago lleno. Quizás le dijera a Dolores que abriera un Rioja con la comida.

trabajo y la ayuda de Dios prospere y crezca. Nunca pensé que estuviera hecho para las labores de un rancho, pero me encanta. Este país es maravilloso, amplio y libre, y la vida al aire libre me sienta bien. La vida es un poco dura para mi querida Leticia, pero nunca se queja. Creo que echa de menos a su familia mucho más que yo. Pero se ha mantenido muy ocupada cuidando a nuestro hijo pequeño y pronto tendremos otro. El doctor dice que el bebé llegará en diciembre, así que él, o ella, nacerán en Navidad.

Desearía que pudiéramos pasar las Navidades juntos una vez más, como hacíamos en los viejos tiempos, pero me temo que, hasta que Franco muera, es improbable que eso suceda. Espero que mis hermanos estén todos bien y mis hermanas pequeñas Fabi e Inma. Cómo me encantaría verlos a todos ahora, especialmente a la pequeña Inma que no era mayor que mi hijo cuando me marché. Por favor, diles que los quiero y dile a mamá que continúe rezando por mí.

Tu hermano que te quiere,

Adolfo.»

—Qué maravilloso saber de él —dijo Fabiola secándose una lágrima del rabillo del ojo.

—Sí, es bueno saber que está bien y es feliz.

—¿Ya la ha visto mamá?

—No, voy a ir a verla ahora, cuando me marche de aquí. Como con ellos.

Dobló la carta y la volvió a meter en el sobre.

—Y, ¿qué es eso que he oído de que mamá adopta niños abandonados y desamparados? —continuó.

—No niños abandonados y desamparados, es solo un niño pequeño. Lo cuida durante unas semanas hasta que su madre salga del hospital. Fue idea de las Hermanas de la Cruz.

—Malditas monjas; siempre salen con buenas ideas. ¿Qué dijo papá al respecto?

—Bueno, al principio no estaba muy contento; ya sabes lo que piensa de las hermanas. Pero, ahora, según mamá, se ha resignado al hecho de que hay otra boca más que alimentar. Después de todo no será por mucho tiempo.

—Desearía haber estado allí cuando se lo dijo.

—Oh, supongo que escogió el momento y se lo presentó como un hecho consumado.

—Si eso significa que mamá deja de andar por la casa con cara

larga solo porque su querida Inmaculada está en un internado, estoy segura de que todo el mundo estará encantado.

—Eso no es justo; mamá no es tan mala. Solo se siente sola con todos sus hijos lejos de casa. Iría a verla más a menudo, pero es difícil.

Se interrumpió; nunca le había hablado a Luisa de sus problemas con Eduardo.

—Pero te puedes llevar a Edu en el carrito. Deja a las gemelas con Alicia e id los dos. No está lejos; puedes ir por el parque. A Edu le gustará.

—Sí le gusta cuando lo llevo a ver a los patos el domingo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Fabiola vaciló, miró hacia la puerta como si esperase que su marido apareciese en cualquier momento.

—Es Eduardo, no le gusta mucho que salgamos solos. Quiere protegernos.

—Pero, visitar a tu propia madre no es como salir a ver extraños y, además, tienes a Alicia.

—Lo sé, pero todavía está enfadado conmigo por irme a la casa de la playa este verano.

—Pero, pensaba que dijiste que él también fue. Pensaba que os lo habías pasado bien. Mamá dijo que fueron las mejores vacaciones de verano que había tenido desde hacía años.

—Sí, lo hizo. Pero Eduardo no quería dejar Madrid. Lo forcé a hacerlo. Ahora desearía no haberme preocupado. Solo pensé que sería agradable para Edu y los bebés estar junto al mar, pero una vez llegó Eduardo fue horrible.

Al recordar las vacaciones empezó a llorar.

—Vamos Fabi, no puede ser tan malo.

—Lo es. Oh, Luisa, no creerías lo horrible que puede ser. Me vigila todo el tiempo; quiere saberlo todo: lo que hago, con quién hablo, qué leo, todo. Siento que me controla. No puedo relajarme ni con mis propios hijos. Cuando llega a casa le dice a Edu cosas como: ¿qué ha estado haciendo mamá hoy, niño? O, ¿vino alguien esta mañana, Edu? Y el pobre Edu se lo dice. Te digo que incluso me aterra que suba un día cuando el que limpia los cristales esté aquí. Me asusta hablar con el pobre hombre ya; hago que Alicia le pague.

Su hermana le cogió la mano y le dio unas palmaditas.

—¿Estás segura de que no estás exagerando? Sabes que no hace mucho tiempo que las gemelas nacieron, quizás estés un poco

deprimida.

—No, no tiene nada que ver con eso.

—Pero siempre ha sido tan agradable y amable y es maravilloso con los niños.

—Oh, eso ya lo sé. Mamá piensa que es maravilloso también, pero deberías oír las cosas horribles que me dice cuando estamos solos. Me acusa de desear a otros hombres. ¿Te lo puedes creer?

—Quizás esté solo preocupado por ti.

—Entonces, ¿por qué me insulta? ¿Por qué me llama zorra y puta?

—¿Se lo has contado a mamá?

—No, ¿cómo podría? Se lo diría a papa y, entonces, ¿qué pasaría? Probablemente me diría que lo aguantara y que fuera una esposa obediente, después de todo, recuerda lo que nos enseñaron en la Sección Femenina: «el papel de una mujer en la vida es casarse y tener hijos». Eso o se enfrentaría a él y entonces Eduardo la tomaría conmigo después. No, no hay escapatoria. Es mejor que no lo sepan.

—Pobre Fabi. ¿Te ha pegado?

Fabiola se tocó la mandíbula involuntariamente, el moretón se había ido, pero todavía dolía cuando comía.

—Algunas veces, pero siempre se muestra muy apenado después, llora y me dice lo mucho que me quiere. No lo entiendo.

Se oyó un sonido estrepitoso en el pasillo exterior al llegar el ascensor a su piso y el sonido de las puertas al abrirse.

—Ese es probablemente Eduardo. Supongo que ha visto que has llegado. No digas nada, por favor, Luisa, y no menciones a Adolfo.

Volvió su rostro aterrorizado hacia su hermana y le agarró la mano.

—No, no diré ni una palabra —respondió Luisa metiéndose la carta de Adolfo en su bolso.

En ese momento la puerta principal se abrió.

—Fabiola, soy yo, cariño.

—Eduardo, mira quien está aquí. Es Luisa con su bebé. Es una ricura. No hemos oído un solo sonido suyo desde que llegó.

—Hola Luisa, ¿cómo estás?

Besó a su cuñada en ambas mejillas y se dirigió a su esposa de nuevo.

—La consulta está muy tranquila en estos momentos y pensé en presentarme aquí para tomarme un café.

—Le diré a Ana mari que haga. Luisa, ¿quieres una taza?

—Sí, por favor.

—Luisa, ¿cómo está Paco? ¿Está muy ocupado en la universidad?

—Sí, gracias; se ocupa ahora de un nuevo departamento.

—¿Lo han ascendido? Eso es bueno. ¿Y los niños?

—Estamos todos bien. Tenéis que venir a vernos. ¿Por qué no venís a comer el próximo domingo?

—Gracias, nos encantaría.

—Bueno, será agradable para Edu jugar con sus primos.

—Hablando de Edu, ¿dónde está?

—Fabi dijo que habían ido a pasear con Alicia; creo que lo ha llevado al parque.

—Deberían volver en cualquier momento —añadió Fabiola entrando con una bandeja de café.

—Tu hermana nos ha invitado muy amablemente a comer el próximo domingo —dijo Eduardo cogiendo una taza de la bandeja.

—Qué bien.

—Sí, le dije que te encantaría. —Se volvió hacia Luisa y continuó— No sale mucho últimamente. Desde que nacieron las gemelas, sabes; le ocupan mucho tiempo. Pobre querida.

Miró a su esposa y sonrió tiernamente.

*

Inma supo que la carta era de Rocío tan pronto como vio la familiar escritura cursiva. Era la hora del recreo y había al menos media hora antes de que empezaran las clases de la tarde. Decidió ir a sentarse en el jardín al lado de la capilla; siempre estaba desierto a esa hora del día y a menudo se escabullía hasta allí cuando quería estar sola. La hermana Angustias había retenido a Susana y le había dicho que deshiciera su labor de costura y la volviera a hacer de nuevo. Se suponía que estaba haciendo una falda de verano, pero no conseguía hacer el dobladillo recto. La hermana Angustias le había gritado y le había dicho que era la peor alumna que nunca había tenido y luego le había pegado en las piernas con una regla. Inma pensaba que Susana iba a llorar, pero en cambio se mordió los labios y miró con el ceño fruncido a la monja.

Se dirigió al asiento de piedra que había debajo del ciprés y, tan pronto como llegó allí, sacó la carta y la abrió.

«Mi más querida amiga:

Fue tan agradable verte en la casa de la playa, aunque no

pudimos pasar todos los días juntas como en los viejos tiempos. Creo que me gustaría ser una niña para siempre y pasar todo el tiempo en la playa, pero mamá dice que es hora de crecer y convertirse en una mujer. Realmente no sé lo que quiere decir con eso, a menos que piense que tengo que casarme. ¡Qué asco! Ya me ha llegado la regla. ¡Qué asco! ¿Te ha llegado a ti ya? No sabía lo que era y estaba realmente preocupada por que me estuviese ocurriendo algo malo hasta que mamá me dijo que todas las mujeres la tienen, incluso ella. Le pregunté si Connie Francis la tenía, pero nunca ha oído hablar de ella. ¿Puedes creerlo? Aquí en el pueblo no escuchamos música pop; nuestro vecino tiene una radio, pero todo lo que oye es aburrido, pasodobles y tangos. Una cosa buena de ir al hotel es que Madame tiene una radio encendida todo el día y a veces escuchamos música pop. Escuché *Let's twist again* ayer, pero Madame vino y la apagó.

De todas formas, no es muy agradable tener la regla; hace cuatro días que me duele horrores la barriga. Mamá dice que es normal y no me hace caso. Le pregunté si podía quedarme en la cama hasta que estuviera mejor, pero se rio y dijo que no, que tenía que ir a trabajar. No me gusta ir a trabajar así; siento que todo el mundo me mira y sabe lo que ha sucedido. Mamá dice que pasa todos los meses, así que tengo que acostumbrarme; creo que es horrible. ¿Por qué no la tienen los chicos?

Hay una chica muy maja trabajando en el hotel, su nombre es Margarita. Y ahora, tengo buenas noticias: Madame me «ha ascendido al rgestaurgante». ¿Qué piensas de eso? Ya no haré más las camas, ni limpiaré más los retretes. Tengo un nuevo uniforme, un vestido negro con un delantal blanco. Al principio no me gustaba trabajar en el restaurante, porque me daba vergüenza hablar con los huéspedes, pero todo el mundo ha sido tan amable conmigo que ahora ya no tengo vergüenza. Los llevo a sus mesas y les tomo nota, luego quito la mesa y llevo los platos sucios a la cocina. Es fantástico. Algunas veces me dan propina y se la tengo que dar a Madame para que pueda compartirla con los otros.

Hay una horrible vieja bruja que trabaja en la cocina llamada Concepción y Madame siempre la llama Conzepzion. Me odia. Estaba tan enfadada cuando me ascendieron que la escuché decirle a la chica que friega los platos que yo era una engreída y que no iba a durar ni cinco minutos en el restaurante.

Escríbeme pronto, Inma, y cuéntame tus cosas.

Muchos besos de tu mejor amiga Rocío.»

Inma volvió a meter la carta en su bolsillo. Echaba de menos a Rocío. Le encantaba recibir sus cartas porque siempre la hacía reír. Le escribiría de vuelta mañana. Cada viernes por la noche, después de haber ido a la capilla a rezar, a las chicas se les permitía escribir a su familia. Inma lo hacía a turnos: una semana le escribía a su madre, otra semana a su hermano Claudio, algunas veces le escribía a una de sus hermanas y una semana le escribía a Rocío. En su próxima carta le contaría a Rocío todo sobre el nuevo niño al que cuidaba su madre.

libro de reservas fingiendo tener algo que comprobar, luego, recuperó la compostura y se dirigió al joven hombre.

—¿Puedo ayudarle?

—Quisiera una habitación —dijo con su marcado acento.

¿Qué era, alemán, inglés, danés? Tenía manos grandes y anchas que apoyó en el mostrador a cada lado del libro de reservas. Su piel era pálida y salpicada de pecas doradas y el pelo de sus brazos desnudos era del color del trigo. Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿Cuánto tiempo se quedará, Señor? —le preguntó fallándole ligeramente la voz.

—Un mes, quizás más, quizás un poco menos. No estoy exactamente seguro, digamos un mes.

—¿Eso es hasta el veinticuatro de mayo, entonces?

—Me suena bien.

—Su nombre, Señor.

—Andrew Jonson.

—¿Puedo ver su pasaporte, Señor Jonson?

Él buscó en una maltrecha mochila que reposaba en el suelo a su lado y sacó un pasaporte azul oscuro. Ella lo reconoció de inmediato como británico. Abrió el pasaporte y sometió a escrutinio su contenido cuidadosamente percatándose de que su altura era de 1 metro 92 centímetros, que había nacido en Edimburgo y que su fecha de nacimiento era mayo de 1944. Su rostro no se reconocía al instante en la fotografía debido al hecho de que ahora tenía al menos dos centímetros de barba rubia cubriéndolo. Miró primero la fotografía, luego a él, luego otra vez a la fotografía.

—No hay mucho parecido, ¿verdad? —dijo él.

—Es la barba, supongo.

—Sí, bueno desaparecerá hoy en el justo momento en que obtenga la llave de mi habitación y pueda ir a asearme. Llevo en la carretera desde el domingo —añadió.

—¿Viene de lejos? —preguntó rellenando sus detalles en el registro del hotel.

—De Alicante. Al principio estuvo bien. Me llevó un camión de fruta a Murcia, pero después, tuve que ir a pie la mayor parte del camino. Así que estoy bastante agotado.

—¿Comerá en el hotel, Señor?

—Solo desayunaré.

—Solo una pregunta más, Señor. ¿Cuál es la razón de su estancia en España? —dijo ella mirándole directamente y pensando en lo

azules que eran sus ojos.

—Vacaciones. Mucho sol, días cálidos y noches románticas. —Le sonrió mientras lo decía y ella sintió como enrojecía de nuevo.

—Bien, bueno está todo hecho. Aquí está la llave de su habitación, habitación número doce. Da a la piscina. Firme aquí, por favor.

—¿Mi pasaporte?

—Lo pondré en la caja fuerte del hotel, Señor. Puede recogerlo cuando se marche.

—Gracias, uh...

—Rocío.

—Gracias, Rocío.

—De nada, Señor.

—Oh, vamos, por favor, no me llames Señor. Me haces sentir como un maldito viejo que solo pasaba por aquí. Llámame Andrew, o mejor aún, Andy. Así es como me llaman mis amigos.

Ella sonrió y le tendió la llave.

—¿Quizás te vea después? —le dijo.

—Estoy aquí todo el día —respondió ella—, Andy. Ahora, si me perdonas, tengo que volver a mi trabajo.

El nombre sonaba extraño en sus labios; cuando se volvió intentó repetirlo en silencio en su cabeza. Mejor no dejar que Madame Amelia la escuchara llamarlo así.

Llevaba trabajando en el hotel tres años ya, primero como camarera de pisos, luego en el restaurante. Resultó ser tan popular entre los clientes, especialmente los extranjeros, que cuando Angelina, la recepcionista se fue para casarse, Madame Amelia le ofreció el trabajo. De eso hacía casi un año ya. Recibía a los huéspedes, les respondía a sus preguntas, los registraba, les asignaba habitación, ayudaba a su jefa con las facturas y generalmente hacía lo que podía para acoger a los visitantes. En invierno, cuando el hotel estaba más tranquilo, continuaba ayudando en el restaurante. La paga no era mucho mejor que cuando empezó a los catorce años, y hacía las mismas horas, pero el trabajo era limpio e interesante. Por primera vez desde que había dejado el colegio sentía que utilizaba el cerebro de nuevo. Madame Amelia parecía confiar en ella cada vez más. Tenía que llevar un vestido a rayas negras y blancas con un cuello blanco y un distintivo con su nombre. Cuando el padre de Rocío vio que llevaba un nuevo uniforme, por primera vez Rocío supo que estaba

orgulloso de ella. Por una vez no apartó la vista y musitó algo acerca de que estuviera ascendiendo de posición social, en lugar de eso, sus ojos se nublaron, sonrió y dijo:

—Sabía que el dinero del billete de autobús se estaba desperdiciando.

*

No volvió a ver al escocés de nuevo aquel día, pero a la mañana siguiente estaba en el mostrador de recepción cuando bajó a desayunar.

—Buenos días, Rocío —le gritó mientras se dirigía al comedor.

—Buenos días, Señor.

Ella no levantó la vista, pero cuando supo que había pasado, lo buscó. Podía verlo hablando con la camarera, asintiendo con la cabeza ante algo que decía y sonriéndole cuando se sentó a una mesa junto a la ventana, justo en línea con el mostrador de recepción. Cogió el menú y empezó a leerlo, para sorpresa de Rocío, miró directamente en su dirección y sonrió. Sintió que se sonrojaba de vergüenza. ¿Qué demonios pensaría de ella, observándolo de aquella manera? Se giró y cogió una pila de facturas que necesitaba sumar.

—Rocío, la pareja de la habitación once se margchan hoy, ¿puedes prgepargarg su facturga, si vous plait? —dijo Madame Amelia.

—Sí, Madame.

—¿Te encuentrgas bien, niña? Pargeces un poco sonrgojada. Espergo que no estés cogiendo nada.

—No, Madame, tengo un poco de calor, eso es todo.

—Bon, tenemos una semana muy ajetrgeada, esta semana. El hotel está casi lleno.

Rocío hojeó el libro mayor hasta que llegó a la habitación once, el Señor Alba y su esposa y una hija pequeña. Los recordaba bien. Llevaban allí dos semanas y cogían el tren a Albacete aquella tarde. El Señor Alba había pedido que le consiguieran un taxi y ella había telefoneado a su primo que acababa de comenzar con su negocio de taxis; vendría a las dos en punto a recogerlos. Intentó concentrarse en su trabajo, pero sus pensamientos no paraban de dirigirse al hombre del comedor. Era muy diferente a cualquiera que hubiera conocido antes, y muy guapo.

—Bien, ¿está lista?

—Casi, Madame.

Añadió los últimos apuntes, los sumó todos rápidamente y le pasó la factura de Alba a Madame Amelia para que la comprobara.

—Non, non, Rgocío. No está bien. Las comidas de la niña no tienen el mismo prgecio que las de los padrges. ¿En qué estás pensando? Toma, hazla de nuevo. No podemos dargle al Señorg Alba una facturga con altergaciones en ella. Tendrgás que rgehacergla.

Rocío enrojeció de vergüenza. Nunca antes había cometido un error tan tonto.

—Lo siento mucho, Madame. La haré de nuevo.

Cuando el escocés salió del comedor ella no levantó la vista y continuó rectificando la factura.

—Buenos días, Señora —dijo él.

—Buenos días, Señorg Jonson —respondió Madame Amelia—. Espero que tenga un buen día.

Rocío no dijo nada, pero pudo sentir los ojos de su jefa sobre ella.

*

La mañana siguiente ocurrió lo mismo y pronto el mismo patrón se desarrollaba. Si estaba sola, él se paraba en el mostrador y hablaba con ella. Al principio para pedirle información. Un día quiso saber los horarios de los autobuses hasta Málaga, al día siguiente quería información sobre museos, luego quiso saber lo fácil que era llegar a Tánger. Una vez le pregunto sobre las fiestas locales y en otra ocasión sobre los mercados. Gradualmente empezó a hablarle de su día y de lo que había estado haciendo. Ella empezó a acostumbrarse a anticipar sus visitas y escuchar sus relatos, fascinada tanto por lo que decía como por la forma en la que lo decía, en un español vacilante que él le animaba a corregir. Una tarde, cuando Rocío terminó de trabajar, la estaba esperando en la esquina.

—Hola, Rocío.

—Hola, Señor Jonson —le respondió.

—Hace una bonita tarde y pensé en dar un pequeño paseo contigo, ¿está bien?

No sabía qué decir. Si su padre los veía, se pondría furioso con ella, pero no podía dejar pasar aquella oportunidad de pasar tiempo a solas con el escocés.

—Sí, por supuesto, pero solo hasta el cementerio. No quiero que nadie del pueblo nos vea juntos. La gente hablaría y mi padre se

enteraría.

—De acuerdo, solo hasta el cementerio.

—Y, ¿a dónde fue hoy? —le preguntó.

—Ah, hoy fui a la ciudad y subí a la muralla del viejo fuerte. Pude ver toda la bahía hasta estas montañas de aquí. —Agitó la mano hacía las montañas que se erguían por encima de ellos— Incluso pude ver el hotel y me imaginé que te vi aquí, apoyada en la pared, sonriéndole al sol.

—No sea tonto —contestó ella enrojeciendo de placer—. Dígame lo que vio de verdad.

—Bueno pude ver el pueblo de Mijas al abrigo de la montaña y pude ver Torremolinos bastante bien, en la otra dirección solo pude distinguir la silueta de la cementera. Había bastantes barcos pesqueros regresando al puerto y lo que creo que era un cañonero.

—¿Hizo fotos? —preguntó mirando la cámara que colgaba de su hombro.

—Sí, montones. Te las mostraré cuando las revele.

Sacó la Pentax de su funda y la enfocó con ella.

—No, estoy hecha un desastre —gritó llevándose las manos al rostro.

—Estás preciosa —le respondió el tan pronto como ella bajó las manos, y apretó el disparador—. Ahora, te tengo para siempre.

Recorrieron el camino de la playa juntos hasta que llegaron a la carretera que llevaba al pueblo. Ella miró a su alrededor; no había nadie cerca.

—Aquí es donde me desvío —dijo ella.

—Iré contigo.

—Solo hasta el cementerio.

Mientras ascendían por la carretera sin pavimentar, él continuó hablando y ella empezó a contarle gradualmente cosas de su vida en el pueblo. Él parecía estar interesado en todo lo que ella tenía que decirle. Luego, demasiado pronto, llegaron al cementerio.

—Ahora tiene que regresar.

—Pero está oscureciendo. ¿Estarás bien?

—Estaré bien. Por favor, regrese.

Empezó a sentirse inquieta; su pueblo estaba justo detrás del siguiente recodo. Si alguien pasaba por allí, ¿qué pensaría? Allí estaba ella, sola con un hombre, un extraño, un extranjero. Caería en desgracia. ¿Cómo podía hacerle entender que las cosas en España no eran como en su país?

—Regrese, por favor. Tengo que darme prisa o llegaré tarde —repitió.

—De acuerdo, Rocío. Te veo mañana.

—Buenas noches, Señor Jonson.

—Por favor, llámame Andy.

Ella sonrió.

—Buenas noches, Andy.

Se giró y corrió hasta su casa. Aquella noche le escribiría una larga carta a Inma hablándole del Señor Jonson.

*

Al día siguiente no lo vio hasta la tarde. Según el guarda nocturno, había salido muy temprano diciendo que no quería desayunar. En todo el día sus ojos no pararon de dirigirse hacia la puerta, buscándolo, preguntándose dónde habría ido y cuándo regresaría. Cuando finalmente abrió la puerta de paneles de cristal y entró en el área de recepción ella no pudo contener su alegría.

—Buenas tardes, Señor Jonson. ¿Ha tenido un buen día?

—Sí, gracias, Rocío.

Se dirigió al mostrador y apoyó su cabeza cerca de la de Rocío y dijo en voz baja.

—Esto es para ti. —Le tendió un sobre y una pequeña rosa color rosa.

Sintió que su piel se tornaba escarlata y miró precipitadamente a su alrededor para ver si alguien había presenciado lo que él había hecho, luego se metió el sobre en el bolsillo de su vestido.

—¿Estará aquí para la cena esta noche, Señor? —le preguntó ella.

Podía ver a Madame Amelia aproximarse.

—Sí, creo que estaré. A las nueve en punto, ¿verdad?

—Sí, Señor. Se lo diré a comedor.

—Buenos días, Señorg Jonson. ¿Está bien? —le preguntó Madame Amelia.

—Muy bien, Madame. He estado caminando por las montañas desde el alba, así que estoy bastante agotado. Creo que tomaré una cerveza fría y me tumbaré en la piscina.

—Rgocío, trgáele al Señorg Jonson un vaso de cergveza, si vous plait.

—Sí, Madame.

Intentó no mirar directamente al escocés, pero era inevitable y, cuando levantó la cabeza para tenderle la cerveza, vio cómo le

guiñaba un ojo.

Más tarde, cuando tanto él como Madame Amelia se hubieron ido, sacó el sobre de su bolsillo y lo abrió. Dentro había una copia de la fotografía que le había tomado la tarde anterior. La cara de una muchacha sorprendida con grandes ojos marrones la miraba. Enrojeció avergonzada y luego le dio la vuelta a la fotografía. En el reverso había escrito: «para mi preciosa Rosie. Te veo esta noche».

—Rgocío, la gente de la habitación tres no cenargá esta noche. Porg favorg, házselo saberg a la cocina —le gritó su jefa desde el quicio de la puerta—. Me voy a casa temprgano hoy. Tengo un horrgible dolorg de cabeza. ¿Te las apañargás sola?

—Sí, Madame, por supuesto. Espero que se sienta mejor mañana.

Madame Amelia se llevó la mano a la cabeza y suspiró.

—Soy una márgtirg de estos dolorges de cabeza. Es la calorg, sabes. Crgeo que quizás haya torgmenta mañana; el airge está tan carggado. Tengo que echargme en una habitación bien frgesquita y me pondrgé mejorg.

—Sí, Madame.

El acento francés de su jefa era siempre más marcado cuando se sentía mal, y justo ahora parecía ser propensa a muchos dolores de cabeza.

*

Andy la esperaba como antes, y juntos caminaron a lo largo de la playa hasta que alcanzaron el desvío. El cielo, normalmente tan claro en aquella época del año, estaba nublado y cargado de nubes de tormenta que se arremolinaban amenazadoras sobre las montañas.

—¿Crees que lloverá? —le preguntó él.

—Es posible. Creo que quizás deba ir sola esta noche. Puede que te atrape la tormenta.

—No, no me importa un poco de lluvia. Deberías ver la lluvia que cae en Escocia.

—Háblame de Escocia —dijo ella.

Así que, mientras caminaban, le habló de Edimburgo donde vivía con sus padres y sus dos hermanos, luego le describió su pueblo en Fife, a donde iba cada Navidad a visitar a sus abuelos y tíos.

—Entonces, ¿no vives cerca de tus abuelos? —le preguntó.

—No, mi padre se trasladó a la ciudad buscando trabajo cuando era joven y luego conoció a mi madre, así que se quedó allí.

—Tengo un hermano que trabaja en Inglaterra —dijo—. Trabaja en un gran hotel.

—¿Dónde?

—En realidad no lo sé; creo que está en algún lugar del sur. Brighton posiblemente. Algunas veces nos llega carta suya, pero Rafa nunca nos cuenta mucho. Me gustaría ir a visitarlo algún día —añadió.

Apenas conocía a su hermano mayor; era demasiado pequeña cuando se marchó. Recordaba a su madre llorando mucho cuando se subió al autobús que llevaba a la ciudad. Todos los habitantes del pueblo se habían congregado para verlo partir y le habían traído regalos para el viaje: jamón ahumado, salchichas, queso de cabra, olivas, incluso una botella de moscatel. Se sentía triste cuando pensaba en él.

—¿Ves a tus hermanos muy a menudo? —le preguntó ella.

—Sí, demasiado a menudo —respondió él—. Ambos son más jóvenes que yo y son unos auténticos gamberros.

—¿Gamberros?

Le explicó lo que significaba la palabra y ella se rio.

—Mi hermano Juan es así; es un gamberro.

Justo entonces los cielos se abrieron y se produjo un aguacero torrencial.

—Ven, sígueme —dijo Rocío tirando de su mano—. Podemos cobijarnos aquí.

Corrieron por la ladera de la colina y se cobijaron en una cabaña derrumbada.

—Esto solía ser la cabaña de un pastor de cabras, pero no hay mucho pasto ya, así que se ha trasladado más arriba de la colina y tiene una casa al borde del pueblo —le explicó.

El interior de la cabaña tenía un olor viciado y rancio, pero estaba seco y había un montón de heno viejo en una esquina. Se quitó las horquillas del pelo y lo liberó sacudiéndolo. Gotas de agua cayeron a su alrededor salpicándole en la cara y haciéndola reír. Se quedaron de pie juntos, uno al lado del otro, en el quicio de la puerta, mirando la lluvia. Se veían los destellos de los relámpagos en las montañas y el retumbar de los truenos podía oírse haciendo eco a los pies de las colinas.

—No puedes irte a casa así —dijo él.

—No durará mucho. Mira, las nubes ya se dispersan. La tormenta ha pasado.

—Nos quedaremos aquí un rato hasta que estemos seguros de que ha terminado. Ven y siéntate un minuto.

No tenía abrigo que poner sobre el suelo y su camisa estaba mojada, así que en lugar de eso hizo un montón con el heno y se sentó en él. Obedientemente, ella se sentó a su lado. El la rodeó con su brazo.

—Estás bastante mojada. ¿Tienes frío?

Ella sacudió la cabeza. Estaba demasiado nerviosa para hablar. Él la atrajo hacia sí de manera que la cabeza de ella reposase sobre su hombro y se quedaron allí sentados en silencio durante un instante.

—De verdad que me tengo que ir. Mi padre me estará buscando —dijo—. La lluvia ha parado ya.

—Por supuesto —dijo él, pero no se movió.

Parecía estar pensando en algo, entonces se volvió hacia ella y la besó ligeramente en los labios. Sabía a tabaco y a ajo.

—Sí, tienes que irte. No quiero que tu padre me persiga con una escopeta. Vamos, te echo una carrera hasta la carretera.

Se había puesto de pie y corría hacia la carretera antes de que ella se hubiera recobrado de la sorpresa de su beso.

Así continuó todo durante la primavera; la esperaba a la salida del trabajo y luego caminaban juntos hasta la cabaña del pastor de cabras, que se había convertido en su nidito de amor. Allí en una cama polvorienta de paja, Rocío aprendió lo que era estar enamorada. El escocés era paciente; no le metió prisa, si no que la introdujo, lenta y pacientemente, en los placeres del cuerpo. Cuando, en aquella primera noche, trató débilmente de protestar, él le aseguró que aquello era perfectamente normal entre dos personas que se amaban. Se aferró a sus palabras y las utilizó para evitar pensar en la decepción y la furia de sus padres. Ella lo amaba, se decía, y él la amaba. Un día lo llevaría a conocer a su padre y él le pediría permiso para ser novios. Un día. Al principio no le gustaba lo que le hacía, al menos no tanto como a él le gustaba; se había asustado al ver el tamaño de su pene; no era nada parecido al de su hermano pequeño. Luego había habido dolor y sangre; la sangre era lo peor, porque tenía miedo de que su madre la viera antes de tener tiempo para lavar su vestido. Su padre casi la había pillado; estaba inclinada sobre el cubo, restregando las manchas cuando él entró.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Ella murmuró algo acerca de haber derramado sopa y necesitar

el vestido al día siguiente. Él gruño a su manera habitual y se sentó a la mesa, carente ya de interés por una cuestión doméstica.

Andrew era tan dulce con ella, tan amable y cariñoso, que, poco a poco, empezó a disfrutar cuando hacían el amor y a amarlo incluso más. Cuando sus padres le preguntaban por qué siempre llegaba a casa tan tarde, ella les decía que el hotel estaba lleno y que Madame Amelia no estaba bien. Solo mentiras a medias, se decía, cruzando los dedos detrás de la espalda. En el hotel, él dejó de ir al mostrador de recepción a hacerle preguntas triviales y desarrollaron la estrategia de tratarse, no fríamente, pero sí con cierta frialdad. La primavera se convirtió en verano y todavía continuaban haciendo el amor en su rústica cabaña. Entonces, una mañana, a mediados de junio, el mundo de Rocío se vino abajo.

evitar desplomarse. Se sentía desfallecer. Tenía que ser un error. Andy no se habría marchado sin decírselo. No le había dicho nada la tarde anterior cuando quedaron en verse aquella noche como acostumbraban.

—Rocío, quiergo que calcules esta facturga. Que no se te pase nada porg alto. Voy a llamarg a la Guargdia Civil. Ellos lo encontrgargan y lo trgaergan de vuelta parga que pague lo que me debe.

Para entonces, Madame Amelia siseaba como una serpiente y su rostro estaba rojo de la ira. Entró en su oficina y cerró la puerta de un portazo. Rocío sacó la carpeta de la habitación de Andy. Había estado allí casi dos meses, y hasta el momento no había pagado ni una sola peseta. Copió la información cuidadosamente deteniéndose de vez en cuando a secarse las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y caían en el papel haciendo que la tinta se emborronase. Esperaba que Madame Amelia pensara que estaba contrariada por lo del pasaporte. Cuando terminó, tocó en la puerta de su jefa y esperó a que la hiciera pasar. Escuchó a Madame Amelia hablar con la Guardia Civil; les estaba dando una descripción del escocés.

—Pasa.

—Aquí está la cuenta, Madame.

—Mon Dieu. Esto es monstrguoso. No ha pagado nada en absoluto. Todas estas comidas. Mon Dieu, no ha pagado ni una.

—Dijo que lo cargara todo a su número de habitación. Pensé que lo sabía, Madame.

—No, no lo sabía.

—Madame Amelia.

—¿Oui?

—Siento mucho lo del pasaporte. Nunca haré nada parecido de nuevo.

Su jefa la miró fijamente.

—Vuelve al trgabajo. Me ocupargé de ti más targde.

*

Ascendió a duras penas por la colina aquella noche como si estuviera soñando. Salvo que no era un sueño; era una pesadilla. No podía parar de llorar cuando pensaba en su traición. En vano intentaba encontrar una razón que justificara su comportamiento, pero era demasiado inteligente para creerse sus propias excusas. Sabía que la había utilizado, que se había aprovechado de su puesto en el hotel para recuperar su pasaporte, la única cosa que le hubiera

impedido marcharse. Intentó razonar consigo misma, pero cuanto más pensaba en los dos últimos meses, más cuenta se daba de lo crédula que había sido, y le enfurecía que hubiera permitido que la engañara de esa manera. Madame Amelia se había mostrado furiosa con ella. La había llamado a su oficina después de que la Guardia Civil se marchara y le había dicho que la había decepcionado, traicionado su puesto de responsabilidad. No iba a despedirla, dijo, pero solo porque, hasta entonces, su expediente era inmaculado. Le deducía dos semanas de salario aquel mes y le dijo que, si algo así sucedía de nuevo, la despediría sin referencias. Rocío se había puesto lívida y pensó que iba a desmayarse, no por el castigo, si no por temor a que su jefa se enterase de que había estado viendo al escocés después del trabajo. Si lo supiera, Rocío sería despedida al instante y se informaría a sus padres. Pensar que sus padres pudieran enterarse de su relación con un extranjero la hacía empezar a llorar de nuevo.

Para cuando llegó a su pueblo, su cara estaba roja e inflamada y sus ojos hinchados. Pensó que intentaría subir a su habitación antes de que nadie pudiera verla, pero tal estratagema era imposible en su pequeña casa.

—Rocío ha estado llorando —dijo Antonio en el preciso instante en que entró por la puerta.

Su madre levantó la vista de la estufa donde estaba preparando la cena.

—Rocío, ¿qué pasa, hija? Vienes pronto esta noche. ¿Ha sucedido algo?

La voz de su madre era amable y sonaba preocupada.

—No, mamá. Bueno, sí.

Se sentó a la mesa y le contó a su madre que el escocés se había marchado sin pagar su factura y su parte en la historia.

—Oh, Rocío, no puedo creer que hicieras una cosa tan tonta.

—Confié en él, mamá. Dijo que lo devolvería tan pronto como se lo devolvieran a él.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? ¿Por qué demonios no se lo dijiste de inmediato a Madame Amelia?

—No lo sé, mamá.

—Bueno, al menos no te ha despedido. Tienes que pensar que has tenido mucha suerte.

—No la ha despedido porque sabe que no puede conseguir otra tan buena como nuestra Rocío —dijo su padre que estaba de pie en

el quicio de la puerta escuchando—. No te vayas a pensar ni por un momento que lo está haciendo por Rocío.

—Puede ser. Rocío tiene que aprender que tiene que hacer lo que se le diga. Tal y como están las cosas, ha perdido dos semanas de salario por esto.

Se volvió hacía su hija.

—Me sorprendes, hija. Pensé que eras mucho más prudente. Bueno, todavía tendrás que entregarme tu dinero como siempre.

—Sí, mamá.

—Ahora, ven y siéntate a cenar.

—No tengo hambre, mamá. Creo que me iré a la cama.

—Pero, tienes que comer algo, niña.

—Déjala estar, mujer —dijo su padre cogiendo una silla y sentándose a la mesa.

que el pastor de cabras solía vivir. Era tan feliz. Pensé que me amaba. Decía que lo hacía. Solía darme pequeños regalos: una rosa o un ramillete de espliego, algunas veces compraba bombones. Una vez me hizo una foto; la guardo en mi taquilla del trabajo porque no quiero que mamá la vea y me haga preguntas. Pensé que un día me pediría conocer a mamá y a papi, pero nunca lo hizo. Intenté explicarle que, si hablaba con papi, no tendríamos que escondernos en la cabaña del pastor de cabras, que podríamos ir a mi pueblo, pero todo lo que dijo es que no quería estropear las cosas. Prefería estar a solas conmigo. No discutí. Sabía que, si venía a mi pueblo, no nos dejarían a solas ni un minuto.

Solía hablarme de su hogar en Escocia y de su familia. Fui tan estúpida que pensé que quizás me llevaría a Escocia con él. A menudo decía lo mucho que me gustaría, aunque, tengo que decirte, que me sonaba como un lugar frío y oscuro.

Bueno, todo parecía ir bien, y la última semana desapareció. No sé si se ha ido de viaje y volverá, si ha tenido un accidente y está en algún lugar herido o si tiene problemas con la policía. Nadie tiene la más ligera idea de dónde ha ido. Se llevó toda su ropa y su cámara, y desapareció. Madame está furiosa porque no pagó la cuenta y le debe mucho dinero. Llamó a la Guardia Civil, pero ni ellos pueden encontrarlo. Y está realmente enfadada conmigo porque saqué su pasaporte de la caja fuerte y se lo devolví a él. Calcula que ya estará en Francia ahora, y que nunca obtendrá su dinero.

No puedo creer que sea un mal hombre. Estoy segura de que algo le ha sucedido para irse. Es tan impropio de él hacer esto, o irse sin decir adiós. Dijo que me amaba, Inma. Oh, ¿qué puedo hacer? Estoy tan triste. Por favor, escríbeme.

Tu amiga que te quiere, Rocío.

Pdta.: Por favor, por favor, por favor no le digas nada a tu madre de esto».

«26 de junio de 1965

Mi querida Rocío:

Mi pobre querida, creo que tu escocés era un poco granuja, uno guapo por lo que parece, pero un granuja, sin embargo. Seca tus ojos y no pierdas más tiempo preocupándote por él. Estoy segura de que está ya en Escocia ahora, felicitándose por sus vacaciones gratis en España y contándole a todo el mudo lo estúpidos que son los españoles.

Bueno, puedo asegurarte que estoy deseando estar en la casa de la playa de nuevo. No he tenido más que exámenes, exámenes y exámenes. Estaré tan feliz cuando deje la escuela y me libre de estas sofocantes monjas. Nos vigilan como halcones. Susana y yo intentamos escabullirnos al pueblo la noche pasada y allí estaban esperando la hermana Josefina y la hermana Concepción a las puertas de la escuela. Nos hicieron regresar al dormitorio y ahora tengo que copiar todo el catecismo veinte veces. Se creería que solo tenemos siete años en lugar de diecisiete. Te digo que es peor que una prisión. De todas formas, solo quedan un par de semanas hasta el final del trimestre, entonces estaré fuera de aquí para siempre. He obtenido una plaza en la universidad para octubre. Por fin he decidido lo que voy a estudiar: Derecho. Papi dice que quizás me convierta en la primera jueza de España. ¿Qué piensas tú? No sería para morirse de risa.

Tengo más noticias fabulosas para ti. Los Beatles vienen a Madrid la semana que viene. Van a dar un concierto en la Plaza de Toros. Y, adivina qué. Voy a ir a verlos. Al principio mamá dijo que no podía ir; dijo que estaría lleno de gente inculta, pero Luisa se las arregló para persuadirla. Fue a comprar las entradas hace siglos, le dijo a mamá que necesitaba que la acompañara alguien. Paco tendría que estar muerto para dejarse ver en un lugar así y no hay manera de que el marido de Fabi le permita ir, así que solo quedaba yo. No es genial. Estoy tan excitada. Te lo contaré todo cuando te vea.

De todas formas, anímate, Rocío, ningún hombre merece que se llore por él.

Tu amiga que te quiere, Inma.

Pdta.: No vamos a la casa hasta mediados de julio. Mamá dice que le escribirá a tu madre con la fecha cuando se haya decidido».

«4 de julio de 1965

Querida Inma:

Oh, Inma, no sé qué hacer. Tienes que ayudarme. Creo que estoy embarazada. No me ha venido la regla desde principios de mayo y siento náuseas todos los días. Me he sentido mal desde hace semanas, pero pensé que era porque estaba triste, pero ahora me doy cuenta de que está empeorando. Me aterra que Madame Amelia se dé cuenta y me despida. No sé qué hacer. No se lo puedo decir a mamá, porque se lo diría a papi y sé que me echarían de casa. Oh, Inma, ¿qué puedo hacer? Desearía que estuvieras aquí para

ayudarme. Por favor, escríbeme.

Tu amiga que te quiere,

Rocío».

«6 de julio de 1965

Mi querida Rocío:

Acabo de recibir tu carta y para cuando te llegue la respuesta ya estaré de camino para verte. No te preocupes. He convencido a mamá de que debo ir a la casa de la playa más pronto para recuperarme de los exámenes. Ella planea llegar el 23, así que tendré un par de semanas para solucionar las cosas antes de que llegue. Reúnete conmigo en la casa de la playa cuando termines de trabajar el día 10.

No te preocupes.

Tu amiga que te quiere,

Inma».

*

El tiempo parecía eterno hasta el día 10, pero al fin llegó ese día. Le puso la excusa a Madame Amelia de que se sentía mal y salió un poco más temprano. Se puso en camino recorriendo la playa; el sol todavía lucía con toda su intensidad y, para cuando llegó a la casa de Inma, tenía calor y estaba cansada. La casa parecía desierta, pero abrió la puerta y subió la escalera. No había rastro del jardinero, gracias a Dios. Estaba a punto de tocar a la puerta cuando esta se abrió y allí de pie apareció Inma.

—Pasa, rápido —le dijo tirando de Rocío hasta el recibidor.

—Inma, me alegra tanto verte.

Las dos amigas se abrazaron.

—Pasa a la cocina. ¿Quieres agua?

Rocío asintió con la cabeza. Se sentaron a una mesa, la una frente a la otra. Ahora que su amiga estaba allí, toda la emoción contenida de las semanas anteriores explotó de repente y a Rocío le resultó imposible contener sus lágrimas. Apoyó la cabeza en la mesa y sollozó. Inma la rodeó con su brazo.

—No hay necesidad de llorar ahora. Mira, tenemos que actuar con lógica.

Retiró un mechón de pelo de la cara de Rocío y le secó las lágrimas con su pañuelo.

—¿Cómo hacerlo? Estoy perdida. Cuando todo el mundo se entere de que estoy embarazada, perderé mi trabajo, mi padre me repudiará y mi madre no volverá a hablarme nunca más. Es un

desastre. Nadie va a casarse conmigo ahora. Estoy perdida —repitió—. Sabes, incluso impedirán que continuemos siendo amigas. Nunca más te veré. Seré una marginada.

Empezó a llorar de nuevo.

—Tenemos que deshacernos de él —dijo Inma calmadamente.

Rocío la miro. ¿Qué había dicho? ¿Deshacerse de él? ¿Un aborto? Eso era un pecado mortal. Aunque fuera posible hacerlo sin que nadie se enterara, Dios lo sabría e iría al infierno.

—No hace falta ponerse así. ¿Qué otra alternativa tienes?

—Es un pecado —susurró Rocío.

—Quizás, pero será mucho más pecado que arruines tu vida por ese maldito escocés.

Rocío estaba asustada.

—No sé, Inma. Tengo que pensarlo.

Pensó en su hermana y sus preciosas niñas, sus brazos regordetes y sus pequeños dedos enrollándose en los suyos, agarrándose a ella con la fuerza de alguien el doble de su tamaño.

—No hay tiempo para pensar. Mírate, ya estás ensanchando de cintura. ¿Cuánto tiempo piensas que pasará hasta que tu madre se dé cuenta? Créeme Rocío, esta es la única salida para ti.

—Pero, es un pecado mortal.

—¿Quién dice eso? ¿Esos viejos de la iglesia? ¿Las monjas? ¿Qué saben ellos de bebés y familias? ¿Qué saben del amor? Te lo digo Rocío, es la única salida.

—Pero ¿cómo? Es ilegal.

—Iremos a Londres.

—¿A Londres?

Si su amiga le hubiera sugerido ir a la luna, no habría estado más sorprendida.

—Eso es imposible.

—Nada es imposible.

—No tengo dinero.

—No, pero yo tengo.

—No tengo pasaporte.

—Puedo solucionar eso.

—¿No piensas que mis padres pensarán que es raro si de repente les digo que me voy a Londres? Mi padre ni siquiera me deja ir a Málaga sola.

—No lo sabrán. Les diremos que tienes vacaciones y que vienes conmigo a Granada de criada. No te preocupes, lo he pensado todo.

—¿Qué dirá tu madre?

—Por favor, para de preocuparte. Lo tengo todo organizado. La única cosa que necesito es una fotografía tuya para tu pasaporte.

Sacó una cámara de su bolso.

—Y podemos hacerla ahora mismo.

—Pero mi padre tiene que firmarlo. Y aún no he hecho mi servicio social. No me darán un pasaporte hasta que lo haya hecho.

—Para de preocuparte y déjame esto a mí. No vamos a pedirlo de la manera habitual; nunca te darían uno sin el permiso de tu padre de todas formas. No será un auténtico pasaporte. Este hay que comprarlo. El hermano de Susana va a conseguirlo por mí.

—¿Cómo voy a pagarlo?

—Ya te lo he dicho, yo pagaré por él. En todos estos años encerrada en esa escuela no he tenido oportunidad de gastar mi paga. Tengo mucho dinero.

—Inma, estoy asustada. Si me cogen, ambas podemos ir a la cárcel.

—No nos cogerán, tonta. Montones de mujeres van a Londres a abortar hoy en día; solo que no se lo dicen a nadie.

—¿Cuándo sucederá?

—Bueno, tiene que ser pronto. Mamá llega el 23. Pero primero tengo que solucionar lo del pasaporte y conseguir billetes.

—¿Qué debo hacer hasta entonces?

—Nada, solo continuar como de costumbre. Vuelvo a Madrid esta noche. Estaré de regreso el día 14 y viajaremos a Londres al día siguiente, miércoles. Volveremos el 17.

Rocío la miró sorprendida.

—¿Cuándo me lo harás saber?

—Iré al hotel y te diré que si todo está dispuesto. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Ve a trabajar como de costumbre el día 14. Luego dile a Madame Amelia que tu madre está mal y que tienes que cogerte un par de días libre para cuidar de ella. ¿El miércoles es todavía tu día de descanso?

Rocío asintió con la cabeza.

—Bien, entonces solo perderás dos días de trabajo. Ven aquí después de trabajar y cogeremos el tren nocturno a Madrid.

—Pero ¿qué les digo a mis padres?

—Mi madre te escribirá y te dirá que necesitamos que vengas con nosotras a Granada. Te dejarán ir si piensan que mi madre está

con nosotras.

—Pero tu madre no estará con nosotras, ¿por qué debería escribirle a mi madre entonces?

La cabeza le daba vueltas con todas aquellas mentiras. No iba a funcionar. Seguramente las descubrirían y las cosas empeorarían aún más.

—Rocío, no entiendes. Yo escribiré la carta fingiendo ser mi madre. Nadie lo cuestionará.

—No sé. Estoy asustada.

—No estés asustada, Rocío. Créeme esta es la única salida. Recuerda, cuando yo era más pequeña, solíamos tener una criada llamada Julia. Vivió con nosotros durante años; después se quedó embarazada. No estaba casada y no tenía a donde ir. Mamá quería ayudarla. Quería que pusiera el niño en adopción y volviera a trabajar con nosotros, pero mi padre no quería ni oír hablar de ello. La echó a la calle sin dinero. Dijo que era una puta. Nunca supimos lo que pasó con ella o con el bebé. Mi madre estaba muy disgustada.

Rocío no podía imaginar a su padre siendo tan cruel, pero no podía estar segura. Le había ocurrido a otra chica de su pueblo y nadie, ni siquiera la madre de la chica, sabía qué había sido de ella.

—Muy bien, haré lo que dices.

—Bien. Ahora, mira lo que tengo para ti.

Rebuscó en su bolso de nuevo y esta vez sacó un sobre. Contenía una fotografía firmada de los Beatles.

—Guau. Me había olvidado de que habías ido a verlos.

—Fue fabuloso; pensé que me moría de excitación. El lugar estaba abarrotado, no había ni un solo asiento vacío en ninguna parte y todo el mundo gritaba y saltaba. Apenas podías escuchar la música de tanto ruido que había. Una chica cerca de mí se desmayó y tuvieron que sacarla fuera. Fue fabuloso.

—Y, ¿quién es tu favorito? —le preguntó Rocío estudiando la fotografía.

—John. Es tan guapo.

—Yo creo que Ringo es el mejor. Parece realmente dulce. Cuéntamelo todo, desde el principio —dijo olvidando sus preocupaciones por un momento.

*

Mientras caminaba hacia su casa, los pensamientos de Rocío volvieron al plan de Inma y apenas pudo evitar estremecerse: nunca

antes se había sentido tan asustada. Estaba a punto de embarcarse en la mayor mentira de su corta vida; significaba mentir a sus dos padres y a su jefa. No solo eso, ¿qué diría cuando se confesara el domingo? Cuando había sacado aquel tema con Inma, ella solo se había reído y dicho: «Simplemente nada. No digas nada». Pero Rocío sentía pavor del cura de su pueblo. Era un hombre alto y fuerte, con un rostro serio y una manera aún más seria de hablar. Era particularmente duro con las chicas de su parroquia, les prometía el infierno y la perdición si se desviaban del verdadero camino; el papel de una verdadera mujer en la vida era ser una buena esposa y madre, decía repetidamente. La única alternativa era el matrimonio con Dios y la vida en un convento. Cualquier otra cosa era pecaminosa para una mujer, el camino de las putas y las rameras. Nunca había entendido realmente lo que era una puta o una ramera, pero sabía que eran malas mujeres. El padre de Inma había llamado puta a su criada porque se quedó embarazada. ¿Eso hacía de ella una puta? Aunque la noche era cálida, se estremeció y tiró del chal sobre sus hombros. Sabía que el cura podría ver en su interior, su negra alma. Pensar en él entrando en su casa, con su largo y negro hábito e increpando a sus padres la llenó de temor. La oscuridad se cernía ante ella y sintió como si fuera a ingresar en ella y no salir nunca más.

—Rocío ve a ayudar a tu madre. Ha tenido una caída y no puede caminar —dijo su padre cuando entró en el patio.

—¿Qué ha sucedido, papi? —le preguntó contenta por cualquier cosa que aliviara su mala conciencia.

—Se ha resbalado trayendo el agua. Date prisa, mira a ver qué puedes hacer.

Su madre estaba sentada a la mesa con el pie apoyado en el taburete que utilizaban para ordeñar a las cabras. Su tobillo parecía hinchado y dolorido.

—Mamás, ¿estás bien?

—Sí, niña. Es solo un esguince.

—¿Qué puedo hacer?

—Primero trae algo de agua más. Derramé la última cuando me caí. Luego empapa este trapo en ella y átalo alrededor de mi tobillo.

Rocío corrió a hacer lo que le habían pedido mientras su madre continuaba cortando verduras para la cena. Le había provocado aquello a su madre al planear que diría que estaba enferma. Ahora estaba de verdad enferma. Era todo culpa suya. Dios ya la estaba

castigando.

—Eso está mejor, hija. Átalo suave y firmemente ahora.

—¿Qué más puedo hacer, mamá? ¿Pelo las patatas?

—No, ve a casa de tu abuela y pídele su bastón. No puedo quedarme aquí sentada todo el día.

—Sí, mamá.

Había estado intentando evitar a su abuela desde que había descubierto que estaba embarazada; si alguien podía percatarse de su ancha cintura, sería ella con su aguda vista.

—Antonio —llamó a su hermano pequeño cuando salió fuera—, ve a pedirle a tu abuela su bastón, ¿quieres?

—No, estoy ocupado.

—Te compraré unos dulces cuando me paguen.

—¿Caramelos?

—Sí, caramelos

—¿De fresa?

—Sí, pero date prisa, mamá lo está esperando.

El chico dejó en el suelo el cubo con la comida de los pollos y corrió a casa de su abuela. Diez minutos más tarde regresó portando el bastón y un gran pan de malta.

—La abuela dice que es para la cena, que se pasará más tarde cuando haya terminado la masa para el pan de mañana.

Rocío cogió la barra y el bastón y entró en la cocina.

—Gracias, niña. ¿Cómo está tu abuela? —preguntó la madre de Rocío.

—Bien. Dice que vendrá a verte más tarde.

—Bien.

Luego su madre se volvió hacia ella y una mirada de preocupación cruzó su rostro.

—¿Va todo bien en el trabajo?

—Sí, mamá, todo bien. No creo que Madame Amelia esté ya enfadada conmigo. Incluso dijo que podía tomarme un par de días libre este mes un poco más adelante si no hay demasiado trabajo.

—Eso es muy amable por su parte.

La semilla había sido sembrada. Rocío se sentía mal. No podía soportar mentirle a su madre de aquella manera.

—Déjame hacer eso mamá. Por qué no te sientas fuera en tu silla y descansas. Yo puedo ocuparme.

—Eres una chica tan buena, Rocío. Está bien, si estás segura de que te puedes ocupar. Dame el bastón y ayúdame a salir.

Rocío tiró de su madre para que se levantara y le ayudó a salir al patio donde ocupó su habitual sitio de todas las tardes a la decadente luz de los rayos del sol. Mientras volvía dentro pudo escucharla hablar con la vecina; sonaba relajada y feliz. ¿Cómo se sentiría si supiera lo que su hija tramaba?

probablemente. Estos jóvenes tienen unas ideas tan locas. ¿Dice cuando debo abrir la casa?

—Dice que el 20 estará bien.

—Eso es solo una semana antes de que llegue.

—Eso es lo que dice.

—Oh, bien.

—¿Quieres que le escriba de vuelta, mamá?

—Sí, supongo que sí; yo no tengo tiempo. Hazlo por mí, sé buena chica.

Rocío fue a su habitación y sacó papel y un sobre. Garabateó una nota rápida para Inma y la metió en el sobre, luego escribió la dirección de Inma en él. Puso el sobre en su bolso y regresó a la cocina.

—La echaré al correo cuando vaya a trabajar.

—Mejor consulta con Madame Amelia si está bien que te tomes esos días libres antes de enviarla —dijo su madre.

—¿Qué hay de papi?

—Yo hablaré con tu padre. No le gustará, lo sé, pero supongo que cederá.

*

Ana aguardó a contarle a su marido lo de la carta hasta justo antes de irse a la cama. Fue como se esperaba.

—No sé qué te ha dado, mujer. Recuerda mis palabras, vamos a tener problemas con esa chica. La has hecho pensar que es tan buena como esa gente para la que trabajas. Cuándo se dará cuenta de que es una sirvienta y todo lo que quieren de ella es que esté pendiente de ellos.

—No es una sirvienta. Tiene un buen trabajo en el hotel. Tiene educación.

—Puede ser; pero no es una de ellos y nunca lo será.

—Es solo un par de días, Rafa.

—Dos chicas pueden hacer muchas cosas malas en un par de días, créeme.

—No Rocío. De todas formas, Doña Carmen estará allí todo el tiempo. ¿Piensas que dejará que su hija se meta en problemas?

—¿Va a pagarle?

—No lo sé. Supongo que sí.

—No podemos permitirnos que vaya y venga a su gusto si no le pagan.

—Entonces, ¿puede ir?

—Oh, cállate mujer y déjame meterme en la cama.

Ana miró a su marido quitarse la ropa de trabajo. Su cuerpo era delgado, pero enjuto, y sus músculos brillaban a la luz de la lámpara como las raíces marrones de un árbol. Así es como era, fuerte y confiable, como un árbol. Podía decir cosas duras algunas veces, pero solo era porque los quería. Cuidaba de todos ellos, asegurándose de que estuvieran a salvo en aquellos tiempos inciertos. Sabía que se había resignado al hecho de que sus propias vidas no serían nada más que una monótona ronda de duro trabajo, pero quería más para sus hijos. Había visto su decepción cuando ni Juan ni Tomás habían estado interesados en quedarse en el colegio, pero luego había venido Rocío. Lo había enorgullecido; Rocío había roto su dependencia con la tierra. Ahora tenía sus esperanzas puestas en el pequeño Antonio, que prometía ser tan brillante como su hermana.

—Bueno, mujer, ¿vienes a la cama esta noche o no?

Obedientemente se subió a la cama a su lado. No había un ruido en la casa; todo el mundo estaba dormido.

*

Rocío necesitaba estar sola para pensar. Al principio consideró entrar en la iglesia, pero sabía que, si lo hacía, alguien le preguntaría qué le preocupaba. Peor aún, podía encontrarse con el cura, y no estaba segura de que pudiera mantener el secreto si la confrontaba. No se podía sentar fuera de su casa porque el patio estaba siempre lleno de gente. Los vecinos iban y venían constantemente, a coger agua fresca, atendiendo a sus obligaciones o sentándose en sus escaleras a la espera de un buen cotilleo. Así que, en lugar de eso, después de que hubo ayudado a su madre a retirar las cosas de la cena y rellenar el agua de los cubos, salió sigilosamente de la casa y se dirigió a la colina de detrás del pueblo, con el perro siguiéndola. El sol desaparecía rápidamente por el horizonte, tiñendo el cielo de naranja y oro. En unos cuantos minutos estaría oscuro.

Se tumbó sobre la cálida tierra y miró al cielo. Diminutos destellos de luz todavía eran visibles en el cielo que se oscurecía. Le molestaban los pechos, constreñidos contra los límites de su vestido. Los recorrió con sus manos; se estaban hinchando y volviendo suaves. Bajó sus manos hacía su ensanchada cintura y las colocó sobre su estómago; estaba amplio y duro. Su vestido no tardaría mucho en no poder abrocharse y entonces todo el mundo sabría lo

que había hecho. Presionó con sus dedos e imaginó que podía sentir un pequeño corazón latiendo dentro de ella. Su propio corazón se tornó frío ante la perspectiva de lo que estaba a punto de hacer. Dios mío, ¿no había otra opción? Quizás debería hablar con su madre y explicarle lo que había sucedido. Se imaginaba la escena que se desarrollaría, su madre enfadada al principio, luego llorando de vergüenza por todo ello. No tendría otra opción que decírselo a su padre, que se pondría blanco de la rabia. Un suspiro de angustia se escapó de sus labios. No, no había otra opción. Se secó las lágrimas en su delantal y se sentó. Era lo mejor. ¿Qué clase de vida podría tener el pobre niño de todas formas, sin padre y una madre sin hogar?

*

Susana e Inma estaban bailando la última canción de Conchita Velasco.

—La chica, ye yé —cantó Inma mientras su cuerpo giraba con la música—. La chica, ye yé. —Agitó sus brazos en el aire y giró, tan inmersa en la música que no escuchó a la madre de Susana entrar en el dormitorio.

—Susana.

Fue hasta el gramófono y lo apagó. El súbito silencio hizo que las dos figuras rotantes se detuvieran.

—Mamá, estábamos escuchando eso.

—No sé lo que veis en esa basura, todo ruido sin melodía. ¿Por qué no podéis poner algo más agradable como Carmen Sevilla?

—Qué asco.

Las dos chicas se miraron la una a la otra. Inma torció el gesto como si le hubieran dado a probar una naranja agria. Luego ambas rompieron a reír.

—No somos unas viejas retrógradas, mamá. Nos gusta la música moderna.

—La chica ye yé.

—Está bien, calmaos. No sé lo que os ha dado últimamente. Estoy segura de que tu padre no aprobaría todas estas chorradas, Inma. ¿Cómo están tus padres, por cierto? —añadió.

—Están bien, gracias, Doña Almadova.

—Y el pequeño, ¿todavía vive con vosotros?

—Sí. Su madre murió, sabe, así que mamá y papi decidieron que podía quedarse con nosotros.

—Eso es muy generoso por su parte. ¿Cómo se las arregla tu

madre teniendo un pequeño en la casa después de todos estos años?

—Oh, Pablo está en la escuela la mayor parte del tiempo. Papi lo ha enviado al Sagrado Corazón.

—Oh, está internado, ¿no? Era un niño tan pequeño cuando lo vi la última vez; no puedo imaginármelo en el colegio.

—Ha crecido mucho.

—¿Y cuándo irá la familia a la costa?

—A finales de mes.

—Qué bien. Desearía que el padre de Susana dejara Madrid en verano, pero ni lo considerará. Su trabajo es demasiado importante para él como para alejarse de él mucho tiempo. Dice que deberíamos irnos solas, pero no puedo hacer eso. No, el lugar de una esposa está al lado de su marido.

Inma sonrió. Sabía que el padre de Susana trabaja para la administración pública, pero Susana le había dicho que era un mero empleado y que no ganaba mucho dinero. Le había confesado que todo lo que sus padres podían hacer era pagar las cuotas de la escuela; nunca había dinero para vacaciones.

—Susana te echará de menos —continuó su madre.

—La echaré de menos. Es una pena que no vayamos a la universidad juntas.

Susana no dijo nada.

—Oh, eso no es para Susana. No sería feliz allí; conozco a mi pequeña —dijo la madre de Susana rodeando a su hija con su brazo—. Encontrará un buen hombre y se casará. Eso es lo que tú quieres hacer, ¿verdad, cariño? Creo que está muy contenta de haber terminado con los estudios y los deberes.

Susana se deshizo del abrazo de su madre.

—¿Viene Berti a comer, mamá?

—Dijo que lo haría, pero ya conoces a tu hermano. Tiene sus propias reglas. Ahora, por qué no buscáis algo tranquilo que hacer.

—De acuerdo, mamá.

Esperaron hasta que Doña Almadova hubo salido de la habitación y volvieron a encender el gramófono.

—¿Beatles?

—Sí.

Mientras yacían tumbadas en la cama de Susana, escuchando el ritmo de «I Want to Hold Your Hand», Inma le contó a Susana su reunión con Rocío.

—Está realmente nerviosa. Espero que pueda superarlo.

—Te meterás en problemas también tú si se lo cuenta a su madre —dijo Susana girándose de espaldas y mirando al techo—. En serios problemas.

Se pasó un dedo por la garganta y se rio.

—Serán doscientas Aves Marías para ti, niña. Copia el catecismo quinientas veces —le ordenó imitando la voz de su profesora menos favorita, la hermana Virtudes—. Con la mano izquierda.

Luego le entró un ataque de risa.

—No seas tonta, Susi. Esto es serio; no puede salir mal. Hay mucho en juego. Me aterra pensar lo que ocurriría si nos pillan. ¿Estás segura de que tu hermano traerá los pasaportes hoy?

—Eso dijo, ¿no?

—¿De dónde los saca?

—No hagas preguntas. Conoce a un tipo en el Ministerio del Interior, eso es todo lo que sé. ¿Has traído el dinero?

—Sí. Espero que sea suficiente.

—Te lo dirá muy pronto si no lo es.

—¿Traerá la dirección de la agencia de viajes?

—Por supuesto. No tienen mucho sentido los pasaportes si no puedes conseguir un vuelo.

—Pero sabe para lo que es, ¿verdad? Me asusta que no lo apruebe.

—No te preocupes por eso; todo lo que preocupa a Berti es el dinero.

—Siempre y cuando no se lo diga a nadie.

—Él no lo haría, se metería en un problema mucho peor que el tuyo. Probablemente lo encerrarían por corromper a una menor. Luego tendría que ir a visitarlo a prisión y pasarle las llaves dentro de una tarta de mamá.

Empezó a reír de nuevo y se levantó para cambiar el disco.

—A ver si adivinas esta.

Ambas chicas se quedaron en silencio durante un minuto escuchando la música, luego Inma sonrió.

—Es fácil. Can’t buy me love, love, love —cantó.

—¿Crees que verás a los Beatles cuando estés en Londres? —preguntó Susana.

—No lo sé, quizás. Pero viven en Liverpool, ¿no?

—¿Está eso cerca de Londres?

—No lo sé.

Pensar en recorrer Londres y toparse con los Beatles, aunque era

una perspectiva improbable, la embargó de una momentánea excitación. Miró a su amiga, tirada en la cama, agitando sus brazos a ritmo con la música. Susana no parecía darse cuenta del gran paso que ella y Rocío estaban dando. Si sus padres lo descubrían, nunca podría explicarlo sin meter a Rocío en problemas. ¿Y, ella? ¿Qué le sucedería a ella? Temía pensar en cómo reaccionaría su padre. Por un minuto sopesó la idea de irse antes de que el hermano de Susana llegará y abandonar aquello. Luego pensó en Rocío y lo disgustada que estaba aquel día en la casa de la playa. No, no podía traicionar a su amiga. Ella y Rocío eran amigas muy especiales; tenían un pacto. De todas formas, las cosas iban muy bien hasta el momento. Era un reto y le gustaban los retos.

No había sido difícil para Inma conseguir el dinero sin que lo supieran sus padres, porque siempre había guardado parte de su paga y todo su dinero presente estaba en una caja debajo de su cama. No era una chica que gastara mucho dinero. En realidad, tenía pocas oportunidades para hacerlo mientras estaba en el colegio, pero le gustaba acumularlo. Esta aventura iba a originar un gran agujero en sus ahorros.

—¿Irás a Carnaby Street?

—Sí, haremos todo eso.

—Dios, eres afortunada Inma.

*

Cuando Inma llegó a casa, su madre estaba sentada en el salón jugando bridge con tres de sus amigas.

—¿Eres tú, Inmaculada? —la llamó.

—Sí, mamá.

Asomó la cabeza por la puerta y saludó a la concurrencia.

—Ven aquí, niña, y besa a tu tía María —dijo su madre.

—Un momento, mamá.

Corrió escaleras arriba y escondió los pasaportes debajo de su cama, se alisó el pelo y regresó al salón.

—He oído que te han ido muy bien los exámenes este año, Inmaculada —dijo su tía mirando por encima de su mano de bridge.

Inma sonrió.

—¿Ahora toca la universidad, entonces? —preguntó una de las otras, una mujer con una gran marca de nacimiento en su cuello.

—Sí, en octubre.

—Va a ser abogada —añadió su madre.

—¿Abogada? Bueno, se gana mucho dinero con ello, eso es

seguro, pero ¿es un pasatiempo apropiado para una chica?

—Espero que no te mezcles con todos esos comunistas y anarquistas —dijo la cuarta mujer.

Era la muerta y sus cartas estaban extendidas en la mesa ante ella. Inma podía ver que tenía una mano muy mala. Se preguntaba qué cartas tendría su compañera.

—Inmaculada no se codearía con gente como esa —intervino rápidamente su madre.

—Es horrible que a tal gente se le permita entrar en las universidades —continuó la mujer.

—¿Vas a jugar tu mano o qué? —le preguntó la tía de Inma a su compañera.

—Sí, sí, no me metas prisa.

Inma escuchó a su tía suspirar frustrada.

—Voy a hacer la maleta, mamá.

—De acuerdo, cariño.

—¿Se va?

—Solo a nuestra casa en la playa unos cuantos días antes que el resto de la familia vaya allí para pasar el verano. Necesita un descanso, pobrecita mía; ha estado trabajando tan duro.

—Yo no le veo el sentido, gastar todo ese dinero en educar a una chica —continuó la mujer.

—Mi marido cree en darle a sus hijos una buena educación —respondió Carmen fríamente.

—Sí, pero mírala. Es una auténtica belleza. Algún hombre vendrá y se casará con ella tan pronto como sea lo suficientemente mayor y eso será todo. ¿De qué le servirá su educación entonces?

—Los hijos parecen crecer tan rápido en estos días —dijo la mujer con la marca de nacimiento.

—Eso es tan cierto —replicó la mujer con la mano muerta—. ¿Habéis visto las fotos del nuevo bebé de la princesa?

Levantó la revista de moda que había estado abierta en su regazo para que las demás pudieran verla.

—Caramba, no es mona, igual que su pequeña hermana.

—Ya pesa más de diez kilos.

—Otra niña, sin embargo. Aún no hay heredero.

—Pero la princesa todavía es lo suficientemente joven para tener algún bebé más.

—Parece que fue ayer cuando tuvo la primera.

—Sí, los años pasan rápido una vez que tienes hijos.

Inma se alegró de poder salir de la habitación; conocía a las amigas de su madre y no le gustaban particularmente. Su tía María estaba bien, pero las otras siempre estaban buscando algo en lo que poder encontrar un fallo.

Puso su maleta encima de su cama y empezó a meter lo que necesitaba, rápida y ordenadamente. No quería que Dolores viniera a ayudarla y cuestionara por qué necesitaba llevarse una chaqueta y un cárdigan con ella cuando las temperaturas de Málaga rozaban los treinta grados. Metió los pasaportes debajo de la ropa y contó su dinero. Tenía más que suficiente. De regreso de la casa de Susana había ido a la agencia de viajes que le había dicho el hermano de Susana y había pagado por «las vacaciones»; era un paquete especial; un «viaje preparado», lo llamaban, que incluía vuelo, hotel y los honorarios del doctor. Incluso incluía una noche después de que tuviera lugar la operación, para poder estar seguras de que no habría complicaciones. Había sido un poco embarazoso. La agente de viajes la había hecho pasar a una habitación trasera para no ser oídas y le había pedido una identificación. También había tenido que dar el nombre de Berti antes de que le entregara los documentos. Luego había tenido que prometer que si alguien descubría donde iba, no le diría que había obtenido los billetes a través de ella. Por supuesto que tuvo que pagar en metálico, pero eso no representó ningún problema. Comprobó por segunda vez que tenía la dirección y los billetes, y luego cerró la maleta con llave. Su tren salía a las ocho en punto a la mañana siguiente; su padre había prometido llevarla a la estación de camino al trabajo. Se sentó en la cama al lado de su maleta y pensó en Rocío. Por favor que siguiera siendo valiente.

Rocío sacudió la cabeza. La mera mención de la comida la hacía sentir náuseas. Se volvió de nuevo hacia la ventanilla para no tener que mirar el paquete de comida abierto que Inma había traído con ella, pero el dolor del jamón ahumado golpeó su estómago como la patada de una mula y se puso de pie de un salto.

—Voy a devolver —musitó abriendo la puerta del vagón y andando a trompicones por el pasillo.

Afortunadamente el aseo estaba vacío. Después de eso se apoyó en la puerta y esperó a que pararan las náuseas en su estómago. Ya no había forma de negar la razón de su viaje ahora; había vuelto a la realidad de repente. Respiró profundamente y regresó a su vagón.

—¿Te sientes mejor?

Asintió con la cabeza. Inma había vuelto a colocar la comida en su bolsa y la había atado.

—Hemos pasado por una estación —dijo—. No tardaremos en llegar a Atocha.

—¿Tienes lo billetes?

—Por supuesto. Es la tercera vez que me lo preguntas. No te preocupes tanto.

—Lo siento.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—No lo estés. Todo acabará pronto, después solo será un mal sueño.

Roció extendió la mano y cogió la de Inma.

—Gracias por ayudarme. No sé qué habría hecho sin ti —dijo asomando lágrimas a sus ojos.

—Eh, venga, no hace falta llorar.

Rocío se sorbió la nariz.

—Me asombra que sepas cómo hacer esto —dijo—. Yo no habría tenido ni idea de por dónde empezar.

—¿Esto?

—Ya sabes, los billetes y el doctor y eso.

—Bueno, en realidad no fui yo —confesó Inma—. Susana me dijo lo que hacer.

—¿Susana? ¿Ha abortado entonces?

Aquello era una sorpresa.

—No, por supuesto que no. Pero su hermana mayor, Rosa, lo hizo. Fue hace tres años. Susana estaba en el colegio por aquel tiempo. Su madre lo arregló todo. Tuvieron que mantenérselo en

secreto a su padre, porque se hubiera puesto hecho una furia si lo hubiera sabido. Susana dijo que su madre estaba furiosa con Rosa y que no quería que tuviera el bebé.

—¿Por qué no la hizo casarse? Eso es lo que mamá hizo con mi hermana cuando se quedó embarazada.

—El padre era un hombre casado.

—¿No?

Aquello era lo más pasmoso que Rocío había oído jamás.

—Así que no se podían casar. Toda la familia habría caído en desgracia si el bebé hubiera nacido —dijo Inma—. Así que su madre dispuso que se fuera a Londres y abortara. Su padre nunca supo nada.

—¿Qué pasó con ella?

—¿Rosa? Está casada ahora y tiene un bebé.

—¿Así que todo terminó bien al final?

—Sí y también terminará bien para ti. No te preocupes tanto. Mira, estamos llegando a Atocha ahora.

—¿Cómo iremos al aeropuerto? ¿El tren va directo allí?

—No, cogeremos un taxi.

—Pero ¿y si alguien nos ve y se lo dice a tu madre? ¿Y si nos topamos con ella?

—No seas ridícula, Rocío. ¿Sabes cuánta gente vive en Madrid? Cientos de miles. La probabilidad de toparnos con mi madre es muy remota. Para empezar, todavía estará en la cama; nunca se levanta antes de las nueve, y nunca se va de casa antes de las once. Para entonces ya estaremos bien lejos.

Roció pensó en su propia madre. Estaría haciendo el desayuno para su padre y sus hermanos ahora, luego prepararía algo de comer para que se llevaran al campo: pan, ajo, tomate y salchichas. Envolvería la comida en un par de grandes hojas de higuera y la pondría en una bolsa de tela. Mientras Rocío no estuviera allí, tendría que traer el agua ella misma, y ponerse su vestido más viejo y su gran sombrero de paja, y seguiría a su marido hasta el campo. Se preguntaba cómo se las arreglaba para andar con el esguince en su tobillo. Probablemente recogerían lechugas y tomates hoy, o quizás aguacates. Era todavía un poco pronto para las uvas, y los higos se habían terminado. Rocío sintió una oleada de nostalgia y deseó poder viajar hasta allí en espíritu, a un mundo en el que no hubiera conocido a Andrew, en el que todo estuviera arreglado y en orden, en el que no hubiera un bebé esperando a volver aquel

mundo patas arriba.

*

Sabía por sus clases en la escuela que Madrid era una gran ciudad: era la capital de España. Sin embargo, nunca había imaginado que una ciudad pudiera ser tan grande, tan llena de gente y tan ajetreada. Mientras el taxi se abría paso por las atestadas calles, observaba fascinada por todo lo que veía. Incluso Londres no podía ser tan grande.

El aeropuerto estaba tranquilo; Inma había escogido bien su vuelo. Solo había un policía de pie a la entrada y apenas las miró. Facturaron sus bolsas y fueron directamente a la puerta de embarque. El oficial de aduanas en la puerta se tomó su tiempo para examinar sus pasaportes, mirándolas primero a ellas y luego a las fotografías, luego le hizo un montón de preguntas a Inma: ¿a dónde iban en Inglaterra? ¿Cuál era la razón de su viaje? ¿Con quién iban a quedarse? Rocío sintió como si su cerebro se hubiera petrificado. No podía pensar; no podía hablar y lo que más temía era que le hiciera una de sus preguntas a ella.

—Vamos a la boda de mi prima —le dijo Inma—. Nuestros padres ya están allí. Se fueron hace dos días. No podíamos ir porque todavía estábamos en la escuela, sabe.

Le dedicó su inocente y joven sonrisa al oficial.

—Esta es mi prima. No la que se casa, por supuesto —se rio—. Otra —bajó su voz—. No es muy lista. Va a un colegio especial. Su padre está en el Gobierno, sabe; es muy importante.

Rocío bajó la vista cuando vio que el hombre la miraba de nuevo. Todavía no dijo nada.

—Nos quedaremos en el hotel Savoy. Está en Londres. ¿Conoce Londres? Es un hotel muy grande. Supongo que mi padre vendrá a recogernos al aeropuerto o mi prima mandará a su chófer.

El oficial de aduanas no dijo nada todavía.

—Voy a ser dama de honor. Mi prima quería serlo también —apuntó con su cabeza a Rocío—. Pero no la dejaron. Mamá me compró el vestido más fabuloso; es azul satén con perlas diminutas adornando el cuello y tengo los mejores de los zapatos a juego, exactamente del mismo tono. Mamá dijo...

—Pasen —les ordenó de repente el oficial de aduanas, y balanceó el brazo para indicarles que pasaran.

Las dos chicas cogieron sus pasaportes y se colaron por la puerta. Una vez fuera del alcance de la vista, se abrazaron.

—Inma, has estado maravillosa. ¿Cómo te las ingeniaste para inventarte todas esas cosas? Me hubiera muerto si me hubiera preguntado algo. Juro que no podía recordar ni mi nombre, tan asustada estaba.

—La parte más peliaguda ha pasado. Sentémonos y disfrutemos del resto del viaje.

—¿Cuándo veré al doctor?

—Tienes una cita a las diez en punto mañana por la mañana.

—¿Qué haremos hasta entonces?

—Cogeremos el bus y seremos turistas por un día. ¿Qué te parece ir a Carnaby Street?

Rocío sonrió; estaba empezando a sentirse más segura ahora.

*

Inma había planeado el viaje bien; la agente de viajes le había dado un mapa y algunos folletos de los lugares turísticos más importantes de Londres.

—¿Por dónde quieres comenzar? ¿Buckingham Palace? ¿Trafalgar Square? ¿Oxford Street? Tú eliges —dijo cuando se apearon del bus de cortesía que las había llevado del aeropuerto al West End.

—Buckingham Palace —dijo Inma sin pensarlo—. Ahí es donde vive la reina, ¿no?

Inma consultó el mapa.

—De acuerdo, cojamos un autobús hasta allí y luego podemos caminar desde el palacio hasta Trafalgar Square cruzando el parque.

—¿Y qué hay de ir a King's Road?

—Sí y a Carnaby Street. Buena idea.

Miró el mapa de nuevo.

—Bien, lo tengo. Cogeremos el autobús hasta King's Road, miraremos las tiendas y luego iremos caminando hasta Buckingham Palace. Luego podemos cruzar el parque hasta Trafalgar Square y coger otro autobús hasta Oxford Street. ¿Qué te parece?

Rocío sonrió; iba a ser divertido. Si Madrid le había parecido una gran ciudad, no era nada comparado con la metrópolis en la que se encontraba ahora. Contrariamente al viejo dicho, las calles no estaban asfaltadas en oro, pero en King's Road al menos estaban pobladas con la gente más extraordinaria que había visto. Alguna vez se había topado con fotografías de esos "hippies" en las revistas de Inma, pero nunca antes los había conocido en persona. Incluso los turistas de Torremolinos, que lucían y se comportaban de una

manera un poco extraña, no eran nada comparado con aquella gente. Vio mujeres con vestidos largos y flotantes, y abalorios, con el pelo suelto y despeinado entrelazado con flores. Llevaban sandalias, aunque no era un día caluroso y todo en ellas era del color más vivo imaginable. Vio a hombres igual de espectaculares con sus brillantes camisas y chalecos de piel de cabra. También los hombres llevaban ristras de abalorios alrededor de sus cuellos y caminaban en sandalias que dejaban a la vista los dedos de los pies. Su pelo llegaba a la altura de los hombros y muchos lucían bigotes caídos e incluso una espesa barba, no bien arreglada, como la de los hombres españoles, sino rebelde y descuidada. Se acordó de Andrew el primer día que lo vio. Recordarlo fue como si le clavaran un cuchillo y tan pronto como se le vino su imagen, se fue, perdida en el caleidoscopio de rostros.

Apenas se había recobrado del ajetreo de King's Road cuando llegaron al esplendor del palacio de la reina. Se unieron a un grupo de turistas detrás de las puertas y observaron el Cambio de la Guardia en el parque.

—La Reina de Inglaterra debe de ser muy rica para vivir en una casa tan grande —dijo.

—Lo es. Y posee todo esto también —dijo Inma abriendo sus brazos y girándolos alrededor.

—Quizás posea todo Londres —dijo Rocío. Estaba empezando a sentirse cansada y hambrienta—. ¿Podemos sentarnos un rato?

—Sí, sentémonos aquí al lado del lago y démosle de comer a los patos.

Inma sacó los restos de sus bocadillos y partió unos trozos de pan que echó al agua. Al instante, todas las aves acuáticas de los alrededores llegaron nadando hasta ellas.

—¿No eran fabulosas esas tiendas? —dijo Inma y continuó lanzando pan a los patos.

Rocío asintió con la cabeza.

—¿A qué hora tenemos que ver al doctor mañana? —preguntó, retornando su ansiedad. Ni siquiera estar sentada en St James's Park bajo el sol podía levantarle el ánimo. Podía olvidar sus temores temporalmente, pero tarde o temprano volvían a resurgir.

—A las diez en punto.

Miró a Inma; su rostro irradiaba felicidad. No, no iba a estropearle el día con sus temores infundados; estaba allí ahora y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Vamos, encontremos algo de comer. Me muero de hambre —dijo.

—¿Por qué no lo has dicho? Les acabo de dar a los patos tu comida —dijo su amiga riéndose.

Se levantó y sujetó el mapa en el aire como una guía japonesa que habían visto en el aeropuerto.

—Síganme, gente. Próxima parada, Trafalgar Square.

enfermera las guio a una antesala y les dijo que esperaran. El estómago de Rocío comenzó a sonar, no podía estar segura de si era por miedo o por no haber desayunado. Por centésima vez desde que dejara su hogar se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Se tocó el crucifijo de plata que su madre le había dado cuando se confirmó.

—¿Estás bien? —le preguntó Inma cogiéndole la mano.

Asintió con la cabeza. Sentía la boca seca.

—No te preocupes, pronto habrá acabado.

Pudieron oír abrirse una puerta y luego cerrarse de nuevo. Sonaba una suave música.

—¿Iré al infierno? —susurró.

—Claro que no, tonta. Eso es solo algo que el cura se inventa para hacer que la gente se comporte bien.

—Quizás deberíamos irnos.

Antes de que Inma tuviera tiempo de responder, la puerta se abrió y reapareció la enfermera.

—El doctor está listo para recibiros ahora —dijo—. Seguidme.

Obedientemente las dos chicas la siguieron hasta la pequeña habitación. La enfermera se sentó en un escritorio y cogió un portapapeles.

—Solo unas cuantas preguntas primero para completar el papeleo. ¿Tu nombre completo?

Rocío miró a Inma.

—¿Tu nombre?

—Rocío González García.

—¿Fecha de nacimiento?

—1 de abril de 1948.

—¿Y cuándo tuviste su última regla?

—Mayo —susurró.

—Bueno, bien, creo que todo está en orden. Solo firma aquí, por favor.

Rocío vaciló.

—Está bien; es solo para decir que estás de acuerdo con que el doctor realice el siguiente procedimiento.

—¿Procedimiento? —Volvió a mirar a Inma.

—Procedimiento —le explicó.

Procedimiento, solo una cuestión de rutina. En ninguna ocasión había mencionado la enfermera la palabra «aborto». Quizás era mejor así. Cogió el boli y miró el papel; de un solo plumazo estaba

firmando para deshacerse de la vida de su niño no nato.

—Está bien Rocío. Confía en mí, es lo mejor —susurró Inma apretándole la mano suavemente.

Rocío garabateó su firma rápidamente antes de poder cambiar de opinión.

—Bien, ahora quiero que te pongas detrás de esa pantalla y te quites la ropa, luego ponte esta bata —le ordenó la enfermera—. Volveré en un minuto.

Parecieron transcurrir horas antes de que regresara. Mientras Rocío se sentaba en el banco con la delgada bata azul, no podía parar de temblar. Incluso Inma parecía subyugada ahora. Rocío se sentía apenada por su amiga; estaba arriesgando mucho para ayudarla. Un día, se prometía, haría algo por ella. Alargó la mano y cogió la de Inma.

—Estás temblando. ¿Estás asustada? —preguntó Inma.

—Un poco.

—No lo estés. No te enterarás de nada. Te clavarán una aguja en el brazo y te dormirás. Es fácil. Cuando te despiertes, habrá pasado todo.

Rocío intentó sonreír, pero los músculos de su rostro no respondieron. Se sentía enferma. La puerta se abrió de nuevo y la enfermera regresó.

—Ven conmigo.

Se volvió hacia Inma.

—Tú no, tú puedes esperar aquí si quieres. El procedimiento no se alargará mucho, pero tu amiga puede que esté un poco adormilada después.

Inma se sentó de nuevo. Rocío sintió un ataque de pánico. Tragó e intentó controlar su respiración.

—Buena suerte, Rocío.

Miró a su amiga y agitó su mano con poco entusiasmo antes de seguir a la enfermera por la puerta hasta la segunda habitación, no muy distinta a la primera, excepto que en el centro de esta había una mesa hecha de acero inoxidable. Había un par de estribos pegados a un extremo. La habitación estaba fría y el olor a antiséptico era asfixiante. Podía sentir sus dientes castañetear.

—Bien, sube aquí y túmbate.

La enfermera colocó una almohada en la cabecera de la mesa y ayudó a Rocío a subir.

—Ahora pon tus pies en los estribos. Bien. No es muy cómodo

me temo, pero no será por mucho rato. Ahora túmbate e intenta relajarte.

Rocío cerró los ojos e intentó imaginar que estaba en casa, tumbada en la hierba en lo alto de la colina detrás de su pueblo. Una puerta se abrió y escuchó un hombre hablando en inglés. Abrió los ojos y al instante se quedó cegada por una brillante luz.

—¿Miss González? Hola. Soy el Doctor Stewart. Voy a darte un pequeño anestésico para relajarte, luego empezaremos. Si sientes un poco de malestar, no es nada por lo que preocuparse.

Sintió un agudo pinchazo en su brazo. El doctor continuó hablándole, pero ella no podía entenderlo; su voz parecía alejarse cada vez más.

*

—Ya está, todo hecho. Despierta. —La enfermera la estaba sacudiendo.

¿Qué había sucedido? ¿Habían cambiado de opinión? Intentó incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas. ¿Era a causa del anestésico? ¿Era eso lo que te hacía?

—Con cuidado ahora. No queremos que te caigas de la mesa, ¿verdad?

La enfermera estaba hablando con ella. ¿Se suponía que tenía que hacerlo? Se tumbó de nuevo.

—Eso es. Quédate ahí tumbada unos instantes hasta que te sientas mejor. El mareo se pasará pronto.

La enfermera desapareció y no había rastro del doctor. Rocío se puso las manos en el estómago. Se sentía igual. Las llevó luego hasta su vagina; había algo pegajoso en sus dedos. Sangre. Así que ya estaba. Una oleada de emoción la embargó y empezó a llorar. Alivio y vergüenza pugnaban en su interior por salir victoriosos.

La enfermera regresó y le puso una gruesa compresa blanca entre las piernas y la fijó a su cinturón sanitario.

—Bien, ¿te sientes un poco mejor ahora? Intentemos llevarte a la otra puerta. Incorpórate cuidadosamente y pon tus piernas en el borde de la cama. Eso es. No te preocupes. Te tengo. Ya estamos.

Estaba de pie y la enfermera la cogía firmemente por la cintura. La llevó hacia la antesala donde Inma estaba sentada en la cama, esperándola.

—Ven y siéntate aquí un rato — dijo levantándose de un salto al ver a su amiga.

—Tiene que descansar media hora antes de marchaos —dijo la

enfermera llevando su carga a la cama—. Déjala tumbarse aquí por ahora. Luego, cuando volváis al hotel sería una buena idea que se fuera a la cama durante el resto del día. Tiene que mantener sus pies en alto todo lo que sea posible.

—¿Está hecho, entonces? —dijo Inma.

—Sí, el procedimiento fue muy bien. Hacedme saber cuando estáis listas para marchaos y os llamaré un taxi.

Rocío vio que Inma la miraba de manera extraña. ¿Tenía mal aspecto?

—¿Estás bien? —preguntó Inma sentándose a su lado—. ¿Necesitas algo?

—No. Solo estoy cansada.

—Es probable que el anestésico te haga sentir somnolienta. ¿Duele?

—No, estoy bien, de verdad. Solo cerraré los ojos un rato.

—Si, hazlo. Estaré aquí, no te preocupes. Luego volveremos al hotel.

—Bien. Quiero irme a casa.

Cerró los ojos y empezó a llorar en silencio para sus adentros. ¿Qué había hecho?

*

Rocío sintió que se ahogaba; agitó sus brazos, pero no pudo sacar la cabeza. La playa parecía muy lejana. Nunca la alcanzaría. Algo húmedo y pegajoso tiraba de ella hasta el fondo, bajo el agua. Intentó gritar buscando ayuda, pero no emitió sonido alguno.

—Rocío, Rocío, ¿qué tienes? Despierta.

Inma la sacudía.

—¿Dónde estoy?

—Está bien, estás en el hotel. Solo estabas soñando.

—Pensé que me ahogaba. Era horrible. Sentía que me engullían, tirando de mí hasta el fondo.

Estiró la mano para tocar las sábanas. Estaban húmedas.

—Algo va mal. Creo que es sangre.

Inma encendió la luz y echó atrás las sábanas. Rocío estaba echada sobre un charco de sangre.

—Oh, Dios mío. Traeré unas toallas.

—Es un castigo —sollozó Rocío—. Dios me está castigando.

—No seas tonta. Mandaré a buscar al doctor. Estarás bien, ya lo verás.

Rocío sabía que su amiga estaba asustada a pesar de sus seguras

palabras. Le cogió las toallas a Inma y se las puso entre las piernas, luego fue a duras penas hasta el baño en donde se tumbó en el frío suelo y levantó sus pies para apoyarlos en el borde de la bañera. No sentía dolor, apenas unas molestias en su estómago.

—Envían una ambulancia.

—¿Voy al hospital?

—Sí. Es mucha sangre.

—¿Me voy a morir, Inma?

—Claro que no.

Su amiga lloraba ahora. Se arrodilló a su lado y le acarició el pelo.

—Descansa aquí hasta que llegue la ambulancia.

*

Lo que sucedió después fue apenas un vago recuerdo. Recordaba a dos hombres entrando y subiéndola a una camilla, y alguien metiéndole algo en el brazo. Después estaba de camino al hospital, el flas de las luces y el sonido aterrador de la sirena. ¿Dónde estaba Inma? Estaba asustada. ¿Y si moría? Entonces su madre seguramente se enteraría de todo. Oh, ¿dónde estaba Inma?

Cuando se despertó, estaba en una cama del hospital. Intentó sentarse, pero se sentía demasiado débil y se volvió a hundir entre las almohadas con un suspiro. Había una aguja pegada a su brazo y una bolsa llena de líquido. Se tocó en brazo cautelosamente. Le dolía. Un leve sonido hizo que girara la cabeza. Inma estaba dormida en una silla a su lado. Al ver a su amiga se sintió mejor. Inma le diría qué estaba sucediendo; cuidaría de ella. Cerró los ojos y se sumió en una duermevela hasta que el sonido de las voces la despertó de nuevo.

—¿Estás despierta? —le preguntó Inma inclinándose sobre ella—. ¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—Has perdido mucha sangre.

—¿Me voy a morir?

—No, ahora no. Te han hecho una transfusión de sangre y han detenido la hemorragia. Estarás bien ahora.

—¿Fue algo que hizo el otro doctor?

Inma se encogió de hombros.

—No lo sé. El doctor estaba muy enfadado cuando te examinó; dijo que nunca deberían haber permitido que te marchases en esas condiciones. Dijo que tenías una infección y te dio antibióticos para

eliminarla.

—Entonces, ¿me pondré bien?

—Sí, te pondrás bien.

—¿Y el bebé? ¿El bebé ya no está?

Inma asintió con la cabeza. Parecía triste.

—Inma, ¿podemos irnos a casa pronto?

—Tienes que quedarte hasta mañana, después podemos irnos.

—Pero, tengo que ir a casa.

—Lo sé, no te preocupes. Tan pronto como salgas de aquí, volveremos a España.

—Bien.

Cerró los ojos. Pensar en ir a casa la llenaba de añoranza. No quería quedarse en aquella tierra extraña donde hablaban un difícil lenguaje que no podía entender. Quería estar en casa con su madre y su padre; quería ver a su hermana y a sus hermanos; incluso pensar en ver a Juan le resultaba atractivo.

—Ahora, descansa. Estaré aquí cuando te despiertes.

Sintió que Inma le cogía la mano y se sumió en un profundo sueño.

*

Cuando Inma vio a su amiga cubierta de sangre se había horrorizado. Era su culpa. Nunca tendría que haber traído a Rocío allí. Dios mío, pensó, podía haber muerto y habría sido su culpa. Todo había parecido tan fácil cuando lo estaba planeando con Susana. ¿Cómo iba a saber que algo como eso podría suceder? Y todo había ido bien hasta entonces. Había disfrutado de un día tan estupendo paseando por Londres: había comprado un sombrero en Carnaby Street para Susana y un poster para su habitación. Quería comprar uno para Rocío también, pero dijo que no, que nunca sería capaz de colgarlo, así que le había comprado un pequeño espejo con un dibujo de Buckingham Palace detrás.

Pobre Rocío, había estado tan preocupada por ir al infierno. Inma no creía en todo eso, a pesar de que las monjas se lo decían, pero Rocío sí, y nada de lo que Inma dijera podía convencerla de lo contrario. Ahora pensaba que había sido castigada.

El doctor del hospital se había mostrado enfadado; había estado esperando a su amiga en Urgencias cuando escuchó al doctor hablando con su compañera. A viva voz y con un tono duro.

—Pobre niña, me gustaría saber qué carnicero le hizo eso. Tiene suerte de estar viva. Bueno, al menos no tiene que preocuparse por

que suceda de nuevo.

La enfermera lo miró inquisitivamente.

—Dañó el útero. Ya no tendrá más bebés —añadió.

La enfermera pareció sorprenderse. Ya lo había visto otras veces, le dijo el doctor, demasiadas veces. Infecciones como esa a menudo dejaban a una mujer incapaz de concebir.

—¿Por qué lo hacen esas niñas tontas, confiar en un matasanos que solo está interesado en coger su dinero? —preguntó.

Pasaron de largo a su lado y salieron por la puerta, que se cerró tras ellos.

Inma no podía sacarse aquellas palabras de la cabeza. Quizás no había comprendido bien. El inglés no era su mejor materia. Pero la expresión de la cara de la enfermera le decía que algo malo le había sucedido a Rocío. Esperaba estar equivocada. Qué terrible sería si Rocío no pudiera tener más hijos. Sabía lo mucho que le gustaban los bebés; a diferencia de Inma, quería casarse un día y tener una familia. Ahora parecía como si aquel sueño se hubiera desvanecido para ella.

Bueno, lo mejor que Inma podía hacer por su amiga ahora era llevarla sana y salva a España, sin que nadie averiguara dónde habían estado. El resto dependería de Dios.

vibrar y la puerta se estremeció cuando alguien intentó abrirla. La tensión dentro de la habitación era palpable; nadie se atrevía a respirar.

—No hay nadie ahí —gritó una voz masculina y el sonido de sus fuertes pisadas sonó cada vez más distante.

—Creo que se han ido —dijo un joven levantándose y mirando por entre los listones de la persiana.

—Shss —siseó alguien—. Esperemos un poco más para estar seguros. Algunas veces fingen que se han marchado para cogernos con la guardia bajada.

El chico se sentó de nuevo y todos esperaron. Oyeron los camiones arrancar y alejarse. La facultad estaba revestida de silencio; sus perseguidores se habían ido.

—De acuerdo, creo que ahora es seguro.

Inma se levantó y se estiró: sus piernas estaban agarrotadas por haber estado sentada tan quieta. Se dirigió a las ventanas y alargó la mano para alcanzar la persiana.

—No, no abras las persianas. Solo por si acaso. Podemos arreglárnoslas así —le ordenó Jerónimo.

Era el presidente de la reunión protesta, un joven alto y desgarbado con la piel marcada por el acné y unas gafas de montura oscura. Los había reunido para redactar una lista de demandas para presentar al catedrático de su facultad.

—Quizás deberíamos irnos a casa, mientras podamos —sugirió una chica que estaba solo en su primer año de universidad. Parecía a punto de llorar.

—No, ahora estaremos bien. Hagamos lo que hemos venido a hacer aquí —dijo el presidente—, pero no hagamos mucho ruido, por si acaso hay grises todavía rondando.

Se quitó las gafas y las limpió con nerviosismo. El grupo se acercó, formando un semicírculo alrededor de su líder.

—De acuerdo, ¿por dónde empezamos?

—Empecemos por la masificación —dijo un chico—. Somos setenta estudiantes en nuestra clase de «Introducción al Derecho». Nadie tiene oportunidad de hacer preguntas o comentarios, y la mitad de los estudiantes se sientan en las escaleras en sus clases porque no hay asientos.

—Sí, y nuestro profesor siempre está demasiado ocupado corrigiendo trabajos para hablar con nosotros.

—Bueno, sois afortunados. A mí no me han corregido mis

trabajos de este año, así que no he tenido feedback en absoluto.

—¿Qué hay del currículo? Deberíamos poner un punto sobre el currículo. No ha cambiado desde que mi padre estuvo aquí. Seguramente, hay métodos de enseñanza más modernos que deberían considerar.

—Sí, ¿cómo sabemos que lo que se nos enseña está actualizado?

—Creo que nuestra queja más importante tiene que ser sobre la clausura de las otras facultades —interrumpió Inma—. Solo porque los estudiantes dicen cosas que no le gustan al Gobierno, no les da derecho a expulsarlos. Después de todo, para eso son las universidades, para intercambiar ideas y cuestionar las formas anticuadas de hacer las cosas.

—Sí, libertad de expresión y todo eso.

—¿Libertad de expresión? Tienes que estar de broma.

—De acuerdo, creo que Inma tiene razón —estuvo de acuerdo Jerónimo.

—Tenemos que plantarles cara a estos fascistas —dijo un chico a la derecha de Inma.

—Sí, solo saben una forma de lidiar con las discrepancias, encerrar a la gente —estuvo de acuerdo una pelirroja con una piel inusualmente pálida.

El chico estaba un curso por encima de ella, pero lo había visto mucho por el campus. Era alto y enjuto y hablaba con una voz alta y clara. Pensó que era muy guapo, con su espeso pelo recogido detrás de las orejas y bonitos dientes blancos que iluminaban su rostro cuando sonreía.

—Las universidades siempre han sido el lugar donde se han originado las discrepancias —añadió otro chico.

—Creo que necesitamos añadir nuestras otras quejas también —insistió el chico que había hablado primero—. Después de todo, hemos venido aquí a estudiar Derecho. Quiero estar seguro de que consigo un trabajo cuando me gradúe.

—¿Puedo decir algo, por favor?

Habló una chica rubia sentada atrás.

—Debemos ceñirnos a quejas específicas sobre la Facultad de Derecho. Si empezamos a provocar al catedrático y a la policía, todo lo que sucederá es que también cerrarán nuestra facultad, y probablemente meterán a Jerónimo en prisión. No debemos involucrarnos con el resto de la universidad.

—Eso es ridículo. No podemos mantenernos al margen del resto

de la universidad. Si la policía encierra a otros estudiantes, un día los siguientes seremos nosotros.

—Es inútil de todas formas. Cuanto más nos quejemos por nuestros derechos, más los restringirán.

—Tiene razón. Mira lo que ha sucedido en las universidades de régimen especial. El Gobierno les ha quitado el poder a los catedráticos de un solo golpe. La policía está al mando ahora.

Inma asintió con la cabeza vigorosamente. Cuantos más estudiantes se quejaran, más se violarían sus derechos. Durante siglos, las universidades habían estado protegidas de cualquier intrusión policial por la ley medieval denominada «el fuero universitario». Ahora que había sido revocado, la policía podía entrar en las universidades cuando quisiera. Solo el día anterior, Inma había presenciado como una docena de oficiales de la Guardia Civil había perseguido a un grupo de estudiantes de Filosofía por el campus. Pero nada iba a hacer que pararan de protestar; habían estado de acuerdo en esto, a pesar de los arrestos y las palizas, continuarían.

—Pero, somos estudiantes de Derecho. Cuando nos graduemos será nuestro trabajo mantener la ley.

—¿Qué ley? Clausurar facultades y transportar chicos a prisión no es mantener la ley; eso es fascismo.

—Estoy de acuerdo. Mirad mi ojo. Todo lo que hacía era ir a mi clase y ese maldito gris me golpeó con su porra. No hice nada. Mi madre se volvió loca cuando me vio cubierto de sangre.

El chico tenía un ojo amoratado y un corte en su mejilla.

—De acuerdo, calmaos. Sometámoslo a votación. Ahora tenemos un cierto número de propuestas: la primera de todas, protestar contra la clausura de otras facultades universitarias; la segunda, quejarnos sobre la masificación y los métodos de enseñanza obsoletos; o la tercera, las agrupamos.

—¿Qué hay del arresto de los cinco estudiantes de la Facultad de Economía? Podemos incluir eso en el punto uno.

—Sí. De acuerdo. Ahora votemos a mano alzada por la primera propuesta.

Miró al grupo contando en silencio.

—Bueno, creo que ya está, ha habido casi unanimidad. No hay caso en votar por los otros puntos; tenemos diecisiete votos para la propuesta de protestar por la clausura de las facultades universitarias y el arresto de los estudiantes. Redactaré un

documento y todo el mundo lo firmará, y luego se lo entregaremos al catedrático. Solo una cosa más, antes de que os vayáis, sugiero que nos vayamos de uno en uno, para no llamar la atención.

Se produjo un murmullo de asentimiento. Inma recogió sus libros.

—Inma, no olvides que mañana se pasa una película en la Facultad de Filosofía —le susurró Lourdes—. ¿Vas a venir?

—¿Cuál es?

—«Viridiana» de Buñuel.

—Guau. Estaré ahí.

—Cuidado a quien se lo dices.

—No te preocupes. No se lo diré a nadie.

—¿Vas directa a casa?

Inma asintió con la cabeza.

—Bien, iré contigo.

*

El catedrático había aceptado su petición sin comentarios, pero desde entonces no habían sabido nada.

—Es inútil, Inma —admitió Jerónimo cuando le preguntó—. Probablemente ya lo haya tirado a la papelera. La única forma de hacer que nos escuchen es unirnos con las otras facultades y manifestarnos. Lo que se necesita es solidaridad. Hay una manifestación prevista para la semana próxima, el veintisiete. Se ha preparado para que coincida con una similar en Barcelona: los estudiantes se han unido con los trabajadores para protestar. Debería causar más impacto si nos mantenemos juntos: quizás el Gobierno nos escuche entonces. Voy a hablar con tantos estudiantes como pueda. ¿Podemos contar contigo, supongo?

—Por supuesto. Estaré allí.

—Bien, espero que venga toda la universidad.

*

Era tremendo; el aire estaba electrizado. La plaza delante de la universidad estaba llena de gente: estudiantes como ella misma portando estandartes con la palabra «Democracia» pintada en ellos, trabajadores en mono entregando folletos en contra del Gobierno, y de Franco en particular, y pidiendo el aumento de las libertades civiles. Incluso algunos miembros de la plantilla universitaria se habían unido a la protesta. Se manifestarían juntos, hombro con hombro, por la justicia, seguros de que su causa era la justa. Se agarró del brazo de sus amigos y tomaron posiciones. El plan era

desfilar pacíficamente por las calles de la capital. Sin necesidad de violencia, había dicho su líder, solo hagámonos oír. Pero la policía tenía otras ideas. Cuando doblaron la esquina para entrar en los Jardines de Sabatini, un muro de policía armada bloqueaba la carretera. Los manifestantes se detuvieron y esperaron. Querían ver lo que haría la policía. Luego, uno de los trabajadores empezó a cantar. Era una vieja canción que los campesinos cantaban cuando trabajaban en los campos. Los estudiantes se unieron y pronto todos cantaban y agitaban sus pancartas desafiantes ante la policía. Inma sintió una oleada de emoción embargar a la multitud, uniéndola; nunca antes se habían sentido parte de nada. De repente, escucharon a alguien gritar una orden y los cantos cesaron; el hechizo se había roto. La línea de policías antidisturbios empezó a moverse hacia adelante. Ahora la música se veía reemplazada por el sonido de las botas avanzando y el martilleo de las porras en los escudos antidisturbios. Alguien intentó cantar el himno comunista, pero su voz sonó nerviosa cuando nadie se le unió y se dio por vencido.

—Dios, vienen por nosotros —susurró la amiga de Inma.

—Manteneos firmes en donde estáis. No nos harán daño. Solo están intentando asustarnos —gritó uno de los estudiantes.

—Democracia —gritó otro.

—Muerte a Franco.

Todos los estudiantes gritaban ahora y, con todo su arrojo, aun podía escuchar el temor en sus voces. El ruido era ensordecedor, pero no podía sofocar el sonido de los fuertes pasos. La multitud la oprimía al replegarse, retrocediendo frente a la policía. Se sentía atrapada. La línea avanzaba inexorablemente hacia ellos. Escuchó un grito al caerse alguien; la policía antidisturbios atizaba con sus porras a izquierda y derecha. Más gritos. Vio a Jerónimo ser arrastrado por dos policías, gritando y debatiéndose. Se dio cuenta de que ya no llevaba sus gafas; sin ellas parecía tan vulnerable, como un conejo asustado. Luego, uno de los policías lo golpeó con su porra y se quedó en silencio. Inma se dio cuenta de que tenía que escapar. Tiró de sus amigas intentando remolcarlas, pero parecían hipnotizadas por lo que presenciaban.

—Vamos, tenemos que irnos. Vamos.

Gritaba ahora.

Luego, como si pensaran al unísono, los manifestantes se dieron cuenta de que sus vidas estaban en peligro. Se giraron y corrieron.

A eso, la policía rompió filas y empezó a perseguir a los asustados estudiantes. Inma agarraba a Teresa de la mano. Habían perdido a Lucila en algún lugar entre la multitud.

—Por aquí —gritó Inma—. Por el parque.

Corrieron tan deprisa como pudieron, sin preocuparse de a dónde iban siempre y cuando fuera lejos de la policía.

—Rápido, por aquí. Podemos escondernos aquí.

—¿Pero?

—Deprisa.

Saltó a toda velocidad la barandilla y se agachó dentro del estanque. El agua estaba fría y sucia. Un par de patos pasaron a su lado mirándola con curiosidad.

—Vamos.

Teresa se metió en el agua a su lado.

—Inma, esta tiene que ser la idea más loca que hayas tenido nunca. Vamos a helarnos.

Vadearon el estanque hasta que alcanzaron una pequeña isla en la que había sido construida una cabaña de madera para dar cobijo a los patos.

—Nunca nos encontrarán aquí.

La cabaña era baja y larga, y estaba llena de paja. Se agacharon y pasaron por la estrecha entrada. Había suficiente espacio para darse la vuelta y las dos chicas se tumbaron sobre sus estómagos, lado a lado en la oscuridad. Durante unos cuantos instantes ninguna de las dos habló. Esperaron hasta que su respiración se tranquilizó y sus anfitriones dejaron de graznar estridentemente.

—Nadie nos encontraría nunca aquí.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí?

—Hasta que oscurezca.

—Oh, Dios, no crea que pueda hacerlo.

Teresa empezó a estornudar.

—Calla. Alguien te oirá.

—No puedo evitarlo; es la paja.

—Toma, sostén esto sobre tu nariz.

Le tendió un pañuelo. Estaban apretadas en la cabaña; ya le dolían las piernas y los pies se le habían quedado dormidos. Se estremeció.

—Dios, que olor. Nunca me había percatado de que los patos olieran tanto —susurró.

—Tengo frío.

—Calla, no te muevas. Hay alguien afuera.

Las chicas se quedaron petrificadas, escondieron sus cabezas todo lo posible en la paja. Podían escuchar el sonido de pies corriendo y voces.

—Parad u os disparamos.

—Venid aquí, hijos de puta. Bastardos, buenos para nada. Ya os tenemos.

—Escoria comunista.

Escuchó un grito de dolor.

—Esposadlos y meterlos en la furgoneta con los otros.

—Hay alguien allí. Vamos.

El miedo paralizó su corazón. Las habían visto. ¿Qué debían hacer? No había explicación posible que pudieran dar para haberse escondido en una cabaña en mitad de un estanque de patos. De nuevo escucharon el sonido de pasos y de voces. Se oyó un disparo. Se dio cuenta de que la policía no estaba interesada en ellas después de todo; otra persona había acaparado su atención. El sonido se desvaneció gradualmente en la distancia y de nuevo el parque se quedó en silencio.

—Inma, estoy asustada. ¿Y si nos cogen?

—No te preocupes, Tere —se estiró y tocó la mano de su amiga—. Nadie pensará en buscarnos aquí.

—Mi padre me matará cuando se entere.

Inma sintió una incontrolable urgencia por reír.

—Mejor tu padre que los grises.

*

Eran casi las ocho en punto cuando regresó. Había dejado a Teresa en la parada de autobús y corrido todo el camino de regreso a casa, yendo en todo lo posible por callejuelas. Las carreteras estaban tranquilas; todo el que había estado involucrado en las manifestaciones se había mantenido sabiamente a puerta cerrada.

—Inmaculada, ¿eres tú?

—Sí, mamá —dijo subiendo las escaleras de dos en dos.

—Ven aquí, inmediatamente.

—Solo un minuto, mamá. Voy al baño.

Se quitó el abrigo. Estaba empapado y una línea de oscuro fango se extendía desde el cuello hasta el dobladillo. El agua todavía rebosaba de sus zapatos. Se los quitó y los metió debajo de la cama, junto con el abrigo. Su vestido estaba húmedo, pero no sucio; lo colgó en su armario y escogió otro. Ahora debía atender a su pelo;

se miró en el espejo. ¿Cómo demonios iba a explicar su apariencia? Había briznas de paja atrapadas en su pelo, y el barro y el fango estaban extendidos por sus mejillas; parecía un soldado que hubiera estado de maniobras. No había tiempo para bañarse, así que se limpió a toda prisa con una toallita y se pasó el cepillo por el pelo. La voz de su madre continuó urgiéndola a que bajara.

—Inmaculada. Baja aquí, ahora.

Conocía aquel tono, iba a haber problemas.

—Sí, ¿mamá?

Intentó respirar lentamente y hablar con normalidad, pero su corazón latía demasiado deprisa.

—¿Dónde has estado? ¿Te das cuenta de la hora que es? Te hemos estado esperando desde las tres.

—Lo siento, mamá; estaba ocupada.

—Mira tu aspecto. ¿Has estado corriendo?

—Sí, estaba asustada. Había mucha policía afuera esta noche.

—Exacto, niña. Hay toque de queda; no se le permite a nadie salir a la calle —dijo su padre bajando el volumen de la televisión.

—Sí, mira eso —dijo su madre.

Inma se giró hacia la pantalla de la televisión esperando ver las escenas de violencia que había presenciado de primera mano. En lugar de eso vio el serio rostro del General Francisco Franco.

—El caudillo dice que han arrestado a un gran número de agitadores comunistas que planeaban desestabilizar al Estado —explicó su madre.

—Estudiantes quieres decir —dijo Inma.

—Condenados estudiantes. Es más interesante causar problemas que ocuparse de sus estudios. Espero que no te involucraras en nada semejante.

—No, papi.

—Pero ¿dónde has estado? He estado tan preocupada por ti. —Su madre empezó a llorar.

—No hay necesidad de eso, Carmen. Está aquí ahora y no ha sufrido daños .

—Lo siento mamá. Estaba con Tere y Lucila. Salíamos de clase cuando la policía llegó y nos hizo regresar. Hemos estado esperando una oportunidad para irnos a casa.

—Bueno, ten cuidado, niña. No te mezcles con la gente equivocada.

Su padre subió el sonido de la televisión. La voz familiar de

Franco resonó en el salón.

—Inma no haría eso —protestó Carmen.

—Bueno, sinceramente espero que no. Lo siguiente será tener a la policía por aquí haciendo preguntas sobre otros miembros de la familia.

—No, papi, no te preocupes.

Sabía que estaba pensando en Adolfo. Si la policía empezaba a remover el pasado, todos saldrían afectados.

—Ve a la cocina y dile a Dolores que te dé la cena. Tienes que estar hambrienta, niña.

Inma se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno y de repente sintió que volvía a tener apetito.

*

Cuando llegó a la universidad a la mañana siguiente había una gran multitud de estudiantes dando vueltas en la entrada.

—Oh, Inma, ¿has oído las noticias?

—No, ¿qué ha sucedido?

El rostro de Teresa era del color del algodón en crudo.

—Es Jerónimo; lo han encarcelado.

—¿Cómo lo sabes?

—José me lo dijo.

Movió la cabeza en dirección al chico en el que Inma siempre pensaba como “el chico con los dientes blancos”. Así que su nombre era José.

—¿Qué dijo exactamente?

—José, José. Dile a Inma lo que nos dijiste.

El chico caminó hasta ellas lentamente y se sentó en las escaleras a su lado.

—Bueno, los grises fueron directos a por él; es como si supieran exactamente a quién estaban buscando.

—Sí, los vi llevárselo.

—Bueno lo metieron en un furgón policial, pero no vi lo que sucedió después, porque empezó la carga y corrimos con los otros. Pero conseguí girarme para ver dónde lo llevaban. Seguí el furgón hasta la comisaría de policía y los vi meterlo dentro con los otros. Tienen que haber cogido a unos veinte de los nuestros. Aguardé un poco, esperando ver a mi tío, que trabaja allí, cuando, casi inmediatamente, sacaron a Jerónimo de nuevo, esta vez solo. Estaba esposado y lo metieron en el asiento trasero de un coche y se fueron. Más tarde por la noche volví para ver a mi tío, para

averiguar lo que sabía. Dice que lo han llevado a la prisión de Carabanchel.

—¿Carabanchel? Pero eso es para prisioneros políticos.

—Lo sé. No saldrá de allí pronto.

—Tendrá que esperar meses un juicio.

—Más bien años.

Inma se estremeció. Pobre Jerónimo, ¿qué le ocurriría?

—Oh, Dios, ¿qué podemos hacer? —preguntó Tere.

—No veo qué podemos hacer por él ahora.

—Mucha más razón para combatir contra esos bastardos fascistas —dijo Inma—. Eso es lo que él habría querido.

—Es demasiado peligroso —dijo Tere mirando alrededor mientras hablaba.

—Eh, chicos, el catedrático nos quiere en el vestíbulo principal en diez minutos —los llamó un tercer estudiante.

—Me pregunto para qué.

—Yo también.

Se colaron en la parte de trasera del vestíbulo justo cuando el catedrático se levantó para dirigirse a ellos.

—Buenos días, estudiantes.

Parecía serio.

—No voy a sermonearos sobre la idoneidad de la manifestación de ayer.

Hizo una pausa y los miró por encima de las gafas. Era un hombre delgado con una gran nariz aguileña y hoy, ataviado con la túnica negra de su cargo, no era distinto de un cuervo a punto de saltar sobre una incauta lombriz.

—Sin embargo, voy a dejar perfectamente claro que la respuesta de la Guardia Civil ha sido rápida y dura. Han arrestado a veintidós miembros de esta universidad y a dos miembros del profesorado. Se producirán más arresto si piensan que se puede volver a repetir este comportamiento.

El silencio se cernió por la sala.

—Me han pedido que os informe a todos de que, con efecto inmediato, a los estudiantes ya no se les permite reunirse en grupos de más de dos. Si tres o más estudiantes son vistos juntos, la policía lo considerará una reunión ilegal e intervendrá para separarlos. —Se quitó las gafas. Parecía cansado— Os insto a todos a acatar esta nueva ley por vuestra propia seguridad y el bienestar de la facultad y de la universidad. —Hizo una nueva pausa y les sacó

brillo a las gafas pensativo— Pero eso no es todo. —De nuevo esperó como si fuera consciente del significado de sus próximas palabras— El Gobierno ha decidido cerrar la universidad hasta nuevo aviso. Tenéis que regresar a vuestras casas y llevaros vuestras pertenencias con vosotros.

Un zumbido de indignación se extendió por la sala.

—¿Cómo vamos a aprobar los exámenes ahora? —susurró Teresa.

—Está bien, está bien, tranquilos. Entiendo que esto es un shock para vosotros, pero nosotros, los administradores de la universidad, no tenemos otra opción que acatar esta orden. Todos los estudiantes están obligados a solicitar de nuevo la admisión a la universidad si desean continuar con sus estudios. Os sugiero que cojáis un formulario de solicitud de ingreso en la oficina del administrador cuando salgáis. Recordad, nadie os permitirá reingresar en la universidad a menos que la solicitud de ingreso sea aprobada.

—No puedo creerlo. Cada vez se pone peor.

—Pero, no pueden clausurar la universidad.

—Pues parece que pueden.

—Parece que ya lo han hecho.

—Y, ¿qué pasa con Jerónimo? ¿Cómo va a ser readmitido ahora?

—No lo va a ser. Tienen lo que querían; él y los otros han sido expulsados de manera efectiva. Nunca más ingresarán en ninguna otra universidad.

—Hablemos con los otros —sugirió José.

—Pero no podemos celebrar más reuniones ahora —dijo Teresa—. Recuerda, no se permiten grupos de tres o más.

—Oh, cojones. No pueden hacernos esto. Solo tenemos que ser más cuidadosos, eso es todo.

—Podemos reunirnos en la casa de alguien —sugirió Inma.

—¿En la de quién? ¿En la tuya?

Pensó en su padre y sacudió la cabeza.

—No, mi padre me mataría.

—¿Y en la de Lucila? Su padre es bastante liberal. Fue republicano.

—De acuerdo. Tu habla con ella, Tere, y dinos algo.

Los estudiantes salieron en fila del vestíbulo. El tumulto inicial se desvanecía y ahora solo se sentían aturdidos. Su mundo se había tornado patas arriba y necesitaban tiempo para adaptarse a los cambios. Cuando salieron al sol invernal empezaron a dispersarse,

con las cabezas gachas y sin hablar. Inma se encontró andando al lado de José.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le preguntó.

—¿En coche?

—Por supuesto. No pensarías que iba a ponerte sobre el cuadro de mi bicicleta.

Ella se rio. Lo había visto montar en una vieja bicicleta para ir a clase en más de una ocasión.

—No sabía que supieras conducir —dijo ella.

—Aprobé el examen el mes pasado. Mi madre me deja coger su coche algunas veces.

—Qué bien.

—¿Entonces?

—Sí, sería fabuloso. Vivo...

—Sé donde vives. No está lejos de mi casa.

Lo miró sorprendida.

—Aquí está. Es ese azul.

Abrió la puerta y la ayudó a montar. Ella se dio cuenta de que un policía los miraba. Empezó a caminar hacia ellos con la pistola en la mano.

—José —dijo ella alertándolo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el policía agachándose y mirando dentro del coche.

—Vamos de camino a casa, oficial.

—¿Es tu hermana?

—No, es una amiga de la universidad. Tan solo iba a llevarla a su casa.

—Sal.

Señaló con la pistola a Inma.

—Pero...

—Sal. Ve y coge el autobús. Puta.

Le escupió la última palabra e Inma sintió que enrojecía de vergüenza. No se atrevió a mirar a José. Cogió su bolso y caminó hasta la parada de autobús, sus ojos llenos de lágrimas de frustración. Era tan injusto. Quería regresar e insultar al policía, pero sabía que era mejor que no lo hiciera. En lugar de eso, pensó en cómo podía ver a José de nuevo.

está realmente contrariada. No pueden visitarlo; ni siquiera sabían dónde lo habían llevado hasta que les dije lo que José dijo. No me había dado cuenta antes, pero en realidad son una familia de derechas; creo que el tío de Jerónimo es cura. La verdad es que no pueden creer que esto le esté sucediendo a su hijo.

—Quizás puedas preguntarle otra vez a tu tío —sugirió el chico del pelo rubio mirando a José.

—Puedo intentarlo, pero ni la policía parece saber lo que pasa.

—¿Y ya está? ¿No podemos hacer algo por él? —preguntó Inma. Miró al grupo; todo el mundo parecía desanimado.

—Quizás podamos pedirle al catedrático que intervenga —sugirió Lucila.

—Podemos intentarlo, pero no tengo muchas esperanzas —respondió José.

—Pero muchos profesores están de parte de los estudiantes.
—Quizás, pero están siendo cautos; tienen más que perder que nosotros. Recuerda que dos profesores de la Facultad de Economía han sido arrestados.

—Estoy de acuerdo con José. Es triste, pero no creo que podamos hacer mucho por Jerónimo —dijo Lourdes.

—Todo lo que podemos hacer es mostrarles a esos bastardos que encerrar a nuestro líder no nos hará detenernos —dijo José.

El grupo mostró su acuerdo entre murmullos, luego esperó a que José continuara.

—Entonces continuemos con el siguiente punto de nuestra agenda. ¿Qué hacemos ahora? ¿Alguna sugerencia? ¿Alberto?

El chico rubio levantó la vista.

—Bueno, sé que Jerónimo estaba en contacto con uno de los chicos del sindicato. Tenían preparada una manifa para dentro de un par de semanas y creo que su plan era coordinar nuestra marcha de protesta con la suya. Si quieres, puedo intentar contactar con ese chico y conseguir más detalles.

—Suena bien. Cuantos más, mejor.

—Pero ¿cómo nos coordinamos con los otros estudiantes de la universidad teniendo en cuenta que no podemos celebrar reuniones ya?

—De boca a boca. Solo habréis de difundir el rumor tan discreta y rápidamente como podáis. Tan pronto como tengamos la fecha y la hora fijados, quiero que cada uno de vosotros contacte con tanta gente como sea posible y les diga que pasen el mensaje.

—¿Y si los grises nos pillan? —preguntó Gregorio.

—Bueno tenéis que aseguraros de que no. Ahora, mientras tanto, quiero que un par de vosotros confeccione unas pancartas; las últimas fueron destrozadas en la estampida cuando la policía apareció. ¿Inma? ¿Lourdes? ¿Podéis hacerlo?

—Por supuesto —dijo Inma inmediatamente.

No tenía idea de como podía colar una pancarta en su casa y sacarla sin que nadie la viera, pero por José lo haría.

—Podéis venir aquí a hacerlas —ofreció Lucila—. Mis padres no dirán nada siempre y cuando seamos discretas. Yo os ayudaré también.

—Bien, pues eso está zanjado. Ahora, ¿qué queremos que digan?

—¿Muerte a Franco? —sugirió Alberto.

—Eso es una posibilidad, pero creo que algo más realista. Digámosles de qué va nuestra manifestación.

—¿Qué os parece: «Quitad las manos de las universidades»?

—Sí.

—¿O «Poder para el pueblo»?

—Mmm.

—¿Y «El futuro de España depende de la libertad de las universidades»?

—Sí, me gusta esa.

Las ideas empezaron a aflorar fluida y rápidamente y a Inma le resultó difícil apuntarlas todas.

—Tenemos quince sugerencias —les dijo—. Creo que necesitamos escoger quizás dos o tres como máximo. Después de todo no queremos que nuestro mensaje se diluya.

—Bueno, creo que todos coincidimos en el mensaje que queremos dar, así que vosotras dos escoged el que creáis mejor. El Gobierno tendrá que escucharnos esta vez.

—¿De verdad piensas que lo harán?

—Pronto el mundo entero conocerá lo que está sucediendo aquí y entonces tendrán que cambiar de táctica. Es por eso por lo que tenemos que presentar un frente unido contra ellos. Sin violencia, solo una protesta pacífica demandando nuestros derechos. Después de todo no estamos haciendo esto por nosotros, si no por futuras generaciones de estudiantes.

—Está bien decir que sin violencia, pero ¿alguien le va a decir eso a los grises? —preguntó Gregorio.

Tenía un largo e irregular corte en su mejilla por un encuentro

anterior con un miembro particularmente despiadado de la Guardia Civil.

—Si somos una manifestación pacífica, no hay mucho que puedan hacer.

—Oh, sí, ¿y la última vez? Avanzaron blandiendo las porras. ¿Qué te hace pensar que esta vez será diferente?

—Quizás no, pero no seremos los que empiecen con la violencia. Recordad, cuando aviséis al resto de la universidad, aseguraos de poner énfasis en ese punto; va a ser una manifestación pacífica —añadió José—. Quiero que eso quede claro. No queremos entrar en su juego. Bien, ¿algo más?

—Quería sugerir que nos unamos a la Unión Democrática de Estudiantes —dijo Alberto—. Sé que es ilegal, pero todavía se las arreglan para celebrar reuniones.

—Buena idea. Solidaridad y todo eso.

—Hay una reunión mañana por la noche en la Facultad de Economía a las seis en punto.

—Estaré allí —respondió Inma.

—Y yo —dijo Lourdes.

Lucila empezó a recoger las tazas de café.

—¿Lucila?

—Sí, estaré allí.

—Fabuloso, os veré allí a todas.

Inma cogió su chaqueta y una libreta y se dirigió a la puerta.

—Espera un minuto Inma. Voy en tu dirección, podemos caminar juntos —dijo José.

Se sentó de nuevo mientras él terminaba de resumirle unas instrucciones a Gregorio, luego los dos esperaron hasta que los otros hubieron salido uno a uno antes de aventurarse a la calle. Miraron en todas direcciones. Estaba desierta.

—¿Hoy no hay coche? —preguntó ella.

Él se rio.

—No, solo la bicicleta.

Su vieja bicicleta estaba apoyada contra el muro fuera de la casa de Lucila.

—Pensé en acompañarte hasta la parada de autobús.

—Hace una noche agradable; no me importa andar hasta casa —dijo—. No está lejos.

—Magnífico, hagamos eso.

Caminaron en silencio durante unos cuantos minutos; Inma se

sentía ligeramente avergonzada e intentaba desesperadamente pensar en qué decir, pero su boca estaba seca y su mente en blanco. Al final, habló él.

—Bueno, creo que la reunión fue muy bien, ¿tú no? —dijo.

—Sí, es una pena que hubiéramos tan pocos.

—Es más seguro así. Sé que ha habido otras reuniones también, en otras casas. Les informaré tan pronto como pueda.

—Ha estado bien que los padres de Lucila nos dejaran emplear su casa.

—Sí, no hay mucha gente que hubiera corrido el riesgo.

—Mi padre el primero.

—¿Son tus padres partidarios de Franco? —preguntó.

—En realidad no lo sé —respondió—. Parecen aprobar lo que hace el Gobierno y nunca critican lo que Franco dice, así que supongo que deben serlo.

Parecía asombrado por sus dudas, así que le habló de su hermano Adolfo.

—Así que ya ves, en realidad no sé si mi padre es un verdadero franquista o si solo le asusta que algo malo le ocurra a la familia si lo escuchan criticar al régimen.

—¿Y tu madre?

—Madre no se preocupa de política. Está demasiado ocupada con la Iglesia y su labor caritativa.

Continuó describiendo a su familia y diciendo que había sido la única en casa durante muchos años hasta que su madre adoptó a un chico de los barrios bajos.

—Es muy religiosa —añadió—. Hace mucha labor para las Hermanas de la Cruz.

—La religión es la panacea de las masas —musitó José.

—¿Qué?

—La religión. Es una forma de escapar a la responsabilidad del individuo. La gente prefiere dejarle las cosas a Dios en lugar de hacerlas ellos mismos. Por ejemplo, ese pequeño del que hablabas. Es un acto muy noble por parte de tu madre ayudarlo y proporcionarle un futuro, pero no es el único chico. Hay miles como él, sin educación, ni casa decente y con comida insuficiente. Niños que mueren al nacer o crecen deformados y malnutridos, víctimas de la enfermedad y el descuido. ¿Y qué hace el Gobierno al respecto? Nada.

—Bueno, hay orfanatos.

—Regentados por monjas, sí. Pero lo que se requiere es que las condiciones que provocaron tal sufrimiento sean erradicadas, no que tengamos que depender de grupos religiosos e individuos caritativos para absorber los despojos de los barrios bajos. Es responsabilidad del Gobierno asegurarse de que todo el mundo tiene la oportunidad de trabajar y vivir una vida decente. Deberían limpiar los arrabales y construir vivienda barata; deberían asegurarse de que todos los niños van a la escuela; deberían proporcionarle trabajo al desempleado.

—Mi padre dice que hay mucho trabajo; es solo que alguna gente no quiere trabajar.

—Siempre habrá alguien que no quiera o no pueda trabajar, pero hay muchos que estarían encantados de tener un trabajo estable y un jornal que les permitiera alimentar a sus familias.

—Suenas como un comunista, José.

La miró.

—Quizás lo sea. Solo siento que hasta que el Gobierno cambie y tengamos una democracia como en otros países europeos, las cosas nunca mejorarán.

—¿Tus padres sienten del mismo modo que tú? —preguntó.

—Cielos, no. Mi padre es muy de derechas y mi madre también. Es instructora en la Sección Femenina del movimiento de la Falange. Da clases de cómo ser una buena mujer y una buena madre.

Inma pensó que su tono era muy despectivo.

—Yo todavía tengo que hacer eso —dijo—. Aunque no tengo planes de ser esposa o madre en un futuro cercano.

José le sonrió.

—No, primero tienes que acabar tus estudios —dijo—. Hay tiempo suficiente más tarde.

—No solo mis estudios —dijo—. Quiero ser abogada. Quiero ganarme el sustento.

—¿Y qué dice tu padre al respecto?

—No mucho. Creo que estaría feliz si me convierto en abogada. Ninguna de mis hermanas ha trabajado. Ambas se casaron casi cuando terminaron la universidad. Papi siempre se queja del mucho dinero que le costó para luego quedarse en casa y cuidar a sus hijos.

Habían llegado al final de la calle y José se detuvo y se volvió hacia ella.

—Bueno, casi estás en casa —dijo.

—Sí.

De repente sintió que la vieja timidez regresaba.

—Gracias por acompañarme.

—El placer ha sido todo mío —dijo tomándole la mano y haciendo una fingida reverencia.

Estaba tan ridículo sosteniendo su bicicleta con una mano y tratando de agarrarse a su mano con la otra, que Inma se echó a reír.

—¿Y si un día me paso y le pregunto a tu padre si podemos salir juntos? —dijo.

Ella lo miró. ¿Había escuchado bien?

—¿Quieres salir conmigo?

—Parece una buena idea —dijo sonriendo ampliamente.

—¿Como novios?

—¿Por qué no? ¿Estás prometida a otra persona?

De repente pareció preocupado.

—No.

Inma sonrió.

—¿Y bien?

—De acuerdo, puedes preguntarle.

—Fantástico.

Pasó su pierna por encima del cuadro de la bicicleta y antes de que Inma se diera cuenta ya se alejaba pedaleando.

—Te veo mañana —le gritó.

Lo despidió con la mano mientras se alejaba. Su corazón latía con fuerza; no podía creerlo. José, el chico más guapo de la facultad quería ser su novio. Espera a que se lo diga a Rocío.

pensaba en ello. La culpa pesaba duramente sobre su conciencia.

Habían regresado de Londres sin que nadie supiese dónde habían estado. La madre y la hermana de Inma se habían unido a ella en la casa de la playa, y Rocío había vuelto a trabajar como era habitual y esperado que nadie notara diferencia alguna en ella. Pero entonces, solo dos días más tarde, se desmayó. Madame Amelia la hizo tumbar en una de las habitaciones vacías y envío a buscar al doctor. Este le tomó la temperatura, dijo que era de 39º y que debía ir directamente a guardar cama en casa. Recordaba que había estado en ella durante tres días, flotando entre el sueño y la vigilia, incapaz de comer, incapaz de moverse. Su madre había estado tan preocupada por ella que apenas se había movido de su lado un instante. Le había cambiado sus ropas empapadas en sudor, le había puesto trapos fríos y húmedos en la frente y le había metido a cucharadas por su reseca garganta un mejunje herbal asqueroso que su abuela había preparado. Poco a poco se fue recuperando, pero la infección la había dejado débil y deprimida. Sabía el motivo y le preocupaba no poder compartir aquel conocimiento con su madre. Nunca le contó a Inma que había estado enferma; para cuando llegó el verano siguiente, Rocío estaba mejor. Mejor, pero había un vacío en su interior que no alcanzaba a explicar. Era como si una chispa se hubiera extinguido. Incluso había escuchado a su padre decirle a su madre que pensaba que había cambiado; «se ha puesto más solemne» fueron sus palabras. Su madre le había contestado que no era nada, probablemente solo que no se había recobrado del todo de su enfermedad y que le tenía que dar más tiempo. Quizás eso era todo lo que necesitaba. El tiempo lo curaba todo, o eso decían.

Después de cenar, subió a su habitación. Era su habitación ahora; su padre había añadido un cuarto en la parte de atrás para los chicos y dejado a Rocío, la única chica en casa, una habitación para ella sola. Se quitó sus polvorientos zapatos y se echó en la cama. Sí, la carta era de Inma; ella también podía reconocer los garabatos desmañados de su amiga.

«Madrid, mayo de 1967

Mi querida Rocío:

¿Cómo estás? Hace años que te vi por última vez. Por aquí ha sido todo puro ajetreo, han pasado muchas cosas y no he tenido tiempo de escribir a nadie.

Supongo que escuchaste en la radio que la universidad ha sido clausurada. Ha sido horrible. Todos hemos tenido que volver a

pedir plaza en la universidad y, por supuesto, eso les ha dado oportunidad para expulsar a los que han querido. Yo estaba realmente preocupada por mi plaza porque nuestra facultad ha estado involucrada en las manifestaciones también, pero al final no se dijo nada y fui readmitida a principios de marzo. Todos tenemos que ser muy cuidadosos. Hay espías del Gobierno en todas partes fingiendo que son estudiantes normales, incluso aquí en la universidad. Desde entonces me he unido a la Unión Democrática de Estudiantes. Es ilegal, pero todo parece ser ilegal en estos días. No creo que quieran que la universidad produzca gente inteligente y librepensadora. Quieren robots que sigan la línea oficial y mantengan las bocas calladas. Y, en lo que se refiere a las mujeres, parece no haber otro papel en la sociedad para ellas que el matrimonio. José dice que este país continuará en un periodo oscuro por siempre, a menos que hagamos algo al respecto».

¿José? Me pregunto quién es José, Rocío pensó, luego continuó leyendo

»Siento no parar de insistir en ello, pero la política parece haber acaparado mi vida por el momento. ¿Sabías que incluso prohibieron los desfiles tradicionales del Primero de Mayo este año? Pensaron que podían mantener a la gente en sus casas echando dos partidos de fútbol y una corrida de toros por la tele. No funcionó conmigo. Odio las corridas de toros y el fútbol es tan aburrido.

Al marido de Luisa, mi hermana, un policía le asestó un golpe en la cabeza la pasada semana y terminó en prisión. Dejaba la universidad para ir a casa cuando vio algunos estudiantes quemando una bandera de España. Se acercó para recriminarlos y la policía pensó que estaba involucrado en la manifa, así que lo llevaron a prisión con los otros. Tiene un corte de nueve centímetros de largo en su cabeza y necesitó diez puntos. Cuando Luisa se enteró, llamó a papi y este telefoneó a Armando, que tiró de algunos hilos e hizo que el pobre Paco fuera liberado. Algunas veces es bueno tener un hermano en el Gobierno.

Por el lado bueno, Fabi está embarazada de nuevo, así que seré tía una vez más. Hay posibilidad de que sean gemelos de nuevo, porque ya está tan grande como una casa. Por el momento tengo seis sobrinas y tres sobrinos sin contar, sin embargo, los muchos hijos que Adolfo tiene en Argentina. Fabi va a ir al hospital para el parto; recuerdas que estaba bastante mal con el último. El doctor dice que este tiene que ser el último. Incluso llamó a Eduardo para

verlo y asegurarse de que entiende la seriedad del caso, lo que es un poco raro porque él también es médico.

Bueno, ahora las verdaderas buenas noticias, ya sé que siempre te gusta guardar lo mejor para el final. He conocido a un chico guapísimo, su nombre es José, es tan mono. Te encantará. Está en la misma facultad que yo y estudia Derecho Mercantil. Incluso tenemos algunas clases juntos. Espero persuadir a papi para dejar que venga a la casa de la playa por un par de semanas este verano, así podrás conocerlo y comprobarlo por ti misma. Es raro, papi se ha mostrado bastante relajado en lo que se refiere a que tenga un novio. Quizás piense que me mantendrá alejada del peligro, o quizás solo quiere que le quiten a su última hija de en medio. De todas formas, cuando traje a José a casa por primera vez, lo sometió al interrogatorio habitual y ahora pienso que sabe más de él que yo misma. Hasta el momento solo he conocido a su madre. Es muy agradable, pero muy religiosa, así que debería llevarse bien con mamá. A mamá también parece gustarle; ya ha empezado a dejar caer que ya es hora de que me case y siente cabeza, como Fabi y Luisa.

¿Cómo está Ernesto? Quizás puedas traerlo a la casa de la playa y así pueda conocerlo; podríamos salir los cuatro juntos.

Es mejor que me vaya ahora, vamos a ver una película esta noche en el departamento de Filosofía. Hay un chico aquí que puede conseguir películas prohibidas. La de la última semana era brillante, una verdadera revelación: «La caza». Es una metáfora sobre las divisiones originadas por la Guerra Civil. Es extraño porque siento que estoy aprendiendo más sobre la historia de mi país viendo películas prohibidas que en todos esos años en la escuela.

Escríbeme pronto. Con amor de tu amiga Inma».

Rocío plegó la carta cuidadosamente y la colocó con otras, en el fondo de un cajón, bajo su ropa interior. No quería que nadie encontrara las cartas de Inma. Algunas veces pensaba que su amiga era un pelín demasiado abierta por su propio bien. Una vez pensó en quemarlas, pero eso le había parecido una traición. Después de todo, quisiera o no, fue Inma la que la había salvado de la desgracia. Nunca podría compensarla por ello.

—Rocío, Ernesto está aquí. Baja.

Era su madre llamándola. Cerró el cajón y fue al lavabo a lavarse la cara.

Había estado saliendo con Ernesto Moreno desde hacía seis meses. Vivía en Benare y su padre era un fontanero local; se conocieron cuando su padre fue al hotel para arreglar un grifo que goteaba en una de las habitaciones. Llegaron en una furgoneta vieja y azul con «Moreno e hijo» pintado en un lateral. Al instante reconocibles como padre e hijo, Ernesto era una versión más baja y pulcra del viejo hombre. Era un chico agradable, solo un par de años mayor que ella, con suaves ojos marrones que le recordaban a un cachorro y una cálida sonrisa para todo el mundo con el que hablaba. En realidad, le había cogido mucho cariño. Sabía que sus padres esperaban que se casara con él un día, pero ella postergaba ese pensamiento por ahora. Habría estado igual de feliz sola, sin la complicación de un novio, pero cuando él le había preguntado, muy educadamente, si podía hablar con su padre, ella había visto en ello la oportunidad de parecer normal de nuevo. Sabía que la gente del pueblo se fijaba en su extraño comportamiento. Ya no se juntaba con las otras chicas del pueblo a cotillear y divertirse en la plaza; cuando llegaba del trabajo a casa, subía a su habitación a leer. Apenas hablaba con sus hermanos y había dejado de visitar a su hermana, Mari. Desde que había regresado de Londres vivía con el temor de que alguien descubriera su secreto. Cuando veía a su madre mirándola con preocupación, estaba segura de que podía leer en ella. Así que empezó a evitar a la gente. Se negaba en rotundo a ir a la iglesia diciendo que estaba demasiado cansada y rezaba en su habitación. Aquello era verdad; todavía no había recuperado su anterior energía y a menudo estaba demasiado cansada al final del día para hacer algo más que dormir. Aunque no ponía el pie en la iglesia, cada noche se arrodillaba al lado de su cama y le rogaba a Dios que la perdonara. Sabía que un día sería castigada por lo que había hecho, pero nunca esperó que el castigo fuera tan duro.

—No sé por qué se mezcló con esa gente de todas formas —su madre se quejó una vez la puerta se cerró de nuevo.

—Mamá son sus estudiantes. Es su trabajo.

—Bueno, tenía que haberlos denunciado. Imagínate dejar que la policía creyera que era uno de ellos.

Luisa suspiró exasperada. Eso era lo que había esperado de su madre. No era de extrañar que Paco no dejara la casa. Si su propia madre dudaba de él, ¿qué pensaría otra gente?

—No fue así. Fue una terrible equivocación. La policía se disculpó después.

Según Paco las disculpas eran en pro de su cuñado, un prominente miembro del Opus Dei y oficial del Gobierno. Las amenazas susurradas a su oído eran solo para él.

—¿Y dónde está ahora?

—Está en su estudio. Bajará después a tomar café con nosotras.

—Eso estará bien.

—De todas maneras, cambiemos de tema. Dime qué sucede en casa.

Antes de que su madre pudiera responder. Angelita regresó con una bandeja de té y la colocó sobre la mesa delante de ellas. Esperaron en silencio hasta que se hubo marchado y luego Doña Carmen dijo:

—Bueno, las mejores noticias de esta semana es que Inmaculada tiene novio.

—¿Novio? Oh, cuéntame. ¿Cómo es?

—Bueno, ya conoces a tu hermana, nunca hace las cosas como a mí me gusta, pero lo trajo a casa a conocer a tu padre. Es un estudiante de la universidad y su nombre es José Romero Romero. Su padre es juez.

Luisa podía ver que su madre estaba encantada con esta última información. Los jueces se encontraban en lo más alto de su lista de atributos preferidos para posibles yernos, los seguían solo los miembros de la aristocracia. Paco había sido una decepción para ella.

—Eso es magnífico.

—Sí, quizás la tranquilice un poco.

Luisa sonrió. Su hermana pequeña había sido una rebelde desde que había nacido. Al haber llegado quince años más tarde que sus hermanos, había tenido la atención absoluta de su madre y le había sacado todo el partido. Además de eso, sus hermanos y hermanas la

adoraban. Era difícil no hacerlo. Había sido un precioso bebé, con abundantes rizos y unos grandes y expresivos ojos. Sus hermanos en particular pronto fueron sus esclavos.

—Lo dudo. Inma no es de la clase que se «tranquiliza».

Su madre suspiró y cogió su té. Miró a la taza de porcelana pensativamente con una ligera expresión vidriosa en sus ojos.

—Me pregunto qué tiene —dijo—. Su comportamiento es algunas veces inapropiado para una joven señorita.

—Es joven, eso es todo mamá.

—No, creo que es más que eso. Me recuerda mucho a mi pobre Adolfo.

Luisa sabía que se refería a su hermano mayor y no a su marido, porque siempre que aludía a él introducía su nombre con un «pobre».

—Creo que se están involucrando en esas manifestaciones y demás —continuó tristemente.

—No, estoy segura de que no. No te preocupes tanto, mamá. ¿No has dicho que su nuevo novio es hijo de un juez? No se mezclaría en nada parecido. Toma un poco de este pastel. Es una nueva receta que Angelita está probando.

Le tendió a su madre un trozo de pastel. Era probablemente mejor no decirle lo que Paco le había dicho, que había visto a Inma en la manifestación portando una pancarta de «muerte a Franco». Probablemente la sacaría de la universidad inmediatamente.

—Mmm. Es delicioso. Pero piensa en las calorías, cariño. No debes descuidarte, sabes.

Mientras hablaba, su madre metió tripa y se llevó las manos a la cintura.

—Es importante lucir estupenda para tu marido, querida, todo el tiempo.

Luisa miró a su madre; a pesar de la aparición de los signos de la mediana edad, era la viva imagen de la elegancia, iba a la última moda, su pelo estaba cuidadosamente peinado y su maquillaje era inmaculado. Bueno, quizás ella podía permitirse anillos de diamantes y pulseras de oro, pero el salario de un profesor universitario no alcanzaba para tanto.

—Sí, mamá.

No había sentido en discutir con su madre, sus ideas estaban demasiado arraigadas. Si admitía ante ella que no podía permitirse ir a la peluquería cada semana, insistiría en llevarla a la suya y

pagar la factura, luego Paco se sentiría ofendido. No, mejor no decir nada.

Pero, como si leyera sus pensamientos, su madre continuó:

—Sabes, Luisa, debería probar un nuevo corte de pelo, algo más suave y favorecedor.

—Estoy contenta con este, mamá. A Paco le gusta mi pelo así.

—Ah, bien.

Estaba garantizado, cada vez que rebatía a su madre con una opinión que atribuía a Paco, su madre se mostraba conforme.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada, mamá. ¿Un poco de té?

*

Una explosión de frustración salió de la boca de Don Adolfo mientras dejaba el periódico y se volvía hacia su esposa.

—¿Has visto esto? —le preguntó apuñalando con el índice el artículo ofensivo.

—No querido, ¿qué es?

—Esa maldita duquesa. ¿A qué piensa que está jugando? Como si no fuera suficiente tener a todos esos estudiantes y trabajadores desfilando por las calles sin que los miembros de la aristocracia también se les unieran.

—¿A quién te refieres?

—La maldita Duquesa de Medina Sidonia.

—¿Qué ha hecho la «Duquesa Roja» ahora?

—Se ha manifestado con esos agitadores en Palomares por las bombas que cayeron allí.

—¿Bombas? ¿Explotaron? —preguntó Carmen como si preguntara por la eficacia de su lavadora.

—No, por supuesto que no. Ahora tiene algo por lo que quejarse. No, eso es solo una excusa para incitar aún más a la rebelión. Bueno, ha tenido lo que se merecía esta vez.

—¿Qué le ha sucedido? —le preguntó bebiendo su café.

—La han puesto en prisión.

—¿En prisión? Pero es una duquesa.

—Bueno, pues tendría que comportarse como tal.

Carmen estaba escandalizada por que un miembro de la aristocracia pudiera ser tratado de aquella manera, no importaba lo que hubiera hecho. Cogió el periódico.

—No parece muy contrariada.

—Está más loca que una cabra —sentenció su marido

desestimando a la subversiva duquesa—. Oh, por cierto, quiero hablar con Luisa. Dile que se pase mañana por la tarde.

—Eso está bien. ¿Le pido que se quede a cenar?

Su marido miró por encima de sus gafas.

—Como quieras, pero háblale. Es hora de que aclaremos algunas cosas.

—Mira, dice que el Gobierno está hablando de cerrar la frontera con Gibraltar. Es una pena.

Doña Carmen había visitado Gibraltar en varias ocasiones, normalmente para comprar perfume y aparatos eléctricos que no estaban disponibles en Madrid. Le gustaban las pintorescas calles y las llamativas tiendas, con sus propietarios indios y marroquíes. El olor de las especias y la comida extraña la hacían creer que estaba lejos de España. La gente allí era pintoresca y pasaba fácilmente de un idioma a otro, híbridos que le causaban la sensación de poder sentirse a gusto en cualquier parte del mundo. Y las tiendas, qué delicia, llenas con tantas cosas que no podía comprar en España, y los empleados respondían sus preguntas en un perfecto español un instante y al otro hablaban en inglés con sus compañeros. Sí, era como salir al extranjero sin el inconveniente de tener que viajar.

—Bueno, si el Gobierno Británico no entra en razón, ¿qué otra cosa puede hacer Franco? —respondió su marido.

—Eso supongo. Solo que parece una pena no poder visitarlo cuando está justo a la puerta de casa.

—Ese es el quid de la cuestión, Carmen. —Le dedicó a su mujer una mirada exasperada, se levantó y se puso la chaqueta— Voy a la oficina. Te veo en la cena. —Se inclinó y besó a su mujer ligeramente en la mejilla— E intenta estar atenta a Inmaculada, ¿lo harás? Tiene demasiada libertad últimamente.

—Sí, querido, por supuesto que lo haré.

gente pasaba por encima suyo, la pisaba, la empujaba en su avance; un pie descarriado la golpeó en la espalda, luego otro pasó por encima de su pierna. Intentó levantarse, pero manos airadas la empujaron hacia abajo, aplastándola contra el suelo. Estaba empapada. No había nada que pudiera emplear para tomar agarre y levantarse, así que desesperada puso sus brazos sobre su cabeza para protegerse. Se sentía como una pelota de fútbol con la multitud empujándola de un lado a otro. Se sentía impotente. De repente unas fuertes manos se posaron en sus hombros, agarrándola y tirando de ella para ponerla de pie. Se sintió levantada en el aire, abrió los ojos y vio aliviada la cara de su hermano.

—Claudio —jadeó—. Dios, estoy encantada de verte. Pero ¿qué estás haciendo tú aquí?

—Vamos, no hay tiempo para explicaciones ahora. Saquémoste de aquí.

La sostuvo fuerte por el brazo y se hizo camino a empujones a través de la multitud. Podía sentir sus dedos presionando su carne, pero en lugar de hacerle daño, sentía consuelo y seguridad. Solo ahora empezaba a darse cuenta de lo asustada que había estado. Al fin él encontró un callejón entre una hilera de tiendas atrancadas y la arrastró hasta allí.

—¿Qué demonios piensas que estás haciendo? —le preguntó furioso—. He estado buscándote durante horas.

—Pero ¿por qué? Ni siquiera sabía que estabas en casa.

Lo abrazó aferrándose a su calor y solidez. No le importaba que estuviera enfadado. Había estado preocupado por ella. Lo podía ver escrito en su rostro.

—Dios mío, Inma, eres una idiota.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —repitió.

—Mamá me envió a buscarte. Pensaba que podías estar metida en algún lío. —La apartó de él por un momento y dijo— Dios mío, mírate.

—No puedo. —Intentó sonreír, pero sus labios le dolían y tenía sabor a sangre en su boca— Me duele la cabeza.

—No me sorprende. Tendrás un bonito ojo morado por la mañana.

—No le digas a mamá dónde me encontraste, por favor —le rogó.

—No es estúpida, lo sabes. Una vez vea esos cortes y moretones, sabrá exactamente dónde has estado.

—Oh, Claudio.

Empezó a temblar. Sus niveles de adrenalina habían disminuido y ahora se sentía asustada y muy vulnerable. Su hermano tiró de ella hacia sí y la abrazó.

—No, no empieces a llorar, hermanita. Sabes que no puedo soportar las lágrimas. Vamos. Te llevaré a casa en un abrir y cerrar de ojos.

*

Dolores la estaba esperando cuando llegaron a casa e instantáneamente la llevó arriba para bañarla y vestirla con ropas limpias; le untó el ojo con un ungüento verde; le lavó y desinfectó los cortes y le cepilló el pelo. Abrazada por su vieja criada, Inma sentía que el miedo amainaba y con cada atención de Dolores se calmaba cada vez más.

—Bien, ahora jovencita estás lista para ver a tu madre —dijo.

—¿Está furiosa conmigo, Dolores?

—¿Furiosa? Preocupada más bien. Todos hemos estados preocupados desde que vimos los disturbios en televisión. Tu madre tenía el presentimiento de que estabas ahí; dijo que te había visto. Dios le dijo dónde estabas. Es por eso por lo que mandó al pobre Claudio. Acababa de llegar y lo hizo salir nada más entrar.

—Me alegré mucho de verlo, puedo jurártelo.

—No lo sé, niña. ¿Qué demonios estabas haciendo allí de todas formas? No querrás involucrarte en esa clase de cosas. No son para jovencitas como tú. ¿Y qué pensaría ese agradable novio tuyo si supiera en lo que andas?

—No se lo digas, Dolores, ¿querrás?

—No le diré nada a nadie. Solo quiero olvidar este horrible día. Gracias a Dios que estás en casa ahora, sana y salva.

Descargó su carga en la puerta del salón y desapareció en dirección a sus dominios, la cocina. Inma abrió tímidamente la puerta.

—Entra, niña. No te quedes en la puerta. Vamos, ven aquí y explícame.

Con la cabeza gacha Inma vio que era su padre quien hablaba. Estaba sentado en su silla habitual, en el rostro una mueca de enfado; su madre sentada al lado de la ventana, abanicándose agitadamente. Claudio estaba de pie a su lado.

—Hola, papi.

—Inmaculada, esperaba algo mejor de ti. ¿Sabes lo preocupados

que todos estábamos? Podrías haber resultado herida, incluso muerta.

—Un hombre murió esta tarde —intervino su madre—, uno de los alborotadores.

—¿Y si te hubiera arrestado la policía? ¿Qué le hubiera pasado a la familia? Sabes que no quiero a nadie de la Guardia Civil metiendo la nariz en los asuntos de nuestra familia. Nunca se sabe como terminarán estas cosas. El Gobierno está considerando declarar el estado de emergencia y cuando eso sucede todo el mundo está bajo sospecha.

—Pero, papi, nadie nunca sospecharía de ti.

—Y, ¿por qué no con una hija que participa en disturbios contra el Gobierno y un hijo que huyó del país para evitar ser encarcelado? Creo que sería un sospechoso ideal, ¿no crees?

—Pero se suponía que no íbamos a emplear la violencia. Se suponía que iba a ser una protesta pacífica.

—Me da igual lo que se supusiera que debía ser. Piensa que has tenido suerte, niña, que ahora estás sana y salva con tu familia y no metida en la parte de atrás de un furgón policial con el resto de manifestantes.

Inma bajó la cabeza; no tenía sentido discutir con su padre.

—Ahora, prométeme que no volverás a comportarte de esta manera inapropiada. No quiero que tengas nada más que ver con esa gente, no más manifestaciones, no más reuniones ilegales.

Levantó la cabeza sorprendida. Quizás solo estaba conjeturando.

—Si no, no tendré más opción que sacarte de esa universidad y mantenerte encerrada en casa hasta que estés lista para casarte.

—Lo siento, papi; lo prometo.

Lo hubiera dicho de todos modos, pero cuando pronunció las palabras lo decía convencida. La violencia la había asustado; no deseaba mezclarse más en algo parecido de nuevo, ni por José. José. Se preguntaba cómo estaba. ¿Se las había arreglado para salir ileso o yacía apaleado y magullado en algún callejón? Su estómago se revolvió al pensar en ello.

—Y, ¿qué demonios pensaría José si lo supiera? —añadió su madre.

Inma sintió que enrojecía. Miró a su padre.

—Sinceramente espero que José no estuviera envuelto en nada de esto —dijo—. Si llego a descubrir que era responsable de que estuvieras en la manifestación, le prohibiré venir aquí de nuevo.

Sabía que lo decía en serio y no podía dejar que eso sucediera; tendrían que ser más cuidadosos en el futuro. Sabía que José nunca abandonaría la causa, pero ella tendría que hacerlo.

—Tu hermano estuvo aquí esta mañana —su padre continuó—, dice que las cosas van a ser difíciles a partir de ahora. El Gobierno está reforzando la seguridad y va a haber un régimen mucho más estricto hasta que esos anarquistas estén bajo control. Le he dicho a toda la familia que tenga cuidado. Luisa también estuvo aquí. Todos tenéis que entender el peligro en el que podemos ponernos si alguien empieza a hurgar en el pasado.

—Gracias a Dios tenemos dos hijos en las fuerzas armadas —añadió Carmen.

—Tener a uno en el Gobierno y un miembro del Opus Dei ayuda. No pretendo gastarme el dinero para que pases el tiempo con esos anarquistas y holgazanes. ¿Entendido? —continuó su padre.

—Sí, papi.

—Bien, entonces ve a tu habitación y piensa en lo que te he dicho hasta que sea hora de cenar.

—Si, papi.

Subió las escaleras hasta su habitación, pero se sentía de todo menos calmada. Tenía que saber cómo estaba José, pero no había forma de poder dejar la casa. Su padre nunca se lo permitiría. Se tendió en la cama mirando al techo. De repente, los acontecimientos del día la sobrepasaron y empezó a sollozar.

—Inma, ¿qué demonios te pasa?

Era su hermano; se había quitado el uniforme y llevaba unos pantalones de vestir claros y una camisa azul. Se dio la vuelta y le volvió la espalda.

—Vamos, eso no va contigo. Sé que ha debido de ser aterrador, pero ahora estás a salvo.

—No es eso.

—Bueno, ¿y qué es?

—Te lo diré si prometes no decírselo a papi.

Lo vio fruncir el ceño.

—Bueno...

—No, tienes que prometerlo.

—De acuerdo, lo prometo.

—Es por José.

Mientras empezaba a explicarle su temor por la seguridad de su novio, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas una vez más.

—Necesito que me ayudes —concluyó.

—Pero ¿cómo?

—Telefonea a su casa y pregunta si está allí. Puedes fingir ser un amigo suyo. Ten, tengo su número de teléfono en alguna parte.

Se levantó de un salto de la cama y empezó a revolver en su bolso.

—Ten, este es.

Él cogió el papel y lo estudió.

—Así que está involucrado en todo esto.

—No, solo coincidió que estaba allí, como yo, pero nos separamos —mintió.

—Mmm. De acuerdo, veré si está en casa.

Cuando se hubo ido, se volvió a tumbar sobre la cama; paró de llorar, pero la cabeza le dolía y cada nervio de su cuerpo parecía estar de punta. Claudio había dejado su puerta abierta y podía escuchar el murmullo de su voz. ¿Estaba hablando con José? Tenía que saberlo. Se dirigió a la puerta con sigilo para escuchar, pero el sonido de la televisión atenuaba sus palabras. Un minuto más tarde estaba de vuelta en su habitación.

—No, no estaba en casa. Sus padres no saben dónde está.

—Oh, noooo. Ha sido herido. Lo sé. Lo han arrestado. Oh, Dios, ¿qué podemos hacer?

—Bueno, si lo han arrestado, no es mucho, pero no lo sabes. Ahí afuera es un caos; puede que esté escondido hasta que todo se tranquilice.

Inma empezó a caminar de un lado a otro, había abandonado su habitual talante frío a causa de la agitación que sentía.

—Mira Inma, cálmate. No hay nada que puedas hacer. Telefonearé a sus padres de nuevo después de cenar para ver si ha aparecido. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Quizás haya ido a casa de un amigo.

—Gregorio, puede haber ido a la casa de Gregorio.

—¿Quieres que lo llame?

—No tiene teléfono y no sé dónde vive —se lamentó.

—Cálmate. Tienes que intentar ser paciente. Estoy seguro de que está bien.

Inma respiró profundamente.

—Sí, tienes razón. No se gana nada poniéndose histérica. Esperaremos hasta después de cenar.

—Buena chica. Ahora ve y lávate la cara o mamá querrá saber qué ha pasado.

—Gracias, Claudio.

La abrazó contra su pecho. Es tan bueno conmigo, pensó ella, siempre viene a mi rescate y le he estado mintiendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más, pero esta vez de vergüenza.

Tan pronto como terminaron de cenar, Claudio se excusó para levantarse de la mesa y fue al teléfono.

—¿A quién puede estar telefoneando a esta hora de la noche? —preguntó Carmen sirviéndose otra taza más de café.

—A uno de sus amigos, supongo —respondió su marido apartando su plato vacío y levantándose—. Voy a mirar las noticas. A ver lo que está pasando ahí fuera.

Inma lo siguió al salón. No se había dicho nada más sobre su escapada y estaba feliz de dejarlo así. La televisión tardó unos momentos en calentarse y luego, delante de ella, vio las escenas que había experimentado de primera mano. Parecía irreal, las figuras negras y blancas eran demasiado pequeñas como para identificarlas, todo se reducía a una enorme masa de gente enfadada y asustada. La cámara se acercó a una línea de policía antidisturbios avanzando incesantemente hacia adelante, empujando a la multitud a retroceder hacia la plaza. Dos policías con cañones de agua los apuntaba empujándolos a replegarse con la fuerza del agua. Podía ver gente en el suelo, esforzándose por levantarse, pero en lugar de eso era empujada hacia abajo de nuevo por sus vecinos que eran presa del pánico. La policía corría hacia los manifestantes con las porras levantadas por encima de sus cabezas. La gente gritaba; la cámara se detenía en los rostros asustados con los ojos abiertos por el miedo.

—Bueno, si esto no los disuade, no sé qué lo hará —dijo su padre con un tono de autosatisfacción—. Unos alborotadores, todos.

Todo se había salido de madre. Quería quedarse y buscar a José entre la multitud, pero era imposible. Mientras escuchaba su rugido, sentía que retornaba el pánico; una vez más podía sentir la presión de aquellos cuerpos desesperados, aplastándola, derribándola. No podía soportar mirar; tenía que irse.

—Me voy a la cama —dijo alejándose desesperada de la escena.

—Está bien, Inmaculada. Duerme bien —dijo su padre sin apartar la vista de la pantalla—. Y recuerda lo que he dicho.

—Sí, papi. Buenas noches.

Salió precipitadamente de la habitación topándose con Claudio en la puerta. Lo miró expectante. Él sonrió y asintió con la cabeza. Así que todo estaba bien.

—Gracias —susurró y apretó su mano.

—Claudio, ven a ver esto. Dios mío lo que hace alguna gente —llamó su padre desde el salón.

*

Cuando Claudio llegó a ver a Fabiola aquella mañana, se llevó a Pablo con él. El chico tenía diez años ahora y aunque todavía estaba algo flaco, no se parecía en nada al mocoso sucio que su madre había traído originalmente a casa. Cinco años de cuidados de su madre e ir a la escuela lo habían tornado de un mudo iletrado a un pequeñuelo normal. Es verdad que a veces podía ser un poco irritante, pero no más que cualquier otro niño de su edad. Era un verdadero milagro lo que su madre había conseguido con él. Se preguntaba se alguna vez pensaba en su propia madre; si lo hacía, nunca decía nada. Según su madre, la pobre mujer había muerto solo unos meses después de que empezaran a cuidar de Pablo. Entonces había sido cuando decidió adoptarlo legalmente. Fabiola sabía que su padre no lo aprobaba, pero, como era habitual, su padre había cedido al final.

Pablo entró en la habitación de juegos con sus primos adoptivos y los dejó a los dos hablando; estuvieron una hora entera juntos antes de que Eduardo llegara, resollando y resoplando por las escaleras para ver lo que Claudio quería. Se sonrió para sus adentros al pensar en ello. El ascensor había estado averiado desde hacía una semana. Le hacía la vida más difícil tener que bajar y subir las escaleras con tres niños, pero como solo salía para llevar a Edu al colegio y a hacer la compra, podía manejarse. El esfuerzo extra requerido era compensado con creces por el hecho de que también le costaba mucho más a Eduardo subir. Se veía obligado a abandonar sus habituales inspecciones sorpresa y solo subía para verla cuando era hora de comer. Sin embargo, eso no evitaba que telefoneara en numerosas ocasiones durante la mañana para preguntar qué estaba haciendo. Por supuesto que, cuando le dijo que Claudio y Pablo estaban allí, supo que pronto encontraría una forma de escabullirse de sus pacientes.

Su hermano le pasó el aviso de su padre, aunque ella le aseguró que era innecesario, no había forma de que le mencionara Adolfo a nadie, especialmente a Eduardo.

—Pobre Inma, ¿resultó herida de gravedad? —le preguntó cuando le habló de los disturbios.

—No, estaba más asustada que otra cosa —dijo Claudio—. Estaba preocupada por su novio. No creo que me lo dijera todo. Estoy seguro de que no fue accidental que estuvieran los dos allí.

—No le has dicho nada a mamá, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

—Y, ¿has conocido ya a su novio?

—No, pero Inma parece muy enamorada de él. Creo que mamá va a invitarlo a comer un día. Quizás podrías venir y verlo tú misma.

—Quizás. Depende de estos dos —dijo dándose palmaditas en el estómago—. Llegarán de un día a otro.

—No puedo creer que vayas a tener gemelos otra vez.

—Bueno, espero que sean niños esta vez.

—Yo también. ¿Puedes imaginarte una familia con cuatro chicas y solo un chico?

—Bueno, estaría muy consentido si resultara así —dijo ella riéndose.

—¿Ha sabido alguien algo de Manuel?

—Sí, mamá tuvo carta la pasada semana. Lo transfieren a Madrid después de Navidades.

—Oh, eso le habrá gustado.

—Está tan excitada, no para de hablar de él. Mira, no te he ofrecido nada, ¿quieres un café?

—Buena idea, uno bueno y fuerte, nada de esa cosa azucarada y con leche que a ti te gusta.

El teléfono empezó a sonar.

—¿Lo cojo? —preguntó Claudio.

—No, déjalo, yo lo cojo. Probablemente es Eduardo.

—¿Eduardo? ¿No está en el trabajo?

—Sí, pero a veces llama para ver cómo estoy.

Vio a Claudio sonreír con aprobación. Si supiera.

—Fabuloso. Me invitarás a la boda, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Y dónde está ese nuevo hombre tuyo? Es la única razón por la que he venido a verte.

—Bueno, has llegado demasiado temprano. No vendrá hasta la próxima semana. Papi lo traerá el fin de semana y se llevará a mamá.

—¿Dejándolo aquí contigo solos? —Los ojos de Rocío se abrieron por la sorpresa.

—Eso querría. No, el regresa también.

—¿Y por qué se va tu madre tan pronto? Normalmente se queda aquí todo el verano.

—Es Fabi. Sus bebés ya vienen, y ella se va para cuidarla.

—¿No te aburrirás tú sola?

—No, tendré a Pablo; él se queda. Luego en agosto vendrá mamá y todo estará bien. De todas formas, tengo mucho que estudiar para ponerme al día. Ha sido un año problemático con todas las manifestaciones y demás.

—Lo he oído por la radio. Daba miedo.

—Sí, lo daba.

Inma le relató sus experiencias en la universidad. Cuando llegó a la parte en la que se escondió en la casa de los patos, Rocío rompió a reír.

—Oh, desearía haberos visto.

—No fue divertido y lo peor fue intentar entrar en la casa sin ser vistas. Preferiría haberme enfrentado a los grises que a mi padre. —Lo decía en serio, su padre era estricto, pero un hombre justo. Sabía que solo le preocupaba lo que le pudiera suceder a su familia— Así que ya ves si no trabajo duro, papi me hará dejarlo. Dice que es una pérdida de dinero si solo voy a meterme en problemas con la policía.

—Pero, tú los apoyas ¿no? ¿Quieres que las cosas vayan mejor?

—Sí, claro que lo hago, pero no es tan sencillo. —¿Cómo podía hacer que Rocío entendiera lo asustada que había estado?— A la policía le da igual quién seas; solo sacude con sus porras a todo el mundo. Las cosas están mal en la universidad, pero tiene que haber otra forma de cambiarlas. De todos modos, no quiero perder mi oportunidad de conseguir un título. Tenemos tantos amigos expulsados antes de que pudieran terminar sus estudios. Resulta todo tan inútil.

—Ernesto dice que nada cambiará hasta que muera Franco.

Inma miró a su amiga sorprendida; nunca la había oído hablar de política antes.

—Bueno no puede tardar mucho; está viejo.

—Inma, ven a bañarte conmigo —le gritó Pablo desde la ventana del piso superior.

—Más tarde, cuando haga más fresco.

—De acuerdo.

Podían escuchar el sonido del tocadiscos saliendo de su habitación.

—Ha crecido —dijo Rocío.

—Sí. Es un pesado. Quiere que haga cosas con él todo el día. No tengo un minuto de paz. Eh, ¿por qué no viene tu hermano pequeño y juega con él un día?

Rocío sonrió.

—Todos mis hermanos están trabajando.

—¿Incluso el pequeño?

—Sí, todos están cogiendo fruta.

Inma suspiró.

—Oh, bien.

—Cuéntame algo de José. ¿Es guapo? ¿Rico?

—Sí y sí.

—¿Besa bien?

—Sí.

—¿Le quieres?

Inma sintió como se sonrojaba. Rocío parecía tan seria cuando le hizo la pregunta. Vaciló.

—Sí.

—Cuatro síes. Suena perfecto.

Se rieron.

—Intenta venir cuando esté aquí; de verdad, me gustaría que te conociera. Le he contado tantas cosas de ti —dijo Inma.

Roció parecía seria de nuevo.

—No todo, espero.

—Por supuesto que no, tonta; nunca le contaría a nadie nuestros secretos.

—Es mejor que me vaya ya o llegaré tarde al trabajo.

—¿Vendrás?

—Por supuesto.

Las chicas se abrazaron de nuevo e Inma fue a ver qué hacía Pablo.

Ella se rio y sacudió la cabeza.

—No, Antonio, piscina no.

—Y, ¿cuándo te casas? —preguntó su madre.

—No lo sé. Solo llevamos prometidos tres años; no estoy segura de si estamos preparados ya.

—Tonterías. Ahora que tenéis donde vivir, ¿qué os detiene?

Rocío apartó la mirada. Era difícil decirle a su madre que en realidad no amaba a Ernesto. Se reiría de ella y le diría que aquello no importaba, que era un buen hombre y que pronto empezaría a quererlo. La verdad era que, aunque le tenía mucho cariño a Ernesto y sabía que era un hombre amable y generoso, le faltaba algo. No sentía la pasión que había sentido por Andrew y eso la preocupaba. Sentía que, si se casaba con él, perdería la oportunidad que hasta ahora no se le había revelado. Mientras se construía la casa, se había sentido segura; él no quería casarse hasta que pudiera ofrecerle una casa propia. Ahora, sabía que quería hablar con sus padres de nuevo y ellos estarían encantados de darle a su hija en matrimonio. Había algo de inevitable en su relación y la casa era la etapa final.

—Tengo que irme ya o llegaré tarde al trabajo —dijo—. Te veo esta noche mamá.

Besó a su madre en las mejillas y le dio a su hermano una amistosa palmadita en la cabeza. Era una mañana agradable y a pesar de sus dudas acerca del matrimonio, se sentía feliz al emprender su habitual camino bajando la colina. Le resultaría extraño dejar el pueblo. Aquella nueva casa no estaba ni siquiera en un pueblo; estaba emplazada en la ladera de la montaña, lejos de otras casas. No tendría que preocuparse por vecinos ruidosos. Sería libre, ama de sus propios dominios. Pensó en su hermana Mari, que, a pesar de tener cuatro hijos pequeños, todavía compartía la casa con su suegra y, su tío Pepe y su nueva esposa, que vivían con su abuela. Ernesto había dicho desde el principio que no quería que ellos tuvieran que vivir con su madre. Su madre tenía razón; era afortunada. Pero aquel persistente pensamiento todavía regresaba a su mente; ¿y si había algo más en la vida que un marido amoroso y una bonita casa? Suspiró. No había motivo para preocuparse; tomaría la decisión cuando llegara el momento, para bien o para mal.

*

La boda estaba fijada para el 12 de mayo, pero antes de eso

había muchas cosas que organizar. Lo más importante, sus padres tenían que conocer a los padres de Ernesto. Se decidió que irían a visitarlos aquel domingo y que Ernesto vendría en persona a recogerlos con la furgoneta.

Estaban de pie uno al lado del otro en la puerta de su casa, esperando ansiosamente su llegada. Su madre se había puesto su mejor vestido y había enrollado su largo pelo en lo alto de su cabeza con varias peinetas; llevaba el mantón negro y blanco que Rocío le había comprado por el día de su santo. Su pelo todavía era oscuro, pero no del negro azabache de su juventud; ahora estaba salpicado de gris y su rostro empezaba a ajarse y arrugarse como el de su propia madre, pero todavía mantenía la postura erguida y el tiempo no había hecho estragos en el brillo de sus ojos, ni el orgulloso porte de su barbilla. El padre de Rocío se había afeitado y llevaba el viejo traje negro que solo salía de su envoltura de papel para bodas y funerales, y que milagrosamente le sentaba tan bien como el primer día que lo compró. Parecía más joven sin su barba y, de repente, se le representó como había sido cuando era una niña, subiendo la ladera de la montaña detrás de sus cabras. Sabía que su padre odiaba abandonar el pueblo y su madre estaba visiblemente nerviosa por conocer a sus consuegros, pero ambos estaban felices por ella, felices y orgullosos por que hubiera encontrado un buen marido.

—¿Ese es él? —preguntó su madre ansiosa.

Podían escuchar la furgoneta de Ernesto traqueteando mientras subía la colina.

—Sí, eso creo.

—Bajemos a encontrarlo —sugirió su padre.

Entró en la casa y reapareció con su sombrero en la mano.

—Asegúrate de que llevas las cabras hasta las Lomas Altas esta noche, Antonio —le dijo a su hijo pequeño.

—Sí, papi.

—Vamos entonces.

Cogió a su mujer del brazo y bajaron por la colina a encontrarse con la furgoneta que se aproximaba observados por sus amigos y vecinos, algunos de los cuales salían a verlos partir y estaban recostados en sus puertas, y otros, ya sentados fuera de sus casas, disfrutaban del sol primaveral.

—Pasadlo bien —les gritó uno de ellos.

—No hagáis nada que yo no haría —gritó otro.

—Hmmm —fue la única respuesta de Rafa.

Ana sonrió.

Rocío cogió la cesta con provisiones que su madre había preparado como regalo para los padres de Ernesto; había un bizcocho de almendras que su madre había hecho, unos huevos, jamón del cerdo que habían matado y salado el invierno pasado, un queso redondo y suave de cabra y un tarro de miel con el que había contribuido Mari. Se puso el mantón por los hombros y corrió detrás de sus padres.

Cuando conoció a los padres de Ernesto por primera vez, su madre no había perdido tiempo en decirle que Ernesto era hijo único.

—Siempre quise una gran familia —dijo—, como la mía. Éramos diecisiete niños, sabes. Pero no tenía que ser. Dios tenía otros planes para mí. Y, ahora, mi pequeño Ernesto se casa y seré abuela. Estoy tan feliz.

Había abrazado a Rocío muy fuerte, como si su futura nuera ya le hubiera anunciado el inminente nacimiento de un nieto. Rocío sintió cierto desasosiego al recordar la escena.

La furgoneta se detuvo entre una nube de humo. Un perro pequeño le ladró furioso y algunos niños curiosos se aventuraron a salir para ver a quién pertenecía. Su padre los espantó y luego ayudó a su esposa a subir en la parte trasera de la furgoneta antes de subirse en el asiento de al lado de Ernesto.

—Date prisa, Rocío, no queremos llegar tarde —le gritó.

Ernesto le cogió la cesta. La besó ligeramente en la mejilla.

—¿Estarás bien en la parte de atrás? —le preguntó.

—Sí, estaré bien. Dame la cesta.

Se subió en la furgoneta y se acomodó sobre un cojín al lado de su madre. Se oyó un bufido y un traqueteo y la furgoneta se puso en marcha una vez más.

—Es un cacharro —dijo su madre agarrándose a la pared de la furgoneta con su mano.

Rocío dejó la cesta en el suelo entre las dos.

—Se irá bien una vez bajemos la montaña. ¿Estás nerviosa, mamá?

—No, claro que no, niña. Solo me preocupa que tu padre empiece a hablar de política —susurró.

—¿Es eso probable?

—No lo sé; ha estado muy enfadado por algo últimamente. ¿La

familia de Ernesto es de derechas?

—En realidad no lo sé. No hablamos a menudo de política. Lo dudo. Me parecen una familia normal de clase trabajadora.

—Pero su padre tiene su propio negocio.

—Es solo un fontanero, mamá. No vas a conocer a la realeza, sabes.

—¿Y su madre?

—¿Mamá Lucía? Ella está bien. Pero me alegra que no vayamos a vivir con ella; todavía trata a Ernesto como si fuera un niño. Creo que tendríamos problemas si viviéramos bajo el mismo techo.

—Eres muy afortunada, niña. No muchas chicas tienen oportunidad de tener su propia casa tan pronto como tú. Nosotros vivimos con tu abuela diez años antes de tener nuestra casa lista. Tu papi y su hermano solían trabajar en ella cada tiempo libre que tenían, pero aun así les costó lo suyo terminarla.

—¿Te cambiarias de casa alguna vez, mamá?

—No, nunca. Esa es mi casa.

—¿No te gustaría trasladarte al pueblo o a Benare?

—¿Para qué? ¿Cómo viviríamos? ¿Y las cabras?

—Solo me lo preguntaba. ¿No te gustaría ver otros lugares? ¿No te aburres?

—¿Aburrirme? Claro que no. ¿Cómo podría encontrar tiempo para aburrirme? No sé qué te ha dado hoy, Rocío. Debe ser la excitación por la boda, eso es todo lo que puedo decir. Espera hasta que tengas una familia propia, entonces verás que no hay tiempo para aburrirse.

—¿Estáis bien las dos ahí atrás? —preguntó Ernesto.

—Bien. Con algo de ajetreo, eso es todo.

—Bueno, ya casi estamos en la carretera principal. He pensado en llevar a tus padres a ver la casa después. ¿Qué piensas tú?

—Oh, eso sería estupendo —dijo Ana.

—Siempre y cuando no sea demasiado tarde —añadió Rafa—. Tengo que ordeñar las cabras esta noche.

—Buena idea —respondió Rocío.

*

Rocío y Ernesto se casaron en la diminuta iglesia encalada de Los Olivos, donde Rocío y sus hermanos y hermana habían sido confirmados y donde Ana se había casado. La ceremonia fue fijada para las seis en punto de la tarde cuando todo el mundo hubiera terminado de trabajar y el calor del sol fuera menos opresivo.

Ana fue la primera en llegar; sabía que todo el pueblo vendría a ver a su hija casarse y quería asegurarse de que todo iba según lo previsto. Como esperaba, la diminuta iglesia pronto estuvo atestada de familiares y amigos; Madame Amelia y Margarita habían venido desde el hotel; estaba Antonio, recién aseado, con camisa y corbata, Juan con su nueva novia, una chica de la ciudad cuya falda corta y peligrosos tacones despertaron los comentarios de los otros asistentes, Tomás y su reciente esposa, incluso Rafael había venido de Inglaterra para la boda. Ana no había visto a Rafael desde el día que se marchó y apenas podía reconocer a aquel hombre alto y guapo con ropa extranjera y pelo largo como a su quinceañero hijo desmañado que se había ido a buscar fortuna doce años atrás. Había traído a su mujer inglesa, una mujer diminuta y nerviosa con el pelo teñido de rubio y recogido en un peinado sobre su cabeza que se asemejaba a una colmena, y sus dos hijos, para que conocieran a su familia por primera vez. Incluso Inmaculada había conseguido escaparse de la universidad para venir a la boda, trayendo un cheque de Doña Carmen y un mantel de encaje. Llegó el día anterior y, como si no tuviera suficiente con los preparativos de la boda, Ana tuvo que prepararle la casa de la playa. Luego dijo que solo podía quedarse dos noches; no parecía que merecieran la pena todas las molestias. Aun así, Rocío había estado encantada de verla. Era extraña la manera en que las dos habían continuado siendo buenas amigas todo aquel tiempo. Miró alrededor de la iglesia. Toda la familia estaba allí: primos del otro lado de Las Lomas, uno de sus hermanos que vivía en Torre del Mar y, por supuesto, su suegra. Solo faltaban sus padres, ambos muertos hacía varios años.

Su suegra estaba sentada en la fila delantera, apoyada de un lado en su hijo pequeño, Pepe, y del otro en la mujer de este, Berta. Vivían con ella ahora desde que había tenido una embolia hacía dos años, su nuera cuidaba de ella, preparaba las comidas y se corría también con la panadería. Su suegra iba, como siempre, vestida de negro; Ana nunca la había visto vestir de otro color. Rafa le había explicado que era por su hermano, Arturo, muerto en la guerra, luego su marido también había muerto, luego una hija pequeña, sus propios padres, un primo, un sobrino. Siempre parecía haber una muerte que respetar, así que se había pasado los últimos treinta años de negro. Hoy, sin embargo, en honor de la ocasión, llevaba una mantilla de encaje negra sobre su pelo y en su mano buena sostenía un abanico de colores vivos que mantenía delante de su

rostro para ocultar su mustia expresión de los ojos curiosos. Ana estaba sentada cerca de ella, pero posicionada de manera que pudiera ver el momento en el que Rafa acompañara a su hija a la iglesia. Se había comprado un vestido nuevo hecho de un material sedoso y azul salpicado de flores rosas y blancas. Era el primer vestido nuevo que había tenido en mucho tiempo. Miró a su hija mayor, Mari, que estaba esperando al lado de la puerta; era la madrina de bodas y sus hijas las damas de honor. Todas iban vestidas de idéntico tul rosa y llevaban cestas de azahar en sus brazos. Ella y Mari habían pasado noches enteras sin fin cosiendo aquellos vestidos. Los hijos de Mari eran pajes con trajes andaluces en miniatura, camisas blancas y chalecos negros; Mari les había hecho fajas del mismo rosa del vestido de sus hermanas. Los chicos se rezagaban, aferrados tímidamente a la mano de su padre.

Un repentino silencio en el murmullo de voces indicó la llegada del párroco. Era nuevo en la parroquia, su viejo cura se había jubilado el año anterior. Este era de Benare y solo subía al pueblo una vez a la semana para decir la misa; sentía que apenas lo conocía. Mucho más agradable habría sido si el viejo Padre Lucius todavía estuviera allí; había bautizado y confirmado a sus hijos e incluso a sus nietos.

Se oyó un murmullo de excitación a la puerta de la iglesia. Era el novio. Todas las cabezas se giraron hacia los recién llegados. Ernesto parecía orgulloso y feliz, con su madre del brazo. La llevó hasta la fila delantera donde su padre estaba esperándolos, resplandeciendo de orgullo, y luego se sentó para esperar a su novia. Era un joven elegante, pensó Ana. Aquel traje gris le sentaba bien, pero su camisa era, bueno, ordinaria. Cuando Ana y Rafa se casaron, Rafa llevó una camisa blanca bordada a mano por Ana. Le había costado tres meses hacerla. Esa era la tradición entonces, pero cuando Ana se lo había sugerido a Rocío, esta se había negado en rotundo. Había dicho que no tenía tiempo; una simple camisa blanca estaría bien.

El silencio cundía en la congregación; todo el mundo esperaba la llegada de la novia. Ana se preguntaba qué los retrasaba. Cuando había dejado a su marido, estaba de pie al lado de la puerta de su casa, esperando que apareciera Rocío. Parecía intranquilo, descansando su peso de un pie al otro y mirando de un lado al otro de la calle como si esperara algún problema. Había jurado muchos años atrás que nunca pisaría una iglesia de nuevo y planeaba

mantener su juramento. Pero Ana no estaba de acuerdo. La Guerra Civil había terminado, le dijo; era hora de pasar página. No podía seguir culpando a la Iglesia de todos los problemas de la sociedad. Sabía que él no estaba de acuerdo con ella; por lo que a él concernía, la Iglesia y el Estado fascista estaban irrevocablemente entrelazados y a ambos los odiaba y temía. Al final, por el bien de sus hijas, había claudicado. Había entregado a Mari el día de su boda y hoy iba a cumplir el mismo deber con respecto a Rocío. Ana había insistido en que llevara su traje de nuevo e incluso le había comprado una corbata, una roja con espirales negras. Recordaba haberlo visto manosearla nervioso y, justo antes de marcharse, había ido hasta donde estaba.

—Toma —le había dicho metiendo en el agujero del botón una flor de hibisco.

—¿Para qué demonios quiero eso? —refunfuñó. Pero lo dejó estar—. ¿Qué pasa con esa niña que se retrasa?

—Tranquilo, pronto pasará todo. Te veo en la iglesia.

Lo había dejado allí, de pie al sol de la tarde, fumando un cigarrillo y musitando para sí mismo.

La banda comenzó a tocar y se oyó el arrastrar de pies y el rumor de las faldas al levantarse los congregados expectantes. La novia había llegado. Ana sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Qué guapa estaba Rocío de blanco. Había tenido razón después de todo al rechazar su sugerencia de llevar un traje tradicional de seda negra y una mantilla. El blanco era mucho más bonito, virginal. Rocío llevaba un ramo de azahar y el bolso bordado que contenía las tradicionales trece monedas para que el cura las bendijera colgado de su muñeca. Su brazo izquierdo estaba unido al de su padre. Ana sonrió. Rafa parecía caminar hacia su condena; sostenía el brazo de Rocío firmemente contra su pecho y miraba hacia adelante sin detenerse a hablar con ninguno de los congregados, con la única intención de entregar su carga al expectante novio. Rocío, por otro lado, estaba radiante; Ana nunca la había visto más feliz. Las damas de honor y los pajes iban detrás impecables, y sonreían y hablaban con todo el mundo avanzando hacia el altar. Ernesto estaba de pie ahora. Su primo estaba también de pie a su lado, dándole golpecitos a su bolsillo para asegurarse, una vez más, de que no había olvidado los anillos.

*

Bueno ya estaba. Rocío apenas podía creerlo. Era una mujer

casada. Iba cogida del brazo de Ernesto mientras salían fuera a un aluvión de granos de arroz y azahar. Todo el pueblo se había reunido para felicitarlos; Juan Manuel había traído su guitarra y estaba tocando una canción de amor andaluza. Una pareja que reconoció empezó a bailar, y alguien estaba pasando vasos de vino dulce y galletas con sabor a almendras y especias. La multitud se apartó un poco para dejarle especio a la pareja.

—Lanza el ramo, Rocío —gritó una de las chicas.

—Sí, veamos quién es la siguiente —gritó otra.

Rocío se volvió de espaldas a la multitud y lanzó el ramo por encima de su cabeza. Se oyeron cantos de júbilo y luego un grito de triunfo. Se giró y vio el ramo sostenido triunfalmente en alto por Inma.

—Felicidades. Eres la siguiente —dijo.

Inma se rio.

—Quizás.

—Tú ahora —le susurró Rocío a Ernesto.

Durante los siguientes minutos fueron rodeados por una docena de niños pequeños recitando una rima tradicional:

«Padrino lagarto
Eche usted los cuartos
No los gaste en vino
Que es un borrachino».

Ernesto sonrió y hurgó en sus bolsillos, luego lanzó un puñado de monedas al aire. Ese era el momento que los niños habían estado esperando; se dispersaron intentando agarrar tantas monedas como pudieran.

Rocío rio:

—Vamos, el fotógrafo está esperando.

Eduardo incluso se esforzaba por acompañarlos a la casa de la playa durante dos semanas en el verano. Había aprendido a no desear nada más. Luisa venía a visitarla y, al menos una vez a la semana, su madre también. No hacía nada que pudiera poner celoso a su marido. Él todavía la telefoneaba a horas aleatorias durante el día, pero ya no necesitaba subir precipitadamente a espiarla, porque sabía que estaba sola. No le importaba, prefería aquella paz. Después de todo, se decía a sí misma, era un buen hombre. Me ama; quiere a sus hijos; nos mantiene y cuida de nosotros. Podría ser peor. Tenía a sus hijos y tenía su hogar. No había forma de que hiciera algo para poner eso en riesgo.

—¿Cómo está Paco? —preguntó.

—Está bien. Las cosas están un poco difíciles en la universidad. Tendría que haber sido ascendido este año, sabes, pero parece que lo han ignorado de nuevo.

—Es una pena. ¿Por el problema con la policía?

—En parte, pero creo que también porque no puede soportar al nuevo catedrático y se ha pronunciado en una o dos reuniones del profesorado sobre la forma en que están las cosas.

—Un poco tonto por su parte.

—Bueno, ya conoces a Paco, es un hombre de principios. Está realmente contrariado porque, después de casi una década de descontento estudiantil, todavía no se hayan introducido reformas y de hecho tengan menos control sobre los asuntos universitarios que nunca. Dice que hay demasiada interferencia gubernamental en la actualidad.

—Bueno, si el catedrático no puede hacer nada al respecto, ¿qué puede hacer él?

—Lo sé. Le dije que mantuviera un perfil bajo. No hay motivo para causar problemas y perder su trabajo.

Fabi sirvió más café. En realidad, nunca entendía el interés de su hermana en asuntos políticos.

—Escucha, Fabi, hay algo que tengo que contarte, pero no tienes que decirle nada a Eduardo o a mamá.

—¿Ni a mamá? ¿Qué demonios es?

—Promételo primero.

—De acuerdo, no le diré ni una palabra a nadie.

—Inma está embarazada.

Fabi dejó su taza y una expresión de asombro se dibujó en su cara.

—Dios mío. Papi la matará.

—Lo sé, por eso no puedes decir nada. No se lo debería decir a nadie, pero tenía que hablar con alguien de ello. Tu eres la única en la que puedo confiar.

—¿Es de José?

—Sí.

—¿Y cuál es el problema? ¿Por qué no pueden simplemente casarse?

—No quieren.

—¿No quieren? Eso es ridículo. ¿Qué demonios puede hacer Inma sola? Tiene que casarse.

—Ella no quiere y José tampoco. Dice que es demasiado joven para sentar cabeza y ella dice que, si se casa, nunca podrá llegar a ser abogada y entonces no tendrían sentido todos esos años en la universidad. Dice que no quiere terminar como nosotras —se rio y continuó—: viejas mujeres casadas, eso es lo que dice, que nunca han visto nada de mundo.

—Pero, no va a abortar, ¿verdad? —Fabiola estaba horrorizada con la idea de que su hermana cometiera un pecado mortal.

—No, dice que es demasiado arriesgado. Pretende tener el bebé y luego darlo en adopción.

—¿Dar en adopción a su propio bebé?

Fabiola miró a sus niños. Estaban despatarrados en el suelo del comedor jugando con sus primos. Ana y su hermana gemela estaban tumbadas la una al lado de la otra, mirando a los chicos edificar una construcción de ladrillos de madera con sus negras cabezas tocándose y las manos juntas. Eran inseparables últimamente. Era asombroso lo parecidas que eran, incluso Eduardo tenía problemas para distinguirlas. ¿Cómo sería la vida sin sus hijos? Era inimaginable. Eran todo lo que la mantenía activa. Eran su vida.

—Eso es lo que dice.

—No podrá hacerlo. Y, de todas formas, si tiene un bebé, mamá lo sabrá.

—No, esperamos que no. Conoces a Inma. Ya lo ha pensado todo. Se ha invitado a Asturias con nosotros este año. El bebé no nacerá hasta septiembre. Planea ir allí tan pronto como cierre la universidad en junio y quedarse hasta que nazca.

—Aun así, ¿mamá no notará que está embarazada?

Fabiola había estado enorme cuando estuvo embarazada de gemelos; había sido obvio para todo el mundo desde los tres meses.

—Bueno, ese es un riesgo que tiene que correr, pero ya sabes lo delgada que es Inma, está segura de que podrá ocultarlo.

—Entonces, estaréis fuera todo el verano —dijo Fabiola un tanto tristemente. Vivía esperando las visitas de su hermana.

—Sí, quiere que me lleve a los niños allí tan pronto como acabe el colegio.

—No puedo creérmelo. No solo está embarazada, si no que te está involucrando a ti también. Siempre ha sido una manipuladora. Sabes que mamá se enfurecerá contigo si se entera.

—Bueno, esperemos que nunca se entere. Mira, ¿qué otra cosa puedo hacer? Es nuestra hermana pequeña después de todo. No puedo quedarme quieta a mirar como arruina su vida. Conoces a papi; nunca la perdonaría, especialmente ahora. Odia todo lo que pueda llamar la atención sobre nuestra familia. Si pensara que su pequeña princesa le ha traído la desgracia a su familia, se volvería loco.

—¿Y qué dice Paco?

—No está contento con ello, pero lo entiende. Ha visto a muchas chicas arruinar su vida así. Un par de años atrás tuvo una estudiante cuyo padre la echó de casa porque estaba embarazada; recogieron su cuerpo en la vía del tren un par de semanas más tarde. No tenía a nadie a quien recurrir.

Fabiola se estremeció.

—¿Y cómo lo harás?

—Se lo tenemos que decir a la madre de Paco, por supuesto. Espero que nos ayude.

—Pobre Inma. ¿Está muy afectada?

—En realidad no. De hecho, es bastante fría al respecto.

—Pero ¿no odia a José por no querer casarse con ella?

—No, al contrario, todavía pretenden casarse, pero no aún. Dice que quizás dentro de cinco años, cuando ambos hayan afianzado sus carreras.

Fabiola sacudió la cabeza no pudiendo dar crédito.

—No puedo creerlo. ¿Y el pobre bebé?

Luisa se encogió de hombros.

—Mamá no estará muy contenta de que Inma no vaya a la casa de la playa este año —añadió.

—No, no lo estará. Tendrá a Pablo para acompañarla a menos que papi pueda ausentarse de su trabajo.

—¿Y tú? —preguntó Luisa.

—Sí, probablemente vayamos un par de semanas, cuando Eduardo tenga vacaciones.

Vio que su hermana iba a preguntar algo más y se levantó para evitar cualquier pregunta exploratoria.

—Creo que los niños querrán galletas y leche. ¿Qué decís niños? ¿Queréis galletas?

Al mencionar la comida, hubo una estampida general hacia la cocina.

—Calmaos, cualquiera diría que nunca os han dado de comer.

*

Luisa tenía razón sobre su hermana. Inma lo tenía todo pensado. No iba a exponerse a los prejuicios de la sociedad ni iba a dar al traste con sus probabilidades de obtener un buen puesto en Alonso, García y Asociados. Había ido a la entrevista preliminar con el Señor Alonso y su socio el Señor García en enero. A estos les había gustado de manera instantánea y, a condición de que obtuviera una buena calificación en sus exámenes finales, le ofrecieron un puesto en la firma como asistente legal. Empezaría el 1 de noviembre. Pero eso fue antes de que se diera cuenta de que sus reglas habían cesado y de que probablemente estaba embarazada.

Ella y José habían discutido sobre ello largo y tendido. Al principio, él se había quedado sorprendido por la noticia y, por la forma en la que se negaba a mirarla directamente, le asustaba que lo forzara a un matrimonio prematuro.

—Mira, puedo conseguir dinero —dijo—. Sabes, para pagar el... —Su voz se apagó y miró al suelo.

—¿Para pagar por qué, un aborto? —preguntó ella.

—Solo pensé que...

—Ni hablar, he visto lo que puede hacerte. Es demasiado arriesgado.

La imagen de Rocío acuclillada en el baño del hotel, con la sangre formando un charco en el suelo a su lado, flotó delante de sus ojos. Podía haber muerto y habría sido culpa de Inma. Había intentado ayudar a su amiga, pero casi había terminado matándola. En cualquier caso, Rocío nunca se había recobrado realmente del trauma del viaje. No, no iba a arriesgarse otra vez.

—Hay otras formas de solucionarlo —añadió empezando a trazar su plan.

Aunque él la escuchaba atentamente, asintiendo y murmurando que estaba de acuerdo con lo que decía, podía ver, ahora que él se

daba cuenta de que no estaba interesada en un matrimonio forzoso, que la presión lo había abandonado. No le pedía nada. Su familia la ayudaría, le explicó. Todo lo que él tenía que hacer era mantenerse callado al respecto.

—Pero, quiero ayudar —dijo con la voz quebrada.

—Por supuesto, pero es mejor que me lo dejes a mí.

En realidad, sentía pavor de que su padre lo descubriera. Cuanta menos gente involucrada más fácil sería mantenerlo todo en secreto. Gracias a Dios que sus padres tenían poco que ver con la familia de Paco. El suegro de su hermana había muerto en la Guerra Civil y su suegra llevaba una vida tranquila en un pequeño pueblo de las montañas de Asturias. Inma había visto a la madre de Paco solo una vez, en la boda de su hermana, pero como solo tenía dos o tres años entonces, apenas contaba.

Compró un anillo de oro barato y pretendía hacerse pasar por una mujer casada cuyo marido estaba en el ejército. Si le preguntaban, se inventaría a alguien, basado en su hermano Manuel. Seria sencillo. La parte difícil sería esconderle el grosor de su cintura a su madre. El tiempo ya estaba mejorando y pronto no habría necesidad de llevar esos pesados y voluminosos jerséis que estaban tan de moda y que tan bien disimulaban sus formas. Continuaría llevando su camiseta de tirantes de punto, era lo suficientemente ancha para esconder multitud de pecados y, aunque la moda era de faldas muchísimo más cortas, que su padre no aprobaba, sabía que podía salir del paso llevando sus vestidos, más viejos y largos. Eran bastante holgados de todas formas; informes los llamaba Dolores, ideales para esconder su abultada tripa. Lo más importante de todo era mantenerse lejos del paso de su madre. Eso no debería ser demasiado difícil, ya que su esta estaba muy ocupada aquellos días con las Hermanas de la Cruz e Inma tenía mucho que estudiar si quería obtener las calificaciones requeridas para su nuevo trabajo. Se convertiría en una estudiante modelo. Ya había renunciado a asistir a las reuniones de la Unión Democrática de Estudiantes y no participaba en las manifestaciones que unos acérrimos agitadores estudiantiles continuaban celebrando. Le había prometido a su padre no tener nada más que ver con ellos y había mantenido su palabra. Haría todo lo posible por desviar la atención de su padre de ella hasta que todo hubiera terminado.

José todavía estaba envuelto en el movimiento estudiantil, pero él también mantenía un perfil bajo siempre que había una

manifestación. Le preocupaba poder ser arrestado y encarcelado como Jerónimo. Su antiguo líder había sido liberado al fin, después de dos años de cautiverio. No se le permitía regresar a la universidad, pero se encontraron con él una tarde en un bar cerca del parque. Inma no podía creer lo cambiado que estaba. Propenso a estar delgado, ahora pesaba diez kilos menos. Su rostro estaba surcado de arrugas, como el de un hombre que le doblara la edad, y sus ojos estaban hundidos, apagados y carentes de chispa. No era el hombre de antes. Intentaron preguntarle por lo que le había sucedido, pero no dijo nada. Se quedó sentado, dándole vuelta a su café y mirando fijamente la mesa, mientras hablaban sobre la universidad y lo que había sucedido en su ausencia. Era como si algo le hubiera sido sustraído, una esencia de lo que había sido Jerónimo. Aquella silenciosa sombra de hombre no era alguien al que conocieran. Al final, se levantó, lanzó unas cuantas monedas sobre la mesa para pagar su café y se marchó. No lo siguieron. Desde entonces, José se había vuelto muy cuidadoso acerca de con quién hablaba y a dónde iba. Nunca le hablaba de ello, pero ella sabía que estaba asustado.

Su relación se había tornado lentamente de amistad a noviazgo. Desde el principio, ninguno de los dos tuvo prisa por casarse, pero la única manera de poder verse, sin que su padre causara problemas, era hacerse novios. Sin realmente pretenderlo, su relación se había convertido en íntima. José le había prometido que era seguro si empleaban el método del ritmo. Uno de sus amigos de la Facultad de Medicina se lo había explicado, dijo. Todo lo que tenían que hacer era mantener un registro exhaustivo de sus periodos. Una vez conociera las fechas, podían averiguar cuáles eran las más seguras para hacer el amor. Con ello quería decir los periodos en los que no era fértil. Había funcionado bien durante unos seis meses, luego, a principios de enero, no le vino la regla. Esperó otro mes, pero al no hallar rastro de sangre alguna, empezó a temerse lo peor. Al principio entró en pánico, llorando todas las noches hasta quedarse dormida, incapaz de pensar con claridad y determinada a no decírselo a nadie, ni siquiera a José. Luego, paulatinamente, su innato sentido común se impuso y se dio cuenta de que la situación no iba a cambiar; tenía que lidiar con ello con la misma calma con la que había lidiado con el embarazo de Rocío hacía todos aquellos años.

*

Carmen estaba rebuscando en el cajón de su mesita de noche, buscando un abanico.

—De verdad que no entiendo por qué quieres pasar todo el verano en ese lugar alejado de la mano de Dios. Está a kilómetros de aquí. ¿Qué demonios harás todo el día?

—Estaré con Luisa. Estoy segura de que habrá muchas cosas que hacer. Después de todo ella va allí cada año. No iría allí si fuera tan malo.

—Eso es diferente. Luisa tiene a sus hijos con ella y es la casa de su suegra. Estará muy atareada ayudando a la madre de Paco.

—Estaré bien, mamá. Quiero a los niños de Luisa. Será estupendo pasar el verano con ellos.

—¿Y José? ¿Qué dice él de que desaparezcas en Asturias todo el verano?

—No le importa. Va a estar muy ocupado este verano de todas formas. Se va a unir a una gran firma legal y quieren que empiece a primeros de julio. Así que no tendrá mucho tiempo para mí de todas formas.

—Hmmm. Veo que va a ser como tu padre. Siempre anteponiendo su trabajo a su familia —resopló—. Ah, aquí está.

Sacó un abanico negro con margaritas amarillas y blancas pintadas sobre él y empezó a abanicarse.

—Bueno, no puedo quedarme aquí con este calor. Tengo que ir a la casa de la playa, aunque sea sola.

—Llévate a Pablo contigo —sugirió Inma.

—Ese chico. No sé qué hacer con él. Siempre parece meterse en líos últimamente.

—Bueno, quizás le haga bien alejarse de sus amigos unas semanas, solos tú y él.

—Sí, quizás tengas razón.

Continuó abanicándose vigorosamente mientras miraba a su hija.

—Inmaculada, creo que es hora de que empieces a pensar más en tu apariencia. Ya no eres estudiante. Es hora de que te compres ropa decente en lugar de esas cosas informes que llevas todo el tiempo. Después de todo, cuando empieces a trabajar en Alonso y García tendrás que ir más elegante.

—Sí, mamá. He pensado que esperaré hasta el final del verano para comprar todo un vestuario nuevo.

Su madre hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Y, otra cosa, creo que deberías vigilar lo que comes. Te estás engordando. No es favorecedor. —Se colocó las manos en su propia cintura— Tendré que decirle a Luisa que te vigile. He oído hablar de la comida asturiana, todo mantequilla y nata. Si no tienes cuidado, te pondrás tan grande como una casa para cuando vuelvas.

—De acuerdo mamá. Ahora será mejor que me prepare. Luisa y Paco me recogen a las dos.

Su hermana la rodeó con los brazos y la abrazó.

—No llores, Inma. Sabes que es lo mejor. Después de todo fue idea tuya.

—Lo sé, lo sé. Es solo que no quiero que se vaya con extraños. Quiero poder verla, verla crecer. —Sollozaba y las lágrimas corrían por su rostro.

—Oh, Inma, eso no es posible. No te lo permitirán. No es justo para la niña y no es justo para los nuevos padres. Tiene que ser una ruptura definitiva. Esas son las reglas.

Inma, se secó los ojos en su delantal. Su rostro adquirió su vieja y determinada mirada. Tenía que pensar con rapidez antes de que vinieran a robarle a su bebé. ¿En quién podía confiar? Entonces se le ocurrió. Solo había una persona a la que podía recurrir; sabía que cuidaría de su bebé. Sonrió.

—¿Crees que se parece a mí? —le preguntó a su hermana.

—Oh, Inma, por favor, no hagas esto. Solo te lo estás poniendo peor.

—No te preocupes, Luisa. Haz lo que te pido; ponte en contacto con la mujer de la agencia de adopción y dile que hemos cambiado de opinión. Tengo otro plan.

—Inma.

—Por favor, Luisa.

*

Inma le había escrito a Rocío tan pronto como supo que estaba embarazada, al principio cartas largas y de un tono compungido, luego otras más cortas y positivas a medida que su amiga empezaba a controlar la situación. Así que aquella carta en particular no fue una completa sorpresa, pero lo que dejó patidifusa a Rocío fue hasta donde quería su amiga que se implicara en sus planes. Se sintió mareada al leerla. Yacía, plegada cuidadosamente en el cajón cerca de su ropa interior y sus calcetines, donde Ernesto nunca se atrevería a mirar. No podía sacársela de la mente, la imagen de aquel sobre azul claro con la letra temblorosa y de trazo delgado de Inma flotaba delante de sus ojos todo el día.

Inma era su amiga; se conocían desde hacía años y, a pesar del hecho de que rara vez se veían últimamente, los lazos de su temprana niñez eran difíciles de romper. Quería a Inma. Le había ayudado cuando más lo necesitaba. Lo había arriesgado todo por ella. Pero ¿esto? Por primera vez se sentía enfadada con su amiga. ¿Cómo era que Inma siempre obtenía lo que quería? Desde que era

pequeña tenía a todo el mundo comiendo de la palma de su mano: su madre, sus hermanos y hermanas, su padre, su niñera e incluso Rocío. Y allí estaba ahora, manipulando a la gente que la quería una vez más, para tener las cosas tal y como las quería.

Salió al patio y se sentó a la sombra. Los geranios que había plantado al lado de la puerta trasera estaban floreciendo, sus flores rosas y rojas caían en cascada de las macetas de terracota y se desperdigaban por el suelo. Aquella parte de la terraza era su lugar favorito. Le gustaba sentarse allí a coser, remendando los pantalones de Ernesto o haciéndose algo con un trozo de tela comprado en el mercado. En ocasiones sacaba uno de sus libros y leía, pero, generalmente, solo se sentaba a pensar y a mirar el paisaje.

No culpaba a Inma por lo que le había ocurrido; era culpa suya por ser tan confiada e ingenua y por quedarse embarazada. Todo lo que Inma había intentado hacer era ayudarla; no podía haber sabido que dejaría infértil a Rocío. Y ahora allí estaba, incapaz de tener un hijo propio, con un pecado mortal pendiendo sobre su cabeza y sin posibilidad de perdón, mientras que Inma... Sintió rabia de nuevo. Era tan injusto. Bueno, no iba a participar en el plan de Inma; ni siquiera se lo iba a mencionar a Ernesto.

*

La carta permaneció allí intacta e inadvertida durante dos días mientras Rocío luchaba contra su conciencia. En el sobre había dos billetes de tren de ida y vuelta a Oviedo, en primera clase. Todo lo que tenía que hacer era ir allí y recoger a la niña. Como Inma le explicaba, era muy fácil. Muy fácil podía ser, pero aquello cambiaría sus vidas para siempre. Al fin decidió releer la carta. Cuando la sacó del cajón se dio cuenta de que había un trozo de papel descolorido debajo de su camisón; era el papel que ella e Inma habían firmado hacía años. «Rocío González García e Inmaculada Domínguez Álvarez juran permanecer como verdaderas amigas por siempre y para siempre. Firmado y sellado el 25 de agosto de 1954».

Estaban sus firmas infantiles y algo que parecía tomate triturado; no podía recordar ahora lo que usaron para sellarlo, pero se suponía que era sangre. Sonrió. Muchas cosas habían pasado desde entonces, a las dos. Cuidadosamente volvió a colocar aquel recuerdo de su infancia entre su ropa interior y cerró el cajón. Bueno, lo menos que podía hacer era ir y hablarlo con su madre.

*

Le preguntó a Madame Amelia si podía salir más pronto y emprendió el familiar camino a casa de sus padres.

—Rocío, qué agradable sorpresa. ¿Vienes sola?

—Sí, mamá. Ernesto me recogerá más tarde, cuando termine de trabajar.

—Entra. Deja que te traiga algo de beber.

—¿Cómo van las cosas?

—Bien. Tu padre ha comprado unos cerdos.

—¿Cerdos? Pensaba que no le gustaban los cerdos. ¿Qué hay de las cabras?

—Oh, todavía las tiene, pero Tomás cuida de ellas ahora. Ha construido una pocilga para los cerdos en la parte de atrás. Solo hay dos, muy monos. ¿Quieres verlos?

Siguió a su madre a la pocilga de los cerdos. Al oír las pisadas los cerditos vinieron corriendo a la puerta chillando excitados.

—Qué monos.

—Sí, es una pena que tengamos que comérnoslos un día —se rio su madre. Parecía más contenta de lo habitual, más relajada.

—Mamá, tengo algo que decirte.

—¿Estás embarazada?

Rocío sonrió.

—No, no exactamente.

—Bueno, entonces, ¿qué es?

—¿Podemos volver dentro?

La cara de Ana se puso seria.

—Por supuesto, niña. Vamos, haré café.

Rocío se sentó en la familiar cocina observando filtrarse el café en el hornillo y esperando el momento adecuado para empezar. Al fin su madre sirvió dos tazas de espeso y oscuro café y se sentó a su lado.

—Ten, justo como te gusta, dulce y fuerte.

—Gracias, mamá. ¿Hay leche?

Su madre le pasó una jarra con leche de cabra.

—Y, bueno, ¿qué es ese misterio?

—Es Inma; ha tenido un bebé.

—No. Dios mío, qué sorpresa. Pensé que todavía estaba en la universidad.

—Lo está, o más bien, lo estaba; terminó en junio. ¿No recuerdas que estaba haciendo sus exámenes finales cuando nos casamos? Por

eso tuvo que irse corriendo después de la boda.

—Sí, por supuesto. ¿Y qué dices? ¿No está casada?

—No y tampoco quiere casarse.

—Dios mío. ¿Qué dicen sus pobres padres?

—No lo saben.

—Pero, tendrá que decírselo. De todas formas, se van a enterar.

Rocío le explicó el plan de Inma de la manera más simple que pudo.

—Esa chica, siempre hace que las cosas salgan a su manera. Recuerdo cuando era pequeña, era igual, siempre un paso por delante de su madre.

Bebió de su café.

—¿Entonces va a dar en adopción a la criatura?

—Sí, pero eso no es todo. Quiere que Ernesto y yo nos la quedemos.

Miró a su madre para ver su reacción, pero Ana simplemente cogió las tazas vacías y las llevó al fregadero.

—Mamá. ¿Has oído lo que he dicho?

—Sí, lo he oído.

—¿Y qué piensas?

Se giró y miró a su hija.

—Creo que tiene una caradura tremenda cargándote a ti con sus problemas. Un día formarás tu propia familia. ¿Qué quieres hacer con su despojo?

—Mamá, es un bebé. No es culpa de la niña.

—¿Qué piensa Ernesto?

—No se lo he dicho aún.

—Bueno, ¿no crees que deberías? Es tu marido después de todo.

—Lo sé, pero quería hablar contigo de ello primero.

—Bueno, yo no puedo decidir por ti, sabes.

—Lo sé.

—Mira o rompes la carta y olvidas todo o se lo dices a Ernesto.

—No puedo olvidarlo, mamá. Inma es mi amiga.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Esperaba que me ayudaras a decidir.

—No niña, es tu decisión. Te he dicho lo que pienso.

*

Ana echó hacia atrás las sábanas y subió a la cama. Su marido estaba de pie al lado de la palangana enjabonándose la parte superior de su cuerpo y sus brazos. Lo observó verter el agua limpia

y fría sobre su cuerpo retirando el jabón, luego se secó vigorosamente con la toalla.

—Ven a la cama —dijo—. Tengo algo que decirte.

Él se subió a la cama a su lado.

—Espero que no haya más problemas. Juan no se ha metido en líos de nuevo, ¿verdad?

—No, no es nada de eso. Es sobre Rocío y Ernesto.

Se giró y la miró.

—¿Está embarazada?

—No, no exactamente.

—¿Qué quieres decir con no exactamente? Lo está o no lo está.

—No lo está.

—Mmm qué pena.

—Van a adoptar un bebé.

Rafa se sentó.

—¿Para qué demonios? Solo llevan casados unos pocos meses. Diles que estas cosas no siempre suceden por encargo: tienen que ser pacientes.

—No es tan simple como eso. El bebé es de Inma.

—¿Inma? Es la hija de la mujer para la que trabajas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Continúa escribiéndole a nuestra Rocío?

—Sí, son amigas desde hace tiempo.

—¿Y qué piensa esa presuntuosa madre suya?

—Su madre no sabe del bebé y no lo sabrá. La hermana de Inma le ha proporcionado una coartada. De todas formas, ahora Inma quiere que Rocío la adopte.

—Típico de ella. Quiere que la pequeña Rocío apañe su estropicio. ¿Quiénes se creen que son esa gente?

Le dio la espalda a su mujer.

—Bueno, es una mujer casada ahora; es cosa de su marido. No es mi problema.

—Lo sé, pero me preocupa que la gente hable. Les resultará extraño y chismorrearán.

—Mira, mujer, no es asunto suyo lo que Rocío y su marido hagan. Si quieren ese bebé, ¿qué?

—Pero, todo el mundo sabrá que es una bastarda. Quién sabe qué dirá la gente.

Al oír esto su marido se sentó.

—Si mi hija quiere adoptar el hijo bastardo de alguien, es cosa

suya. No me interpondré en su camino y no toleraré ningún chismorreo.

—Pero, Dios no lo quiera, ¿y si hubiera sido Rocío la que se hubiera quedado embarazada?

—Rocío nunca hubiera hecho nada tan estúpido, pero si lo hubiera hecho, no habría habido forma de que hubiera dejado que sangre de nuestra sangre fuera a parar a manos de extraños.

—Pero ¿y el escándalo?

—¿Escándalo? Mujer, cuántas veces te he dicho que tenemos que cuidar de los nuestros. No hay nadie ahí fuera que lo vaya a hacer por nosotros. Mi padre siempre estuvo a mi lado cuando lo necesité. Ningún comentario malintencionado me haría abandonar nunca a mi propia hija, fuera lo que fuera lo que hubiera hecho. Ahora, dejemos de hablar y a dormir.

*

Llegarían mañana. Tenía un día más para sentarse y acariciar a su hija. ¿Quién habría pensado que la maternidad sería una experiencia tan abrumadora? Nunca en su vida había sentido tanto amor por nadie y todavía no estaba segura de dónde venía. Lo había tenido todo tan organizado; su plan había sido frío, casi militar en su ejecución, pero no había contado con una oleada de emoción tan abrumadora como aquella. Acarició la mejilla del bebé. Era suave, como la seda. Se inclinó hacia adelante y la besó, dejando apenas que sus labios rozaran su cabeza. El bebé se agitó y pensó que estaba a punto de despertarse, pero todo lo que hizo fue emitir un resoplido y continuó durmiendo.

Una vez notificada la agencia de adopción, Inma había puesto su segundo plan en acción. No podía entender por qué no había pensado en ello primero; era la solución obvia. Tenía un bebé que no quería y Rocío estaba casada y nunca tendría hijos propios. El aborto la había sentenciado a ello. Inma nunca le dijo a Rocío que había escuchado al doctor decirlo aquel día, pero cuando estuvo tendida en la cama con su bebé en brazos, se acordó de sus palabras. Era el destino. Era la oportunidad de devolverle algo a Rocío y salvar a su bebé al mismo tiempo.

El bebé se estaba despertando. Pateó con sus piernas la sábana que la envolvía y dejó escapar un enorme grito. Era hora de alimentarla de nuevo. Luisa le había dicho que no le diera más el pecho para que se acostumbrara al preparado que había hecho para el viaje, pero no podía soportar el dolor de sus pechos hinchados. Se

abrió la blusa, levantó el sujetador y colocó la hambrienta boca contra su pezón. Qué alivio. Madre y bebé unidos en perfecta armonía. Vio como las diminutas manos agarraban su pecho mientras la boca, sujeta como una mordaza, succionaba sin parar.

—No tendrás problemas para alimentar a esta pequeña señorita —le había dicho la comadrona—. Es una comilona, eso seguro.

Qué mona era. Sintió una punzada de pena al tener que dejarla mañana. Si pudieran quedarse allí para siempre, solas las dos, de aquella manera. Pero ya era septiembre y Luisa tenía que llevar a los niños a la escuela. No había forma de que Inma se pudiera quedar allí sin Luisa; sus padres sospecharían entonces. No, era lo mejor. Al menos la niña estaría con Rocío; Rocío cuidaría de ella.

—Lo sé, pero quiero hacérsela para ella. Después de todo espero que tendremos más niños pronto. Necesitaremos más habitaciones entonces.

—Quién sabe. Veamos si nos gusta esta primero —dijo riéndose y tirando de él hacía sí.

—¿Y si no nos gusta? —bromeó él.

—Nos gustará.

—¿Qué dijo la francesa cuando le dijiste a donde ibas?

—No le sorprendió. Dijo que esperaba que le entregara mi renuncia cuando nos casamos.

—¿No le dijiste nada del bebé?

—No, pensé que era mejor no decir nada. No quiero que la gente murmure.

—¿Por qué deberían murmurar?

—Ya sabes como es la gente.

—¿Es todo lo que dijo?

—Bueno, dijo que me echaría de menos.

—¿Va a contratar a alguien?

—Supongo; no lo dijo.

—¿Crees que tenemos que ver a un abogado por lo de la adopción? —dijo él cambiando de tema.

—Oh, supongo que Inma ha organizado todo eso —respondió ella.

*

Pero Inma no había organizado nada. Les entregó la partida de nacimiento de Olivia y el libro de familia.

—Pero dice aquí que su nombre es Olivia María Romero Domínguez Álvarez —dijo Ernesto abriendo el libro de familia.

—Sí, ese es su nombre.

—Pero, si quieres que la adoptemos debería llevar nuestros apellidos.

—Sí, lo sé, pero tuve que ponerle un nombre tan pronto como nació. No tuve tiempo para pensar con claridad. No sabía qué otra cosa hacer.

Ernesto miró a Rocío. Podía ver que estaba confundido.

—Bueno, quizás podamos cambiarle los apellidos cuando tengamos los papeles de adopción —sugirió ella.

—Oh, Rocío, no creo que todo eso sea necesario, ¿no crees? Después de todo somos viejas amigas. Solo esperaba que te llevaras a Olivia y la cuidaras sin todas esas formalidades.

—Pero no será legal. La policía podría venir a por nosotros —dijo Ernesto.

—Por supuesto que no. Y si alguna vez hay algún problema, mi hermano lo solucionará. Es un ministro del Gobierno —le explicó ella.

Ernesto sacudió la cabeza.

—No me gusta esto. Una cosa es pedirnos que adoptemos a tu hija, pero llevárnosla sin pruebas de que no la hemos robado, eso es demasiado.

Le devolvió el libro de familia.

Inma soltó una risotada aguda.

—Qué ridículo. Como si alguien fuera a acusarte alguna vez de robarla. Les diría que la estabais cuidando por mí.

—Pero, tiene que llevar nuestros apellidos —susurró Rocío—. No puede ir a escuela sin nuestros apellidos.

—Mirad, si os hace sentir mejor, os conseguiré un nuevo libro de familia con vuestros apellidos en él. Escribe aquí tu nombre completo —dijo tendiéndole un trozo de papel a Ernesto.

Se volvió hacia Rocío.

—El hermano de Susana me lo conseguirá.

Rocío sintió que se volvía del color de la grana. Enterró su rostro en la mantilla del bebé y fingió hacerle cosquillas con la nariz.

—Rocío, necesito hablar contigo. —La voz de Ernesto sonaba tensa.

Rocío le devolvió el bebé a Inma.

—Solo será un minuto —dijo siguiendo a su marido hasta el porche.

Ernesto sacó un paquete de cigarrillos y escogió uno. Esperó hasta encenderlo e inhaló unas cuantas veces antes de hablar.

—¿Qué pretende tu amiga? —preguntó.

Rocío sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—Pensé que había venido a adoptar a su niña. Ahora parece como si nos pidiera que fuésemos sus niñeras.

—No, estoy segura de que no es eso. Es solo que le asustaba que alguien lo descubra.

—No, no quiere renunciar a ella, ese es el motivo. ¿Por qué si no te escribió a ti y no lo hizo a través de una agencia de adopción respetable?

—Quizás solo quiere ofrecernos la oportunidad. Después de todo

si la agencia de adopción se la llevara, nunca tendríamos oportunidad de tenerla. Dirían que no llevamos casados el tiempo suficiente y muchas tonterías más.

—Pero, ni siquiera estábamos pensando en adoptar un niño hasta que te escribió. No estoy en contra de la adopción, pero como dije, tenemos mucho tiempo para tener nuestros propios hijos.

Roció empezó a llorar.

—Pero ¿y si nunca tenemos hijos? ¿Y si no puedo tener ninguno? No podemos perder esta oportunidad.

Él la miró, la sorpresa lo había dejado sin palabras.

—No hay garantías, ¿las hay? —continuó entre sollozos.

—Pero todavía eres joven, Rocío. Tenemos mucho tiempo.

—Oh, Ernesto, no podemos volver sin ella ahora. Es tan bonita. Sé que seremos felices con ella. Lo sé.

—Pero no es nuestra.

—Lo sé, pero estoy segura de que cuando Inma tenga tiempo para pensar en ello, se dará cuenta de que solo es justo para Olivia si es adoptada legalmente.

—¿De verdad lo piensas? ¿Piensas que cambiará de opinión? —Su voz era dura— Bueno, no creo que tu amiga esté interesada en nadie más que en ella.

—Oh, Ernesto, ¿cómo puedes decir eso? Ha pasado por un mal trago, teniendo que mentirle a sus padres y a sus amigos, recorriendo toda esta distancia para tener a su hija en secreto. No ha sido fácil para ella. Está confundida.

—¿Está confundida? Yo soy el que está confundido. Rocío, eres su amiga, pero incluso tu tendrías que ver que no está bien. ¿Cómo podemos llevarnos a su hija sin papeles? Nos pueden parar en el viaje de vuelta a casa y pedirnos que nos identifiquemos. ¿Qué haremos entonces?

—Sé que es arriesgado. Si nos paran tendremos que decir que los hemos perdido o algo.

Ernesto tiró su cigarrillo sin acabar al suelo y lo pisó triturándolo contra la dura tierra.

—No seas tan ingenua. —Sonaba enojado.

—Bueno, ¿y si dejamos que nos consiga un falso libro de familia por ahora y dejamos los papeles de adopción para más tarde? —sugirió Rocío.

Podía ver como se le escapaba aquella oportunidad. Tenía que convencerlo. Más que nada en el mundo quería a aquel bebé. Pero

su marido miraba fijamente al suelo y no respondió. Al final se volvió hacia ella, con los hombros caídos y una mirada de resignación en su rostro.

—Está bien, Rocío, si de verdad piensas que lo hará. Pero no entiendo por qué te empeñas tanto en esto. ¿Por qué no podemos esperar?

—Estoy segura de que lo hará. Oh, Ernesto, es un bebé tan precioso. No puedo soportar dejarla aquí.

—Solo asegúrate de que tenemos el libro de familia de inmediato. Hazle prometértelo. Y luego quiero que se encargue de lo de la adopción.

No preguntó como Inma podía falsificar los papeles, quizás, como Rocío, pensaba que la gente del mundo de Inma podía conseguir cualquier cosa que quisiera, siempre que lo quisiera. Rocío lo rodeó con los brazos y lo abrazó.

—No te arrepentirás de esto. Sé que no lo harás.

—Espero que no, por el bien de la niña.

Volvieron a entrar en la casa. La suegra de Luisa había venido a decirles que había preparado una cama para ellos en la habitación que estaba libre.

—Es muy amable por su parte, señora —dijo Ernesto—, pero mi esposa y yo hemos reservado una habitación en Oviedo, cerca de la estación de ferrocarril. Nuestro tren parte muy temprano mañana por la mañana.

—Oh, no podéis iros tan pronto —lloriqueó Inma—. Acabáis de llegar. Al menos quedaos para comer.

—Lo siento Inma. El taxi volverá a por nosotros pronto.

—Oh, bueno, supongo que es mejor terminar con esto deprisa —dijo alejándose de su amiga, pero no antes de que Rocío pudiera ver que acudían lágrimas a sus ojos.

—No te disgustes, Inma. Cuidaremos de ella, sabes que lo haremos. Será como nuestra propia hija.

Ernesto no dijo nada. Había accedido a cumplir sus deseos, pero podía decir por la tirantez de sus labios que todavía estaba enojado.

—He metido sus cosas en una bolsa y he preparado algo de comer para ella para más tarde —les explicó la suegra—. Acaba de comer y de cambiarse, así que probablemente ahora duerma.

Rocío miró al bebé. Sus ojos estaban cerrados y había una sonrisa dibujada en sus labios.

—¿La cojo? —preguntó.

Inma abrazó a la niña una vez más y luego se la entregó a Rocío.

—¿Nos conseguirás el libro de familia tan pronto como puedas? —preguntó Rocío.

Inma asintió con la cabeza.

—La llamaré esta noche para eso.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Vamos, Rocío, creo que deberíamos irnos ya. Puedo escuchar el coche.

—De acuerdo, Ernesto.

Rocío miró a su amiga. Para entonces las lágrimas corrían por su rostro.

—Cuidaremos de ella.

—Sé que lo haréis.

Se sorbió la nariz sonoramente.

—Gracias.

—Rocío. —Ernesto puso la mano en la espalda de su mujer.

—Adiós, Inma. Escríbeme —dijo Rocío.

—Lo haré.

Ernesto cogió la bolsa y, con la mano libre todavía en la espalda de Rocío, las condujo a ella y al bebé hasta el taxi que esperaba fuera. Roció estrechó a la niña contra sí; podía sentir el calor de su pequeño cuerpo y el pequeño corazón batiendo contra el suyo. Una oleada de felicidad la embargó. Levantó la mirada hacia su marido.

—No te arrepentirás de esto, Ernesto —dijo—. Lo prometo.

—No, tienes razón; la gente quiere democracia.

—Silencio, ¿qué es eso? ¿Qué está diciendo?

Se callaron todos con los ojos fijos en la vieja radio escuchando las graves palabras de Carlos Arias Navarro.

—Franco ha muerto.

La voz del primer ministro temblaba de emoción mientras continuaba.

—El hombre de excepción, que ante Dios y ante la historia, asumió la inmensa responsabilidad y se sacrificó por España, ha entregado su vida...

—Ya está.

Alguien apagó la radio. No estaban interesados en los detalles. Era suficiente con que estuviera muerto. Rafa sintió una sensación de euforia. Quería ir a casa tan pronto como fuera posible y compartir la buena nueva con su mujer. Era el comienzo de una nueva vida. Pero nadie se movió.

—¿Cómo sabemos que no es una estratagema? —preguntó Miguel.

Todos lo miraron.

—¿Y si es una manera de eliminar a los disidentes?

—No me fiaría nada de ese bastardo.

—No, estoy seguro de que es verdad —dijo Juan Manuel, pero incluso él parecía tener dudas.

—¿Por qué si no lo anunciaría en la radio?

—Lleva muriéndose meses, eso dicen.

—Bueno, ahora está muerto y ya era hora.

—Bueno, será mejor que sigamos como antes, por si acaso, ya sabéis, manteniendo un perfil bajo, sin soltar la lengua. Después de todo la Guardia Civil todavía ronda por ahí.

—Está muerto al fin.

—No significa que las cosas se vayan a poner mejor —se quejó Félix.

—Sí que significa eso.

—Vamos —dijo Juan Manuel—, esto requiere una celebración.

—Tienes razón. José, una ronda de cervezas. Bebamos por un futuro nuevo.

—Está bien, una más, luego nos tenemos que ir. Quiero contarle a Ana la noticia —dijo Rafa engullendo los últimos restos de su cerveza.

*

Ana se arrodilló en la última fila, con la cabeza inclinada y cubierta con la mantilla. La iglesia estaba abarrotada; apenas pudieron encontrar asiento. Todo el pueblo había acudido a aquella misa especial en honor de su líder muerto. La oración terminó y se oyó el murmullo de los pies al levantarse los congregados, que estaban de rodillas, y acomodarse para escuchar al cura. Miró a su alrededor. Mari y su marido estaban sentados a su izquierda, con sus seis hijos colocados a su lado, detrás de ellos estaban de pie Tomás y su esposa, Juan y su novia y Antonio. Ana le había sugerido a Rafa que viniera con ella, pero él había sacudido la cabeza y había ido a ver las cabras. No podía entender por qué quería que fuera de todas formas.

—Bueno, es un lugar al que ir —le había respondido—. Después de todo, nuestros amigos estarán allí.

Él había dicho algo entre bufidos y se había dado la vuelta.

Ese era el motivo real por lo que la mayoría de ellos estaba allí. Era un día de asueto, una ruptura con la habitual rutina. Era verdad que algunos habían acudido por miedo, un miedo que solo se aplacaba por la completa obediencia al estado y, algunos, estaban allí por una verdadera devoción al difunto. Había gente derramando verdaderas lágrimas de pena por un hombre que nunca habían conocido, pero habían llegado a amar y reverenciar, un hombre que sentían les había proporcionado un mundo mejor en el que vivir. Aquel era el adiós final a un hombre que había estado en el poder por al menos cuarenta años. Para algunos había sido más que un líder; había sido una figura paterna. Otros, con los ojos secos, como ella, se preguntaban por qué había durado tanto. Solo tenía diecisiete años cuando estalló la Guerra Civil; toda su vida adulta había vivida a la sombra de aquel hombre.

Cuando Rafa había corrido a casa aquel día para contarle la buena nueva, con el olor de cigarrillos y cerveza todavía pegado a sus ropas, se había sentido aturdida. El caudillo llevaba enfermo dos años, un hombre viejo luchando por su vida. El año anterior, había hecho a su protegido, el Príncipe Juan Carlos, Jefe del Estado. Cualquier día esperaban la noticia, pero cada vez se recuperaba, perduraba, temblando a causa de la enfermedad que sacudía su cuerpo. Entonces se produjo el anuncio de que había muerto de un ataque al corazón a primeras horas de la mañana. Aún así, mucha gente dudaba de que hubiera fallecido. Ahora, no podía haber duda. Había habido un gran funeral de estado, al que acudió gente de

todo el mundo y lo habían enterrado en la basílica que se había erigido para él, Santa Cruz del Valle de los Caídos. Hoy, por todo el país, la gente celebraba una misa en su honor.

—Agnus Dei, qui tollis peccata mundo, dona eis réquiem —entonó el cura y la congregación respondió.

El Gobierno había declarado un periodo de duelo de treinta días. Incluso la radio había cancelado sus programas habituales y ahora no se escuchaba en ella más que música solemne de réquiem.

El cura dio la señal para que todos se arrodillarán para rezar una vez más.

—Lux eterna luceat eis, Domine...

Pronto se levantarían y formarían una fila para ir hasta el altar, arrodillarse y recibir la Sagrada Comunión. Por eso Rafa no venía con ella.

Se había ido el día después de oír la noticia y había comprado un periódico. El titular era simple: FRANCO HA MUERTO. No lo había visto tan animado desde hacía tiempo.

—Ahora veremos algunos cambios —decía una y otra vez.

Quizás tuviera razón. Solo habían transcurrido un par de días y Juan Carlos había sido coronado rey. Rey de todos los españoles, se llamaba. ¿Qué significaba eso? ¿Intentaba continuar con la estrategia de Franco o las cosas iban a cambiar de verdad? Rafa ciertamente pensaba eso. Ella no estaba tan segura.

La fila para la comunión era larga, pero finalmente llegó al altar y recibió el sacramento. Se abrió paso entre la multitud hasta su asiento y se sentó. Se preguntaba si Rocío tomaría la comunión en Benare. Había dicho que iba a ir con Ernesto, Olivia y su suegra. Ahora pasaba mucho tiempo con mamá Lucía, como la llamaba, lo que estaba bien para su suegra, que solo tenía a su marido en casa últimamente. Mamá Lucía le había dicho una vez que rezaba cada domingo para que Dios bendijera a su hijo con hijos, pero hasta el momento no había señal de que Rocío estuviera embarazada. Un día, a principios de año, Ana había intentado preguntarle a Rocío si algo iba mal, pero su hija solo había hecho a un lado sus preocupaciones y se había negado en rotundo a ver a un médico.

—Tenemos a Olivia —había dicho con tal firmeza que no admitía réplica.

Una vez hubo terminado, el cura cambió del latín habitual al español.

—... era un hombre enviado por Dios para salvar a España del

caos y la pobreza. Un verdadero católico, que dedicó su vida a su país, trabajando incesantemente para mejorarnos la vida. Ahora, este hijo de Dios se ha ido a conocer a su Hacedor, para vivir en paz y felicidad por siempre...

Una mujer en la fila delante de Ana empezó a llorar en alto, sus hombros se sacudían por lo profundo de su aflicción.

*

Rocío esperaba debajo de las ramas de una higuera gigante. A pesar de que solo quedaba un mes hasta Navidad, el sol calentaba y la sombra era bienvenida. La puerta de la casa se abrió y media docena de niñas pequeñas se desperdigaron por la acera, charlando y riéndose entre ellas. Sus ojos se posaron en su hija. Qué preciosa era y tan segura de sí misma; estaba explicándole algo muy seria a una compañera, una amiga de la escuela. Se le había soltado el pelo de los lazos que Rocío había intentado en vano colocarle aquella mañana; caía en cascada sobre su espalda en largos tirabuzones y caprichosos mechones colgaban sobre su rostro negándose a ser domados a pesar de las muchas veces que la pequeña lo intentara. Llevaba un pichi amarillo y leotardos negros; aquella mañana Ernesto la había besado y la había llamado su pequeño girasol.

—Olivia, aquí —la llamó y su corazón se sacudió cuando la niña se giró y le sonrió al reconocerla.

—Mamá, mira lo que tengo —gritó alejándose de su amiga y corriendo hacia Rocío—. El padre Sebastián dice que me sé muy bien el catecismo, así que me dio esto.

Levantó su manecita hasta el rostro de Rocío. En ella había un texto religioso con una imagen de Jesús en él.

—Es el niño Jesús —explicó—. Solo que no es un bebé, es cuando creció.

—Eso es estupendo, Olivia, has debido de trabajar muy duro. Qué buena chica. Tu papi estará encantado.

La niña sonrió complacida.

—Ahora tenemos que darnos prisa porque tenemos que reunirnos con papi y tu abuela. Todos vamos a una misa especial esta tarde.

—Ya lo sé todo —dijo con orgullo—. El padre Sebastián nos ha hablado de ese hombre que ha muerto, que era un buen hombre y que tenemos que ir todas a misa para rezar por su alma para que se vaya al cielo con los ángeles y no al infierno con los demonios.

Arrugó la nariz al decir demonios.

—Sí, cariño, algo así.

—¿Vienes con nosotros, mamá?

—Sí, cariño, por supuesto.

Olivia cogió su mano y empezó a saltar a su lado. Al menos ella tenía ganas de ir. Rocío personalmente lo temía. No había ido a misa desde su boda y no se había confesado desde su viaje a Londres. Así es como siempre pensaba en ello, su viaje a Londres. Lo neutralizaba, metía todo el incidente en una caja con la etiqueta de «viaje a Londres».

Ernesto no estaba contento porque ella nunca iba a la iglesia con él. Su madre era muy religiosa e insistía en que su familia fuera con ella cada domingo. Rocío se negaba, pero dejaba que Olivia fuera. ¿Cómo podría recibir el Sagrado Sacramento con el peso de sus pecados inconfesos pendiendo sobre ella? Aún se colaba en la iglesia para rezar de cuando en cuando, pero evitaba al cura. Solo iba para contentar a Ernesto, que a su vez quería contentar a su madre. Suspiró. Bueno, podía ser peor. Al menos aquella tarde habría tanta gente congregada que nadie se daría cuenta si se levantaba para recibir el sacramento o no.

—¿Estará mamita allí? —preguntó Olivia.

Siempre llamaba mamita a la madre de Rocío.

—No, cariño, ella fue a misa esta mañana, pero la verás mañana. Todos vamos a ir a comer a casa de mamita.

La chica dios unas palmadas de alegría.

—¿Y papi?

—Por supuesto.

—Oh, bien. ¿Podré jugar con mis primos?

—Estoy segura de que podrás; todos estarán allí.

A Olivia le gustaba cuando iban al pueblo de Rocío. Ana la malcriaba terriblemente e incluso Rafa se quedaba lo suficiente para jugar con la niña un rato. A Rocío le sorprendía lo fácilmente que habían aceptado a Olivia. Incluso habían parado de preguntarle cuándo estarían listos los papeles de la adopción; era como si hubieran olvidado que era hija de Inma. Una vez Rocío había oído a su padre decirle a su madre que pensaba que Olivia tenía los ojos de su madre. No era sorprendente que todo el mundo la quisiera; Rocío nunca había conocido a una niña más feliz y cariñosa. Parecía estar enamorada del mundo entero. Todo le gustaba, desde las flores silvestres que cogían juntas en los campos a los pájaros que anidaban en su jardín. Desde el momento que abría sus ojos cada

mañana estaba riendo y hablando con todos. Algunas veces, cuando Rocío la miraba desde la ventana de la cocina mientras jugaba en el jardín, deseaba que Olivia tuviera hermanos y hermanas para jugar con ellos; se sentía triste de ver a la niña sola con sus muñecas y los animales del patio como única compañía. Esa era una de las razones por las que tenía tantos: un gato y sus seis gatitos, dos perros y por supuesto las gallinas. Olivia les había puesto nombre a todos. Eran sus niños y parecía bastante contenta con su variada familia.

No le habían dicho a Olivia que era adoptada. Ernesto decía que era demasiado pequeña para entenderlo. Esperarían hasta que fuera mayor, decía, cuando todo estuviera arreglado de manera legal. Suspiró. Ese era el problema; todavía no habían recibido los papeles de adopción. No se atrevieron a contactar con el abogado de la familia Domínguez directamente y apenas habían sabido de Inma últimamente. Rocío intentaba relegar el tema al olvido, pero siempre era algo que ensombrecía su felicidad. Hasta que Inma no les mandara los papeles de la adopción, Olivia no sería legalmente suya. Ernesto había querido conseguir un abogado propio para solucionar el problema, pero ella le había convencido de que esperara. Dijo que Inma probablemente estaba aguardando el momento oportuno. Bien, ahora el momento tenía que ser el oportuno. Franco estaba muerto y todo el mundo decía que habría grandes cambios. La última vez que había hablado con Inma sobre ello, su amiga había dicho que había que esperar un poco más; le explicó que su padre estaba muy enfermo y que no quería correr el riesgo de que se enterara de lo de Olivia. Era mejor dejar las cosas como estaban por ahora, decía. Pero eso había sido hacía dos años y todavía no había cambiado nada. Don Adolfo había muerto de un ataque al corazón mientras estaba en casa con su esposa y su familia. Rocío había leído sobre ello en el periódico. Le había escrito inmediatamente para ofrecerle sus condolencias a la familia y esperaba que Inma se pusiera en contacto, pero todavía no sabía nada de ella. La casa de la playa había permanecido cerrada todo aquel verano e incluso aquel año solo Fabi y su familia habían ido un par de días. No había habido rastro de Doña Carmen ni de Inma. No podía entender por qué Inma le daba largas. Algunas veces cuando sostenía a Olivia en brazos sentía que era un pecado sentirse tan feliz, y una nube negra se cernía sobre ella y abrazaba a la niña tan fuerte que esta gritaba para liberarse.

Su suegra le había tomado cariño a Olivia inmediatamente y

solo condenaba a Inma por que pudiera haberse alejado de su propia hija. Al principio le había mencionado a su hijo que le resultaba un poco extraño que hubieran adoptado un bebé cuando aún podían tener los suyos propios, pero lo había dejado así. Su padre no había comentado nada. Se sentía triste por su suegra; sería tan feliz si Rocío y Ernesto pudieran tener hijos propios.

*

Su madre estaba en la cocina cuando llegaron. Había puesto una gran mesa de caballete en el patio y la había cubierto con un mantel de cuadros.

—Oh, mi niña, mi niña —gritó tan pronto vio a Olivia.

Levantó a la pequeña y la cubrió de besos.

—Mamita, ¿dónde están María y Kati? ¿Puedo ir a buscarlas?

—Sí, cariño, corre a buscarlas.

—No te ensucies ahora, Olivia —le gritó Rocío mientras la niña corría en busca de sus primas.

—Y, ¿cómo estás?

Ana besó a su hija y luego volvió a cortar las patatas para la tortilla.

—Bien. Estoy aprendiendo a conducir. Ernesto ha comprado un nuevo coche.

—¿De verdad? Siempre dije que eras una chica lista.

—¿Cuánta gente viene a comer? —preguntó Rocío mirando la mesa.

—Todos, toda la familia.

—¿Quieres que te ayude?

—Puedes preparar la ensalada.

—Tome, he traído vino y unas botellas de cerveza —dijo Ernesto.

Estaba de pie en la puerta con dos frascos de vino de Málaga en sus brazos.

—Bien, ponlas en la mesa.

—Algo huele bien.

—Es uno de los cerditos.

—Dios, no le digas eso a Olivia; se negaría a comer. Es casi una vegetariana. Debo tener mucho cuidado para no decirle de dónde viene la carne. No hemos comido pollo en años desde que se dio cuenta de que el pollo de nuestros platos era su extraviada Beti.

—Señor, sí, qué alboroto armó —añadió Ernesto—. Me hizo sentir como un asesino.

—Bueno, es todo culpa vuestra. Nunca deberíais habérselo dicho.

—¿Cómo iba a saber que se lo tomaría así? —se quejó Ernesto—. Después de todo era solo un pollo.

—No para Olivia —respondió Rocío.

Cogió la lechuga y la lavó en el cubo.

—¿Dónde está papi? —preguntó.

—Justó aquí ¿Dónde está mi chica favorita?

Sonrió; sabía que se refería a Olivia.

—Ha ido a ver a sus primas —respondió Ana.

Ernesto abrió el vino y lo sirvió en unos vasos pequeños. Le tendió uno a su suegro.

—¿Monclinejo?

—No, de Competa.

—Es bueno.

Se lo bebió de un trago.

—Muy bueno.

Ernesto le sirvió más en su vaso.

—Por el futuro —dijo Rafa sosteniendo el vaso en alto para brindar.

—Por el futuo.

—¿Y qué piensa del nuevo rey? —preguntó Ernesto.

—Demasiado pronto para decir algo.

—Dicen que va a liberar a todos los prisioneros —dijo Rocío.

—¿Quiere eso decir que Luis volverá a casa? —preguntó Ana.

—¿No sería fabuloso? —dijo Rafa.

—Si todavía está vivo. Hace ya diecisiete años. Se suponía que solo iban a ser cuatro.

—¿Quién es Luis? —preguntó Ernesto.

—Es un vecino nuestro. Soltó la lengua en el bar una noche y al día siguiente la Guardia Civil vino y se lo llevó —explicó Rafa.

—¿Es eso todo lo que hizo?

—Sí. Dijeron que incitaba a la rebelión o alguna bobada así.

—Durante años no hemos sabido si estaba vivo o muerto —añadió Ana—. Su pobre esposa estaba deshecha. Tenía seis hijos para sacar adelante ella sola.

—Luego oímos que estaba vivo, pero en prisión. Pero eso fue hace diez años.

—Pobre hombre.

Rafa dejó su vaso y se alejó. Ernesto miró a su suegra.

—No te preocupes, Ernesto; se pone así cada vez que alguien habla de Luis. Pero sería maravilloso si volviese a casa. Su pobre familia no ha sabido nada de él en años; no saben si todavía vive o está muerto.

—¿Voy con él mamá?

—Claro que no, niña; volverá tan pronto como la comida esté lista. Ah, aquí está tu tío.

El hermano de Rafa, Pepe, llegó portando media docena de barras de pan; su mujer y sus hijos entraron detrás de él.

—He traído algo de pan, Ana. Hola, Rocío; te ves bien. La vida de casada te sienta bien, puedo jurarlo.

Miró la barriga de Rocío.

—¿Aún no estás embarazada, entonces?

Le guiñó el ojo a Ernesto.

—Tenemos suficiente con Olivia —le espetó Rocío.

—Oh, lo siento, no quería ofender.

—He asado unos pimientos para ti, Ana —dijo Berta poniendo un gran plato de pimientos verdes asados en la mesa.

—Qué amable, no deberías haberte molestado.

—No es molestia. Solo los metí en el horno con la última hornada de pan.

Las dos mujeres se besaron. Se habían hecho muy íntimas desde la muerte de su suegra.

—¿Tendremos suficientes sillas? —preguntó Rocío.

—Para de incordiar, niña, por supuesto que tendremos. Pero si estás preocupada, ve a casa de María Luisa y pídele que nos preste unas cuantas.

Mientras Rocío iba a casa de la vecina, la casa de su madre empezaba a llenarse gradualmente. Para cuando volvió, todo el mundo estaba allí, sus hermanos, su hermana y su familia, todos los primos y, entre todos ellos, como una pequeña princesa, Olivia.

—Bien, hora de que todos nos sentemos —dijo Rafa que parecía completamente recuperado de su enojo—. Ernesto, sirve ese excelente vino tuyo. Celebremos.

un buen finiquito.

—Pero no quiero un finiquito; quiero continuar con mi carrera.

La sonrisa desapareció del rostro del hombre.

—Lo siento, pero eso no admite discusión. Esta es una firma muy vieja y respetada y debemos tener en cuenta nuestra reputación. —Cerró su agenda y se levantó— Ahora, si me disculpas, tengo que ver a alguien. Por supuesto que puedes quedarte hasta finales de mes. —Apagó su puro en el cenicero— Informaré a tus compañeros de trabajo de mi decisión.

Podía sentir las lágrimas asomar a sus ojos y parpadeó para enjuagárselas. Luego, sin mirarle, se levantó y abandonó la habitación.

Era todo tan injusto. Llevaba allí casi seis años y consideraba que, en ese tiempo, había trabajado duro. No se había quejado cuando le habían dado los trabajos que nadie más quería hacer, ni cuando los socios le pedían que se quedara hasta tarde y mecanografiara unas cartas para ellos en lugar de dárselas a la secretaria. De buen grado salía y traía el café desde la puerta contigua para sus compañeros masculinos, aunque tuviera mucho trabajo por hacer. Había intentado encajar en la firma de la manera más sencilla y discreta posible creyendo que finalmente se reconocería su talento y que los socios le confiarían un trabajo más importante. Ahora, no solo no iba a ser promocionada, sino que se quedaba sin trabajo. ¿Y qué significaba hacerle un favor a su padre? Papi nunca había dicho que conociera a nadie en Alonso y García, no podía creer que aquello estuviera sucediendo. Bueno, si ellos no la querían, ella tampoco los quería a ellos. Volvió a su escritorio y empezó a sacar de los cajones sus posesiones personales; no había manera de que fuera quedarse hasta final de mes. Le podían enviar por correo lo que se le debiera.

*

José no había entendido por qué estaba tan indignada.

—Todavía no sé por qué te fuiste. Probablemente no te pagarán ahora. ¿Y las referencias?

—¿De qué sirven las referencias si nadie me va a contratar porque estoy casada?

—No seas tonta. Dijiste que Alonso y García están anclados en el pasado. Las actitudes están cambiando. Estoy seguro de que conseguirás otro trabajo si lo quieres.

—¿Qué quieres decir con si lo quieres?

—Bueno, quizás te gustaría quedarte en casa y tener familia.

Le sonrió tímidamente.

—Tú quieres una familia, ¿verdad?

—Claro que la quiero, pero no estoy preparada aún.

—Bueno, entonces cariño, será mejor que busques otro trabajo.

Lo buscó durante mucho tiempo y con ahínco, pero una vez sabían que estaba casada, nadie se mostraba interesado en ella.

—Nosotros sí que empleamos a mujeres casadas —dijo el socio menor de una firma—. Pero no mujeres casadas jóvenes. Sabes, no tiene sentido invertir tiempo en formar a alguien si se va a quedar embarazada y marcharse. Mi consejo es que te cases, tengas familia y después regreses a trabajar, cuando los niños hayan crecido.

—¿En veinte años? —dijo y se marchó.

Su familia le dijo que no perdiera el tiempo y se concentrara en los preparativos de la boda. Su madre insistió en que tuviera una gran boda en la Iglesia de San Andrés, la misma iglesia en la que ella se había casado; había invitado a todos los familiares de ambas partes de la familia.

—Es lo que tu padre hubiera querido —dijo.

Así que Inma había aparcado sus planes de ser una esposa trabajadora y puesto todas sus energías en amueblar su nueva casa y elegir un vestido de boda. Pero muy para sus adentros todavía le dolía que hubiera sido deshechada tan fácilmente por sus jefes.

*

Era un día hermoso y tranquilo; el viento soplaba levemente y el calor empezaba a sentirse. Carmen había estado toda la mañana en la floristería discutiendo qué flores pondría en la iglesia y ahora sus pies le dolían y todo lo que quería hacer era sentarse y beber algo fresco. Subió las escaleras de la puerta delantera y se introdujo en el vestíbulo. Automáticamente sus ojos se posaron en el perchero para ver si el abrigo de Adolfo estaba allí. Un hábito que no parecía abandonar después de tantos años de vida casada. Cada vez que lo hacía, sentía una punzada de dolor pues el gancho vacío le recordaba que su marido ya no estaba con ella. La soledad la colmó de nuevo de dolor. Bueno, al menos tenía a sus niños.

—Señora, está en casa —dijo Dolores entrando en el vestíbulo y cogiéndole las bolsas de la compra a su jefa—. La señorita Inmaculada está en el salón.

—Gracias, Dolores. ¿Puedes traerme un té helado, por favor?

—Sí, Señora.

—Oh, y Dolores, Pablo viene a casa este fin de semana; le han dado permiso en la academia hasta después de la boda. Haz su cama, ¿quieres?

Pablo, qué tesoro de chico se había vuelto. Le iba tan bien en la academia militar. Adolfo hubiera estado orgulloso de él. Pensó en cuando lo trajo por primera vez a casa, enfermo, malnutrido y sucio; Adolfo había estado furioso con ella. Quería ingresarlo en un orfanato, pero ella lo había persuadido de que Dios quería que aquel niño fuera de ellos y al final él había cedido.

—Claro, señora.

Inmaculada estaba sentada en el sofá rodeada por pedazos de tela.

—Mamá, gracias a Dios que estás aquí. Me estoy volviendo loca intentando escoger los colores del salón. ¿Qué te parece este? —Se colocó un trozo de tela rosa en el brazo— Para las cortinas.

—Sí, es muy bonito, cariño.

—Y pensé que este estaría bien para los sofás.

Carmen asintió con la cabeza. Se sentía tan cansada. Se quitó los zapatos y puso los pies sobre el puf.

—Su té, Señora —dijo Dolores colocando la bandeja en la mesa que había a su lado.

—Oh, justo lo que necesitaba —dijo Inma—. Este asunto de la boda es un trabajo tan duro.

Sirvió dos tazas de té y se sentó al lado de su madre.

—¿Has tenido un buen día, mamá?

—Eso creo. Creo que al fin me las arreglé para persuadir a esa zoqueta de chica de que no queríamos flores blancas, especialmente azahar no.

—¿Y qué pediste entonces?

—Lo que tú dijiste, rosas rosas.

Inma sonrió y bebió su té.

—Bien.

—No sé por qué todo tiene que ser tan problemático. No recuerdo todos estos problemas cuando Fabiola y Luisa se casaron.

—Las cosas eran más sencillas entonces, mamá. Probablemente no tenías tantas opciones.

—Es verdad, pero aún así invitamos a toda mi familia, incluso el marqués y su esposa asistieron a la boda de Fabiola —suspiró.

Alargó la mano sobre la mesa y cogió una hoja de papel.

—Me alegro de que estés aquí. Tengo que comprobar la lista de

invitados. Odiaría haberme olvidado de alguien. Ahora no tenemos que repasar los miembros de la familia; probablemente los conozca mejor que tú de todas formas. Son tus amigos los que me preocupan. He puesto a Susana y a Lucila. ¿A quién más?

Inma miró a su madre pensativa.

—¿Crees que debería invitar a Rocío y a su marido?

—¿Rocío? ¿La hija pequeña de Ana?

—Sí. Me invitó a su boda.

—Bueno, claro, cariño, si tú quieres. Supongo que no vendrá. No pienso que sea realmente algo que le guste. Aún así sería un bonito gesto.

Cogió su boli.

—¿Cuál es su nombre?

—Rocío González García.

—¿Y su marido?

—Ernesto.

—¿Eso es todo?

—Moreno, creo.

—Ernesto Moreno, eso tendrá que bastar.

—También tienen una hija. Por favor, añádela a la invitación. Su nombre es Olivia.

Su madre continuó escribiendo los nombres con su cuidada y calmada letra.

—¿Quién más?

Inmaculada extendió la mano.

—Déjamelo a mí, mamá, y la haré con José. Aparte de sus compañeros ciclistas, la mayoría de nuestros amigos son de los días de la universidad.

—Y asegúrate de que su madre me pasa los nombres de su familia.

—¿No crees que van a ser muchos invitados?

—Claro que no. Aunque todo el mundo asista, solo son trescientos.

—¿Y Adolfo? ¿Alguien le ha escrito?

—Fabiola le escribió tan pronto como nos diste la noticia. Dice que no puede venir. Aunque Franco ha muerto, no puede arriesgarse. Quizás el año que bien, cuando vea cómo van las cosas.

Los ojos de Carmen se llenaron de lágrimas al pensar en su primer hijo que no pudo regresar para el funeral de su padre y ahora no podía asistir a la boda de Inmaculada. Su hija le puso una

mano en el brazo.

—No importa, mamá; estoy segura de que no pasará mucho tiempo antes de que lo veas.

Carmen se secó los ojos y cogió el boli de nuevo.

—¿Y las damas de honor?

—¿De verdad necesitamos tantas? —Inma suspiró.

—Bueno no te puedes dejar a nadie, ¿verdad?

—Desearía que Fabi no hubiera tenido gemelas, eso son dos damas de honor antes de empezar, luego las dos de Luisa, más los chicos —hizo una pausa—. ¿Quizás podamos reducir los pajes? En realidad, no necesitamos pajes, ¿verdad?

—Cariño, relájate. Claro que necesitas pajes. Recuerda que va a ser una boda de sociedad. Y no pongas esa cara, mucha gente famosa estará allí.

—Mamá, ¿por qué no podemos hacer algo más simple? Eso es todo lo que José y yo realmente queremos.

—No, lo he hablado con los padres de José y están de acuerdo conmigo. Queremos que nuestros hijos tengan lo mejor que podamos darles.

Vio que su hija suspiraba, pero no decía nada.

—Bien, todo lo que tienes que hacer es escoger la tela para los vestidos de las damas de honor y los encargaré.

—¿No tienes que ir a las Hermanas de la Cruz esta tarde?

—No, les he dicho que estaré muy ocupada hasta que pase la boda.

Puso otra marca en su lista. El té la había revivido. Bajó los pies al suelo y se puso los zapatos. Una ola de renovada energía la dispuso a entregarse a sus tareas. Miró su reloj, sí, había tiempo todavía para telefonear al servicio del banquete.

*

Rocío reconoció el sobre al instante, Inma siempre usaba papel azul. Metió su pulgar bajo el sellado y lo abrió.

—¿Qué es eso mamá?

Los ojos de Rocío recorrieron la tarjeta blanca y dorada.

—Es una invitación, cariño, de una amiga de mamá. Se casa y quiere que vayamos a la boda.

Olivia abrió los ojos de par en par.

—Oooh, ¿puedo ir?

—Bueno, creo que sí. Te ha invitado.

La chica dio una palmada con la mano y empezó a saltar.

—¿Cuándo mamá, cuándo? ¿Me pondré un vestido blanco, mamá? ¿Mamá?

—Cálmate, Olivia. No estoy segura de si iremos. Depende de papi.

Ya se arrepentía de habérselo contado a su hija; Olivia no pararía hasta que tuviera una respuesta.

*

Cuando Ernesto llegó a casa apenas tuvo tiempo de entrar por la puerta antes de que su hija viniera a su encuentro. Se agachó, la balanceó en el aire y la depositó en el sofá.

—Papi, papi, nos han invitado a Madrid, a una boda. Di que podemos ir, por favor. Di que podemos ir —jadeó intentando recuperar el aliento.

—Aguarda un minuto, señorita. ¿Dónde está el beso para tu padre?

La chica le plantó un rápido beso en la mejilla y continuó con su súplica.

—Es una amiga de mamá; se va a casar. Oh, por favor, di que podemos ir, papi. Mamá dice que podemos ir si tu lo dices. Por favor, di que podemos ir.

El marido de Rocío la miró.

—Inma y José se casan —le explicó.

Su marido frunció el ceño.

—Papi —insistió la niña.

—Ya está bien, Olivia. Ve a tu habitación y déjame hablar con tu madre en paz.

La niña lo miró atónita. Abrió la boca para hablar y luego se lo pensó mejor.

—Sí, sé buena chica y ve a tu habitación y juega un rato. Papi y yo tenemos que hablar de ello primero. Charla de mayores —le explicó Rocío.

—De acuerdo, mamá; te dibujaré un vestido de novia blanco —dijo y salió saltando, feliz con la explicación de su madre.

—No tenías que gritarle.

—Lo siento, pero ¿qué significa esto?

—¿Significar? Significa que se casa, eso es todo. Es mi amiga. No es sorprendente que nos invite a su boda.

—No la has visto hace años y no ha respondido a nuestras cartas. Ahora quiere que vayamos a su encopetada boda en Madrid. ¿Qué pretende?

—No pretende nada.

—Es un poco raro, tienes que admitirlo.

—Oh, no seas tan desconfiado. Nos ha invitado a quedarnos con ellos; dice que hay mucho espacio para los tres.

Le tendió la invitación.

—¿Quieres ir? —le preguntó.

—Bueno, Olivia quiere ir y supongo que me gustaría ver a Inma de nuevo. Tienes razón, hace años que no la he visto.

Ernesto se sentó y se quitó las botas.

—Bueno, supongo que no puede ser malo. Quizás, si vamos, nos dará una respuesta acerca de los papeles de la adopción. Tiene que decirnos que está pasando si estamos allí en persona.

Rocío sonrió.

—Entonces, ¿le envío una respuesta diciendo que vamos?

—Sí, pero no vamos a quedarnos en su casa. Busca una habitación en un hotel pequeño.

—¿Podemos permitírnoslo? —preguntó Rocío.

—Sí, eso creo. De todas formas, será agradable llevar a Olivia a la capital y mostrársela. Iremos en el tren y nos quedaremos un par de días. —Le sonrió a su esposa— Serán como unas vacaciones.

*

Olivia se lo pasó muy bien en Madrid. De hecho, todos los hicieron. El hotel era pequeño, pero estaba bien situado para visitar los lugares importantes y pasearon por la ciudad, guía en mano, como otros turista cualesquiera.

Rocío no podía evitar recordar la última vez que habían estado en la ciudad, apenas una chica, asustada y triste. Ahora deambulaba por las calles, cogida del brazo de Ernesto y con su hija de la mano, una mujer casada, a salvo del escarnio y con la cabeza bien alta. Apretó el brazo de su marido con afecto y fue recompensada con una sonrisa. Ni por un minuto se arrepentía de haberse casado con aquel hombre. Su madre había tenido razón; el amor no siempre te hería como un rayo, algunas veces, se te metía dentro y crecía pausadamente. Y la joya de su felicidad era Olivia.

En la boda, su hija había revoloteado y posado con su vestido nuevo como si fuera la principal protagonista, riendo y hablando con las damas de honor y los pajes como si fueran viejos amigos. No se daba cuenta de que eran sus primos y la novia su madre. Rocío tenía que admitir que se había sentido particularmente incómoda cuando Doña Carmen los había saludado y había comentado lo

preciosa que era su hija, pero Ernesto sonrió orgulloso y estrechó la mano de la vieja mujer.

—Es nuestra hija ahora —le susurró al oído a Rocío.

Inma estaba radiante con su vestido blanco y su marido era tan guapo; no era de extrañar que Olivia fuera una niña tan bonita con padres como aquellos. Rápidamente desechó ese pensamiento cuando Olivia vino a su encuentro llamándola.

—Mamá, mamá, ven a conocer a mis nuevos amigos. —Era su mamá y eso era suficiente.

Hubo poca oportunidad de hablar con Inma, pero se dio cuenta de que los miraba en más de una ocasión, con los ojos siempre fijos en Olivia.

Carmen asintió con la cabeza.

—Bonita niña.

—Sí, ¿no le pareció que se parecía mucho a Inmaculada cuando era pequeña?

—Es curioso que diga eso, Señora, me lo pareció. Tenía la misma forma de apretar la boca al hablar, como si estuviera pensando mucho en algo.

—Sí, y esos bonitos rizos.

Carmen cogió la taza de la mano extendida de su criada.

—¿Algo más, Señora?

—No, gracias, Dolores.

Miró su reloj. Eran casi las cinco. Había prometido ayudar en el orfanato, pero ahora un aplastante sentimiento de cansancio le impedía moverse. Había hablado con el Padre Ignacio de su letargo. Había sido muy amable.

—Es natural, niña —le había dicho—. Te tienes que dar tiempo para estar de duelo. Pasa más tiempo rezando; dedícate a tu Biblia y con el tiempo te sentirás mejor. Ruégale a Dios que te conceda fuerzas y te ayudará.

Había hecho lo que le había dicho, pero el cansancio todavía perduraba. Algunas veces, cuando subía las escaleras, tenía que pararse y esperar hasta que su corazón latía con menos fuerza y podía respirar con más facilidad. Dolores quería que fuera al Doctor Fernández, pero ella prefería quedarse en casa, poner los pies en alto en el puf bordado y leer su Biblia. ¿Qué diría de todos modos? Que se estaba haciendo vieja, que tenía que tomárselo con calma. Eso ya lo sabía. No había necesidad de llamar al doctor para que le dijera lo obvio. No, Dios la ayudaría, se decía.

Miró su reloj de nuevo. Otra media hora y luego se iría. Disfrutaba del tiempo con los niños, pobres pequeñas almas sin padres que los cuidaran. La mayoría eran niños abandonados por sus familias, o dejados en las puertas por madres solteras demasiado desesperadas para hacer otra cosa. Algunos tenían padres que estaban en prisión y no tenían a nadie que los cuidara, otros se los habían quitado a padres demasiado sumidos en la depravación para poder ocuparse de ellos. Al principio había ayudado a las monjas a lavar y vestir a los pequeños, algunas veces había ayudado a servir la comida, pero ahora iba por las noches y les contaba historias. Les hablaba de José y su túnica de colores, o de Daniel y el león; les hablaba de David y Goliath, del rey Salomón, de Jonás y la ballena,

pero la mayor parte del tiempo les hablaba de Jesús. Les contaba cómo había expulsado a los mercaderes del templo, cómo había dado de comer a cinco mil personas con solo cinco barras de pan y dos peces, cómo había hecho andar al cojo, cómo había andado sobre las aguas. Les hablaba del hijo pródigo, el buen samaritano, de la oveja perdida, de la semilla de mostaza. Algunas veces, cuando terminaba la historia, si había alguno preparándose para la confirmación, repasaba el catecismo con ellos también.

—Debería ser monja, Doña Carmen —le había dicho un niño pequeño—. Se sabe la Biblia mejor que nadie.

Había intentado no sucumbir al orgullo que aquellas simples palabras le habían provocado. En lugar de eso dijo:

—Gracias, Félix, pero soy una humilde sierva del Señor. Tú también puedes aprender la Biblia si la lees cada noche.

Al día siguiente, le había traído una vieja copia de la Biblia que guardaba en la habitación de invitados.

—Doña Carmen, ¿va a salir esta noche? —le preguntó Dolores yendo a recoger la bandeja del té.

—Por supuesto.

—Todavía hace mucho calor afuera. ¿Le llamo un taxi?

—No se preocupe. Puedo caminar. Tengo mucho tiempo.

No le agradaba la idea de caminar con el calor, pero todavía menos le gustaba pensar en aparecer en el orfanato en un taxi. Las Hermanas de la Cruz creían en la humildad por encima de todo.

*

José no estaba contento. Lo podía ver por la forma en que caminaba de un lado a otro de la habitación.

—Vas a hacer un agujero en esa alfombra —dijo intentando suavizar el ambiente.

—Pero no le veo el sentido. Vas a tener un bebé de todas formas. ¿Por qué quieres recuperar a la niña después de todo este tiempo?

—Es nuestra hija.

—Lo sé, pero decidiste entregarla.

—No fue solo mi decisión; tú estuviste de acuerdo también.

Sintió que hacía un mohín al decirlo.

—Sí, porque pensé que era lo mejor para todos. No me di cuenta de que solo dejabas que tu amiga la cuidara hasta que nos casáramos.

—Bueno, ¿habría supuesto eso alguna diferencia? No querías casarte entonces de todas formas.

—Éramos demasiado jóvenes —dijo.

—Sé que éramos demasiado jóvenes; por eso lo hice. ¿No imaginarás que fuera fácil para mi dar a mi propia hija?

—No, claro que no. Pero ahora vamos a tener otro bebé. ¿Eso no es suficiente para ti?

—No, José, no lo es. Es nuestra niña y la quiero con nosotros. No quiero que crezca como una campesina. Quiero que tenga una buena educación, aquí, en Madrid.

—No lo entiendo.

—Mira, si tengo que quedarme en casa con un bebé, puedo tener a mi propia hija aquí también.

—Pero, pensé que no querías que nadie supiera de ella.

—Eso era antes. Las cosas han cambiado y, de todas formas, ahora papi está muerto.

—Pero ¿qué le dirás a tu madre? ¿Y mis padres, qué les diré?

—Diles la verdad, que lo mantuvimos en secreto para evitar la vergüenza. De todos modos, después de unos años nadie recordará que nació antes de casarnos.

Él se detuvo y miró por la ventana. Inma puso la mano en su hombro y susurró:

—Cuando la vi en nuestra boda supe que tenía que recuperarla. Es tan bonita y es nuestra hija.

Él se giró para mirarla.

—Pero ¿y Rocío y Ernesto?

—Lo superarán. No es como si fuera sangre de su sangre, ¿verdad?

Él frunció el ceño.

—Bueno, ¿y Olivia? Cree que son sus padres. ¿No crees que se disgustará si la alejamos de los únicos padres que ha conocido?

—Al principio, supongo, pero es joven, pronto nos reconocerá como sus padres. Al comienzo tendremos que tomarlo con calma, por supuesto. Por eso pensé que, si pasamos más tiempo con ella este verano en la casa de la playa, podemos conocerla. Así cuando nos la llevemos no se disgustará.

—Así que eso has planeado hacer. Me preguntaba por qué no querías ir a Italia otra vez.

—Sí, bueno, es hora de que pasemos unas vacaciones allí. Solía ir allí cada año cuando era niña. Y, de todas formas, no puedo esperar hasta que nazca el bebé, ¿verdad? Tendré demasiado que hacer entonces. Pensé que si nos traemos a Olivia con nosotros en

septiembre podía comenzar el colegio en la escuela que hay a la vuelta de la esquina, cuando sea mayor puede ir a mi vieja escuela.

—¿Nuestra Señora de los Ángeles? Pero, pensé que odiabas a las monjas.

—Bueno, ahora puedo ver las cosas de modo diferente. Era una buena escuela después de todo, aunque fuera un poco estricta.

Él sacudió la cabeza.

—Algunas veces no te entiendo, Inma.

—Está bien, ya he hablado con la Madre Superiora, dice que no hay problema. Dice que Olivia puede empezar el trimestre cuando tenga diez años.

—Inma, ¿qué crees que estás haciendo?

—Bueno, si quieres una buena escuela, tienes que apuntar a tu hijo temprano. No hay escuela decente que te coja en el último minuto. La mayor parte de la gente apunta a sus hijos en una escuela en cuanto nacen.

—Eso es ridículo.

—Con la escuela local no hay problema. Cogerán a Olivia en septiembre, sin problema.

—¿Has pensado en serio en lo que estás haciendo? Ya tiene padres. Probablemente ya han decidido a qué escuela debe ir.

—Oh, va a esa horrible escuela de Benare. Rocío me lo dijo.

—Bueno, quizás le guste.

—Esto no es cuestión de gustos; se trata de lo que es mejor para nuestra hija.

—Pero no es ya nuestra hija. Recuerda que la entregaste.

—Mira, Rocío y Ernesto la pueden visitar cuando quieran. No voy a separarla de ellos por completo. Sé realista, José, las oportunidades para ella son mejores en Madrid. ¿Quieres que tu hija crezca para ser camarera de pisos? No, claro que no. Créeme, es lo mejor. Podemos darle cosas que Rocío no puede.

Podía ver que se estaba ablandando. De nuevo le puso la mano en el hombro.

—Ya verás, será muy feliz aquí con nosotros. Viste lo bien que se llevaba con sus primos. Es una niña muy adaptable. Estará bien. Ahora quiero hablar con mamá. Tengo que hacerle saber que vamos a la casa de la playa en agosto.

Su marido no respondió.

*

Rocío estaba en el jardín regando las rosas cuando el teléfono

sonó. Una excitada Olivia salió corriendo para decírselo. Acababan de instalarse el teléfono hacía apenas unas semanas y era una constante fuente de asombro para su joven hija.

—Mamá, mamá, teléfono —la llamó saltando por el sendero en su dirección.

—Está bien, cariño, ya voy.

Cerró el grifo y enrolló la manguera colgándola en la pared.

—Sí —dijo al auricular.

—Hola, ¿eres tú, Rocío?

—Inma, qué sorpresa.

—No es fabuloso que tengas teléfono. Podemos estar en contacto todo el tiempo ahora.

—Sí, es maravilloso. Ernesto lo tiene por el trabajo, pero es magnífico para nosotras también.

Esperó a ver qué quería su amiga.

—Bueno, pensé en llamar para ver cómo estabais todos. Me dieron tu número en el servicio de información telefónica.

—Estamos todos bien.

—Es que no tuvimos mucho tiempo de hablar en la boda.

—Está bien. Tenías que atender a todo el mundo. Lo entiendo. Recuerda que fue así también cuando nos casamos. ¿Cómo ha ido la luna de miel?

—Fantástico. Venecia es tan maravillosa en primavera. Tienes que ir un día. Ya sabes lo que dicen: «ver Venecia y morir».

—Pensaba que eso era de Nápoles.

—Bueno, tiene que ser Venecia. Fue fantástico.

Rocío podía oír su risa balbuceante e imaginó su cara, iluminada con el recuerdo de sus vacaciones.

—¿Quién es, mamá? —preguntó Olivia tirando de su falda.

—Silencio, es la tía Inma.

—¿Es esa Olivia? Pásamela, ¿quieres?

Rocío le tendió el teléfono a su hija.

—Hola, Olivia, ¿eres tú?

—Hola, tía Inma. ¿Estás en Madrid?

—Sí, cariño, pero vamos a verte muy pronto.

—Mamá, tía Inma va a venir a vernos —repitió—, muy pronto.

—Dame el teléfono ahora, Olivia.

—Adiós, tía Inma, hasta pronto.

—Hasta pronto, cariño.

—Hola. ¿Así que vienes a la casa de la playa este verano?

—Sí, vamos a pasar todo agosto allí. Fabi también irá, con su prole, y Pablo.

—Eso será fabuloso para ti.

—Sí, bueno, José pensó que debía alejarme del calor, en realidad yo no quiero viajar muy lejos en mi estado.

—¿Qué te pasa?

—Oh, nada. ¿No te lo he dicho? Estoy embarazada.

—Oh, qué maravilloso. Felicidades. ¿Para cuándo lo esperas?

—Los, el doctor cree que pueden ser gemelos.

—Más gemelos. Guau, tu familia es afortunada, tantos gemelos.

—Bueno, eso significa que no tienes que pasar tan a menudo por todo ese caos.

Se rio de nuevo.

—Entonces, ¿para cuándo?

—Después de Navidad, probablemente a principios de enero.

—Bebés de invierno, entonces.

—Sí.

—¿Quieres que le diga a mi madre que prepare la casa?

—Si no te importa. Mamá viene con nosotros también.

—De acuerdo, lo haré.

—Oh, Rocío, estoy tan excitada; será magnífico verte de nuevo. Vendrás a vernos, ¿verdad?

—Por supuesto. Ya no trabajo en el hotel, no desde que Olivia nació. Estará bien. A Olivia le encanta la playa.

—Fabuloso. Te llamaré cuando lleguemos y podrás pasarte. Ciao, querida.

Rocío escuchó interrumpirse la conexión, luego volvió a poner el auricular en su soporte. Se apoyó contra la pared. ¿Por qué se sentía a punto de marearse? No había motivo para sentirse así. Inma solo venía de vacaciones con la familia. No había nada de lo que preocuparse. De todos modos, sería agradable ver a Inma de nuevo, como en los viejos tiempos de hecho. No tenían que visitarla todos los días, solo un par de veces sería suficiente. En realidad, no quería que Olivia tuviera mucho contacto con ella, solo el suficiente para cumplir con las normas de cortesía.

Volvió al jardín y cogió la manguera. Olivia estaba jugando con los gatitos al borde del jardín. Había organizado una reunión para tomar el té para ellos en un viejo paño de cocina, con tazas de plástico llenas de agua y unas galletas rotas. Uno de los gatitos, el de la mancha negra en el ojo, estaba ocupado intentando comerse el

borde del paño, y otro no paraba de ir de un lado a otro; podía oír la voz infantil de Olivia regañándolos. De repente, sintió pena por su hija; parecía tan feliz con sus animales, pero sería bueno para ella tener otros niños con los que jugar aquel verano.

*

Ana esperó hasta que Rafa se hubo lavado las manos y se sentó a la mesa antes de hablar.

—Voy a trabajar en la casa el mes que viene —dijo.

Él no levantó la mirada y continuó bebiéndose su gazpacho.

—Doña Carmen ha decidido venir de nuevo. Será bueno para ella; no ha estado cerca del lugar desde que su marido murió, pobrecilla.

—¿Hay pan?

Le pasó el pan a su marido.

—También vienen sus hijas.

Rafa levantó la vista.

—Fabi e Inma —continuó—, y ese hijo adoptado suyo, Pablo.

—¿Inma? ¿Por qué viene Inma? —preguntó.

—Para estar con su madre, supongo. Su marido también viene.

—¿Qué quiere esa niña?

—No seas desconfiado. Supongo que nada. Solo viene para estar con su familia. Es natural.

—No confío en ella. ¿Sabías que aún no le ha enviado a Ernesto los papeles de la adopción?

—No, Rocío nunca lo ha dicho.

—Bueno, nunca lo haría. Piensa que el sol sale de su trasero.

—No seas tan grosero. Son amigas desde hace tiempo, eso es todo.

—Bueno, ¿crees que está bien tratar a tu amiga así? Se lo dije a Ernesto, tenía que hablar directamente con su marido, de hombre a hombre, pero dijo que Rocío no quería.

—No es asunto nuestro. Tenemos que dejárselo a ellos.

—Bueno, dile que tenga cuidado, eso es todo. Esa gente solo se preocupa de ellos mismos. No se preocupan de los de nuestra clase.

Hizo el cuenco vacío a un lado.

—¿Qué hay para después?

—Tortilla de patata.

Le cortó un gran trozo de tortilla de patata y lo puso en su plato. ¿Y si tenía razón? Habían guardado el secreto de Inma todos aquellos años, pero ahora que era una mujer casada quizás no le

preocupara que se supiera lo de Olivia. Después de todo, Franco estaba muerto. Don Adolfo estaba muerto. ¿Quién quedaba para causarle problemas? Ana se cortó un trozo de pan. No, Inma no sería tan cruel. Era solo Rafa y su arraigada desconfianza de la clase media lo que le hacía hablar así.

—Voy a ir mañana a preparar la casa —añadió.

—Nos vendrá bien el dinero extra —dijo su marido con la boca llena de tortilla.

—Dejaré algo para tu almuerzo.

Él gruñó.

—No le digas nada a Rocío —añadió—. No hay necesidad de preocuparla.

*

Inma se subió a la hamaca y se tumbó suspirando. Era tan bueno estar al lado del mar de nuevo; el suave murmullo de las olas le daba la bienvenida al romper contra la playa. Cerró los ojos y dejó que el sol de la tarde jugara sobre sus párpados. Estar tumbada en la hamaca le recordaba su infancia. Había habido dos hamacas entonces, una atada a los pilares de madera del porche y, otra, en la que estaba holgazaneando ahora, atada a una esquina de la casa y al limonero. Ella y Rocío se tumbaban una en cada una, meciéndose toda la tarde, hablando como dos cotorras. La madre de Rocío solía salir a mirarlas y reía diciendo:

—Juraría que vosotras dos no dejáis nunca de hablar. No puedo imaginar qué otros temas encontráis para discutir; estáis así desde el desayuno. Un par de cotorras, eso es lo que sois, cotorreando todo el día.

Eso las hacía reír aún más y, un día, Rocío había movido sus brazos como un pájaro y caído de la hamaca. Aquellos días habían sido divertidos, despreocupados e inocentes. Inocencia. Rocío siempre había sido mucho más inocente que ella. Recordaba aquellos ojos redondos y abiertos mirándola asombrada cuando le contó que los bebés salían de la tripa de sus madres y como había corrido a la cocina llamando a su madre.

—Pero la cigüeña los trae de París —balbuceó—. Mi maestra me lo dijo.

Qué alboroto había causado aquello. La madre de Inma se había enfadado con su hija y le había hecho rezar veintiún Ave Marías.

—¿Por qué veintiuno? —le había preguntado a su madre antes de ir a su habitación.

—Veinte como castigo y uno por amor a la Virgen María —su madre le respondió.

Bueno, ella no iba a llenarle la cabeza a sus hijos con esas tonterías. Si le hacían alguna pregunta, les daría una respuesta clara.

Habría estado muy sola sin la compañía de Rocío, se daba cuenta ahora. Su «hermana veraniega», la llamó una vez y Rocío se había puesto roja de placer.

—¿Alguien quiere una cerveza? —gritó José desde la cocina.

—Yo, por favor —respondió Fabi subiendo de la playa seguida de sus dos hijos pequeños.

—¿Y tú, Inma?

—Sí, bueno. Asegúrate de que está fría.

Se sentía cansada del viaje. A pesar del hecho de que apenas llevaba tres meses de embarazo, sentía ganas de vomitar todo el día. Habían tenido que parar media docena de veces para que pudiera estirar las piernas y tomar agua fría. Había sido una idea estúpida ir en coche con aquel calor, aún con las ventanas abiertas era imposible refrescarse. José había sugerido volar hasta Málaga, pero ella había dicho que no. Si tenían un coche, sería más fácil llevar a Olivia y todo su equipaje con ellos. No imaginaba que la niña tuviera mucho que valiera la pena llevarse, pero era importante que tuviera sus cosas con ella en su nuevo hogar. Quería que se sintiera tan cómoda como fuera posible.

Hasta el momento no le había mencionado sus planes a su hermana. Tenía el presentimiento de que Fabi no lo aprobaría. Bueno, ¿y qué? Al fin y al cabo, era cosa suya. Era su hija después de todo.

José regresó con las cervezas y se sentó en frente de ella. Ella aceptó el vaso que le ofrecía gratamente.

—Parece que la casa necesita una mano de pintura —comentó su marido.

Ella levantó la vista. Tenía razón; la casa tenía un aire descuidado. La pintura azul se estaba agrietando en los marcos de las ventanas, revelando tajos de madera, las paredes encaladas estaban mugrientas y en algunos lugares el sol había provocado que la pintura se pelara y cayera al suelo en forma de grandes copos de nieve; una contraventana suelta golpeaba contra el marco de la ventana y en el suelo trozos de macetas rotas en veranos anteriores yacían olvidados e ignorados.

—Hace tiempo que nadie ha estado aquí —dijo—. Cuando era pequeña solía pasar aquí todos los veranos.

—Es una pena. Está en un lugar bonito.

Siguió su mirada por la playa desierta. Olas coronadas de blanco morían suavemente en la playa, aplanando la arena gris. La casa se erguía solitaria, rodeada a ambos lados por taludes de caña de azúcar ondeante y altos eucaliptos.

—Quizás podamos empezar a venir nosotros —sugirió—. Después de todo, sería magnífico para los niños y hay mucho espacio. Y también sería bueno para Olivia; podría ver a Rocío y a Ernesto.

Vio que su marido fruncía el ceño, pero no decía nada. Se había vuelto más conservador desde que había empezado a trabajar. Algunas veces lo miraba y se preguntaba que le había pasado al hombre apasionado del que se había enamorado. ¿Dónde habían ido a parar aquellas atrevidas ideas acerca de cambiar el mundo? Ahora todo de lo que hablaba era de sus clientes, de cuánto dinero hacía. Un día expresó la opinión de que dudaba de que fuera a haber democracia en España ahora que había un nuevo rey en el poder, y todo lo que el dijo en respuesta fue: «la estabilidad es lo que importa, la estabilidad y el orden. ¿Qué importa si hay democracia o monarquía siempre y cuando no tengamos anarquía?». El viejo José nunca habría dicho eso.

—¿Es eso para mí? —preguntó Fabi sentándose y cogiendo un vaso.

José asintió con la cabeza.

—Creo que telefonearé a Rocío mañana y le diré que estamos aquí. Será estupendo verla de nuevo —dijo Inma mirando a su hermana.

—Buena idea. Dile que venga y traiga a su hija —replicó Fabi—. A los niños les encantará tener a alguien con quien jugar.

Miró en dirección a la playa donde su hijo mayor estaba ayudando a sus hermanas pequeñas a construir un castillo de arena.

—¿Qué piensas tú, José?

—Como quieras. —Se levantó y fue dentro.

—Bueno, entonces lo haré —le gritó a su espalda.

—¿Qué le pasa?

—Es complicado. Te lo diré después.

Su hermana parecía sorprendida.

—¿No estarás teniendo problemas conyugales ya, Inma?

—No, no es nada de eso.

—¿Y bien?

No había remedio, tendría que contárselo en algún momento de todas formas.

—Está un poco disgustado porque quiero llevarme a Olivia con nosotros a Madrid.

Una expresión de asombro se extendió por el rostro de Fabi.

—No puedes hablar en serio.

—Por supuesto que hablo en serio. ¿Por qué no habría de hacerlo? —Se sintió molesta. ¿No entendía nadie que era de su hija de la que hablaba? ¿Qué había de malo en querer darle una vida mejor a su propia hija?

—Pero, no puedes.

—Claro que puedo. Es perfectamente legal.

—Pero, pensé que Rocío la había adoptado.

—No legalmente. Todavía es mi hija.

—No importa que no sea legalmente. ¿Y moralmente? No te la puedes llevar después de todos estos años.

—Solo han sido seis. No han sido tantos, después de todo. Olivia todavía es pequeña.

—Oh, Inma, ¿cómo puedes ser tan egoísta? Rocío es tu amiga.

—Bueno, aún podrá verla cuando quiera. Solo estaremos en Madrid, no en Sudamérica.

Fabi la sacudió.

—No puedo creer que hagas esto. No es de extrañar que José esté enojado.

—Mira, no es asunto tuyo.

—¿Y mamá? ¿Qué crees que dirá?

—Eso déjamelo a mí. Yo se lo diré a mamá.

—¿Cuándo llega, por cierto?

—El viernes. José la recoge en la estación. No le digas nada. Quiero que conozca a Olivia primero antes de decirle que es su nieta.

¿Podemos freírlos ahora?

—Gracias, corazón. Los pondremos a un lado y esperaremos hasta que papi vuelva a casa.

—Sí, entonces los freiremos.

—A papi le gustan los boquerones —añadió la pequeña poniendo su dedo en uno.

—¿Te gustaría que te llevara a la playa mañana?

El rostro de la niña se iluminó.

—¿A la casa de tía Inma?

Rocío vaciló.

—Bueno, si tú quieres.

—¿Estará mamita allí?

—Sí, tiene que hacerles la comida.

—De acuerdo.

*

Así empezó la introducción de Olivia a la familia de Inma. Como la feliz niña que era, se sintió como en casa desde el primer día. Todo el mundo la quería. Doña Carmen estaba encantada con ella y las hijas de Fabi la tomaron bajo su protección, alborotadas como dos gallinas cluecas. Solo los niños mantuvieron las distancias.

—No, otra niña estúpida —se oyó comentar a uno.

Olivia quería ir todo el día a jugar con sus nuevos amigos. Rocío intentó explicarle que tenía cosas que hacer y que no podía pasar todo el día en la playa como Inma.

—Ellos están de vacaciones, cariño. Yo tengo que cuidar de la casa y preparar la comida de papi.

—¿Por qué no nos hace mamita la comida y así puedes ir a la playa conmigo?

—Mamita trabaja para Doña Carmen. Es diferente.

—Pero yo quiero ir.

Pataleó y por primera vez Rocío vio una testarudez en la niña que le recordó a Inma.

—No hay necesidad de llorar ahora, cariño. Iremos mañana si eres buena chica.

De inmediato las lágrimas se evaporaron y una radiante sonrisa inundó su rostro, de nuevo igual que Inma.

Así que cada día llevaba a su hija a la playa y la dejaba con sus nuevos amigos mientras ella compraba y limpiaba e iba a casa a preparar la comida de Ernesto. Luego regresaba a recogerla.

—No hace falta que te la lleves a casa a comer, sabes. Estamos

encantados de que coma con nosotros. La puedo llevar por la noche —sugirió Inma un día.

—Oh, sí, mamá. Déjame quedarme un poco más. Me lo comeré todo, lo prometo.

—Pero ¿y papi? ¿No quieres ver a tu papi?

—Lo veré cuando vaya a casa —respondió su hija con la lógica de un niño.

Así que Rocío claudicó y Olivia empezó a pasar más y más tiempo con sus nuevos amigos. Estaba feliz, así que Rocío debía haber estado feliz, pero una duda persistente no dejaba de preocuparle en lo recóndito de su mente. Ernesto le dijo que no se preocupara.

—Son solo unas semanas —dijo—. Una vez acabe el verano se marcharán y la vida volverá a la normalidad.

Pero eso no hizo que el dolor acuciante que sentía en su estómago cada mañana cuando dejaba a Inma en la casa de Inma desapareciera.

*

Una mañana a finales de agosto, cuando dejaba a Olivia como era habitual, la puerta de la casa se abrió e Inma salió, con una bata de seda rodeando sus incipientes formas.

—Hola, Rocío. ¿No entras a tomar un café?

—Tengo un poco de prisa.

—Vamos. Necesito hablar contigo.

—Está bien, pero no puedo quedarme mucho. Olivia, ven, toma tu toalla.

Cerró la puerta del coche y siguió a Inma dentro. Aparte de su madre trasteando en la cocina, no había rastro de nadie.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Oh, aún no se han levantado.

Se volvió a Olivia.

—Corre arriba y diles a esas niñas perezosas que es hora de que se levanten.

—De acuerdo, tía Inma.

—Tiene que despertarlas todas las mañanas —le explicó Inma—. Creo que se quedarían en la cama todo el día si Olivia no estuviera aquí.

Rocío se sentó al lado de la ventana; la playa estaba desierta, todo rastro de vida era barrido por el mar.

—¿Y de qué querías hablar conmigo?

—Café; primero tengo que tomar café. Ana, puedes traernos un café —dijo asomando su cabeza por la puerta de la cocina.

—Sí, Señora. Está todo listo.

Inma se ajustó la bata y se sentó en frente de Rocío. Las dos mujeres se miraron la una a la otra; su amiga parecía más agitada de lo normal. La puerta de la cocina se abrió con un estrépito.

—Oh, magnífico. Gracias, Ana. No puedo pensar con claridad hasta que me tomo un café y un cigarro —dijo cuando la madre de Rocío entró con una bandeja de café.

—Hola, cariño —dijo Ana cuando vio a su hija—. ¿Quieres un café también?

—Sí, gracias, mamá.

Sentía que iba a necesitarlo.

—¿Y bien? —dijo mirando a Inma.

—No me metas prisa.

Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Tú no fumas, ¿verdad? —dijo ofreciéndole el paquete a Rocío y esta, apartándolo, sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Inma inhaló lentamente disfrutando del sabor del tabaco.

—Mi único vicio.

Su risa chirrió en las orejas de Rocío. Si le dijera ya lo que quería decirle, podría irse. Bebió un poco del hirviente café.

—Inma, de verdad, tengo mucho que hacer hoy.

—Está bien. Está bien.

Dejó su taza.

—Es esto, José y yo hemos estado hablando de Olivia.

Eso era. Eso era lo que se había estado temiendo. Miró fijamente a su amiga.

—Sabes, pensamos, José y yo, que le beneficiaria ir a la escuela en Madrid. Obviamente es una niña muy brillante y pensamos que tendrá muchas más oportunidades si viene a vivir con nosotros y nos encargamos de su educación.

Se detuvo observando cualquier tipo de reacción en Rocío.

—Ya está en la escuela local. —Su voz era apenas un susurro.

—Lo sé; me lo dijo. Pero, honestamente, sabes que nosotros podríamos enviarla a una escuela mucho mejor. Estas escuelas locales están muy bien, pero no tienen las mismas normas ahora, ¿verdad?

Rocío no respondió.

—Todavía la podrías ver en vacaciones —añadió.

Rocío todavía no podía encontrar las palabras que pronunciar.

—Por supuesto que sé que le has cogido mucho cariño; es natural. Es una niña preciosa, lo supe cuando la vi en la boda. Ha estado desperdiciada aquí en el campo. Y, por supuesto, los dos te estamos muy agradecidos por haberla cuidado todos estos años; has hecho un trabajo estupendo. Es una pequeña señorita.

Rocío podía escuchar la voz de Inma parloteando, pero parecía muy lejana, como si procediera de una niebla.

—Podrá ir a la universidad, tener una educación apropiada. Y, por supuesto, tendrá a sus hermanos. José está convencido de que voy a tener chicos, sabes. Es importante tener algo de cada, ¿no crees?

Rocío sintió que la taza de café se resbalaba de su mano.

—Rocío, Rocío. ¿Estás bien? Te has puesto más blanca que el papel. ¿No vas a desmayarte, ¿verdad? No te preocupes por la taza. Ana se ocupará. Pon tu cabeza entre tus piernas un instante. Pronto te sentirás mejor.

Al fin la habitación paró de dar vueltas y Rocío levantó la vista para mirar a su amiga.

—Mira, cariño, no quería abrumarte con esto, pero nos vamos la semana que viene y no quería dejarlo hasta el último momento.

Se inclinó y puso su mano sobre la de Rocío. Rocío se apartó.

—Es mi hija. —La voz de Rocío se quebró— Mía y de Ernesto. Es nuestro pequeño bebé.

Inma se recostó. Su tono cambió.

—No, querida, no es tu hija. Es mi hija. Sé que es un shock para ti, pero es lo mejor, te lo aseguro. Olivia no podía crecer aquí en este lugar de mala muerte. Seguramente quieres algo mejor para ella que esto.

—Es feliz aquí.

—Claro que lo es. Nunca sugerí que fuera infeliz y es obvio que has hecho un maravilloso trabajo criándola, pero ahora es hora de cambiar. —Pareció a punto de darle una palmadita a Rocío en la mano de nuevo, pero luego se lo pensó mejor— Tienes que pensar en su futuro.

—Su futuro está con nosotros —Rocío susurró. Su garganta estaba seca.

—Ahora estás siendo egoísta. Sé que es duro, pero tienes que ser fuerte y pensar en Olivia.

—Será infeliz en Madrid; echará de menos a su familia.

—No seas ridícula. Somos su familia ahora. Creo que has olvidado una cosa muy importante, Rocío. Soy su madre. Soy la que luchó nueve horas para darle a luz.

—Y me la entregaste a mí. —Al fin Rocío encontró la fuerza para hablar.

—Bueno, ahora la quiero de vuelta.

—Nunca pretendiste que nos la quedáramos, ¿verdad? Todo eso de que éramos amigas y por qué íbamos a necesitar papeles de adopción. Confié en ti, pero tú solo querías que la tuviera hasta que te conviniera tenerla otra vez. No la quieres. Si la quisieras, nunca me la habrías entregado para empezar.

—Eso es ridículo. Era demasiado joven entonces para saber lo que estaba haciendo. Fue una suerte que estuvieras allí para cuidar de ella, de otro modo...

—¿Por qué fue entonces? Porque podías mantenerla controlada y entonces cuando estuvieras lista podías venir y decir «lo siento Rocío, pero la quiero de vuelta. Gracias por todo lo que has hecho».

Se esforzó por aguantarse las lágrimas. Era tan injusto. ¿Cómo podía ser Inma tan cruel? Se levantó.

—Me voy a casa y me llevo a Olivia conmigo.

—No creo que eso sea muy sensato. ¿Quieres que Olivia se entere de que estamos peleándonos por ella? ¿Por qué no la dejas aquí con sus primos? Puedes venir a por ella como siempre esta noche.

—Tengo que hablar con Ernesto —jadeó agarrándose la garganta. Apenas podía respirar.

—Es una buena idea. Habla con tu marido. Estoy segura de que te dirá que solo estamos haciendo esto por Olivia, por su futuro.

Rocío no se atrevía a hablar. Sin mirar a Inma salió y se metió en su coche. Tenía que alejarse de ella. Tenía que ver a Ernesto.

*

Fue directa a casa de su suegra. La anciana estaba tendiendo ropa en el jardín.

—Rocío. ¿Qué estás haciendo aquí hoy? ¿Va todo bien?

La besó en las mejillas.

—No, no va bien. Necesito ver a Ernesto. ¿Sabe dónde está trabajando hoy?

—Está otra vez en ese hotel. Ya sabes; en el que solías trabajar. Han tenido problemas con la piscina de nuevo.

—Gracias.

Se dio la vuelta para irse.

—¿No te quedas a tomar un café?

—No, tengo que irme. Tengo que verle.

Antes de que su suegra pudiera retrasarla más, se marchó. Había un corto trayecto hasta el hotel. Al llegar fuera, pudo ver la furgoneta de su marido en el patio. Aparcó el coche a su lado y rodeó el hotel en dirección a la piscina. La puerta de la sala de bombas estaba abierta y podía oír el familiar sonido de su voz. Las lágrimas rebosaban en sus ojos y parpadeó rápidamente para limpiárselas.

—Ernesto.

Un rostro sonriente cubierto de sudor levantó la vista desde una maraña de tuberías.

—Rocío, ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Qué pasa? ¿Está bien Olivia?

Ella se echó en sus brazos haciendo caso omiso de la suciedad y la grasa que cubría su mono, anteriormente blanco. Los sollozos sacudían su cuerpo. No podía hablar.

—Por amor de Dios, mujer, dime qué sucede.

Pero solo pudo sollozar más alto.

—Vamos, Rocío, respira hondo y dime qué ha pasado.

La sacudió suavemente.

—Es Inma... —Se esforzó por continuar— Va a llevarse a Olivia a Madrid con ella...

Las últimas palabras fueron sofocadas por otro desesperado sollozo.

Su marido la miró sorprendido.

—Cálmate. Ahora, dime exactamente qué dijo.

—Dice que es por su propio bien. Quieren criarla en Madrid.

—Pero, es demasiado pequeña para ir a Madrid.

—Se la llevan. Diles que no pueden hacer eso, Ernesto. Díselo.

—De acuerdo, cariño, cálmate. Ahora dime todo lo que dijo.

Se sentaron con las espaldas reposando contra la pared de la sala de bombas, mientras ella le contaba todo lo que había sucedido.

—Dice que soy egoísta. Dice que es por el bien de Olivia —sollozó.

—Silencio ahora, pensemos en ello.

La atrajo hacia sí y reposó su cabeza en la suya. Se quedaron allí sentados en silencio por unos instantes, atónitos por la noticia. Al

fin, él habló.

—Es todo culpa mía. Sabía que debíamos haberla presionado más para que nos entregara los papeles de adopción. Podíamos haberla amenazado con decírselo a su padre, o ir a un abogado, algo. En lugar de eso no hicimos nada y ahora va a llevarse a nuestro bebé lejos de nosotros.

Había lágrimas en sus ojos, pero Rocío podía ver que estaba furioso.

—No, no es culpa tuya. Era mi amiga y pensé que podía confiar en ella. El papeleo no parecía importar mucho, después de todo teníamos a Olivia aquí con nosotros. Pensamos que estaba segura con nosotros.

—Bueno, no voy a dejar que se salga con la suya —dijo levantándose—. Vamos, Rocío, iremos y hablaremos con un abogado. Tiene que haber alguna forma de detenerla.

—Pero ¿la piscina?

Ernesto miró a la piscina como si la viera por primera vez.

—Mi padre terminará aquí. Vamos. Vayamos a casa.

*

El abogado fue muy comprensivo, pero les explicó lo que ya sabían en sus corazones, no había forma de detener a Inma en la reclamación de su hija.

—Lo siento, pero son los padres legales de la niña. No hay nada que puedan hacer al respecto. Todo lo que pueden hacer es apelar a la buena voluntad de la familia y pedirle acceso a la niña —dijo—. Hablen con la abuela. Quizás ella entienda.

Le pagaron sus honorarios y se fueron. Ninguno habló, no había nada que decir.

*

Fueron a por ella el domingo por la mañana, temprano.

—Es un largo camino. José quiere salir pronto antes de que haga demasiado calor —explicó Inma.

Olivia todavía estaba dormida. Rocío la despertó suavemente. Le explicó tan cuidadosamente como pudo el día anterior que iba a ir a una nueva escuela y que tía Inma iba a cuidar de ella por un tiempo. Sus ojos se habían abierto de excitación y todo lo que quería ahora saber era si vería a sus nuevos amigos en Madrid y si irían a la misma escuela que ella. Inma había querido decirle directamente que era su verdadera madre, pero José y Doña Carmen habían acordado con Rocío que sería demasiada

información para la niña, y habían decidido esperar hasta que Olivia se acostumbrara a la rutina.

Doña Carmen abrazó a Rocío y prometió hacerle saber cómo estaba Olivia.

—Haré que te escriba cada semana —dijo—. Y me aseguraré de que va a la iglesia cada domingo. No te preocupes, estará bien. Cuidaremos de ella.

Rocío no pudo responder.

—Que Dios te bendiga —dijo la vieja mujer abrazándola una vez más. Había lágrimas en sus ojos.

—Sí —dijo Inma—. Puedes telefonear cuando quieras Rocío; tienes mi número. Vendremos en verano de nuevo de todas formas. Ya verás, el tiempo pasará volando.

José agarró a Ernesto por la mano y se la estrechó firmemente, pero no lo miró a los ojos y no habló con Rocío.

A Rocío le dio igual; apenas oía una palabra. No podía quitar los ojos de su hija. Quería que aquella imagen suya, con su vestido rosa favorito, los rizos negros atados atrás con lazos, se quedara grabada en su memoria para siempre.

—Mamá, ¿por qué no vienes con nosotros también? —Por primera vez parecía sentirse intranquila por lo que sucedía.

—Iré a verte más tarde, cariño. Mamá tiene que quedarse y cuidar de papi.

La niña asintió con la cabeza conscientemente.

—Y de los animales, mamá; tienes que cuidar de ellos también.

—Sí, cariño, todos tus pequeños gatitos y Toby y Plumas.

—No te olvides de los pollos, mamá.

—No, no me olvidaré de los pollos.

—¿Quién recogerá los huevos? —Por un momento pareció preocupada.

—No te preocupes, cariño; yo puedo recogerlos también.

La niña pareció aliviada.

—Quizás podamos conseguir un gatito para ti, Olivia, para que lo tengas en tu nueva casa —sugirió Inma.

—Tengo seis gatitos —dijo Olivia orgullosamente—. Coronel, el Señor Melenas, Negrito, Minino, Canela y Manchas. Eso es porque tiene una mancha negra en su lomo —explicó.

Rocío tragó intentando retener las lágrimas.

—Mamá, ¿y mis muñecas?

—Bueno, te puedes llevar a Eva en el coche contigo y te

mandaré las otras la próxima semana. ¿Está bien?

La pequeña sonrió y asintió con la cabeza. Todo parecía estar en orden.

—Ahora, sé buena chica ¿quieres?, y haz todo lo que tía Inma te diga.

—Sí, mamá.

Rocío se inclinó y abrazó a la niña apretándola contra ella de manera que pudiera sentir todo su cuerpo contra el suyo.

—Te quiero, Olivia —le susurró al oído.

—Yo también te quiero, mamá.

—Ahora dale a papi un gran abrazo.

—Adiós, papi. —La pequeña corrió hacia su padre y saltó a sus brazos abiertos. Las lágrimas corrían por las mejillas de Ernesto cuando la estrechó contra sí.

—Adiós, princesa. Vuelve pronto a vernos.

—De acuerdo, papi.

A regañadientes la soltó.

—Bien, bueno, será mejor que nos vayamos —dijo José.

—Sí, vamos, Olivia; puedes sentarte atrás con tu... con Doña Carmen —añadió Inma.

Se volvió hacia Rocío.

—Adiós, Rocío. Estoy contenta de que lo entendieras. Después de todo es una maravillosa oportunidad para Olivia; tienes que estar de acuerdo.

Ernesto cogió la maleta de Olivia y la sacó del coche. Rocío lo observó. No le habló a Inma. Podía ver la diminuta figura de Olivia subiendo en el asiento trasero y acomodándose al lado de Doña Carmen. Sus ojos le dolían de mirarla, intentando mantener su imagen en la mente. Aquella pequeña persona era lo que más quería en el mundo y la estaba dejando marchar. Ernesto regresó y se quedó de pie a su lado viendo a Inma subirse al coche y a José dar marcha atrás, listo para partir. Olivia se arrodilló al lado de la ventana, sonriendo y diciéndoles adiós con la mano. Rocío se forzó a sonreír y devolverle el saludo.

—Adiós princesa —oyó a Ernesto decir.

Se quedaron de pie juntos, marido y mujer, aferrados el uno al otro, demasiado asustados para dejarse por si uno de ellos se caía al suelo, mirando el Mercedes azul alejarse inexorablemente, llevándose a su hija lejos de ellos. Y, después, mientras el coche finalmente desaparecía de vista, lo oyó, un rugido de angustia que

la sacudía. Salía de ella.

—Así que has ido al zoo, eso está bien. ¿Te gustó ver a los animales?

Olivia asintió con la cabeza.

—Especialmente los elefontes.

—Los elefantes —la corrigió automáticamente.

—Sí, e-le-fan-tes. Un hombre les estaba dando plátanos.

—Bueno, quizás te gustaría ir de nuevo un día, conmigo.

—Oh, sí, Doña Carmen.

—Mira niña, no me llames Doña Carmen, llámame abuela.

—Mamá dice que tengo que ser siempre educada y llamar a la gente por su nombre.

—Sí, y eso está bien, pero como vamos a vernos mucho, ¿no preferirías llamarme abuela?

La chica pensó por un instante y luego respondió.

—Te llamaré abuela Carmen. —Sonrió— Ahora tengo tres abuelas: abuela Ana, pero la llamo mamita, abuela Lucía y ahora abuela Carmen.

—Qué chica más afortunada eres.

—¿Estás bien Olivia? —preguntó Inma mirando atrás.

—Sí, gracias, tía Inma —hizo una pausa—. ¿Ya llegamos?

—No, aún no.

Doña Carmen podía ver que aquellas preguntas iban a durar horas. Le empezó a doler la cabeza.

—Mira Olivia, por qué no juegas con tu muñeca. Puedes mostrarle a dónde vamos. Creo que quizás estoy un poco cansada. Me echaré una pequeña siesta. —Recostó su cabeza y cerró los ojos, pero no podía dormir. Su mente no la dejaba descansar.

Cuando Inmaculada le había dado la noticia a la familia, se había quedado asombrada. En todo en lo que podía pensar era en qué habría dicho Adolfo. Si lo hubiera sabido, la hubiera hecho casarse de inmediato, no hubiera tenido lugar toda aquella comedia. Y, ahora, después de todos aquellos años, lo sacaba a la luz. La vergüenza. Bueno aquello era típico de Inmaculada, no tenía sentido del decoro.

Nunca había entendido realmente a su hija menor. Tan pronto como supo de Olivia había ido directa a hablar con el Padre Ignacio. Era un buen hombre, un hombre piadoso. Sabía que él la ayudaría.

—El perdón es una virtud —le dijo—. Tu hija ha cometido un grave pecado, pero Dios la perdonará si se lo pide.

—Ya no va a la iglesia, padre.

—Bueno, entonces tendrás que traerla tú misma. El sacramento de la confesión es la piedra angular de nuestra fe. Como Juan dice: «si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad».

—Amén, padre.

—Ven, Carmen, arrodíllate y reza conmigo.

Se arrodilló en el reclinatorio de crin de caballo y cerró los ojos.

—Porque Él nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos traspasó en el Reino de su amado Hijo, en el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados...

Arrastró los pies para aliviar el peso de su artrítica cadera.

—Amén.

—¿Carmen, conoces el salmo 103?

—Eso creo, padre.

—Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.

—Eso es muy bonito, padre.

—Lo es. No desesperes, Carmen. Trae a tu hija de nuevo al redil y será perdonada.

Lo intentó, pero Inmaculada se había reído.

—Puedes rezar por mí, mamá. Eres mejor en eso que yo.

Rezaba por ella todos los días; lo había hecho desde que había nacido.

*

Doña Carmen cogió su boli. Había prometido escribir a Rocío, pero ahora no sabía qué decir. Inmaculada debería ser quien escribiera, pero había dicho:

—No, mamá, es mejor que le escribas tú. Yo estoy demasiado ocupada.

Se suponía que Inmaculada era amiga de Rocío; se conocían desde hacía más de veinte años. Ahora dudaba de que su amistad sobreviviera a los acontecimientos de las últimas semanas.

—Bueno, ¿qué le digo?

—Lo que quieras.

¿Debía decirle que Olivia había llorado hasta dormirse la primera semana llamando constantemente a su mamá? ¿Debía decirle que había tenido una rabieta y se había negado a ir a escuela pidiendo volver a su antiguo colegio? ¿Debía decirle que había roto su uniforme nuevo y lo había tirado al suelo? ¿Debía

decirle que no comía, que añoraba su casa? Suspiró y comenzó. No quería mentirle a Rocío, pero Inmaculada se enfadaría si le contaba la verdad.

«2 de octubre de 1976

Mi querida Rocío:

Espero que tú y tu familia estéis bien. Te dije que te haría saber cómo está Olivia. No tienes que preocuparte, es una niña feliz y está haciendo muchos nuevos amigos. Le gusta su nueva escuela y se está adaptando muy bien. Tiene una amiga especial llamada Arabel a la que también le gustan los gatos y creo que pasan mucho tiempo hablando de ellos y dibujándolos. Sea como sea, cada día trae a casa un dibujo de un gato diferente. Siento que ya los conozco tan bien como tú ahora. José ha prometido comprarle uno. Al principio, dijo que ya tenía muchos gatos, pero ahora dice que necesita un «gato de Madrid» también. Así que este fin de semana vamos a ir a la tienda de animales para escoger uno.

Hemos intentado explicarle que Inma es su madre, pero no estoy segura de que realmente lo haya entendido. Solo se rio y dijo lo afortunada que es porque tiene tres abuelas, dos mamás y dos papis. Pero se niega a llamar a Inma solo mamá, la llama mamá Inma.

Va a la escuela dominical cada semana con sus primos y está aprendiendo el catecismo. El cura está muy contengo con ella; dice que ya sabe bastante.

Te adjunto un dibujo que hizo para ti».

Carmen cogió un dibujo hecho con ceras de una casa con una niña pequeña cogida de la mano de un hombre y una mujer; había lo que suponía que eran algunos animales al lado de ellos. La maestra la había ayudado a escribir «para mamá» en lo alto. Se preguntaba si Olivia le había hablado a su maestra de Rocío. Carmen dobló el dibujo y lo colocó en el sobre. No podía escribir nada más.

»Que Dios te bendiga a ti y a tu familia.

Carmen Álvarez».

Dobló la carta y la metió en el sobre. Aquello era ridículo. Era cosa de Inmaculada escribirle, no suya; apenas conocía a la mujer. Y, si no le escribía, debía telefonear a Rocío y hablar de la niña. Pero cuando se lo mencionaba a Inmaculada, solo decía que no era buena idea; tenían que esperar hasta que Olivia se adaptara.

*

Rocío no podía parar de llorar. En todas partes a las que miraba

había algo que le recordaba a Olivia. Al principio, después de que Inma hubiera irrumpido en su casa y le hubiera robado a su hija, se había sentado en la cama de Olivia mirando las paredes rosas y blancas de su habitación, con los ojos fijos en el vacío, empañados por las lágrimas. Había enterrado su rostro en la almohada de Olivia, aspirando el suave e infantil aroma de su hija; había sacado sus ropas del armario y se las había llevado al rostro, bebiendo los recuerdos. Ahora la habitación estaba vacía y la puerta cerrada a cal y canto. Todas las posesiones de su hija habían sido retiradas, llevadas a su nueva casa. Inma le había pedido que las empaquetara y se las mandara por correo. Como una autómata, había plegado sus vestidos, sus abrigos, sus calcetines, su ropa interior, sus camisones, los lazos para el pelo, el mantón rosa que Ana le había bordado, el traje de baño que habían elegido juntas, y los había colocado cuidadosamente en el baúl. Había recogido sus juguetes: su juego de té, sus muñecas, su cuerda de saltar, sus puzles, sus libros y los había colocado encima de la ropa. Había una fotografía en un marco rosa de los tres juntos, irónicamente tomada en la boda de Inma, que había envuelto en un pañuelo de papel y había colocado con el resto. Solo habían quedado los animales, los perros gimiendo a la puerta, buscando a su pequeña amita, los gatos, de los que ya no se esperaba que se vistieran para jugar a tomar el té, ahora corrían libres en el jardín, y los pollos. No podía mirar a los pollos escarbar en el patio, y apenas podía recoger los huevos. Cada vez que iba a echarles de comer, sentía que se le rompía el corazón.

Cuando Inma le había informado de sus intenciones, se había sentido como anestesiada. Era como si hubiera estado esperando aquel momento desde el día en que recogieron a Olivia en Asturias. Siempre iba a suceder. Era la forma que tenía Dios de castigarla por amar a Olivia tanto, por tomar al niño de otra mujer, por asesinar al suyo. No tenía derecho a tanta felicidad. Ahora Dios se lo había quitado todo.

*

Cuando la carta de Doña Carmen llegó, Rocío la llevó al salón. Tenía que sentarse antes de poder abrirla. Se sentía desmayar. Leyó la corta nota y luego se sentó a mirar el dibujo tanto tiempo que incluso cuando cerraba los ojos todavía lo veía. Luego fue en coche a ver a su madre.

—No creo que pueda soportarlo, mamá. ¿Y si es infeliz? Nunca ha estado lejos de nosotros antes, ni una sola noche.

Su madre hizo a un lado la masa que había estado amasando, se secó las manos enharinadas en su delantal y se sentó a su lado. Tomó las manos de Rocío en las suyas.

—No es bueno preocuparse así, Rocío; solo te pondrás enferma y no puedes hacer nada al respecto. Doña Carmen es una buena mujer; vigilará a Olivia. Al fin y al cabo, tienes que aceptar el hecho de que Inma es su madre. Es solo cuestión de tiempo. Olivia pronto se adaptará. Después de todo, es su familia.

—Pero es tan injusto.

—No empieces a llorar de nuevo; eso no va a ayudar a nadie. Tienes que seguir con tu vida.

—¿Cómo podría? Era mi vida. Me rompe el corazón no verla.

—Al menos todavía está viva. Tuve dos hijos que murieron antes de cumplir seis meses. No me hables de romperse el corazón. Yo ya sé qué es eso.

Rocío miró a su madre; sabía que había tenido dos hermanos que murieron en la infancia, pero nunca había pensado demasiado en ellos.

—Háblame de ellos —dijo secándose los ojos.

—Bueno, Rafael fue mi primer hijo. Era un niño feliz y fuerte y pensamos que iba bien. Tu papi estaba tan encantado de tener un hijo. Entonces, una mañana, fui a su capazo y estaba frío como el hielo. Solo tenía tres meses. Nunca tuvo una oportunidad en la vida. El doctor vino, pero nadie pudo decir por qué había muerto. Lloré durante meses. Luego descubrí que estaba embarazada de nuevo.

—¿De Rafa?

—Sí, le pusimos el mismo nombre porque quería que mi primer hijo tuviera el nombre de su padre.

—¿Y el otro?

—Eso fue peor. Julio nació en julio. Era un verano muy caluroso y había poca agua; no había llovido mucho el invierno anterior y los pozos tenían el nivel muy bajo. Era un bebé irritable y lloraba y berreaba todo el tiempo. Tu abuela fue maravillosa; venía todos los días para cuidarlo. Solo paraba de llorar si alguien lo sostenía, pero yo no podía hacerlo todo el día porque para entonces tenía a Rafa, Tomás y María para cuidarlos y tenía todo el trabajo que hacer también. Era una pesadilla. Yo no hubiera sobrevivido si no hubiera sido por tu abuela.

—¿Y qué le sucedió?

—Cuando tenía cinco meses cogió la escarlatina. Llamamos al

doctor, pero no había nada que pudieran hacer por él. Le dieron medicina, pero no le hizo ningún bien. Era demasiado pequeño, sabes, demasiado débil para luchar contra la enfermedad. Me senté a su lado tres días enfriando su pequeño cuerpo con trapos húmedos, pero no podía bajarle la fiebre. Al final, no le quedaron fuerzas. Juro que, aunque era un bebé problemático, sentí que algo se esfumaba de mi vida cuando se murió.

Se secó los ojos con la punta del delantal.

—Pero ya ves, la vida continúa. Tu vida tiene que continuar. No te olvides de que tienes un marido al que cuidar. ¿Cómo está Ernesto, por cierto?

—No dice mucho, pero sé que lo siente tanto como yo.

—Por supuesto que sí. Pero dale tiempo. Tendrás tu propia familia un día. —La miró inquisitivamente.

—No, mamá, no estoy embarazada aún.

—Bueno, aún eres joven; hay mucho tiempo. No es como en mis días. Yo tenía dieciocho cuando mi pobre Rafael nació —añadió.

—No puedo tener hijos, mamá.

—¿Qué dices? ¿Por qué dices eso? No digas esas cosas. ¿Has ido al médico?

—Oh, mamá, no sigas. No sé por qué; no puedo. —No podía contárselo, ni ahora ni nunca.

—No seas ridícula, esta familia nunca ha tenido problemas para tener hijos. Mira a tu hermana; ya tiene cuatro niños.

—Quizás, pero yo no puedo.

—Probablemente es Ernesto.

Frunció el ceño sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Claro, es hijo único. Es por eso. Bueno, no hay nada que puedas hacer al respecto. Si tu marido no puede hacer hijos, no hay nada que puedas hacer tú.

Rocío estuvo tentada de contradecir a su madre, pero entonces decidió dejarla pensar lo que mejor le placiera y decididamente era que la culpa de su esterilidad recaía en Ernesto. Relegó aquella sensación de culpabilidad a los recovecos de su mente. Pobre Ernesto, nunca tendría que saber de aquella conversación. Se levantó.

—¿Hago café?

—Sí, es una buena idea. Nos hará sentir mejor a las dos.

Rocío podía ver que la noticia de que no le daría ningún nieto la había perturbado, pero conocía lo suficientemente bien a su madre

para saber que nunca lo mencionaría de nuevo.

—Así que Doña Carmen te escribió, ¿verdad?

—Sí, no mucho, solo unas líneas.

—Nosotros también la echamos de menos, sabes —dijo Ana de repente—. Todos la queríamos.

—Lo sé, mamá.

Las dos mujeres se abrazaron. No había nada más que decir.

*

Una segunda carta llegó a finales de noviembre. Esta vez era de Inma.

«25 de noviembre de 1976

Mi querida Rocío:

Espero que tú y Ernesto estéis bien. Solo pensé que te gustaría saber que Olivia se está adaptando muy bien. Le encanta su nueva escuela y las maestras dicen que es una estudiante muy buena. Me sorprendió ver que ya podía escribir su nombre y decir el alfabeto. Debes de haberle enseñado en casa. De todas maneras, su maestra está encantada con ella.

Todos vamos a pasar la Navidad en casa de mamá, la familia al completo. Será muy divertido para los niños y supondrá que no tendré nada que hacer. Estoy enorme últimamente y todo me supone un esfuerzo. No puedo esperar hasta que los pequeños diablillos lleguen. Estoy segura de que van a ser futbolistas porque los dos dan buenas patadas. Según el calendario, solo quedan seis semanas. Olivia está muy excitada por la llegada de sus hermanos. (José todavía está convencido de que van a ser chicos).

Le explicamos a Olivia que puede llamarme mamá ahora. No estoy segura de que realmente lo entienda porque continúa llamándome mamá Inma. José dice que es mejor dejarlo y, para decir la verdad, me he acostumbrado a ello ya. Al principio solía preguntar cuándo iba a verte, pero ahora no lo menciona. Creo que se ha adaptado a su nueva vida aquí y ha hecho montones de amigas en el colegio. Cada fin de semana la llevamos a visitar a sus primos y eso le encanta, José le compró un pequeño gato color canela y lo llamó, adivina cómo, Canela. Le encanta y se lo lleva a la cama con ella todas las noches. Al principio no me gustaba que el gato fuera a la habitación, pero era imposible detenerlo (no es como los perros a los que se puede atar), así que al final me di por vencida. No estoy segura de qué pasara cuando lleguen los bebés.

José y yo nos preguntábamos si te gustaría visitar a Olivia en las

vacaciones de Navidad. Mamá dice que tiene una habitación libre en la que puedes quedarte un par de noches. Por favor, háznoslo saber para que podamos hacer los preparativos.

Tu amiga,

Inma».

Al principio, Rocío estaba completamente a favor de ir a Madrid por Navidad. Aunque solo viera a Olivia unas cuantas horas, sería algo. Sacó la carta de Inma en la comida, justo cuando Ernesto estaba terminándose el estofado que había preparado.

—Estaba rico —dijo rebañando su plato con un trozo de pan.

Sacó la carta como un conejo de un sombrero, blandiéndola en el aire y sonriéndole.

—¿Qué es eso?

—Una invitación de Inma para que pase algunos días con ellos en Navidad. Podremos ver a Olivia.

Para su sorpresa, él no parecía muy complacido.

—Podemos quedarnos con Doña Carmen e ir a casa de Inma a verla —le explicó—. No nos costará mucho, solo el billete de tren.

—No es el dinero.

—¿Y qué es?

—¿Qué más dice?

—Que a Olivia le va bien y ha hecho nuevas amigas.

—Bueno, eso es, entonces. Mejor dejarla en paz.

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres ver a tu hija?

—No es mi hija, Rocío. ¿Cuándo lo entenderás?

—Está bien, ¿no quieres ver a Olivia?

—Por supuesto que quiero, pero no si va a significar molestarla. Mira, cariño, ha pasado por una enorme conmoción, una nueva escuela, un nuevo hogar, nuevos padres. ¿Qué piensas que significará para ella si aparecemos en su puerta de nuevo?

Rocío dejó la carta en la mesa. Tenía razón. Estaba siendo egoísta. Pobre pequeña Olivia, solo la perturbaría verlos. Inma había dicho que se estaba acostumbrando a su nueva vida; no era justo alterarla tan pronto. Una lágrima corrió por su mejilla, se la retiró con la mano.

—Quizás más tarde, cuando esté más acostumbrada a la idea de que no somos su mamá y su papi ya —añadió.

Ella asintió con la cabeza. La decepción se extendió en su interior como un maremoto. Tragó, engulléndola, ocultándola con todas las otras decepciones de su vida, en el fondo de su corazón.

—La veremos en verano —continuó Ernesto—. Tendrá un año más y con suerte podrá asumir que tiene unos nuevos padres para entonces.

—¿Quieres más? —preguntó retirando su plato vacío.

—No, eso ha sido suficiente.

Podía ver que se le había ido el apetito.

—Pero ¿podemos mandarle un regalo de Navidad? —preguntó—. ¿De los Reyes Magos? Sabes lo mucho que disfruta esperando la llegada de los Reyes.

Pensó en la pasada Navidad cuando la habían llevado a Málaga para ver la cabalgata de los Reyes; había estado tan excitada y Ernesto se había visto obligado a subirla en hombros para que pudiera ver.

—Por supuesto, cariño, por supuesto que podemos.

Levantó la vista para mirarla y extendió sus brazos para abrazarla.

*

Una noche, Ernesto llegó a casa con una gran sonrisa en el rostro. La besó y la llevó de la cocina al salón.

—Siéntate —dijo—. Tengo algo que decirte.

Ella sonrío débilmente. Quedaban pocos días para Navidad y pensar en pasarla sin Olivia la ponía triste. La casa parecía vacía, demasiado grande para los dos. Iba de un lado para otro todo el día como un guisante en un tarro. No había nada que hacer. Se levantaba como era habitual, hacía las tareas del hogar, preparaba la comida y esperaba a que Ernesto llegara a casa. Cada día era lo mismo.

—Estuve trabajando en el hotel hoy de nuevo.

—¿Hay más problemas con la piscina? —preguntó.

—No, Madame Amelia quería poner nuevas duchas en los baños.

—¿Eso es lo que querías decirme?

—No, claro que no. Es mejor que eso, finalmente ha decidido jubilarse.

—¿Madame Amelia?

—Sí, dice que ya ha tenido suficiente hotel y quiere volver a Francia.

—No la culpo. ¿Cuántos años tiene, sesenta y cinco?

—Setenta.

—Entonces, supongo que lo vende.

—Sí.

Le cogió las manos y le sonrió.

—Pensé en que tú y yo lo compráramos. ¿Qué te parece?

La boca de Rocío se abrió de par en par por la sorpresa. Al principio no podía hablar y luego dijo:

—¿Es una broma?

—No, cariño. Lo he pensado todo muy bien. Es una excelente oportunidad de negocio.

—Pero ¿y tu trabajo? ¿Cómo te las arreglarás con las dos cosas?

—Oh, no es para mí, cariño, es para ti. Tú dirigirás el hotel. Después de todo tienes años de experiencia; prácticamente llevabas el hotel hasta que tuvimos a Olivia.

—Oh, Ernesto, no creo que pudiera. Ahora es diferente.

—¿Qué es lo que es diferente?

—Bueno, era una empleada entonces, para empezar. Madame Amelia siempre estaba allí para tomar decisiones. No tenía que preocuparme del dinero. Si va a ser nuestro hotel, seré responsable de hacerlo funcionar. ¿Y si fallo? Perderíamos todo ese dinero.

—No fallarás. Escucha, Madame Amelia me dijo que ya tiene el cuarenta por ciento de las habitaciones reservadas para el año que viene. La gente paga un depósito ahora cuando reserva.

—Sí, lo sé.

Madame Amelia había introducido el sistema del depósito después de que el escocés se hubiera ido sin pagar su cuenta. Era curioso, ahora podía pensar en ello sin problema; era como si lo hubiera borrado de su vida. El daño que Inma le había hecho superaba con creces su traición. Su cuerpo podía soportar tanto sufrimiento después de todo.

—¿Entonces?

—No lo sé. Es arriesgado.

—No más que otra cosa.

—¿Y qué le dijiste?

—Solo que estaba interesado. Dije que tenía que hablarlo contigo primero.

Se miró las manos por un instante; estaban rojas, la piel seca y cuarteada. Había pasado todo el día limpiando y arreglando el jardín para mantenerse ocupada.

—¿Cuánto quiere por él?

Cuando se lo dijo, se lo quedó mirando fijamente.

—¿Estás loco? No tenemos ese dinero.

—Lo sé, pero el banco nos lo prestaría. El negocio va realmente

bien ahora y estoy seguro de que el director del banco nos concedería una hipoteca.

—Oh, Ernesto, es tan arriesgado.

Imaginó perder la casa al igual que a su hija. No, eso sería imposible de soportar.

El se acercó más a ella y le apretó la mano.

—Lo peor que puede suceder es que el banco se quede con el hotel.

—Y nuestra casa.

—No, podemos mantener la casa al margen. He calculado que el negocio es suficiente garantía, y nuestros ahorros, claro, para mantener al banco contento. Vamos, Rocío, ¿qué dices? Sería bueno para ti tener algo aparte de sacarle brillo a ese maldito aparador.

Siguió su mirada al brillante aparador. Le sacaba brillo cada mañana antes de empezar con la comida. Quizás tuviera razón. Recordó las palabras de su madre. Tenía que seguir adelante. Tenía que enfrentarse al hecho de que Olivia no iba a regresar.

—Bueno, quizás podamos conseguir que rebaje el precio un poco —dijo.

—Dije que iríamos a verla mañana si estabas interesada.

—De acuerdo, hablemos con ella al menos.

*

Era Año Nuevo cuando Inma rompió aguas. Estaba rebuscando entre la pila de ropa de bebé que su madre y sus hermanas le habían dado cuando sintió un dolor agudo y de repente todo estaba mojado. Se agarró el estómago y se sentó en el suelo.

—Alicia —llamó—. Alicia.

La recién empleada niñera asomó su cabeza por la puerta. Cuando vio a su jefa en el suelo sobre un charco de agua, gritó.

—Dios mío, ¿está usted bien, Señora?

—Llama al doctor Alicia y envía a Mari Jesu aquí arriba enseguida —le ordenó Inma.

Intentó subirse a la cama, pero otra contracción sacudió su cuerpo y no pudo contener un grito.

—Venga, déjeme ayudarle.

La niñera rodeó a Inma con sus brazos y la subió a la cama.

—Quédese quieta. Solo será un instante.

Corrió fuera. Inma podía oírla llamar a Mari Jesu.

—Mamá Inma, ¿estás bien?

Era Olivia.

—Sí, cariño, mamá tiene un dolor en la tripa, eso es todo. Necesito descansar. Ve a jugar como una buena niña.

—Olivia, ¿qué estás haciendo aquí? Vamos, niña, deja que te dé algo de comer —dijo Mari Jesu cogiendo a Olivia del brazo y casi arrastrándola fuera de la habitación.

—Pero, no tengo hambre, Mari Jesu.

—Ah, pero yo tengo unas galletas recién horneadas en la cocina. ¿No te gustaría una?

Olivia asintió con la cabeza.

Inma cerró los ojos y esperó que el doctor llegara antes de tener más contracciones.

—La ambulancia está de camino —dijo Alicia jadeando por el esfuerzo de subir corriendo dos tramos de escaleras.

Era una chica grande con amplias caderas y piernas musculosas, una chica de campo de las montañas al norte de Madrid que había visto nacer muchos bebés.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le preguntó a Inma.

—Puedes traerme un vaso de agua.

—Olivia está en la cocina. Telefoneé a su madre; vendrá a recogerla —dijo Mari Jesu.

Llevaba un cubo y una fregona y empezó a limpiar el estropicio.

—Oh, bien.

Inma gimió y extendiendo la mano se agarró de la mano de Alicia.

—Oh, no —Estaba a punto de dejar salir sus entrañas. Seguramente en bebé no vendría tan rápido.

—Espere; el doctor estará aquí en cualquier instante. Tome, beba esto.

Tan rápido como el dolor amainó, Inma se dejó caer en las almohadas. Extendió la mano para alcanzar el agua y la bebió ávidamente. Alicia le secó el rostro con un paño húmedo.

—Alicia, ¿está hecha mi maleta?

—Sí, todo está listo.

—Bien. Ahora ayúdame a bajar las escaleras.

—Creo que debería esperar hasta que el doctor llegue. No querrá tener los bebés en las escaleras, ¿verdad? —dijo Mari Jesu.

Escuchó sonar el timbre.

—Probablemente sea él —dijo Alicia—. Yo iré.

Inma podía escuchar el sonido que hacía al bajar las escaleras y luego voces. Cerró los ojos. Gracias a Dios era el doctor.

*

Los gemelos no nacieron hasta el día siguiente. José Ignacio llegó a las cinco de la mañana después de una larga lucha para desenredar el cordón umbilical que se le había enrollado al cuello, seguido a las 5 y 12 minutos precisos por Adolfo Francisco. Ambos chicos fueron declarados sanos, entregados a su madre por un breve instante y luego sustraídos a Inma por la comadrona que los lavó, envolvió y depositó en cunas adyacentes.

Para cuando José visitó a su esposa, esta estaba apoyada en tres almohadas, pálida y exhausta, pero feliz.

—Cariño. Tienes un aspecto magnífico —dijo inclinándose para besarla.

Ella señaló a las cunas al lado de su cama.

—Guau. Son idénticos, como dos gotas de agua —dijo con un gozo que inundaba toda la habitación.

—¿No son preciosos?

Él se rio.

—Bueno, supongo que, para ser recién nacidos, lo son, pero no tan preciosos como tú.

La besó de nuevo.

—¿Se lo has dicho a Olivia ya?

—Tu madre probablemente se lo haya dicho. Iré a recogerla cuando me marche, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza. Una sensación de bienestar embargaba su cuerpo; quizás eran las drogas que le habían suministrado, no estaba segura, pero se sentía como si flotara. Ahora eran una familia auténtica, ella y José, Olivia y los gemelos. Sus ojos empezaron a cerrarse.

—Pareces cansada, cielo. Me iré.

Se esforzó por abrir los ojos.

—Vuelve mañana, ¿quieres?

—Por supuesto, tan pronto como pueda.

Se inclinó y la besó de nuevo.

—Ahora, Duérmete.

—José, telefonearás al hotel y se lo dirás a Rocío, por favor.

boga. Rocío no estaba segura de que fuera una palabra; intentó buscarla en el diccionario. Sin embargo, palabra o jerga, podía ver un beneficio en lo que Loli decía. El problema era que sus problemas estaban profundamente enterrados, demasiado para poder compartirlos con nadie, ni siquiera con Loli. Sin embargo, al menos sentía que el abismo entre ella e Inma se estaba cerrando; habían tenido una larga charla antes de que accediera a ir a la ceremonia de graduación.

Llegó a Madrid en el tren más temprano; la graduación de Olivia no era hasta las doce así que le quedaba mucho tiempo libre. Pensó en dar una vuelta por las tiendas o tomar un café en las elegantes cafeterías de Plaza Mayor. Estaba intentando decidirse por qué hacer primero cuando su móvil sonó.

—¿Rocío? Soy Inma. ¿Dónde estás?

—Hola, Inma, acabo de llegar. Todavía estoy en Atocha.

—Fantástico. Iré a recogerte y podemos ir a tomar un café. Tardaré cinco minutos.

Rocío sintió una oleada de irritación, pero, sin embargo, dijo:

—Bien, te esperaré delante de la parada de taxis.

No había pasado tiempo a solas con Inma desde hacía años, no desde aquel fatídico día en que le dijo que quería llevarse a Olivia a Madrid. ¿Qué demonios iban a decirse? Localizó el letrero de la parada de taxis y lentamente se abrió paso hasta él atravesando la atestada estación. Fiel a su palabra, Inma pronto llegó a la parada de taxi en un BMW azul.

—Hola, Rocío —la llamó bajando la ventanilla—. Móntate.

Roció subió a su lado. Ya estaba empezando a sentirse poco elegante al lado de su amiga a pesar del hecho de que se había comprado un nuevo vestido y una chaqueta para la ocasión.

—Estás preciosa, ese color siempre te ha sentado bien —dijo Inma inclinándose y depositándole un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Pensé en tomar un café en «Marios» —continuó—. No está lejos de la universidad.

—¿Y José?

—Oh, está recogiendo a los chicos e irá directo allí.

Rocío empezó a relajarse. Inma no había cambiado en absoluto. Hablaba como si aún fueran niñas.

—Y, ¿qué cuentas? Oí que regentabas el hotel. Olivia me lo dijo.

—Sí; va bien. La Consejería de Turismo nos visitó el pasado

verano y nos concedió cuatro estrellas —añadió.

Se habían sentido tan orgullosos. Ernesto había comprado unas botellas de cava y había invitado a todo el personal para celebrar con ellos.

—Eso está bien. Entonces estáis haciendo dinero.

—Bueno, estamos empezando. Hemos invertido mucho trabajo en el lugar desde que lo compramos, pero ahora las cosas están empezando a ir bien. Las reservas aumentaron el año pasado —dijo.

—De verdad me alegro por ti.

Rocío miró a su amiga; parecía sincera.

—Olivia dice que es precioso. Has cambiado unas cuantas cosas, creo.

—Unas cuantas.

Veían a Olivia una vez al año, cada verano, cuando la familia iba a la casa de la playa. Al principio Inma solo la dejaba visitarlos ocasionalmente, pero a media que se fue haciendo mayor, empezó a ir a verlos sola. Algunas veces llegaba al hotel con sus dos hermanos a cuestas y nadaban en la piscina.

—Ahora tenemos una piscina para niños.

El coche aminoraba la marcha.

—Fantástico, aquí hay un aparcamiento; tiene que ser mi día de suerte —dijo Inma mientras maniobraba habilidosamente para colocar el coche en el único espacio disponible a la vista.

Una vez sentadas con dos tazas humeantes de café con leche delante de ellas, Rocío dijo:

—Lo sentí mucho cuando me enteré de lo de tu madre.

—Sí, tuvo un ataque al corazón de camino a lo de las Hermanas de la Cruz. Supongo que hubiera dicho que era la voluntad de Dios.

—Mis padres también han muerto.

—Oh, lo siento.

—Mi padre murió hace ocho años de septicemia después de cortarse con un hacha oxidada. Luego falleció mi madre, dieciocho meses después, de cáncer de mama.

—Es horrible.

—Bueno, si lo que el padre Lucius solía decir es verdad, estarán todos en el cielo ahora, cuidándonos.

—Hecho de menos a mamá más de lo que habría pensado. Pero no tanto como a Fabi.

—¿Fabi? ¿Qué le ha pasado?

—Vive en París ahora con su hijo mayor y su familia.

—¿Qué? ¿Cuándo sucedió eso?

—Hace cinco o seis meses, poco después de que mamá muriera. De repente le dijo a todo el mundo que se divorciaba de Eduardo y dejaba España. No podíamos creerlo.

—¿Qué hizo su marido?

—En realidad había poco que pudiera hacer. Le dijo que lo dejaba tanto si le concedía el divorcio como si no.

—¿No fue todo un poco repentino?

Rocío sabía que el divorcio era legal ahora, pero no conocía muchas mujeres que hubieran dado el paso, aunque de acuerdo con Loli había muchas que querían una vía de escape a sus desgraciados matrimonios.

—En realidad no. Sabes que había sido infeliz durante años.

Rocío apenas recordaba que Inma le hubiera contado algo sobre los celos de su cuñado.

—Una vez que los niños crecieron, decidió dejarlo, luego mamá murió y no había nada ya que la retuviera.

—¿Es feliz?

—Mucho. Me escribe una vez al mes y nos cuenta las novedades. Es abuela ahora; Edu tiene una hija.

Rocío miró su reloj.

—¿A qué hora empieza la ceremonia?

—A las doce. Tenemos mucho tiempo aún.

—¿Cómo está Olivia? —preguntó Rocío al fin.

—Está bien, muy excitada hoy.

—Lo ha hecho muy bien.

—Sí, estamos tan orgullosos de ella. No puedo creer que sea médico ya.

—Ha tenido una buena educación —añadió Rocío—. Tuviste razón al ofrecerle la oportunidad; se la merecía.

Inma sonrió a su amiga, alargó la mano y cogió la de su amiga.

—Rocío, sé que os herí a Ernesto y a ti, y lo siento mucho. No podía dejar desatendidas mis necesidades. Era joven y egoísta, pero ahora espero que puedas ver que era lo mejor.

Rocío no respondió. Cogió su café y bebió. Sí, Olivia había tenido una magnífica educación, se había convertido en una mujer inteligente y cultivada. Estaba agradecida por ello, pero el dolor que ella y Ernesto habían sufrido no podía ser tan fácilmente olvidado. ¿Podría perdonar a su vieja amiga? La miró. Los ojos de Inma brillaban a causa de las lágrimas.

—He echado de menos tu amistad, Rocío —continuó—. ¿Podemos intentar dejar el pasado a un lado? Sabes que nunca intenté alejarte de Olivia.

—Lo sé, Inma, pero es duro. La queremos tanto; has sido duro verla solo una vez al año.

—Bueno, ahora que ha acabado sus estudios quizás pueda veros más a menudo.

—Lo dudo. Supongo que pronto tendrá novio.

—Bueno, sé que hay alguien. Se lo tiene muy callado por el momento. Lo conocimos una vez en un concierto. Es músico. Dice que solo son amigos, pero yo no estoy tan segura.

Sonrió a su vieja manera.

Era estúpido seguir así, decidió Rocío. Si quería una relación con Olivia, tenía que aceptar que Inma era su madre y que nada iba a cambiar.

—Vamos, vayamos a ver a nuestra Olivia recibir su premio —dijo.

*

El tren se estaba llenando. Una mujer joven con un impermeable de color pasó apresurada por la ventana. El corazón de Rocío se paró. Por un momento pensó que era Olivia, pero, cuando la mujer giró la cabeza para mirar a su acompañante, pudo ver que el parecido era solo superficial. Para empezar, no era lo suficientemente alta y su pelo era castaño, no negro. ¿Cuántas veces al día imaginaba que la veía, pero obviamente no era ella? Demasiadas.

La ceremonia había ido muy bien y después, Olivia había ido con ellos a comer. Les sonreía a todos y había besado uno a uno a todos los miembros de la familia agradeciéndoles que hubieran venido a compartir con ella ese día tan feliz. Rocío sonrió para sus adentros al recordarlo. Estaba tan preciosa con su vestido azul, ni siquiera aquel atuendo tan austero podía ocultar aquello. Así que era médico ahora, pediatra de hecho. Qué maravilloso. Se sentía tan orgullosa de su pequeña. Sí, Inma había tenido razón. Olivia había tenido la mejor educación que el dinero podía pagar y aquella era la prueba. ¿Qué habría pasado si se hubiera quedado con Rocío y Ernesto? ¿Habría trabajado en el negocio familiar? ¿Ayudado a dirigir el hotel? Posiblemente. Loli le hubiera dicho que era estúpida, dejándose arrastrar por tontas fantasías. ¿Quién sabía cómo le hubiera ido la vida si las cosas hubieran sido diferentes? Si

no hubiera sido tan estúpida de dejarse embarazar, quizás habría tenido sus propios hijos, en lugar de llorar por el hijo de otra. Si no hubiera abortado, quizás Inma se hubiera comportado de un modo diferente cuando se quedó embarazada, quizás Olivia ni siquiera hubiera nacido. Si. La vida estaba llena de «y sis», pero estos no cambiaban nada. La vida era como era.

Tenía que admitir que Inma había estado muy agradable aquel día, intentando que Rocío se relajase, pero ambas sabían que llevaría tiempo que volvieran aquellos días de fácil amistad. Había colocado a Rocío a la cabecera de la mesa, cerca de Olivia y en frente de ella y José. Aquello había estado bien. Había podido hablar con ella de sus amigas y de lo que había estado haciendo. A mitad de la comida le había dado a Olivia su regalo.

—Ya sé que no es hasta mañana —le susurró—, pero pensé en dártelo hoy antes de marcharme.

—Oh, mamá, gracias.

Había cogido el pequeño paquete y lo había sacudido suavemente, luego había buscado pistas que le indicaran cuál era su contenido estrujándolo cuidadosamente.

—¿Qué es?

—Ábrelo y mira.

—Oh, me encantan las sorpresas.

Había desatado cuidadosamente el lazo, quitado el celo y finalmente descubierto una pequeña caja. Luego había mirado a Rocío.

—Es mío y de papi —dijo ella.

Olivia había abierto la caja. Dentro había un relicario de oro con una cadena. Lo sostuvo en alto contra la luz.

—Oh, mamá, es precioso. —Se inclinó y la besó.

—Se abre —dijo Rocío—. Puedes poner fotos dentro. —Alargó la mano y presionó el cierre del relicario, que se abrió.

—Maravilloso. Es precioso, mamá —repitió—. Muchas gracias a ti y a papi también.

Estaba realmente encantada con el regalo, podía verlo Rocío. Ernesto estaría feliz cuando se lo dijera; había sido idea suya. Ella había estado pensando en comprarle un crucifijo, pero el había dicho que no, un relicario era mejor.

Pensar en Olivia le alegraba el corazón. Qué espléndida mujercita era, tan segura de sí misma, tan moderna. Fuese lo que fuese lo que la separación les había producido a Rocío y a Ernesto,

no la había dañado a ella y eso era lo que importaba. Les escribía regularmente y todavía dirigía las cartas a mamá y papi, aunque supiera que no eran sus padres. Inma le había dicho desde el principio que era su madre, pero no fue hasta que Olivia fue adolescente cuando empezó a hacerle preguntas. Rocío a menudo se preguntaba cómo le había explicado Inma a su hija que había dado su bebé a otras personas para que lo cuidaran. Sea lo que sea que le hubiera dicho, obviamente no había cambiado en nada la actitud de Olivia para con ellos. Para ella, eran mamá y papi y siempre serían eso. Aunque Ernesto había intentado distanciarse de ella, también estaba encantado de recibir sus cartas. Las leía una y otra vez, citando partes en alto como si Rocío nunca las hubiera visto.

—Veo que está aprendiendo inglés este trimestre —decía o—. Eso está bien. Está en el equipo de baloncesto este año; eso la mantendrá en forma. —Luego iba a casa de su madre y se las leía.

El tren estaba cogiendo velocidad y el reseco paisaje pasaba en flases, un caleidoscopio dorado y naranja. Miró su reloj, en menos de cuatro horas estaría en casa. Ernesto dijo que la recogería en la estación. Se preguntaba cómo se las estaba arreglando Lucila sin ella. No debía tener problema, después de todo había estado trabajando para ella desde hacia casi diez años. Conocía su trabajo tan bien como ella. Sentía cierto orgullo cuando pensaba en el hotel. A pesar de sus dudas iniciales, lo habían convertido en un éxito. No solo habían mantenidos los estándares establecidos por Madame Amelia, sino que los habían mejorado. Habían modernizado la recepción, redecorado las habitaciones, añadiendo baños a cada una de ellas y agrandado el aparcamiento. El año próximo Ernesto hablaba de construir una cancha de tenis en el terreno libre de la parte trasera.

Rocío tenía una revista en su bolso, pero no estaba de humor para leerla; de repente tenía un ansía desesperada por llegar a casa y estar con Ernesto.

*

Estaba en la cocina pelando patatas para la tortilla cuando escuchó el coche. Miró su reloj; si era Ernesto, llegaba muy temprano. El perro saltaba en la puerta trasera, ladrando y moviendo la cola expectante. Dejó su cuchillo y fue a ver quién era. El perro corrió delante de ella y, tan pronto como Ernesto salió del coche, saltó sobre él.

—Abajo, Jerry, abajo.

—Llegas a casa temprano —dijo Rocío.

—Te telefoneé al hotel, pero dijeron que ya te habías ido y pensé en ir a casa también.

—¿Sucede algo?

—No. Pensé que quizás podríamos salir a cenar hoy. Has estado un poco deprimida desde tu viaje a Madrid.

—Solo cansada, eso es todo.

—Bueno, quizás esto te alegre.

Sacó una carta de su bolsillo.

—Llegó esta mañana después de que te marcharas.

—¿Qué es?

Luego reconoció la letra.

—¿Es de Olivia?

Él asintió con la cabeza.

—Bueno, ¿qué dice? Dímelo.

—Toma, léelo tú misma.

Le cogió el sobre; le temblaba la mano.

—No son malas noticias, ¿verdad?

—No, tonta, vamos, ábrela.

Sacó la carta y la abrió.

—Oh, mis gafas, ¿dónde están mis gafas?

—Están en tu cabeza.

Se puso las gafas y empezó a leer:

«15 de noviembre de 1996

Queridos mamá y papi:

Gracias de nuevo por el precioso relicario, lo llevo todo el tiempo. Hasta ahora no le he puesto ninguna foto, tengo que encontrar las adecuadas. No sé si poner una tuya y de papi, o de los gemelos. ¡O, quizás, esperar hasta que tenga un novio!».

—Signos de exclamación. ¿Está intentando decirnos algo? ¿Crees que tiene novio? Inma dijo que podía haber alguien.

—No, solo está bromeando. Sigue, lee el resto.

Rocío continuó leyendo:

»Tengo maravillosas noticias para vosotros. Mi primer destino ya ha salido. Es para el Hospital Materno de Málaga. Estaré solo a un trayecto en carretera de vosotros. Es un destino temporal, pero quieren que empiece el 1 de diciembre. Hasta que pueda encontrar apartamento propio, ¿creéis que podría quedarme con vosotros? Podría tener mi vieja habitación de nuevo, ¿estáis de acuerdo?».

Rocío no podía hablar.

—¿Qué sí estamos de acuerdo? Por supuesto que lo estamos. Escríbele ahora mismo y díselo —dijo Ernesto con el rostro hecho sonrisa.

La atrajo hacia sí y la abrazó.

—Mira, ¿qué te dije? Sabía que recuperaríamos a nuestra pequeña un día.

Rocío no dijo nada. No había nada que decir. Estaba demasiado contenta como para hablar.

Gracias por tomarte el tiempo de leer LA CASA EN LA PLAYA. Si te ha gustado, por favor considera decírselo a tus amigos o dejar una pequeña crítica. El boca a boca es el mejor amigo del autor y se agradece mucho.

Gracias, Joan Fallon.

Descubre otros títulos de Joan Fallon:

Ficción:

LOVING HARRY
SANTIAGO TALES
SPANISH LAVENDER
THE ONLY BLUE DOOR
PALETTE OF SECRETS
THE THREAD THAT BINDS US
LOVE IS ALL
THE APOTHECARY

La trilogía Al-Andalus:

THE SHINING CITY
THE EYE OF THE FALCON
THE RING OF FLAMES

No ficción

DAUGHTERS OF SPAIN

En ESPAÑOL:

LA CIUDAD RESPLANDECIENTE
EL OJO DEL HALCÓN
EL ANILLO DE FUEGO
ENTRE LA SIERRA Y EL MAR
CUENTOS DE SANTIAGO

CONECTA CON JOAN FALLON ONLINE EN:

http://www.joanfallon.co.uk
http://twitter.com/joan_fallon
http://twitter.com/notesonspain

***

Diseño de portada: Rachel Lawston
www.Lawstondesign.com

***

UNA SELECCIÓN DE PREGUNTAS PARA DISCUTIR EN EL CLUB DE LECTURA

1. ¿Qué fuerte era la amistad entre las dos chicas? ¿Era igual de recíproca?
2. ¿Qué características diferencian a las dos familias, aparte de las económicas? ¿Piensas que son típicas de sus clases sociales?
3. Ambas familias tienen secretos en su pasado que esconden a las autoridades. ¿Cuánto afectan estos a sus vidas?
4. En tu opinión, ¿en qué grado influía la Iglesia para determinar el lugar de la mujer en la sociedad española de aquel tiempo?
5. ¿Estás de acuerdo con Inma cuando dice que tenía todo el derecho de pedirles a Rocío y a Ernesto que le devolvieran a su hija?
6. ¿Había algo más que Rocío y Ernesto pudieran haber hecho para luchar contra la decisión de Inma?

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?